

Aníbal Romero

LA MISERIA DEL POPULISMO

Mitos Y Realidades de la Democracia en Venezuela

....."la política en el mundo de hoy es en su misma esencia un instrumento de aprendizaje social. Sus posibilidades de funcionar como una vía de supervivencia y crecimiento, y no como un mecanismo de destrucción, se verán notablemente acrecentadas en la medida en que sea guiada por mayores esfuerzos intelectuales. Todos los estudios políticos, y todas las técnicas y modelos propuestos como herramientas de análisis tienen igual propósito: hacer que los hombres sean capaces de actuar en política con los ojos abiertos"

Karl Deustch

(The Nerves of Government, The Free Press, New York, 1966, p.255)

" ¿Ah ,y cuándo para el corazón del hombre fue menos que una simple traición dejarse llevar por la corriente de las cosas.....?"

Robert Frost

(From "Reluctance", The Poetry of Robert Frost, Holt, New York, 1962)

A Gladys,

Por el presente y el futuro

NOTA PRELIMINAR

*Se recoge en este volumen el texto original, sin modificaciones, de **La Miseria del Populismo**, cuya primera edición apareció en 1986. Se incluyen dos estudios adicionales: **La crisis y las Perspectivas de la Democracia Venezolana**, publicado inicialmente en inglés por la Hoover Institution, Universidad de Stanford, (California), en 1989, y traducido al castellano por Luis Enrique Alcalá, a quien expreso mi gratitud. Se reproduce además, **Venezuela: El Laberinto de lo Posible**, ensayo redactado en 1991 y publicado entonces como un **Cuaderno Lagoven**. Agradezco a los directivos de la empresa su permiso para reeditar esta obra.*

*En conjunto, estos estudios representan un esfuerzo sistemático de análisis y comprensión del proceso evolutivo del sistema político democrático en Venezuela, fundamentalmente durante las casi dos décadas que se extienden desde 1973 hasta 1991. Este esfuerzo prosigue su rumbo en un libro que ahora me encuentro elaborando, titulado **Decadencia y crisis de la Democracia**, en el que procuro dar cuenta del impacto generado por los intentos de golpe de Estado de 1992, de la creciente crisis política y socio-económica de la democracia y de sus perspectivas.*

Es desafortunado aportar que las conclusiones pesimistas que han venido arrojando estos diversos estudios, escritos a lo largo de nueve años, tienden a hacerse paulatinamente más sombrías, en vista del evidente deterioro de un sistema político que encuentra cada día mayores dificultades para satisfacer las expectativas de la población. A la vez, no obstante, expreso mi sincero deseo de que los venezolanos jamás dejemos de aprender a vivir en libertad.

*Aníbal Romero
Caracas, Abril de 1994*

PREFACIO

EL SENTIDO DE UN LIBRO

Este es, en lo fundamental, un libro político, y por lo tanto, casi inevitablemente, será polémico. Es político porque lo que voy a decir se deriva de ciertos *valores* que expondré y defenderé explícitamente en el texto, y que constituyen la base de mi concepción del país, de su situación actual y sus perspectivas futuras. La naturaleza misma de este estudio indica que no me limitaré al análisis y la descripción desapasionada de los eventos, sino que perseguiré también un objetivo *prescriptivo*. En otras palabras, intentaré explicar el porqué de las circunstancias que ahora atraviesa la democracia venezolana en algunos de sus principales aspectos, y a la vez señalaré hacia donde creo que debe dirigirse nuestro orden político para sobrevivir como sistema basado en la libertad.

Hablar de *valores* es indicativo de una cierta visión de la política, y en efecto, el substrato sobre el que se levanta este libro está formulado por un concepto de la política como instrumento de creatividad y de superación ciudadana y nacional en un contexto democrático, en el que se respete la dignidad humana, y en el que no se confundan la libertad con la anarquía y la búsqueda de la igualdad con la demagogia. Parto de la convicción de que la libertad no puede existir sin orden y estabilidad, y de que una democracia se condena al fracaso

si no logra reconciliar la libertad – entendida como ejercicio de derechos y limitación de la autoridad ante el individuo –, con el orden – concebido como aceptación de deberes para una existencia civilizada bajo el imperio de leyes iguales para todos –. De aquí que rechace radicalmente toda idea de la política como simple herramienta de manipulación, dirigida puramente a la obtención del poder como fin en sí mismo, o a la exclusiva satisfacción de ambiciones individuales.

El presente estudio puede definirse entonces como un esfuerzo de interpretación, discusión y propuesta políticas sobre las condiciones de la Venezuela actual, los retos de la democracia, y las alternativas que se abren hacia delante. Enfoco al país como una nación democrática enmarcada en un área conflictiva, sujeta a las presiones de un escenario internacional y regional en fermentación permanente, una nación que ha experimentado transformaciones sustanciales en sólo dos décadas y que se encuentra en una encrucijada decisiva para su destino futuro. Por ello, hay un sentido de urgencia en lo que escribo, pues estoy persuadido de que el país tiene planteados desafíos inaplazables que exigen respuestas claras y firmes. Si estas páginas pueden hacer algún aporte positivo a aquellos que tienen en sus manos la responsabilidad de encauzar nuestro destino, habrán conquistado su meta.

Decía Spengler, en una de sus frases más características, que “solo existe una historia *personal* y en consecuencia sólo una política *personal*”. (1) El objetivo de este libro puede entonces resumirse como el intento de dar una respuesta personal a las siguientes preguntas: ¿Qué tipo de país es Venezuela y qué nos ha ocurrido a partir de 1958? ¿En que punto nos encontramos, cual es la naturaleza de la crisis que nos afecta, y qué camino debemos tomar para enfrentarla? En función de estas interrogantes mi estudio se dividirá en cuatro partes, que cubrirán, respectivamente, cuestiones de política interna (2 partes), la política exterior, y problemas prioritarios de seguridad y defensa nacional. El libro contiene también una Introducción, titulada “Consideraciones sobre el Cambio Histórico”.

Sólo el lector podrá juzgar hasta que punto he sido capaz de tratar de manera equilibrada los múltiples temas que acá se afrontan: la única excusa de la ambición intelectual es la posible calidad del producto. En todo caso, debo dejar desde ya claro que utilizo el término *estrategia nacional* en un sentido amplio, que desborda con creces la tradicional connotación que le limita a la defensa de un país. Lo empleo acá para referirme a los cambios que deben implementarse en diversos ámbitos, con objeto de detener el deterioro de nuestro orden político y enrumbar a Venezuela hacia un más promisorio porvenir.

En su naturaleza básica, este libro no es un *ensayo* político. Lo escribí paralelamente, a la realización de mi Tesis Doctoral, titulada *The Conservative Challenge: Henry Kissinger and the Ideological Crisis of American Foreign Policy*, donde expongo – en otro contexto y con métodos diferentes – una argumentación complementaria a la desarrollada en estas páginas.

Agradezco el apoyo y colaboración de la Fundación Rockefeller, en New York, el Carnegie Endowment for International Peace, en Washington, y el Instituto

Internacional de Estudios Estratégicos, en Londres. Estas instituciones, de una u otra forma, contribuyeron a facilitar el desarrollo de este trabajo.

Emilio Pacheco y Carlos Ramírez Faría, para entonces – y respectivamente-estudiantes de post grado venezolanos en las Universidades de Oxford y Londres, leyeron el manuscrito e hicieron muy útiles observaciones. Luis Báez Duarte, Roberto Dubuc Picón y Carlos A. Romero me dieron su generosa ayuda en la revisión de este manuscrito.

He dedicado este estudio a mi esposa. Ojala que al menos una muestra de su serenidad personal y aplomo intelectual haya encontrado cabida en estas páginas.

Londres, febrero de 1985.

NOTAS

Prefacio

(1) Oswald Spengler, *The decline of the West*, Allen & Unwin, London 1961, p. 364-

INTRODUCCION CONSIDERACIONES SOBRE EL CAMBIO HISTORICO

I

En su controversial *Estudio de la Historia*, Arnold Toynbee confiesa que se vio llevado a escribirlo a raíz del impacto devastador que la Primera Guerra Mundial tuvo sobre los imperios europeos, y que él observó como lúcido y angustiado testigo. Esa terrible conflagración le reveló de manera directa el carácter precario, permanentemente vulnerable y sujeto a la decadencia que impregna aun las más elevadas e imponentes creaciones del genio y la perseverancia humanas. ⁽¹⁾

Si bien su obra ha sido sometida a muy duras críticas, muchas veces justificadas, ⁽²⁾ el impresionante análisis de Toynbee sobre el origen, auge y desintegración de las civilizaciones tiene una gran virtud: su lectura es muy estimulante, y esto es algo que no puede decirse de gran número de obras históricas. Juzgar a Toynbee únicamente en relación a las deficiencias científicas de su esfuerzo equivale, por ejemplo, a dictar un veredicto sobre un libro como *Las Voces del Silencio* de Malraux de acuerdo exclusivamente a los criterios academicistas de la estética y la historia del arte: en ambos casos, tales apreciaciones dejarían de lado lo más valioso de esas obras, es decir, la originalidad de la visión y la riqueza intelectual que motivaron su diseño y ejecución.

Es en función de esas características que he creído útil comentar brevemente el esquema de cambio histórico sugerido por Toynbee, pues considero que ofrece un interesante ángulo de aproximación al contenido posterior de este libro. Como es sabido, el concepto central del esquema de Toynbee es el de desafío histórico. Las sociedades y sistemas políticos (que Toynbee denomina civilizaciones) nacen y se desarrollan a través de un proceso de desafío y respuesta en constante cambio y reformulación. Según Toynbee, los hombres alcanzan niveles superiores de desarrollo histórico como resultado de su respuesta a un desafío que se plantea en términos de particular dificultad, y que les impulsa a hacer esfuerzos sin precedentes con objeto de superar el nuevo reto. Su hipótesis es que son *las dificultades*, no las condiciones favorables, las que generan en los seres humanos los estímulos para superarse;

(1) Arnold Toynbee, *A Study of History* (Abridged Edition). Oxford University Press, 1960, pp.908-912

(2) Para un resumen de las principales posiciones en torno a las posibilidades de una Filosofía de la Historia, véase Patrick Gardiner (editor), *Theories of History*, The Free Press, New York, 1959. Una respuesta clásica a los intentos de hacer "metahistoria", al estilo de Toynbee, es el artículo de Alan Bullock, "The Historian's Purpose: History and Metahistory", *History Today*, Vol.7, February 1959.

de allí que el autor británico hable de las virtudes de la adversidad, y se refiera al mito de Ulises en la Odisea de Homero.

Los mayores peligros que amenazaban a los héroes homéricos no se derivaban de sus encuentros con antagonistas declarados como los cíclopes y otros adversarios de gran poderío físico, sino de las insinuaciones de personajes como la diosa Calipso, Circe, y las sirenas, todas las cuales le tentaban con los atractivos de una vida fácil y le incitaban a desviarse de su verdadero objetivo: retornar a su tierra y recobrar lo que era suyo.⁽³⁾

Desde luego, ciertos desafíos pueden resultar excesivos, provocando el deterioro de sociedades enteras y eventualmente su colapso, y esta realidad conduce a interrogarse acerca de los criterios que permiten determinar si una sociedad crece y se desarrolla o si ha entrado en una etapa de disgregación. Toynbee rechaza los criterios basados en el aumento del grado de control sobre el ambiente externo, bien sea físico – a través de mejoramientos técnicos – , o humano – a través de la conquista política y militar de sociedades más débiles. El progreso de una sociedad, de acuerdo a Toynbee, se manifiesta más bien en un proceso de mayor articulación y autodeterminación *internas*, es decir, en el avance de los mecanismos de acción de un sistema político y en sus capacidades intelectuales y organizativas, todas las cuales le permiten enfrentarse en forma sistemática a una variedad de desafíos de creciente complejidad.⁽⁴⁾ El progreso en la autodeterminación significa, en última instancia que *los desafíos supremos a una sociedad se originan dentro de sí misma*, y tocan su propia habilidad práctica y coraje moral como factores decisivos para sobreponerse a otros retos externos.

Todo crecimiento así definido tiene su origen en la creatividad de individuos o grupos minoritarios, cuya tarea es en primer lugar proponer a su sociedad una nueva visión y nuevas metas, y en segundo lugar persuadir a la mayoría para que realice los esfuerzos y sacrificios necesarios con objeto de superar el desafío planteado. A su vez, la ruptura y posterior desintegración de las sociedades se deriva precisamente del progresivo deterioro en la creatividad de los sectores dirigentes, que de minorías creadoras pasan a ser minorías dominantes, lo cual conduce a que la mayoría retire la confianza que tenía en sus líderes y a la fragmentación y pérdida del todo social⁽⁵⁾ Las sociedades, en otras palabras, no perecen de causas naturales, y solo pocas veces se desintegran como producto de un asesinato (agresión externa); la más frecuente causa de deterioro y fracaso es el *suicidio*: la consecuencia de deficiencias en la capacidad creadora de la dirigencia. Estas fallas pueden manifestarse de dos maneras: a través de la demagogia o del autoritarismo. O bien, porque los líderes por cansancio y autocomplacencia se entregan al peligroso arte de ilusionar a las mayorías, o bien porque, llevados de ambición

(3) Toynbee, p.60-68

(4) Ibid pp. 198-208

(5) Ibid pp. 244-359

excesiva y una ausencia de humildad, deciden oprimir a la mayoría, quebrando así el vínculo de lealtad y credibilidad que sostenía al sistema. Toynbee distingue entre la ruptura y la desintegración de una sociedad; lo primero no implica inevitablemente lo segundo, pues un orden político-social determinado puede simplemente petrificarse, ya que, si bien fue capaz de resolver el reto inicial que le dio origen (su génesis), no logro superar el desafío del crecimiento y la autodeterminación. Cuando se presenta una situación semejante, la sociedad se estanca, y la mediocridad, la desconfianza, la falta de solidaridad y la incapacidad para innovar se transforman en sus características primordiales y definitorias. El paso siguiente es la desmembración, el caos, la anarquía, y, finalmente el autoritarismo

II

A pesar de que la anterior no sea más que una cruda síntesis del marco conceptual del *Estudio de la Historia*, la misma ofrece, a mi modo de ver, una sugestiva interpretación del cambio histórico con obvia relevancia para el actual contexto venezolano. Nuestra democracia surgió como respuesta a un desafío nacional en lucha por la libertad contra la tiranía. En una primera etapa de estabilización, el nuevo sistema tuvo que enfrentar serios retos políticos, pero después de ese periodo, y casi hasta el presente, las condiciones de expansión de la democracia venezolana han sido extremadamente favorables debido a una combinación de factores, pero principalmente a la posibilidad de satisfacer las expectativas siempre crecientes de la población con los beneficios de una economía rentista basada en el petróleo. Esta ausencia de dificultades no detuvo nuestro crecimiento, pero si lo encauzo por canales que en lugar de acentuar nuestras capacidades de autodeterminación y creatividad, nos convirtieron en una sociedad falsamente opulenta y artificialmente sólida, generando desmedidas ilusiones de poderío y acrecentando la complacencia de los sectores dirigentes.

La crisis económica, social y política que ha venido perfilándose con cada vez mayor nitidez en tiempos recientes tiene un denominador común: la pérdida de confianza de numerosos venezolanos en si mismos y en su país. Los rudos golpes recibidos a partir de 1983 han empezado a mostrarnos la irrefutable realidad de nuestras vulnerabilidades, y por primera vez en muchos años nos colocan frente a un desafío histórico de dimensiones verdaderamente significativas. Pero el problema de fondo es grave, pues nuestros sectores dirigentes se encuentran llenos de dudas acerca de cómo enfrentar creativamente el reto de renovarse después de dos décadas de fácil manejo populista- es decir, demagógico- de la política. Sin embargo, creo que es justificado afirmar que la necesidad de innovación es urgente, pues en Venezuela se esta perdiendo aceleradamente la habilidad de creer: De creer que el país pueda, de verdad, superar el pesimismo, la incertidumbre y el desencanto que la abruman. De creer que el país sea capaz, de verdad, de conquistar las metas de desarrollo equilibrado, honestidad política y

respetabilidad internacional que han sido repetidamente sustentadas por nuestros gobernantes democráticos. De creer finalmente que los venezolanos logremos de verdad, mejorar sustancialmente al país en un futuro cercano. En el terreno político, extirpando la corrupción y el clientelismo partidista que la origina. En el terreno económico, aumentando la productividad de nuestro trabajo y cercenando la mentalidad rentista que nos ha creado la artificial riqueza petrolera. En el terreno social, elevando la calidad de nuestra vida colectiva y ampliando las oportunidades de superación y el sentido del merito por el trabajo al mayor numero posible de venezolanos. En el terreno educativo, renovando nuestros sistemas de enseñanza para cerrar, aunque sea solo en parte, el enorme abismo que ahora nos separa de los países más avanzados del mundo. En el terreno científico, produciendo respuestas originales a los problemas de nuestra industria y agricultura. Y en fin, en el terreno de nuestra proyección exterior, creando la proyección de país equilibrado, responsable, moderado, y también firme y serio en la defensa de sus intereses. Hablo aquí de la habilidad de creer *de verdad*, no superficial ni pasajera. El deterioro de esta habilidad y del vinculo de confianza que une a la población y sus líderes, esta en la raíz de la actual crisis nacional, y es la medula de la profunda, enervante, creciente desilusión de los venezolanos, tanto de los que conocen los detalles de la condición interna del país y sus vulnerabilidades exteriores, así como de los que apenas las intuyen.

Por esto, el reto clave de nuestra elite política democrática, el primer e impostergable desafío que le toca enfrentar, es restaurar la habilidad de creer en los venezolanos: de creer en el mensaje de sus dirigentes, de creer en si mismos como ciudadanos responsables de una nación libre regida por leyes iguales para todos y respetadas por todos; en fin, de creer en su país. No en un país mágico, inflado por la retórica pero debilitado en sus resortes morales; vanidoso en su comportamiento internacional pero internamente sostenido por una economía artificial; henchido por la gloriosa memoria de sus próceres pero incapaz de reconciliar la libertad y el orden; sino un país que entienda su pasado, los peligros de su presente, y abandone el escepticismo sobre su porvenir.

La tarea no será fácil, pero hay que tratar, y un paso fundamental es definir *en que país creer*. Este libro es un intento de responder a esa interrogante, de reflexionar sobre una Venezuela que deje de lado las ambiciones desbordadas y el gigantismo económico, que asimile su potencial y limitaciones como el país pequeño ubicado en un área altamente conflictiva, un país que solo sobrevivirá a largo plazo como democracia y como nación libre e independiente por sus propios esfuerzos. Los venezolanos solo lograremos recuperar la capacidad de actuar con creatividad y decisión en lo interno y externo si antes recobramos la habilidad de creer.

III

Pocas veces resulta fácil enfrentarse a la realidad. Por esto, como explica Freud, los hombres tendemos a engañarnos con ilusiones y fantasías, sustituimos los deseos por los hechos y con frecuencia llegamos al extremo de dar por completo la espalda a una realidad que nos perturba y nos entregamos sin crítica al espejismo que nos reconforta.⁽⁶⁾ En el caso de las sociedades que comienzan a experimentar síntomas de ruptura, estancamiento o desintegración, ese alejamiento con respecto a una realidad insatisfactoria adopta usualmente la forma de lo que Toynbee denomina la sensación de abandono, que consiste en una paulatina entrega, por parte de la ciudadanía y sus dirigentes, de sus responsabilidades a las fuerzas del azar o de una presunta inevitabilidad histórica⁽⁷⁾. Para decirlo en otras palabras, la sensación de abandono es una claudicación ante la historia.

¿Se está produciendo este fenómeno en la Venezuela contemporánea? Creo que hay signos que apuntan en esa peligrosa dirección, y que se manifiestan, por un lado, en la renuencia de una parte sustantiva de la población a mirar la realidad de frente y descarnadamente, y por otro lado en la ausencia de un ánimo verdaderamente convincente de renovación en nuestros sectores dirigentes. Esta reacción no es sorprendente, aunque desde luego, no presagia nada bueno para el país. Karl Popper ha analizado sus raíces en la tensión que genera la existencia de una sociedad libre, que exige una actitud despierta, crítica y responsable de parte de los ciudadanos. Se trata de una sensación creada por el esfuerzo que la vida en una sociedad abierta continuamente demanda de nosotros: "el esfuerzo de ser racionales.... De responder por nosotros mismos, de aceptar nuestros deberes" En un régimen dictatorial por supuesto, este problema no se plantea, pues el poder de decidir ha sido usurpado y el individuo carece de responsabilidad concreta sobre su destino político. El precio de la libertad es la tensión de ser responsables, y para los venezolanos, el desafío consiste precisamente en superar la crisis sin sacrificar la libertad.

IV

Como expuse en el *Prefacio*, el libro se divide en cuatro secciones. Las dos primeras intentan, por un lado, explicar el sentido y determinaciones del rumbo que ha venido siguiendo la democracia venezolana, y de otro lado plantear la necesidad de un camino alternativo y a la vez señalar algunos de los rasgos que deberían definirle. En las sesiones tercera y cuarta analizo en forma más detallada aquellas áreas que constituyen mi objeto particular de interés profesional, es decir, la política exterior y de defensa venezolanas. Un único hilo conductor pretende dar unidad a las cuatro partes del libro, y solo me resta confiar que me haya sido posible hilvanarlo con suficiente precisión.

(6) Sigmund Freud, *Civilization and Its Discontents*, (Third Edition), Hogarth Press and the Institute and Psychoanalysis, London, 1946, pp. 35-36

(7) Toynbee, ob.cit. pp 444-445

(8) Karl Popper, *The Open Society and Its Enemies*, Vol I, (Fifth Edition), Routledge & Kegan Paul, London, 1966, p.176

Introducción

I

NATURALEZA DEL DESAFIO VENEZOLANO

Petróleo y Populismo.

En un artículo de prensa escrito con motivo del estreno de su famosa pieza teatral "La Muerte de un Viajante", el dramaturgo norteamericano Arthur Miller definió la esencia de la tragedia como la dislocación de la imagen que cada quien tiene de sí mismo".¹ Esta es una idea poderosa, que no sólo se ajusta a la realidad de los individuos sino también a la de las naciones enteras. Posiblemente, la esencia del malestar y la desconfianza que se han instalado entre un amplio sector de venezolanos en tiempos recientes, y que tienden a crecer día a día, tiene sus raíces en la progresiva y persistente dislocación que viene experimentando la imagen que nos habíamos hecho del país, particularmente durante la década que se inició a partir de 1973.

El camino desde los sueños de la Gran Venezuela, el Nuevo Orden Económico Internacional, y el papel protagónico de Venezuela en el mundo, hasta la dura realidad del endeudamiento, la devaluación de la moneda, la pérdida de la credibilidad de las organizaciones y líderes políticos democráticos, el deterioro institucional, el incremento del clientelismo partidista y la constatación de que la corrupción se ha generalizado en el país, ese camino, repito, desde el reconfortante mundo de las ilusiones hasta la severa coyuntura en que ahora nos encontramos ha sido excesivamente rápido y traumatizante. Sin embargo, la misma severidad del cambio, la crudeza y velocidad de1 descenso, aún no han permitido que surja entre el liderazgo nacional una imagen alternativa, a la vez clara y consistente, sobre el país que tenemos y el que deseamos crear. Lentamente hemos caído en cuenta de que en esos años atravesamos una etapa de desmesuradas fantasías, de espejismos, de expectativas falsas, de autoengaño y retórica artificial que dañaron hondamente lo que quizás podríamos denominar el alma nacional, que no es otra cosa que nuestra imagen de nosotros mismos. Pero no es fácil, en base a esta toma de conciencia, dar inicio a un proceso de rectificación a fondo bajo la gula de un proyecto nacional diferente, que preserve los logros del pasado pero que

¹ Arthur Miller, "Tragedy and the Common Man". *The New York Times*, , 27 February 1946.

supere las fallas de una democracia en obvia situación de descomposición y crisis. Tal proyecto tendría que levantarse sobre una visión alternativa del país que tenemos, de nuestra posición en el mundo y de la Venezuela que deberíamos tratar de construir; y esa visión, para decirlo en pocas palabras, tendría que fundamentarse en la aceptación de que somos un pequeño Estado, de importancia relativamente marginal en las relaciones internacionales, cuyos problemas – al menos por ahora- superan nuestras capacidades de gestión, y de que debemos actuar a la vez con modestia y realismo, con un acertado equilibrio entre la audacia y la prudencia, convencidos de que el desafío principal es *interno* y de que sólo nosotros mismos, con nuestros propios esfuerzos, podemos salir del atolladero.

“Toda sociedad”-escribió en una ocasión Henry Kissinger- “puede alcanzar un punto en su proceso evolutivo en el que corre el riesgo de haber agotado todas las posibilidades de innovación inherentes en su estructura. Una vez alcanzado este punto la sociedad pierde su capacidad de adaptación, y tarde o temprano, no importa cuán poderosa o estable sea en apariencia, comenzará a desintegrarse. El colapso de las naciones se debe entonces a dos factores: la rigidez interna y el deterioro en la habilidad de sus líderes para dirigir el curso de los eventos.”² ¿Ha llegado Venezuela a este punto?, ¿se han agotado en nuestra democracia las potencialidades de la innovación política? Francamente, no lo creo así. Sin embargo, hay que tener claro que existen importantes obstáculos para el surgimiento y difusión de ideas nuevas que rompan los esquemas del pasado y abran perspectivas de renovación a nuestra sociedad y sistema político. Aquí vale la pena complementar la observación de Kissinger con un agudo párrafo de Hayek, según el cual, “El político de éxito le debe su poder al hecho de que se mueve dentro de los esquemas aceptados de pensamiento, y de que piensa y habla de acuerdo a los patrones convencionales. Sería casi contradictorio que un político fuese a la vez un líder en el terreno de las ideas. Su tarea en una democracia es descubrir cuáles son las opiniones que tiene la mayoría, en lugar de abrirle paso a nuevas opiniones que *podrían* hacerse mayoritarias en un futuro lejano”. De acá se deriva un grave problema para un sistema como el nuestro, que es el de la reducción progresiva en su capacidad de innovación intelectual en el terreno político. No se trata tan sólo de que en una democracia la mayoría puede en ocasiones estar equivocada, sino también -y esto es lo relevante para mi argumento- que buen número de veces esa mayoría tiende a estar desinformada respecto a la naturaleza y desarrollo real de las situaciones, se siente confusa y hasta desinteresada ante la complejidad de los problemas políticos y económicos, y busca en sus dirigentes las respuestas que requiere. Pero si estos últimos, a su vez, lo que desean es adaptarse el más extendido denominador común en el público, ¿de qué manera pueden entonces surgir ideas y planteamientos originales frente a los retos que tiene la nación?

El dilema esbozado se hace aún más agudo en tiempos de tensión como los que ahora vive Venezuela, pues es precisamente en tales circunstancias cuando se necesitan con mayor urgencia proposiciones renovadoras ante los problemas

² Henry A. Kissinger, *The Necessity for Choice*, Chatto and Windus, London, 1960, p. 303

nacionales. En la actual coyuntura del país existe una profunda necesidad de ideas no-convencionales sobre la economía, el papel de los partidos políticos, el rol del liderazgo, la organización del Estado, la reforma constitucional, la política exterior, y en fin, sobre las concepciones más globales acerca del porvenir de Venezuela y el carácter y propósitos de lo que he denominado nuestro proyecto nacional. No obstante, el sistema político venezolano no está dando muestras de poseer una capacidad creativa adecuada a las condiciones que vivimos. En parte -como comentaré más adelante- esto se debe a que, a pesar de que muchos de nuestros dirigentes perciben la realidad y peligrosidad del deterioro, hay aún una sólida reserva de confianza en la estabilidad básica del orden político, que a veces asume la forma de una cierta creencia mágica -derivada del espejismo petrolero- en que, de una u otra manera, saldremos airoso de la crisis.

A lo anterior se añade una concepción manipuladora y a corto plazo de la política que se halla bastante extendida entre nuestros sectores dirigentes. La importancia de la lucha electoral y las disputas internas en los partidos han concentrado por años la atención de buena parte de nuestros políticos, y en no pocos casos ello ha contribuido a dejarles atrás en relación a un país que es ahora mucho más complejo y que se enfrenta a desafíos crecientemente exigentes. Por último, existe también en nuestro medio una actitud ambigua, mezcla de respeto, sospecha e ironía, hacia la función de innovación intelectual en política. Hay que admitir que tal actitud ha encontrado cierta justificación en las posiciones radicalizantes que con demasiada frecuencia asumen nuestros intelectuales, y en el tradicional abismo, que permanece abierto, entre los proyectos de renovación que se plantean en Venezuela y las realidades y posibilidades concretas del país. No obstante, esto en nada disminuye el significado del problema que he querido formular: la democracia venezolana requiere en el actual momento histórico ideas no-convencionales y hondamente renovadoras, que la revitalicen y enrumben hacia metas de superación nacional en todos los órdenes; sin embargo, el hecho es que nuestro sistema político se muestra lento y reacio a innovar.

¿Qué hacer? Ante todo es indispensable afrontar la verdad de la crisis sin la más mínima muestra de autocomplacencia, y tener claro que la realidad del deterioro de la democracia venezolana va más allá de lo político -del fracaso del liderazgo y de las más vitales políticas públicas, de la conversión de los partidos en meras maquinarias electorales y del descontento generalizado de la población-, y hunde sus raíces en lo social y económico. En otras palabras, comienzan a presentarse en Venezuela constelaciones de problemas y estrangulamiento del desarrollo semejante a los que en repetidas ocasiones han producido el derrumbe de la democracia pluralista en la mayor parte de las naciones latinoamericanas. ¿Por qué hemos llegado a esta situación, cuáles son sus orígenes y qué podemos hacer para enfrentarla?

El conocido historiador británico E .H. Carr dijo una vez "que la historia sólo puede ser escrita por aquéllos que encuentran un sentido de dirección. La creencia de que venimos de alguna parte, está estrechamente vinculada a la creencia de que vamos a alguna parte Una sociedad que ha perdido la fe en su capacidad de progresar en el futuro cesará rápidamente de preocuparse por su

progreso en el pasado”³ Si bien es indudable que la democracia venezolana atraviesa por un difícil período, cuyo posible desarrollo y consecuencias están aun sumidos bajo un manto de incertidumbre, hay que reconocer los logros positivos del proceso que se inició en Enero de 1958. Lo que ahora somos, por supuesto, es producto del pasado; la historia es la raíz del presente, y aun si admitiésemos que los pueblos que olvidan su historia *no*, se condenan inevitablemente a repetirla, el conocimiento de la historia puede al menos ahorrarles a las nuevas generaciones la necesidad de aprender una y otra vez las mismas lecciones como si nada hubiese ocurrido antes y hacia atrás sólo existiese un vacío. ¿Y qué enseña la historia de Venezuela desde un punto de vista puramente político? Pienso que el recorrido de la Venezuela, independiente, casi hasta nuestros días, tiene un denominador fundamental que ha caracterizado por décadas nuestro proceso evolutivo como pueblo: la violencia de los venezolanos entre sí, la opresión de unos venezolanos sobre otros, y el aplastamiento continuo y sistemático de los derechos de los ciudadanos para servir intereses exclusivistas y minoritarios. En tal sentido, no cabe duda que la democracia inauguró una etapa cuantitativamente distinta y ampliamente positiva del acontecer histórico nacional.

Es crucial que los venezolanos de hoy apreciemos esta realidad: nuestro sistema de libertades, a pesar de sus serias fallas, es una significativa conquista histórica que nos separa de una larga era de tiranías, guerras civiles, y arbitrariedad. Esa historia debe también transmitirnos el mensaje de que la democracia y la protección de los derechos individuales constituyen un logro frágil, pues -entre otras cosas- el pasado ejerce su peso sobre el presente, y no sería sorprendente que el paulatino deterioro del actual experimento político venezolano desembocase en nuevos períodos de represión y autoritarismo. Esa conciencia acerca de la fragilidad histórica de la democracia y la libertad en nuestra tierra tiene que convertirse en el principal estímulo para el mejoramiento de nuestro orden político. El problema de aprender por la experiencia es que el costo de adquirirla puede resultar demasiado elevado. Al principio de una nueva etapa histórica los pueblos y sus líderes tienen usualmente numerosas opciones y alternativas para la acción creadora, pero un conocimiento escaso que pueda servir de base sólida a la toma de decisiones. Cuando ese conocimiento se adquiere, desafortunadamente, ya las opciones se han reducido -con el paso del tiempo y el impacto acumulativo de las escogencias ya implementadas- y así también se reduce la posible repercusión de las nuevas decisiones. Un ejemplo revelador -que será comentado posteriormente- lo ofrece la evolución de la política económica del Estado venezolano durante la pasada década: de las innumerables alternativas que se nos presentaron a mediados de los años 70 las más ambiciosas y desproporcionadas. Cuando sus efectos dañinos se hicieron patentes, ya era tarde para rectificar a fondo. De allí que la comprensión del pasado histórico debe generar conocimiento que podamos emplear *ahora* en el apuntalamiento de nuestras libertades, pues aun nos resta algo de tiempo y capacidad para decidir.

³ Edward. H. Carr, *What is history?* Penguin, Harmondsworth, 1964, p.132

En este orden de ideas, y retomando el tema de los logros de la democracia, vale la pena referirse al fenómeno que el notable economista norteamericano Albert Hirschman denominó "fracasomanía", que es, a su modo de ver, una actitud muy usual por parte de cada nuevo grupo de decisores en Latinoamérica, que consideran todo lo que vino antes de ellos como un fracaso total, creando así la impresión de que es necesario empezar desde cero una y otra vez. A esta tendencia se une la dificultad para percibir que han ocurrido y constantemente están ocurriendo cambios en nuestras sociedades, buen número de ellos con signo positivo, lo cual con frecuencia nos lleva a pasarlos por alto y abandonar las cosas a un inevitable deterioro.⁴ Es bastante evidente que estas observaciones se aplican con fuerza al caso venezolano, pues ya se ha hecho reglamentario que nuestros sucesivos gobiernos dediquen buena parte de sus energías a disminuir la importancia de lo que los precedió, sin generalmente detenerse a considerarlo en detalle o a intentar extraer beneficios de los aspectos positivos que ha legado el pasado. Ocurre también que el país ha avanzado y se ha transformado con tanta rapidez en los últimos veinticinco años, y en tantos terrenos de manera simultánea, que a los que nacimos bajo el imperio de la Venezuela petrolera nos resulta difícil asimilar la extraordinaria magnitud del cambio o interpretar adecuadamente lo que tiene de positivo.

No obstante, una vez admitidos estos puntos, se hace necesario retornar a la realidad de la presente crisis y el análisis de sus raíces y probables consecuencias, y apuntar que, a pesar de todo lo dicho acerca del avance que ha representado la democracia para Venezuela, *sí* ha habido un fracaso histórico de dimensiones tal vez insospechadas, pues- para citar de nuevo a Carr- " la dificultad de la historia contemporánea es que la gente recuerda el tiempo cuando todas las opciones estaban aún abiertas, y encuentra complicado adoptar la actitud del historiador, para el cual esas alternativas ya fueron cerradas por los hechos"⁵ No hace falta demasiado esfuerzo para caer en cuenta que a la nación ya se le han clausurado varias posibilidades de avance en la dirección de los que algunos – obnubilados por el flujo de petrodólares- dieron en llamar la Gran Venezuela. Esto, como sostendré en estas páginas, no es necesariamente negativo, ya que semejantes delirios de grandeza, aun en época de nuestra bonanza, siempre fueron exagerados, se colocaron más allá de nuestras dimensiones y entraron en conflicto con nuestros verdaderos intereses. Lo que cabe preguntarse es: ¿Qué otros senderos se le han cerrado al país?; en el punto en que estamos ¿Cómo nos relacionamos los venezolanos con ese pasado reciente y hacia donde aspiramos realmente orientar el país? Estoy convencido como sugerí previamente, que en las condiciones existentes de democracia política es posible para Venezuela tomar un rumbo con objetivos razonablemente claros y compartidos por la mayoría. Para lograrlo hay que hacer dos cosas: en primer lugar, comprender adecuadamente, cual ha sido la naturaleza y efectos de los factores determinantes en la evolución de la democracia venezolana hasta el presente y

⁴ Albert O. Hirschman, *Essays in Trespassing*, Cambridge University press, Cambridge, 1981, pp. 155-156

⁵ Carr. P. 98

su contribución a la crisis, y en segundo lugar dar forma a una visión lo mas precisa posible del tipo del país que queremos crear hacia el porvenir.

Venezuela ha avanzado en diversos aspectos, pero hemos pagado altos costos por ello y hemos despilfarrado en gran parte la talvez irrepentible oportunidad histórica que nos abrió la etapa de la bonanza petrolera. Dos factores claves explican el proceso evolutivo de la democracia venezolana: petróleo y populismo. El petróleo nos ha dado en apariencia la posibilidad de crecer aceleradamente y atacar a la vez numerosos problemas de toda índole en lo social, económico y político, sin que para ello haya sido indispensable realizar los esfuerzos de productividad, organización, ahorro e innovación que han caracterizado el desarrollo de naciones avanzadas en otras regiones del mundo. El populismo ha estado constituido, de un lado, por un conjunto de percepciones e ideas sobre la economía, la política y la visión global de la democracia y su futuro, y de otro lado por un cierto estilo de ejercicio del liderazgo que ha influido decisivamente la manera en que los venezolanos – nuestros dirigentes y la población en general- han asumido sus tareas históricas. Dicho de otra manera, la riqueza derivada del petróleo abrió una gama de alternativas para el desarrollo democrático nacional durante los pasados 25 años; de ese conjunto de posibilidades el liderazgo político y económico nacional ha escogido consistentemente una línea de acción de tipo populista que es un ultima instancia la que ha moldeado los perfiles mas nítidamente definidos de nuestra democracia. Es aquí también donde se encuentra la explicación de la presente crisis de nuestro orden político.

Casi desde los albores de la explotación petrolera en el país, venezolanos de relevancia -entre los cuales se contó de manera prominente en algunos momentos de especial pesimismo Juan Pablo Pérez Alfonso-, han interpretado el impacto de esta riqueza extraída del subsuelo como si se tratase de una suerte de maldición que inevitablemente tenía que conducirnos a la autocomplacencia, la desmesura y la corrupción típicas de las naciones que no han tenido que trabajar duro por su bienestar. Según esta perspectiva de las cosas los cuantiosos ingresos provenientes del petróleo nos condenan irremisiblemente al despilfarro de esa riqueza, a la distorsión y el desquiciamiento de la economía, al deterioro moral de la población y sus líderes, a la hipertrofia del Estado y el aumento continuo de las desigualdades e injusticias. Esta apreciación, sin embargo, se fundamenta en una concepción determinista de la historia que considero desde todo punto de vista inaceptable⁶. Al contrario, parto de la idea según la cual los hombres hacemos nuestra propia historia, aunque por supuesto no siempre dentro de un contexto que nosotros mismos hayamos deseado o escogido. No cabe duda que el factor petrolero ha jugado un papel crucial en el desarrollo de la Venezuela moderna, pero las vías específicas en que ha evolucionado la democracia, y la intensidad y complejidad de los desafíos que ahora tiene por delante, no surgen de la explotación petrolera misma sino de las ideas -políticas, sociológicas y económicas- que han guiado la inversión y utilización de esos recursos y que

⁶ Para un análisis de los aspectos éticos y epistemológicos del determinismo histórico, véase mi ensayo "Tolstoi, el poder y la paz", Revista *ARGOS*, Universidad Simón Bolívar, Caracas, N° 3, 1981, pp. 7-34

han dado forma al país que tenemos. Si las ideas y el estilo político que han conducido la acción de nuestros dirigentes a todos los niveles hubiesen sido otras, si las concepciones que han determinado la manera en que se ha realizado el gasto de la renta petrolera y el marco político-económico resultante hubiesen tenido una naturaleza no- populista, casi seguramente -estoy convencido de ello- la situación presente de Venezuela no sería tan en extremo inquietante como de hecho lo es.

Aquí valdría quizás la pena abrir un breve paréntesis metodológico, para tratar de afinar aún más el planteamiento que he venido haciendo en los párrafos precedentes. Es bien sabido que el materialismo histórico marxista enfatiza la importancia de los factores objetivos de tipo socio económico en la evolución de los asuntos humanos. Como lo formuló Marx en el Prefacio a su obra *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, "El modo de producción de la vida material condiciona en términos generales el desarrollo social, político e intelectual de los grupos humanos. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino que es su ser social el que determina su conciencia".⁷ Dicho en otra forma, si bien Marx no negó el papel de las ideas y de la voluntad humana como elementos del cambio histórico, su visión de la evolución social atribuye una influencia preponderante a los condicionamientos económicos. Max Weber, por otra parte, ofreció en su gran obra sobre *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* una versión de la historia que difiere significativamente de la de Marx, en cuanto que Weber quiso "contribuir a la comprensión de la forma en que las ideas se convierten en efectivas fuerzas históricas", mediante la comprobación de que la Reforma protestante y la aparición de las actitudes que abrieron las puertas al nacimiento del modo de producción capitalista no pueden ser explicadas como "el resultado históricamente necesario" de transformaciones económicas anteriores.⁸ En otras palabras, Weber mostró con gran originalidad y lucidez que las ideas y actitudes de los seres humanos sobre sí mismos y el ambiente que les rodea, son capaces de motorizar transformaciones que *no estaban implícitas* en el contexto en que se desenvolvían sus actividades, dando así amplio espacio a la creatividad histórica.

Desde luego, tanto la tesis de Marx como los postulados de Weber, llevados a un extremo, pueden conducir a posturas dogmáticas que en lugar de explicar la realidad contribuyen más bien a ocultarla del análisis crítico. No obstante, es claro que los aportes de Weber introdujeron correctivos importantes a las tendencias deterministas que se encuentran hondamente arraigadas en el pensamiento de Marx y en el de muchos de sus discípulos. Por esto, aplicando las enseñanzas de esta polémica metodológica en las ciencias sociales al tema que ahora me ocupa, he intentado plantear que es un error creer que el rumbo que ha seguido la democracia venezolana en los campos socioeconómico, político e ideológico, estaba inevitablemente definido en un presunto carácter determinista del factor petrolero. Si bien el petróleo creó la posibilidad de que Venezuela tomase el camino que ha tomado, el hecho de que nuestros

⁷ Karl Marx and F. Engels, *Selected Works*, Lawrence & Wishart, London, 1968, p. 182

⁸ Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Allen & Unwin, London, 1976, pp. 90-91

dirigentes optasen por la vía fácil de la economía rentista y de la política populista fue el resultado de decisiones, escogencias y tomas de posición-deliberadas o no en todos sus aspectos- que *han podido ser de otra manera*. Es decir, que los errores cometidos deben atribuirse a fallas del liderazgo y no a la supuesta inevitabilidad que, según algunos, está en la esencia misma del factor petrolero como determinante de nuestra existencia nacional.

¿En qué consiste entonces el populismo? Se trata, a la vez de un *tipo* de movimiento político, de un conjunto de concepciones *sobre* la política, y de un estilo de ejercer el liderazgo. Dicho de otra manera, el concepto de populismo tiene un contenido histórico-político y un aspecto ideológico. Históricamente, a partir de la década del 40, el populismo latinoamericano ha representado el intento -generalmente dirigido por la clase media- de conjugar esfuerzos de varios sectores sociales para crear un sistema político de amplia participación y una economía industrializada, capaz de satisfacer las aspiraciones tanto del trabajo como del capital. Según Juan Carlos Rey, "Los partidos o movimientos políticos populistas latinoamericanos se caracterizan, ante todo, por construir una coalición de clases y grupos sociales heterogéneos... Desde el punto de vista de los condicionamientos estructurales más generales, tales coaliciones surgen tras la quiebra del modelo primario-exportador asociado al 'crecimiento hacia afuera' y representan el intento de formar una alianza tácita entre clases y grupos sociales diversos con el fin de buscar una nueva forma de inserción en el sistema capitalista internacional y la puesta en marcha o la aceleración e intensificación- de un modelo de 'crecimiento hacia adentro', primordialmente mediante la industrialización sustitutiva de importaciones".⁹

El sistema democrático establecido en Venezuela a partir de 1958 se fundamentó sobre expectativas de participación política creciente y mejoramiento continuo en lo social y económico de amplias capas de la población. Los diversos sectores que convergieron en la creación de ese nuevo orden de cosas -con excepción de la, para entonces, izquierda insurreccional- lo hicieron en función de aspiraciones comunes: se trataba de un régimen incorporativo que en teoría debía satisfacerlas pretensiones de grupos diversos, con intereses muchas veces en el fondo divergentes pero dispuestos sin embargo a acatar ciertas reglas de juego en la medida en que el sistema brindase respuestas positivas a las demandas de cada sector. Es importante aclarar que de hecho, *todas* las democracias pluralistas que existen descansan sobre coaliciones sociales heterogéneas, pero no todas adoptan las características que en América Latina tradicionalmente le ha dado el populismo a la democracia. En otras palabras, el hecho innegable de que en Latinoamérica los sistemas democráticos han fracasado repetidamente tiene que ver en parte, con cuestiones de tipo objetivo o estructural -de naturaleza socio-económica y también con factores políticos e ideológicos, entre los cuales ocupa un lugar de primordial importancia el estilo político populista. Nuestro problema no ha sido -para insistir sobre el punto- que la democracia haya requerido la convergencia y el consenso de diversos sectores, sino que el sistema se ha levantado sobre

⁹ Juan Carlos Rey, "Ideología y Cultura Política: El Caso del Populismo Latinoamericano", en *Problemas Sociopolíticos en América Latina*, Editorial Ateneo de Caracas y Editorial Jurídica Venezolana, Caracas, 1980, pp, 146, 150.

supuestos políticos populistas que han conducido la economía y la sociedad hacia el callejón sin salida de la dependencia total respecto a la renta petrolera, creando también las bases del deterioro institucional, el clientelismo político, y la generalizada corrupción administrativa.

Desde el punto de vista estructural, el dilema que recurrentemente ha producido el derrumbe de los sistemas democráticos en Latinoamérica se plantea entre, por un lado, las exigencias de acumulación y ahorro como palancas de inversión y crecimiento económico, y de otro lado los requerimientos distributivos de todos los sectores cuya presión -por educación, vivienda, empleo, servicios públicos, etc., aumenta constantemente e impone al Estado un gasto de permanente abultamiento. Para citar de nuevo a Rey, "El éxito de la política populista se basa en que las relaciones en el interior de la coalición no sean suma-cero, lo cual implica que los premios y recompensas a repartirse entre sus miembros han de tomarse *del exterior de ella*. Tal reparto no tiene que hacerse en partes necesariamente iguales entre sus miembros; por el contrario, lo típico es que los sectores más marginados y desorganizados participen en proporción considerablemente inferior que los demás organizados y privilegiados de manera que, a la larga, *el resultado general de las políticas redistributivas es el aumento de la brecha entre ambos sectores*. Por consiguiente, el mantenimiento de la coalición está condicionado a una expansión económica y al éxito de las políticas de industrialización que no sólo proporcionan beneficios a la burguesía, sino también permiten un aumento de la producción, de los mercados, del empleo y, en general de la participación de sectores diversos"¹⁰ Puesto en otros términos, y simplificando un tanto las cosas, desde la perspectiva estructural el populismo se basa en el intento de, *a/ mismo tiempo*, satisfacer las demandas crecientes de una amplia gama de sectores y grupos y de construir una economía sólida y productiva que sea capaz de responder a esas demandas. Si bien semejante propósito no es en principio imposible, el camino estatista siempre escogido por el populismo, y el estilo político que caracteriza tal fenómeno en nuestras sociedades han bloqueado -como trataré de mostrar en estas páginas- las vías para una reconciliación entre democracia y desarrollo económico en nuestras naciones. En América Latina, con muy pocas excepciones, y a diferencia de las democracias occidentales avanzadas, no ha sido posible preservar por mucho tiempo coaliciones heterogéneas en juego político abierto, y el dilema distribución versus capitalización ha llegado comúnmente a un punto de ruptura final y a la aparición de regímenes autoritarios excluyentes. Estos últimos resuelven el dilema aplazando para un futuro indefinido las expectativas distributivistas mediante el cierre de los canales de acceso democrático a los sectores mayoritarios menos favorecidos.

¿Qué ha permitido en Venezuela la supervivencia de la democracia, a pesar de que hemos sido gobernados con criterios y estilo típicamente populistas por más de dos décadas? Como bien lo expone Rey en el párrafo citado anteriormente, el juego populista se mantiene en la medida en que los miembros de la coalición tomen sus recompensas (satisfagan sus demandas)

¹⁰ Ibid. P.162 (Subrayado A.R).

con recursos provenientes *del exterior de ella*; es decir, no necesariamente con el producto de una economía sólida y equilibrada, sino con los beneficios - controlados por el Estado- del sector primario- exportador. Es claro, entonces, y se ha dicho muchas veces, que la supervivencia de la democracia populista en Venezuela se explica en buena medida -aunque no exclusivamente- por la gran capacidad de maniobra que ha otorgado al Estado la renta petrolera, la cual le ha posibilitado-al menos hasta tiempos recientes- dar algún tipo de respuesta, aunque sea mínima, a las expectativas múltiples y encontradas de grupos diversos y con demandas que con frecuencia no están en armonía. La fragilidad fundamental de la democracia venezolana está en que se basa en la esperanza generalizada de un progreso socioeconómico, continuo por parte de todos los grupos sociales, en tanto que la economía no ha podido dejar de ser postiza, pues se trata de una economía esencialmente rentista, de altos costos y bajísima productividad. A pesar de que el juego de acrobacia del Estado con la población ha dado resultados medianamente satisfactorios por dos décadas -en cuanto a la participación política, movilidad social y acceso a recursos- ya se hacen evidentes alarmantes signos de descomposición debido al deterioro en los términos de intercambio (tendencia a la baja en los precios del petróleo), al agotamiento de la sustitución de importaciones, a la estrechez de los mercados internos, y finalmente al aumento ineluctable de las demandas distributivistas de todos los sectores, estimulados en sus ilusiones por la demagogia populista que ha venido caracterizando por años los procesos electorales del país. En Venezuela ya existen estos estrangulamientos del desarrollo, a los que se añade el fracaso, cada día más patente, de las ambiciosas políticas de inversión del Estado, que presuntamente harían menos rentista nuestra economía erigiendo una plataforma autosostenida de producción industrial pesada (no-petrolera). Como resultado, el presupuesto nacional se disipa en gran parte en gastos improductivos, la deuda crece desmesuradamente, la moneda pierde paulatinamente su valor y la inflación y el desempleo comienzan a golpear duramente a la ciudadanía.

Desde luego, la democracia venezolana no sólo cuenta con un basamento económico, sino también con el pilar de sustentación que se deriva del apoyo mayoritario de la ciudadanía, de la disposición de nuestra gente a vivir en una atmósfera de libertades públicas, y la conciencia de los altos costos de toda índole que implican las salidas dictatoriales. No obstante, el cuadro que ha comenzado a perfilarse en nuestro país es en extremo preocupante, pues combina los efectos de una economía distorsionada, una sociedad hondamente desigual, un marco institucional ineficiente y en creciente desprestigio, con un enorme cúmulo de expectativas generadas por los partidos políticos, en particular AD y Copei, a través de dos décadas de exaltación populista, que han dejado a la nación y sus líderes en condiciones poco propicias para enfrentar las cambiantes circunstancias de nuestro presente histórico. La cruda realidad indica que en 25 años de democracia hemos extraído alrededor de 27.000 millones de barriles de petróleo y desembolsado un gasto fiscal que alcanza unos 700.000 millones de bolívares, y sin embargo, no hemos sido capaces de cimentar una nación que viva del producto de una economía no-rentista, con una sociedad equilibrada y un marco legal respetado y eficaz, todo lo cual nos

ha colocado en una posición altamente vulnerable, que experimenta síntomas de descomposición semejantes a los que han originado el derrumbe de la democracia en otras naciones del continente.

¿Qué ha ocurrido? ¿Era posible tomar un rumbo diferente? Estoy convencido de que sí lo era, y de que la constelación de problemas descrita no le hubiese presentado, al menos no con la intensidad y repercusiones con que lo ha hecho, si el liderazgo político nacional hubiese rechazado la tentación populista y los mitos estatistas de nuestro tiempo, adoptando en su lugar un estilo político ajeno a la demagogia y el clientelismo y basado en la moderación, y una ideología económica favorable a los mecanismos de mercado, a la competencia y la iniciativa de los individuos, y sospechosa del intervencionismo estatal. Como lo formula, con acierto y lucidez, el economista venezolano Roberto Dubuc, en nuestro país los ingresos petroleros han sido utilizados fundamentalmente para el establecimiento de una *economía de Estado*: "Si hacemos" –escribe "una radiografía de la estructura de la economía venezolana, descubriremos que ésta se asemeja mucho más a la de un país socialista de Europa Oriental que a la de los llamados países capitalistas. No queremos decir que en Venezuela no haya empresarios privados; de hecho muchos de ellos tratan de sobrevivir ante el aplastante poder económico del Estado gracias a su esfuerzo y talento organizativo... Pero es indudable que más de un pretendido empresario ha emergido repentinamente como resultado de las ventajas especiales concedidas por el Estado o, incluso, por la apropiación indebida de los fondos públicos. Estos empresarios advenedizos se parecen muy poco a los empresarios típicamente capitalistas que hacen su fortuna después de un largo período de innovación y riesgo. La misma presencia de un Estado fuerte y dominante conduce a que muchos individuos intenten apoderarse del aparato estatal a fin de obtener privilegios particulares".¹¹

Es decir, que las ideas económicas que han guiado la acción de los diversos gobiernos democráticos venezolanos a partir de 1958, en lugar de orientar las energías nacionales hacia la creación de una economía sólida y productiva, basada en la iniciativa individual, la sana competencia en un marco legal con reglas iguales para todos, y la implacable sanción al usufructo indebido de la riqueza nacional, nos encauzaron más bien por la vía a la vez más fácil, irresponsable y reconfortante a corto plazo de acrecentar el poder económico del Estado en base a la explotación pasajera de una economía rentista, utilizada para mantener satisfechos los apetitos de una amplísima clientela populista cuyas expectativas ya han llegado a desbordar el potencial del petróleo como alimento del sistema. Tanto Acción Democrática como Copei, además de otros partidos y movimientos que han participado directa o indirectamente del ejercicio del gobierno nacional en los últimos 25 años, han contribuido a extender a pasos agigantados las funciones y compromisos del Estado, aumentando así los recursos del mismo y su capacidad para conceder beneficios materiales a una coalición adormecida por la mentalidad rentista. Al convertirse en el correa de transmisión populista entre el petróleo y la sociedad venezolana, el Estado, *que equivale en nuestro caso a los partidos*

¹¹ Roberto Dubuc Picon, *Hay salida*, (mimeografiado), Caracas, 1983, p.25

políticos que le controlan, nos han llevado a una situación de total dependencia respecto a un ingreso cambiante y perecedero, una situación cuyo impacto va mucho más allá de lo económico y se incrusta en la propia psicología colectiva de una ciudadanía que en buena medida ha adoptado la mentalidad rentista generada por los errores y desaciertos de sus dirigentes.

En Venezuela el populismo ha significado la implantación de un conjunto de ideas económicas y la diseminación de una concepción de la política y de un estilo de hacer política, profundamente dañinos al interés nacional. Tanto la mayor parte de los líderes de AD y Copei, así como gran número de intelectuales y analistas dentro y fuera de los partidos, han sucumbido por mucho tiempo a los mitos socializantes que sedujeron, después de la 2ª Guerra Mundial, a sectores importantes de la socialdemocracia y el social cristianismo a nivel internacional. Se trata de los mitos que atribuyen una especie de omnipotencia a la intervención del Estado en la vida económica, que rechazan - casi como si fuesen pecaminosos- la viabilidad de los mecanismos de mercado y la competencia; que proclaman a ultranza que las empresas públicas constituyen una afirmación de nacionalismo; que hostilizan, persiguen, o contribuyen a corromper a los que se dedican por sus propios medios a la actividad de producir riquezas; que desconfían de la iniciativa individual y usan las aspiraciones de igualdad y justicia para castigar el mérito y eliminar la competencia; y que, para redondear este cuadro de supersticiones que tanto daño hacen a las naciones que las acogen, tales mitos, repito, en lugar de buscar la causa de nuestros problemas y equivocaciones en nuestras propias acciones le atribuyen el origen de nuestras desventuras a otros países, al orden económico internacional, o cualquier otro fantasma, pero pocas veces a los propios desaciertos del liderazgo nacional.¹²

En términos políticos, el populismo predominante en Venezuela se origina en una noción de la política como manipulación, como mero intento de preservar el poder en lugar de utilizarlo sistemáticamente en función de objetivos de interés público. Varias características definen el estilo político populista: en primer lugar, la vocación demagógica, que lleva a ofrecer más de lo que se puede lograr, y a generar expectativas que no es posible satisfacer; en segundo lugar, la visión de túnel electoralista, que obstaculiza la voluntad creadora y merma la potencialidad de los partidos políticos para actuar como agentes de la superación ciudadana y nacional. Por -último, una característica clave, y quizás la más nefasta de ese estilo tan común entre nuestros dirigentes es la incapacidad para ver un abismo, contemplarse en él, y tomar a tiempo las medidas correctivas para rectificar el rumbo y evitar un colapso, de graves consecuencias para el país entero.

En tal sentido, uno de los pasos esenciales que deben darse con miras a afrontar políticamente la situación de deterioro nacional es tomar plena conciencia de sus verdaderas causas y de los riesgos que ella implica, en especial el de la gestación de una posible salida de tipo autoritario y antidemocrático en un futuro no demasiado lejano. Ello ha ocurrido en otras naciones latinoamericanas de desarrollo democrático aún más sólido que el

¹² Vease: Ibid, pp 25-26

nuestro, a raíz no tan sólo de crisis estructurales en la economía y la sociedad, sino también y fundamentalmente, del fracaso de las élites políticas en gestionar eficazmente y con probidad los asuntos públicos, y de la consecuente pérdida de credibilidad de amplios sectores en la capacidad del Estado democrático para resolver eficientemente los problemas. Es la conciencia de ese peligro la que motiva el presente análisis, que ahora debe considerar con mayor detalle el proyecto político que han encarnado los principales partidos de nuestra democracia y sus efectos presentes.

Socialdemocracia, Socialcristianismo y Populismo

Fue Maquiavelo, en *El Príncipe*, quien primero enfatizó que en política, muchas veces, las mejores intenciones -puestas en práctica- se transforman en lo contrario de los que sus promotores querían y llevan a resultados opuestos a los que se esperaban. ⁽¹⁾ Propósitos que parecían excelentes de pronto llevan a la ruina, y otros que en principio lucían mal pueden desembocar en realidades positivas para la sociedad. La idea tiene enormes implicaciones, pues cuando se estudia la historia no es difícil caer en cuenta que numerosas tragedias han sido desencadenadas con los más loables objetivos en mente. Las revoluciones de nuestro tiempo son un ejemplo típico: su origen ha sido una voluntad de superación y liberación humanas. Su producto, sin embargo, ha sido el totalitarismo y la opresión llevados aun más elevado nivel de refinamiento.

Así es de impredecible la política, como todos los asuntos humanos. Max Weber también lo apuntaba en su famoso texto "*La Política como Vocación*": "Es una tremenda verdad y un hecho básico de la Historia!" -decía-... "el de que frecuentemente o, mejor, generalmente, el resultado final de la acción política guarda una relación totalmente inadecuada, y frecuentemente incluso paradójica, con su sentido originario". ⁽²⁾ Esta especie de alquimia de la política mediante la cual en ocasiones lo que parece bueno y deseable puede hacerse negativo y reprobable, y viceversa, no es ningún principio metafísico sino una simple constatación empírica, que tiene obvia relevancia en el caso de la democracia venezolana.

En efecto, muy probablemente, o, más bien, casi seguramente, la mayor parte de los que asumieron la responsabilidad de enrumbar nuestro proceso democrático en sus primeros años de vida, de ninguna manera imaginaban que a consecuencia de sus postulados y acciones en Venezuela se iba a desarrollar una economía totalmente dependiente del petróleo, y un sistema político caracterizado por el clientelismo partidista y la corrupción en sus más diversas manifestaciones.

(1) Machiavelli, *The Prince*, Penguin, Harmondsworth, 1961, pp. 92, 123, 130.

(2) Max Weber, *El Político y el Científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, p. 156.

Al contrario, es posible que, ahora, muchos de esos hombres y mujeres contemplen con estupor y desengaño lo ocurrido, y admitan con una mezcla de resignación y rebeldía el hecho de que el Estado venezolano, durante 25 años, ha devorado la casi totalidad de los ingresos provenientes de la liquidación de los minerales de nuestro subsuelo de una forma principalmente improductiva, asfixiando la posibilidad del surgimiento de una economía equilibrada, con un sector privado sólido y eficiente y un sector público a la vez controlable y rentable para el país. Es posible, también, que buen número de esos líderes acepten como una realidad incontrovertible el deterioro de nuestros partidos políticos, que de instrumentos de renovación y cambio en beneficio de Venezuela han devenido en meras maquinarias electorales, caracterizadas por la lucha tribal entre facciones unidas tan sólo por intereses personalistas, carentes de inquietudes ideológicas y de las cuales se ha ausentado casi por completo el genuino entusiasmo nacionalista que en otro tiempo tal vez les caracterizó. Y sin embargo, aun cuando nuestros dirigentes democráticos analicen o no con ojo crítico las realidades actuales como producto del camino que tomaron inicialmente, lo cierto es que las ideas políticas y económicas que han predominado a lo largo de nuestra evolución democrática no podían menos que llevarnos a la situación que en este momento vivimos. Es decir, no importa cuáles hubiesen sido las *intenciones* de esos hombres y mujeres que tuvieron, y en algunos casos aún tienen, en sus manos la tarea de liderizar al país; el hecho es que las *ideas* que han manejado en materia económica y el estilo político que han adoptado conducen directamente a los males de la dependencia petrolera, el estatismo, la demagogia populista y la partidocracia clientelar.

Ya en 1958 Rómulo Betancourt decía lo siguiente: "la cuestión (para Venezuela) se plantea ahora en estos términos: ¿Ese mayor ingreso en la renta petrolera vamos a seguir invirtiéndolo en bisuterías costosas... o vamos a invertir racionalmente ese dinero en dos sentidos: en el sentido de crear una economía sólida y estable y permanente y, sobre todo, venezolana, paralela a esa economía adventicia y transitoria que deriva el petróleo?"⁽³⁾ Y en otra ocasión en esa misma época afirmaba: "Tenemos problemas, pero el Estado venezolano dispone de una potencialidad fiscal que hace posible afrontar la solución de estos problemas. Para ello será necesario empobrecer al gobierno para enriquecer al país... Estamos viviendo de prestado de una riqueza, de la riqueza del petróleo, que nos va a durar apenas unas pocas décadas. Contra reloj, en este lapso tenemos que crear una economía nuestra, una agricultura poderosa, una ganadería próspera, una industria potente, para que cuando desaparezca el petróleo... no veamos ese fenómeno con desolada tristeza... sino como algo que se esperaba y para lo cual estábamos preparados".⁽⁴⁾

(3) Rómulo Betancourt, *Posición y Doctrina*, Editorial Cordillera, Caracas, 1959, p. 87.

(4) *Ibid*, pp. 273-274.

En estos párrafos están presentes una serie de planteamientos que han jugado papel predominante a todo lo largo de nuestra evolución democrática: En primer lugar la idea firmemente expresada de que la riqueza petrolera es en sí misma un espejismo que debe ser utilizada para crear un aparato económico, industrial, agrícola y comercial, capaz de perdurar más allá del período, relativamente corto, de la bonanza extractiva. En segundo lugar -y éste es el reverso de la tesis del petróleo como maldición- la idea de que el petróleo podría ser nuestra salvación, el gran demiurgo de nuestro desarrollo, que nos ahorraría muchas de las dificultades que confrontan otros países de América Latina, Asia y África. Como lo formulaba Betancourt en otra alocución del período, "En la India, extraordinariamente populosa, de Nehru... se aprecian problemas sociales y económicos agudos; pero existe entre la India y Venezuela la diferencia de que mientras Nehru necesita realizar un viaje a Washington en solicitud casi encarecida de un préstamo de cien millones de dólares para iniciar su segundo plan quinquenal... nosotros disponemos de dinero fiscal derivado del producto del petróleo; dinero que podemos y debemos aumentar mediante una revisión negociada del status en cuanto a los impuestos petroleros".⁽⁵⁾ La tercera idea expuesta por Betancourt y otros importantes dirigentes en esa etapa inicial de la democracia, y que se ha mantenido hasta nuestros días como una constante en el marco intelectual de nuestro liderazgo, es que debía ser el *Estado* el gerente gestor primordial y casi único del desarrollo nacional, afrontando *a la vez* -con financiamiento petrolero- la promoción de la industria manufacturera, la agricultura, la ganadería, la educación, la política de vivienda, la de salud pública, de infraestructura, y de todos los servicios públicos concebibles.⁽⁶⁾ Por último, todo esto, es decir, el desarrollo, tendría que lograrse en un lapso de tiempo relativamente corto, pues -como con característica metáfora lo planteaba Betancourt- Venezuela estaba trabajando contra reloj.

Es imposible exagerar el impacto que este conjunto de ideas, compartidas por una mayoría sustancial del liderazgo nacional y de la población en general, ha tenido en la definición de nuestro modelo político y económico democrático. Aunque esta no fuese la *intención* de nuestros dirigentes al formular a grandes trazos ese proyecto nacional de la democracia, el hecho es que detrás de esas aspiraciones se asomaban tres supuestos que carecían entonces, y aún carecen, de firme sustentación en la realidad de las cosas. Se trata, por una parte, de la noción de que el desarrollo venezolano puede lograrse sin austeridad, sin ahorro, sin sacrificio económico por parte de la población pues podemos comprarlo con el petróleo. El segundo supuesto que se desprendía de los planteamientos de la época, y que continúa jugando un papel en la mitología política de la democracia, es que ese desarrollo puede alcanzarse en

(5) Ibid, p. 99.

(6) Véase Ibid, p. 208.

corto-tiempo, y que es un proceso que exige afrontar todos los problemas a la vez, sin un claro sentido de las prioridades. Por último, el tercer supuesto implícito de las concepciones mencionadas era que el Estado venezolano, además de principal promotor del desarrollo, debía convertirse también en *Estado benefactor desde el propio comienzo de su gestión*, pues la población pedía una pronta y eficaz solución a sus problemas y esto exigía que el Estado le diese satisfacción efectiva a todas sus demandas. Dicho en otros términos, el Estado benefactor no sería en nuestro caso el producto de un largo y exigente proceso de creación de riqueza a través del trabajo, el ahorro, y la innovación administrativa y técnica, sino un lujo a ser disfrutado de gratis, gracias al petróleo. Eso sí, según lo expresaba Betancourt, sería necesaria “la redistribución de la renta nacional”⁽⁷⁾, pero sin detenerse a explicar en qué consistiría exactamente ese objetivo.

Desde luego, al enunciar tales propósitos el liderazgo democrático nacional asumía que la planificación centralizada, la sustitución de importaciones, la reforma agraria y el aumento del gasto corriente en todos los campos y a todos los niveles de la economía eran instrumentos plenamente idóneos para materializar el tan ansiado desarrollo. Si bien existían algunas dudas sobre la sabiduría de acometer una misión tan exigente, generando tan elevadas expectativas, sobre la base del excedente petrolero, los cuestionamientos iniciales de ninguna manera frenaron el ímpetu de nuestra dirigencia, ni las ilusiones de la gente. Betancourt advertía, en relación a la “sustitución de importaciones”, que no se debía “tender en tomo al país una especie de muralla china”,⁽⁸⁾ para proteger la incipiente y costosa industria nacional, olvidando, sin embargo, que *eso, y no otra cosa*, es lo que requiere tal “sustitución y lo que le había condenado con anterioridad al fracaso en otras naciones latinoamericanas que la ensayaron. Lo que se perdía de vista era que la síntesis de todo el conjunto de proposiciones económico-políticas en que se basaba el proyecto nacional elaborado en esos años, no iba más allá de la típica receta populista experimentada sin éxito durante las décadas del 40 y 50 en América Latina. Una élite política con concepciones diferentes habría intentado represar las expectativas de la población, concentrándose en la creación de un marco institucional adecuado para el crecimiento equilibrado de una economía mixta, sin avasallante predominio estatal. Hay que tomar en cuenta, no obstante, que en las condiciones de la época, y ante la insurgencia de la izquierda revolucionaria, la tentación populista era en extremo difícil de resistir políticamente, lo cual contribuyó aún más a acentuar las tendencias implícitas en la ideología predominante dentro de nuestros principales partidos.

Aun una persona de la estatura intelectual de Arturo Uslar Pietri, quien - cuando participó en la política práctica- ha sido una de las figuras más ajenas a la mitología populista en Venezuela, sucumbió sin embargo, en más de una ocasión, ante el espejismo de un desarrollo sin austeridad y a corto plazo.

(7) Ibid.

(8) Ibid, p. 275.

Como lo planteaba hacia 1963-64, "Construir un país o desarrollar un país implica fundamentalmente invertir capital. Los capitales, en su forma más simple y llana, provienen de un hecho: del hecho de que una parte de la riqueza producida no se destine directamente al consumo sino que se ahorre... Por lo tanto, cuando un país tiene que invertir en su desarrollo, tiene que ahorrar; y ese ahorro puede hacerse de muchas maneras, pero siempre constituye una operación difícil y un sacrificio... Sin embargo, Venezuela tiene un caso único y distinto, Venezuela es un país al que la providencia le ha dado *la oportunidad de poder realizar ese desarrollo económico prácticamente sin sacrificio de su pueblo*, porque el capital con el cual vamos a pagar esa transformación nos ha sido dado y está encerrado, como en las más seguras cajas, en el subsuelo... Venezuela tiene la posibilidad de realizar un desarrollo rápido, un desarrollo completo sin necesidad de imponer... sacrificios... Si nosotros tenemos del petróleo un concepto instrumental y lo consideramos simple y llanamente como un capital, como un instrumento de desarrollo para transformar a Venezuela, *podemos realizar el milagro de construir al país en menos de la vida de una generación*".⁽⁹⁾

El razonamiento de Uslar Pietri tiene gran interés, pues se desprendía de la constatación del presunto dilema que existe entre las necesidades del bienestar social y las necesidades del desarrollo⁽¹⁰⁾, así como de las dificultades que se le presentan a un régimen democrático si aspira llevar adelante con consistencia y perseverancia una política de austeridad económica. Según Uslar Pietri, "La mayoría de nuestras gentes ha carecido por tanto tiempo de tantas cosas elementales y necesarias para su bienestar que desean tenerlas, y simultáneamente tenemos requerimientos tan inmensos de desarrollo, de inversiones enormes en carreteras, en irrigación, en maquinaria pesada que fatalmente se impone constantemente una escogencia: o hacemos viviendas para las gentes o *les damos caminos*, o *les damos comodidades personales* o hacemos irrigación. Lo ideal sería llegar a ese igualmente difícil equilibrio de encontrar ese punto en el cual se pueda *llevar adelante un programa de desarrollo sin imponerle sacrificios sociales injustos a la población*".⁽¹¹⁾ Los ejemplos que Uslar Pietri utilizaba para ilustrar la noción de sacrificio que impone el desarrollo eran Inglaterra en el siglo XIX, y la Unión Soviética en la época de Stalin.⁽¹²⁾ Dejando de lado las enormes diferencias entre las condiciones imperantes en esas naciones, y las de un país como la Venezuela de los años 60 -con una población pequeña, amplio territorio, gran excedente financiero y un régimen que podía, al menos en teoría, buscar el consenso ciudadano en base a la verdad y no la manipulación y la represión-, vale la pena enfatizar la noción de *Estado paternalista* que se perfila en estos párrafos de Uslar Pietri, como una entidad que debe dar a la gente lo que pide.

(9) Arturo Uslar Pietri, *Hacia el Humanismo Democrático*, Publicaciones del Frente Nacional Democrático, Caracas, 1965, pp. 53-55 (Énfasis AR).

(10) *Ibid*, p. 109.

(11) *Ibid*, p. 110.

(12) *Ibid*, p. 66.

Aquí también este notable y justamente respetado escritor rendía tributo a los perjuicios de la cultura política populista, sin que ello, por supuesto, menoscabe su esfuerzo de interpretar lo más acertadamente posible el desafío de ese tiempo.

A mi modo de ver, el error que cometía Uslar Pietri consistía en concebir el dilema entre capitalización y progreso social en términos extremos, y en darle a la noción de sacrificio social un carácter prácticamente de hecatombe o catástrofe, que sólo aumentaba con la inadecuación de sus ejemplos históricos. No fue Uslar Pietri el único que vio las cosas de esta forma, lo cual, casi inevitablemente, reforzaba la tendencia a admitir la mitología populista como única vía de preservar el régimen de libertades y el apoyo ciudadano al proyecto nacional de la democracia. Pero los problemas de Venezuela no requerían ni la mano dura de Stalin ni la demagogia tradicional del populismo latinoamericano, sino una visión realista del desarrollo propuesta por un liderazgo consciente de los límites de la acción del Estado, capaz de dirigirse con claridad y autenticidad a la ciudadanía y de *confiar* en las capacidades mentales de los venezolanos comunes y corrientes para aceptar una alternativa no-paternalista y no-populista de la democracia, y una política económica fundamentada en la austeridad gubernamental y la promoción de un mercado competitivo, de bajos costos y elevada productividad.

Por otra parte, no obstante lo dicho antes, Uslar Pietri estaba en lo correcto al apuntar que un proceso de desarrollo es generalmente el resultado de la interacción de dos funciones, que Hirschman denomina la función empresarial y la función reformista. La primera es la función de acumulación, cuya fortaleza depende de la abundancia y calidad de las oportunidades para una inversión reproductiva de capitales; la segunda es una función de equilibrio o redistributiva, que se dirige a mejorar la posición de aquellos grupos que han sido dejados atrás o simplemente maltratados a consecuencia del empuje de la primera etapa acumulativa. Como bien señala Hirschman, la manera en que estas dos funciones sean ejecutadas y coordinadas es crucial en la determinación de los resultados económicos y políticos del proceso de desarrollo. ⁽¹³⁾ Ambas juegan un papel importante: por un lado, la función empresarial hace posible el aumento en la productividad y la generación de riqueza; por otro lado, la función reformista hace posible el sostenimiento del crecimiento económico luego del empuje desestabilizador de la etapa acumulativa -como en los casos, por ejemplo, del Acta de Reforma en Inglaterra en 1832 y del New Deal en los Estados Unidos. Hirschman también indica-y éste es un punto de particular relevancia en el caso de Venezuela- que en América Latina en general las fuerzas ideológicas que han enfatizado la importancia de la función empresarial han sido más *débiles* que en Europa o los Estados Unidos. En otras palabras, en nuestro medio, la función reformista o redistributiva ha contado tradicionalmente con un respaldo, político intelectual que no se corresponde con nuestros logros en el terreno de la acumulación y la

(13) Hirschman, p. 125.

innovación económicas, y esto ha traído como consecuencia un desequilibrio entre ambas funciones y, por supuesto, en nuestro proceso de desarrollo.(14) Hirschman cita como ejemplo de esto el hecho de que el impulso industrializador de la postguerra en nuestro continente duró sólo alrededor de una década, y fue seguido por una fase distinta caracterizada por el predominio del clamor redistributivo. En nuestro país se presentó un fenómeno semejante después de 1958, y me parece evidente que en Venezuela -a raíz del impacto de la riqueza petrolera- la función empresarial o bien ha sido percibida como relativamente secundaria, o bien ha sido atribuida casi por completo al Estado. Como resultado, los partidos políticos, que controlan el Estado y cuyo interés primario ha sido y es aumentar su base de apoyo, se han concentrado en la reforma casi con exclusión de la generación de un crecimiento económico *no-rentista*, es decir, eficiente, competitivo, y auto reproductivo.

Si bien es bastante probable que las *intenciones* del liderazgo político que estableció la democracia en Venezuela eran las de combinar en forma armoniosa ambas funciones económicas, el marco *ideológico* que guió sus acciones les empujaba en una dirección que -como afirmé previamente- contribuyó a acelerar las distorsiones de nuestro proceso de desarrollo. Para explicar con mayor precisión lo que ha ocurrido, hay que tener en cuenta que Acción Democrática y Copei no son movimientos aislados sino partidos que expresan en términos nacionales grandes tendencias políticas mundiales -socialdemócrata y socialcristiana respectivamente-, que enfrentan en diversos países el reto de perfeccionar una sociedad que no sacrifique las libertades políticas en aras de un ideal imposible, pero que también trabaje sistemáticamente por reducir los desequilibrios en su seno y no acepte pasivamente los desajustes de una economía de mercado. El pensamiento político socialdemócrata -y, también, el socialcristiano surgió como un intento de superar los extremos representados por el socialismo marxista y las versiones más radicales del individualismo liberal. Como lo exponía en 1939 el gran escritor alemán Thomas Mann, la "socialdemocracia" es un intento de reconciliar los valores del individuo con las demandas de la vida en sociedad", y añadía que "este balance jamás se logra definitivamente. Es una tarea humana que debe ser resucita una y otra vez".⁽¹⁵⁾

Esta es la esencia teórica de la socialdemocracia. En la práctica, sin embargo, el ejercicio del gobierno por parte de los partidos socialdemócratas y demócrata-cristianos en Europa y América Latina ha tendido, de acuerdo a las circunstancias y sobre todo a las convicciones de sus líderes, o bien a enfatizar los principios liberales y antioleactivistas implícitos en estas ideologías políticas, o bien a acentuar los aspectos socializantes que también llevan dentro de sí. La administración que dirigió Helmut Schmidt en Alemania es un ejemplo de lo primero, y el gobierno de Francois Mitterrand en Francia en su primera etapa al menos, ofrece vívidas ilustraciones de lo segundo. La primera versión de lo que significa un proyecto político socialdemócrata se fundamenta en el propósito de

(14) Ibid, p. 127.

(15) Thomas Mann, "The Problem of Freedom", en E. K. Bramsted y K. J. M Melhuish (compiladores), *Western Liberalism. A History in Documents from Locke to Croce*, Longman, London, 1978, p. 718.

combinar cuatro elementos en la conformación de una sociedad a la vez libre y justa; en primer lugar, un mercado descentralizado, con todo lo que ello implica en términos de espacio para el crecimiento de un sector privado empresarial poderoso y competitivo; en segundo lugar, la aceptación de una tasa de ganancia adecuada que premie el espíritu de empresa y garantice una constante inversión; en tercer lugar, el uso de un sistema libre de precios como método óptimo para determinar la utilización alternativa de sus recursos-escasos; y en cuarto lugar -pero de ninguna manera en orden de prioridad- la lucha por la justicia social del acceso de los individuos a las oportunidades y recursos de la vida civilizada. ⁽¹⁶⁾ Esta no ha sido, sin embargo, la visión predominante en nuestro país. En Venezuela, AD es el partido socialdemócrata por antonomasia. Por razones históricas que tienen que ver con el marco ideológico adoptado por sus fundadores, así como el impulso estatista que ha dado a nuestra economía el factor petrolero, AD se ha orientado básicamente de acuerdo a la tendencia socializante -hostil a los mecanismos de mercado, favorable a las soluciones corporativistas- de la socialdemocracia. Al contrario de lo que han sostenido algunos de sus críticos de izquierda, en AD ha dominado una concepción estatista de la misión de gobierno, fundamentada en un siempre creciente control de la economía por parte del sector público, en la convicción acerca de la bondad intrínseca de las nacionalizaciones, las empresas públicas, y, en general, del intervencionismo estatal en todos los órdenes de la existencia nacional. A esto se ha unido una visión predominantemente populista y marcadamente colectivista de la política y la sociedad, caracterizada por el intento de convertir el Estado (y el petróleo) en instrumento de salvación, en gran repartidor de riqueza y beneficios, en lugar de propender a reducir sus funciones en aras de ampliar el espacio para la iniciativa y creatividad de los individuos e instituciones independientes.

En cuanto a Copei, hasta mediados de la década del 60 éste había sido un partido que ponía gran énfasis en la importancia de las definiciones ideológicas y la elaboración de un claro y sólido proyecto político no populista para Venezuela. Sin embargo, ya para el momento de la elección del Dr. Caldera en 1968, buena parte de ese fermento o bien se había disipado o había sido implacablemente extirpado en función de presuntas exigencias electorales. Al igual que AD, Copei adoptó una postura de pragmatismo populista, cobijado por los ingresos petroleros y la posibilidad de gobernar sin prioridades firmes y sin tomar en cuenta criterios de austeridad. El punto culminante de esa tendencia se manifestó durante el gobierno del Dr. Herrera Campins. En ese período se agotaron casi por completo en Venezuela los mecanismos populistas como opción viable de gobierno -aunque muchos continúan viviendo de su nostalgia; no obstante, Copei demostró carecer de los recursos ideológicos para enrumbar de otra manera la nave del Estado.

(16) Véase: Arthur Seldon (*compilador*), *Agenda for Social Democracy*, The Institute of Economic Affairs, London, 1983, p. 6.

Como ideología política el social cristianismo ha evolucionado en términos bastante paralelos a la doctrina social de la Iglesia, y por ello refleja algunas de sus virtudes y defectos, particularmente en su versión latinoamericana. Entre las primeras cabe señalar el sentido de búsqueda y la inquietud por la reforma político-social, todo lo cual, si se canalizase adecuadamente, podría servir de base para una propuesta política a la vez sensata y eficaz. Las dificultades sin embargo -al igual que con la socialdemocracia- derivan de los perjuicios contra la economía de mercado, a favor del estatismo, y contra la noción liberal de la política que exalta al individuo y limita el rol de las agrupaciones políticas y de la intervención estatal en la vida ciudadana. En su doble propósito de enfrentar los problemas del capitalismo y la oferta revolucionaria socialista, el pensamiento socialcristiano se ha impregnado en nuestro país de la mitología populista, la cual, en lugar de servir de guía para una acción política constructiva sólo acentúa la demagogia y la ineficacia económicas. El caso del régimen presidido por Eduardo Frei en Chile y los gobiernos de Copei en Venezuela son ejemplos elocuentes de esto.

En Alemania e Italia, a pesar de, todos los obstáculos, los partidos demócrata cristianos han actuado según una visión distinta de la política y la economía, cercana a la perspectiva anti-socialista y liberal de un sector de la socialdemocracia, con resultados en general bastante aceptables. La terrible incompetencia y corrupción de la democracia cristiana italiana en años recientes es producto del desgaste luego de tres décadas de mando en base al miedo a la alternativa comunista. Sin embargo, en ambos casos se trata de democracias no-populistas, donde los partidos evitan crear expectativas excesivas en el electorado y se comportan de acuerdo aun sentido más realista del potencial y los límites de la acción del gobierno. Pero en Venezuela, Copei, al igual que AD, ha sido hasta ahora incapaz de dejar de lado los mitos populistas y de elaborar un proyecto dirigido a acrecentar su capacidad de gerenciar eficazmente el capitalismo de Estado venezolano, y ello, aunque parezca paradójico, exige desestatizar gradualmente la economía, romper los vínculos entre el Estado y el sector parasitario del empresariado, aclarar las reglas de juego económico, alentar los mecanismos de mercado, restaurar la confianza y castigar la corrupción. El reto para AD se plantea en forma muy semejante, y la renovación ideológica de este partido está planteada con urgencia, una renovación que abandone concepciones anacrónicas para una Venezuela de opulencia y despilfarro que ya se está acabando, y se adapte a la realidad emergente de una nación que está, por obligación y no por escogencia, dejando atrás su pasado rentista.

Esto no será fácil; no hay que perder de vista que el sistema populista ha dado a los partidos políticos que nos han gobernado extraordinarios beneficios, basados en el clientelismo y la corrupción. La extensión constante de las funciones del Estado y el acrecentamiento de los recursos a disposición del mismo guardan una relación directa con el aumento del poderío de las organizaciones políticas que lo controlan. No obstante, estoy convencido de que dentro de estos partidos existen numerosos individuos con voluntad de actuar firme y decididamente en función de los intereses del país, y no exclusivamente de una u otra tolda política. Para estos hombres y mujeres el obstáculo clave

que aún les impide asumir una postura ideológica renovada, acorde con las nuevas realidades nacionales, es el apego a la mitología populista y a los mitos socializantes que aún dominan la cultura política nacional. Tomemos por ejemplo estos párrafos extraídos de un reciente artículo de un importante dirigente de Acción Democrática. Al explicar en qué sentido, en su opinión, debe reorientarse la democracia, el autor (Marco Tulio Bruni Celli) argumenta que "En primer lugar, se impone liquidar la *desviación desarrollista*, que es aquella que se empeña en ver y medir el desarrollo por el mero crecimiento de las magnitudes económicas sin tomar en cuenta sus efectos sociales... Pero también se impone luchar; contra la desviación populista, asociada a la demagogia, al reparto y al derroche irresponsable de la riqueza, a la práctica de dar sin exigir, al gasto alegre en obras ofrecidas en programas irresponsables que no se acomodan a un plan serio e integrado de desarrollo social, pero que se construyen para sacar dividendos políticos. Esta desviación también ha costado numerosos recursos económicos y ha sido fuente de frustraciones colectivas".⁽¹⁷⁾

Lejos está de mi propósito cuestionar el más que justificado ataque que acá se hace a la desviación populista; no obstante, lo que llama la atención en este análisis es, de un lado, el intento de rendir tributo de oposición a una presunta desviación desarrollista, de cuya presencia me resulta muy difícil encontrar rastros en la ideología de nuestros partidos políticos y aun del sector empresarial -todos los cuales siempre enfatizan el término social al hablar de desarrollo. De otra parte, los párrafos citados siguen poniendo de manifiesto una visión del desarrollo centrada en la acción del gobierno, y en la idea de *planificación* por parte del Estado. Se habla de un plan serio e integrado de desarrollo social, pero no se define con precisión qué significa esto. En realidad, en estos conceptos hay más retórica que sustancia, y lo que se pierde de vista es que el desarrollo no es un proceso mágico sino el producto de gente de carne y hueso tratando de generar riqueza. En otras palabras, el desarrollo depende de las actitudes y aptitudes de la gente, y de un marco institucional que permita que esas actitudes y aptitudes se canalicen libremente y obtengan beneficios en base al esfuerzo y la iniciativa personal.

En Venezuela -aunque hayan existido movimientos desarrollistas sólo hemos padecido de una desviación populista y de un paternalismo estatal que asfixia, ahoga y congestiona toda la economía. La -única manera de alcanzar el desarrollo en una sociedad democrática-y este tema será objeto de un más detallado análisis posteriormente- es a través del trabajo creador de los individuos en un contexto de libertad económica. En nuestro país lo que hemos tenido es un Estado que sabe repartir pero no crear riqueza, y una ideología económica que es incapaz de responder a las exigencias de una economía no-rentista. Afirmar que en Venezuela se ha concedido secundaria importancia a los efectos sociales del crecimiento económico derivado del petróleo no se ajusta a los hechos. Al contrario, el populismo vigente en las concepciones

(17) Marco Tulio Bruni Celli, "Significación, Características y Consecuencias de las Elecciones del 4 de Diciembre de 1983% en: 1984: *¿A Dónde va Venezuela?*, Editorial Planeta, Caracas, 1984, pp. 124-124.

económicas predominantes dentro y fuera de nuestros principales partidos políticos, ha enfatizado permanentemente la función del Estado como gran repartidor de beneficios, en detrimento de cualquier posibilidad de un desarrollo nacional sólido, es decir, no rentista. Aun las políticas de sustitución de importaciones han sido implementadas en función de objetivos sociales -proteccionismo para el empresariado y el empleo para la clase obrera- más que propiamente económicos, con graves consecuencias que ahora están a la vista. Este proceso de industrialización sustitutiva, que Venezuela experimentó con fuerza a partir de los años 60 -en base a nociones típicamente populistas que ya habían fracasado en otros países latinoamericanos- demostró, por una parte, que es poco sensato pretender producir domésticamente todo lo que se produce en el exterior, y por otra parte que la clave para ejecutar con éxito una política de industrialización está en otorgar importancia prioritaria a los factores de eficiencia y competitividad. Pero en nuestro medio estos dos factores han sido sistemáticamente subordinados al proteccionismo -para ganar adeptos dentro de un sector empresarial en no poca medida parasitario- y paternalismo clientelista que han conducido al despilfarro de una enorme -e irrecuperable- riqueza sin que de ello reste un aparato productivo capaz de sostenemos hacia el futuro.

No es superfluo insistir que el populismo en economía se fundamenta por sobre todo en la idolatría a la acción del Estado y la desconfianza hacia los mecanismos de mercado y la función empresarial. La tendencia a ver el Estado como la encarnación del bien colectivo, y las intervenciones estatales como herramientas infalibles en la resolución de los problemas de la economía y de la sociedad es bastante común en nuestro medio; sin embargo, como acertadamente señala Dubuc⁽¹⁸⁾ el Estado no es una institución supra humana sino una entidad compuesta por hombres y mujeres, que en ocasiones -como está de sobra demostrado en Venezuela pueden utilizar en su propio provecho o el de los grupos o partidos que representan los recursos que han sido colocados a su disposición. Por otra parte, es iluso, además de peligroso para la libertad humana, creer en el poder mágico de la acción del Estado en la organización y conducción de la sociedad y la economía. Como se verá más adelante, el Estado tiene significativas funciones que cumplir -tanto políticas, como sociales y económicas (y, por supuesto, de defensa), pero una sociedad libre sólo puede sobrevivir si estas funciones se *limitan*. En el terreno económico, hay que tener claro que la vida económica de una sociedad libre "no puede ser manipulada de acuerdo a las intenciones de nadie en particular, ya que la misma se desenvuelve dentro de un terreno de interacciones muy diversificado y complejo entre agentes y fenómenos económicos; el desconocimiento de este hecho básico podría significar que las intervenciones gubernamentales, independientemente de los buenos deseos que las animen, vengán a agravar los problemas existentes o, incluso, a generar problemas aún mayores"⁽¹⁹⁾

(18) Dubuc, p. 11.

(19) Ibid.

A mi modo de ver, esto último ha ocurrido con frecuencia en el caso venezolano, donde el siempre creciente intervencionismo estatal, en lugar de desprendemos paulatinamente de la dependencia del petróleo, ha llevado la economía a una situación en que se combinan la inflación, el desempleo, el endeudamiento, la ineficacia, la falta de competitividad y *la ausencia de un aparato productivo dinámico y no-rentista*.

Nuestra idolatría del Estado le ha dado igualmente al término planificación un carácter casi -místico en el marco de la ideología económica predominante. Al respecto, es indispensable aclarar que existen dos concepciones muy distintas de lo que debe entenderse por planificación. Si por planificación -cito de nuevo a Dubuc- "se entiende la evaluación consciente de fines, la escogencia racional de los medios y la previsión de las consecuencias no intencionales de las acciones humanas cuyos efectos negativos se quieren evitar, entonces es altamente recomendable que cada uno de los agentes económicos planifique cuidadosamente sus actividades ... Pero si por planificación se entiende el propósito de dirigir y controlar la vida económica de la sociedad de acuerdo a un plan preestablecido entonces ante un absurdo total; (en vista de) lo extremadamente diversificado y complejo de la interacción de los numerosos agentes y fenómenos que intervienen en la vida económica, ninguna oficina de planificación es capaz de ensamblar toda la información detallada y pertinente que le es exclusivamente accesible y conocida a cada agente económico en particular, por más funcionarios y computadores que dicha oficina puede utilizar. Las instrucciones emanadas de la oficina de planificación serán inevitablemente insuficientes y causarán todo tipo de distorsiones en el proceso productivo, mientras que los agentes económicos se verán impedidos de desarrollar su propia iniciativa y capacidad, Todo esto hace de la planificación central un obstáculo fatal a la eficiencia y al dinamismo de las actividades productivas, además del enorme desperdicio de energías humanas y recursos materiales que el funcionamiento de tal oficina de planificación trae consigo".⁽²⁰⁾

¿No es esto acaso lo que ha tenido lugar en Venezuela? En nuestro país se idolatra la idea de planificación en este sentido amplio, con serias consecuencias para la economía como un todo, y ya es hora de cuestionar este otro gran mito socializante de la ideología política del populismo. La verdad es que el sólo volumen y la desmesurada ambición de nuestros Planes de la Nación los hace incomprensibles, indigeribles e impracticables para la mayoría de los agentes económicos que, presuntamente, tendrían que implementarlos. No obstante, *esto no quiere decir que semejantes, Planes no hayan sido, y sean, profundamente dañinos* en ocasiones. Precisamente, debido al enorme

(20) Ibid.

poder financiero de que ha disfrutado en determinadas coyunturas el Estado venezolano, la movilización de recursos tras las metas desproporcionadas e inasimilables de, por ejemplo, el V Plan de la Nación, condujo la economía por un camino de malbaratamiento, despilfarro, y sobre congestión nunca antes vistos en un país pequeño en el mundo con excepción, tal vez, de algunos Estados árabes y de Nigeria (cuya población es mayor a la nuestra). Las consecuencias de los errores conceptuales cometidos, y de las políticas erradas y desmesuradas implementadas en ese período estarán con nosotros por mucho tiempo.

El Plan para Venezuela no debería requerir más de unas cuantas páginas con lineamientos generales, sobrios, y coherentes, dirigidos a orientar el gasto no en función de la estatización de la economía, sino de la creación de un marco institucional, de infraestructura, y de servicios, que facilite y dinamice la vida económica de la sociedad como un todo. Tal concepción es totalmente contraria a la que ha predominado en Venezuela, que se dirige más bien a acentuar el poderío de una economía estatizada, la cual, en lugar de asegurar un contexto que incentive la iniciativa, conocimiento y competitividad de los agentes económicos -individuos y empresas-, contribuye a acentuar la asfixia burocrática, el desperdicio, y la artificialidad rentista. No hemos fallado por falta de planes, sino por su exceso, y por una acumulación de políticas e instituciones económicas equivocadas. En lugar de alimentar más el Estado, una oficina como Cordiplan debería interrogarse sobre su propio sentido, evaluar su trayectoria y reducir sus desmedidas ambiciones. Pensar en el futuro, tener programas económicos y un sentido de dirección política para ejecutarlos no debe confundirse con el mito de la planificación centralizada, que cuando no es negativo es irrelevante.

No es nada fácil, sin embargo, combatir la idolatría estatista en Venezuela, pues ésta no es sólo el producto de los cómodos beneficios que para muchos ha arrojado la economía rentista, sino también, en ciertos casos, de una genuina creencia en la bondad intrínseca de la acción del gobierno y la maldad intrínseca de los mecanismos del mercado económico en una sociedad libre. A pesar de que la evidencia demuestra constante y sistemáticamente -en Venezuela y el resto del mundo- que las políticas estatales no pueden suplantar lo que Adam Smith describía como “el esfuerzo de cada hombre por mejorar su condición, que es “el principio del cual se deriva la verdadera riqueza nacional y privada ⁽²¹⁾, la mitología socialista de nuestro tiempo ejerce una fuerte atracción, aun sobre líneas de pensamiento político no del todo anti-liberales como la socialdemocracia y el social cristianismo, las cuales se fundamentan en el respeto a la libertad del individuo. Pero si queremos salir del atolladero económico en que nos encontramos debemos refutar la tendencia a aceptar pasivamente el paternalismo estatal, y enfatizar que, como lo formulaba Mill, “la manera en que el gobierno puede más adecuadamente demostrar la sinceridad con la cual procura el mayor bienestar de los ciudadanos, es realizando aquellas

(21) Adam Smith, *The Wealth of Nations*, (ed. E. Cannan), Methuen, London (Sixth edition, 1950), p. 49.

actividades que por naturaleza le competen en vista de las dificultades que tienen los individuos para ejecutarlas por sí mismos, y todo esto con el objeto no de aumentar y perpetuar esas dificultades sino de corregirlas y reducirlas... la acción del gobierno... debe dirigirse en la medida de lo posible a acrecentar la capacidad de los ciudadanos para llevar a cabo grandes tareas a través de la iniciativa individual y de la cooperación voluntaria'.⁽²²⁾ En concreto, la intervención del estado en la vida económica debería orientarse a realizar *eficientemente* las siguientes (y en lo posible, no otras) tareas: a) La ejecución de obras de infraestructura económica y social que no puedan ser llevadas a cabo apropiadamente por la iniciativa privada, pero sin establecer por ello un monopolio del sector público. b) Llevar adelante una política monetaria austera y estable, incrementando mesuradamente la oferta de dinero de acuerdo a las posibilidades - reales de la economía, a objeto de controlar lo más férreamente posible los procesos inflacionarios. e) Crear y administrar un régimen tributario a la vez sencillo, estable, seguro, y moderado, que mantenga un equilibrio entre los requerimientos públicos y el derecho de los individuos a disponer libremente del fruto de su actividad económica. d) Implementar una política económica global fundamentada en una correcta apreciación del significado del mercado y la competencia, y que estimule las condiciones para que éstos produzcan los resultados más eficientes y beneficiosos para la sociedad como un todo.⁽²³⁾ Hay que tener muy claro que todas estas funciones son extremadamente complejas, y su eficaz realización exige una gran competencia y honestidad. No se trata, por tanto, de rechazar de plano el intervencionismo del Estado en la economía, sino de orientarlo hacia aquellos ámbitos donde su acción puede verdaderamente estimular la actividad productiva de los individuos y empresas, en lugar de obstaculizarla y minimizarla todo el tiempo.

Ciertamente, Acción Democrática y Copei han reiterado numerosas veces su compromiso de proteger una economía mixta, que armonice en forma balanceada la ventajas comparativas de los sectores público y privado. Estas pueden haber sido, tal vez, *las intenciones* de nuestro liderazgo político, pero como ya tuve ocasión de señalar, las políticas que sucesivos gobiernos han adelantado en los terrenos económico, social, y con respecto a la estructura y funciones del Estado y los partidos no han hecho sino acentuar el carácter estatista de nuestra economía y su dependencia de la renta petrolera. Esto ha traído como consecuencia un paulatino deterioro en nuestro medio -en todas las esferas de la vida ciudadana- del principio liberal básico según el cual el gobierno mismo debe ser limitado., pues ésta es la única manera de proteger un espacio seguro para la libertad de los individuos. En vista de que la vida concreta de la gente constantemente exige cálculos económicos, que son indispensables hasta para satisfacer aspiraciones y metas no-económicas, no es posible separar ambas realidades y objetivos con precisión. Esto significa que si el Estado acrecienta su control sobre el proceso económico inevitablemente

(22) John Stuart Mill, *Principles of Political Economy*, Longmans, London, 1848, p.978.

(23) Véase: Dubuc, pp. 14-15.

aumenta también su control sobre aquello que los individuos pueden lograr en este campo, e igualmente su control sobre los propósitos no-económicos a que los ciudadanos puedan aspirar. Es por ello que Hayek ha argumentado con gran acierto que “El control económico no es meramente el control de los medios necesarios para el logro de todos nuestros fines. Aquél que tiene el control de estos medios tiene también el poder de determinar qué fines van a buscarse, qué valores van a recibir atención prioritaria, y, en síntesis, qué debemos creer y por qué cosas debemos luchar”.⁽²⁴⁾ De tal forma que, *aunque esto no sea necesariamente lo que se persiga*, el creciente poder económico del Estado en Venezuela nos lleva irrevocablemente hacia una sociedad menos libre, y hacia un sistema político más opresivo. La idea de *igualdad ante la ley* pierde sentido en un contexto donde la gente está siendo sometida cada vez más a la dirección y controles estatales, y la noción de *igualdad de oportunidades* reduce gravemente su validez en un marco en el cual tales oportunidades son crecientemente un regalo o dádiva de la autoridad pública. De allí que, en síntesis, el peligro fundamental de la mitología ideológica populista se encuentre en su *intrínseca propensión al autoritarismo*, que puede producirse o bien como resultado del estatismo socializante o bien a consecuencia del fracaso de las políticas populistas y el colapso de la democracia bajo el peso del descalabro económico, el deterioro institucional, y la protesta social generalizada.

Ya algunos de estos síntomas de descomposición comenzaban a perfilarse ominosamente en el horizonte de la democracia venezolana a fines de la década de los 60 y principios de los años 70. La popularidad de la consigna electoral del candidato presidencial de la oposición en 1973: democracia con energía, reveló la sensación de desaliento, el temor al presente y el deseo de un sentido de dirección firme hacia el futuro que experimentaban amplios sectores de la población en todos los estratos sociales. Se estaba dibujando un complejo y difícil cuadro político y socioeconómico para el régimen establecido en 1958; los mecanismos populistas parecían estar agotándose, y existía una muy difundida impresión de que el liderazgo político nacional se vería llevado a introducir rectificaciones importantes en el rumbo que había venido siguiendo la democracia. Sin embargo, todas estas percepciones se transformaron con una violencia y rapidez inusitadas, y de manera totalmente imprevisible, a raíz del gigantesco aumento de los precios del petróleo a partir de 1973. Venezuela entró a vivir entonces una etapa histórica de grandes ambiciones y de no menos grandes desaciertos. Temporalmente, el petróleo había salvado de nuevo al populismo.

(24) F. A. Hayek, *The Road to Serfdom*, Routledge & Kegan Paul, London, 1944, pp. 68-69.

La Intoxicación de un País

Pienso que para cualquier observador medianamente objetivo -debe resultar obvio que existen significativas diferencias en la actitud mental de los ciudadanos en las naciones avanzadas del globo -en términos de productividad económica y seguridad legal-, y los habitantes de buena parte del así denominado Tercer Mundo. Una de esas diferencias llama poderosamente la atención: se trata de la *idea del tiempo* imperante entre nuestra gente y a *su expresión política*.

Estoy convencido de que existe una íntima relación entre la concepción del tiempo que tienen las personas y la vida política de las naciones. Me refiero tanto al tiempo histórico (el que se necesita para que las empresas colectivas maduren), como al individual (que aquí entiendo en función del impacto del individuo sobre los procesos sociales). En Europa, en general, la gente conserva un cordón umbilical con el pasado, y usualmente percibe la política en términos de mediano a largo plazo, consciente de que los cambios verdaderamente importantes *toman tiempo* y dependen de numerosas voluntades, cada una actuando en no poca medida por su propio interés. En nuestro país, sin embargo, predomina una idea distinta del tiempo histórico. En principio, carecemos de fuertes lazos con el pasado. La revolución de independencia quebró radicalmente el vínculo con lo que venía antes, y desde entonces nuestra historia ha sido una sucesión de rupturas y saltos bruscos que nos han dejado sin una clara memoria colectiva. Después de Gómez el país ha vivido en una especie de aceleramiento permanente en búsqueda de un porvenir de desarrollo que aparentemente jamás llega. Por otra parte, ese pasado ha dejado una marca que nos lleva a conceder suprema importancia al rol del individuo excepcional -el líder, el jefe, o el caudillo- en el proceso histórico. La enorme significación de Bolívar ha sido con frecuencia extraída del contexto específico en que ejerció su extraordinario impacto, y muchos de nuestros dirigentes posteriores llevados por la vanidad, la ignorancia, o el impulso populista de exaltar la figura del líder han querido actuar, y efectivamente lo han hecho, en base a una visión mesiánica de la política y del papel del hombre providencial en el destino de las naciones.

Esta actitud ante el tiempo, que nos dice que los cambios pueden producirse de la noche a la mañana, que podemos desarrollarnos rápidamente, y que necesitamos de un jefe carismático para que guíe al país, es un componente clave de la psicología política del populismo, y uno de los que más daño ha hecho a la democracia venezolana. Los desajustes, errores y fracasos a que puede llevar esta tendencia populista se pusieron de manifiesto con mayor fuerza que nunca en nuestra historia democrática durante el período de gobierno presidido por Carlos Andrés Pérez, entre 1973 y 1978. En esta etapa -y uso la imagen con fines puramente ilustrativos- a Venezuela le ocurrió lo mismo que al

individuo que come y bebe en exceso: el país se intoxicó, física y espiritualmente. Todos los rasgos negativos en la evolución de nuestra economía, de nuestra sociedad, y de nuestro sistema político que discutí en las secciones precedentes se agudizaron mucho más, dejando a Venezuela de nuevo postrada ante el espejismo petrolero, y a su población y sus líderes mareados de ambiciones absurdas y congestionadas de sueños imposibles. No solamente nos vimos inundados por un inimaginable torbellino de riqueza fácil que en nada se correspondía con la magnitud de nuestro esfuerzo productivo, sino que, también, ese torbellino coincidió con la presencia al frente del Estado de un dirigente propenso -por convicción y personalidad- a lanzarse con enorme e incontrolado dinamismo al voraz torrente petrolero, impulsando a la nación hacia metas desmesuradas que la dura realidad pronto reveló como espejismos.

En esos años, Venezuela vivió un paroxismo de exaltación que los historiadores del futuro seguramente estudiarán con una mezcla de fascinación y revulsión: lo primero por la intensidad del autoengaño, colectivo en que se sumió el país; lo segundo ante nuestra falta de humildad y la naturaleza desproporcionada de nuestros propósitos. En síntesis, este fue el saldo del período:

- Aguda intensificación del poder económico del Estado (y de las debilidades intrínsecas de nuestra economía).
- Aguda intensificación de la dependencia de toda la economía y la sociedad respecto al factor petrolero.
- Crecimiento notable del parasitismo empresarial -a través de dádivas, créditos y contratos preferenciales del Estado-, y de la demagogia hacia el sector obrero a través de legislación tendiente a garantizar una estabilidad y niveles de salarios ficticios, basados no en la productividad de las empresas sino el ingreso proveniente del petróleo.
- Gigantesco crecimiento del consumismo, el clientelismo político, y la corrupción administrativa, así como del endeudamiento público y privado.
- Asfixia de amplios sectores productivos medianos y pequeños bajo el peso de monopolios favorecidos por el Estado, y crecimiento desmesurado del sector comercial y servicios respecto al industrial y agrícola.
- Acentuación de la tendencia a percibir a Venezuela como un gran poder, con la capacidad no sólo de transformarse en el centro motor de la integración regional, sino también de influir decisivamente en el cambio del sistema mundial y en la creación de un nuevo orden económico y político internacional.

Las cifras que demuestran lo ocurrido son demasiado elocuentes, y no dejan, como veremos, lugar a dudas. No obstante, lo verdaderamente crucial es tener claro que lo acontecido durante esa etapa -que se extendió hasta el período presidio por Luis Herrera Campins- fue la extensión, llevada a extremos, del estatismo-populista implícito en la evolución de la democracia venezolana desde sus comienzos. De nuevo, quisimos comprar el desarrollo a *corto plazo*, y a todo ello se sumaron las peculiaridades como dirigente de Carlos Andrés Pérez, Su estilo, por decirlo de alguna manera, coincidió con el carácter de los

tiempos, pero lamentablemente lo que requería Venezuela ante la inundación de petrobolívares no era exaltación, sino sobriedad, no era impaciencia, sino serenidad, no era retórica, sino sensatez, no era, en fin, un proyecto de gran país sino de una nación seria, digna, fundada en el respeto a las leyes y en la conciencia de nuestros propios límites. No se trata, como algunos constructores de mitos han pretendido hacernos creer, de que no estábamos preparados para absorber el maná que nos cayó del cielo; se trató de que, una vez más, el liderazgo democrático nacional faltó, y en forma grave para los intereses nacionales. Como Betancourt, como Caldera, como Uslar Pietri y como tantos otros de nuestros dirigentes, Carlos Andrés Pérez tenía claro cual era el reto del petróleo: "Si esa riqueza!'-decía en 1974- "no la transformarnos en una agricultura pujante que le dé a Venezuela los alimentos que consume, las materias primas de origen agropecuario que necesita su industria, esa riqueza, si no la transformarnos en una industria venezolana que se fundamente en la explotación de nuestra riqueza, de nuestro carbón Naricual, de nuestro hierro de la Guayana, de nuestro petróleo de Oriente y Occidente, de nuestros minerales ferrosos y no ferrosos, si no fundamentamos esa riqueza... será un sueño, que vivirá una generación de venezolanos, *pero nuestros hijos despertarán de ese sueño en un país arruinado y miserable*". ⁽¹⁾

Igualmente, el ex-Presidente Pérez afirmaba estar dispuesto a "administrar la abundancia con criterio de escasez": "La abundancia de recursos fiscales" - enfatizaba en su discurso de toma de posesión- "han sido espejismos que han contribuido a que nos engañemos a nosotros mismos sobre la verdad de la sociedad venezolana. Por eso... mi gobierno administrará esta abundancia con criterio de escasez'... Y poco más tarde, en su alocución ante el Congreso solicitando poderes extraordinarios, repetía: "Nos hemos acostumbrado a vivir los venezolanos en una economía de derroche. Nos hemos acostumbrado a dilapidar la historia, los recursos y los hombres. Una filosofía del ahorro y de la orientación de los recursos se impone como nunca ahora, con acento patético... La 'sociedad de consumo' no puede ser nuestra sociedad. Tenemos que ser primero una sociedad de productores... Somos una Nación rica, exuberante y ostentosa en la superficie. Pobre, desamparada y huérfana en su profundidad". ⁽²⁾

Ciertamente, el incremento de los ingresos petroleros a partir de 1974 fue asombroso, así como el aumento del volumen de ingresos provenientes del petróleo en relación al resto de la economía.

(1) Carlos Andrés Pérez, *Manos a la Obra* (Textos de Mensajes, Discursos y Declaraciones del Presidente de la República), Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1977 Tomo 1, 2 Vols.). Esta cita, Vol. 2, p. 14 (Énfasis A.R.).

(2) Ibid, Vol. 1, pp. 21-22 , 94-95.

Tabla 1: PETRÓLEO E INGRESOS DEL ESTADO
(En millones de bolívares)

	Ingreso del Estado	Ingresos provenientes del petróleo	Petróleo como porcentaje de ingresos ordinarios	Precio promedio por barril
1958	4,705	2,559	54,4	2,48
1959	5,441	3,102	57,0	2,19
1960	4,967	2,891	58,2	2,08
1961	5,792	3,129	54,0	2,10
1962	5,910	3,103	52,5	2,06
1963	6,597	3,474	52,7	2,03
1964	7,133	4,654	65,2	1,94
1965	7,265	4,720	65,0	1,88
1966	7,751	4,912	63,4	1,88
1967	8,539	5,666	66,4	1,85
1968	8,775	5,791	66,0	1,86
1969	8,661	5,443	62,8	1,81
1970	9,498	5,708	60,1	1,84
1971	11,637	7,643	65,7	2,35
1972	12,192	7,884	64,7	2,52
1973	16,054	11,182	69,7	3,71
1974	42,558	36,448	85,6	10,53
1975	40,898	31,655	77,4	10,99
1976	38,130	28,024	73,5	11,25
1977	40,474	29,421	72,6	12,61
1978	40,123	25,810	64,3	12,04
1979	48,339	33,377	69,0	17,69
1980	62,697	45,331	72,3	26,44
1981	92,656	70,886	76,5	29,71

Fuentes: Banco Central de Venezuela, *La economía venezolana en los últimos treinta y cinco años* (Banco Central de Venezuela, Caracas, 1978), pp.326 *Anuario de series estadísticas 1981* (Banco Central de Venezuela, Caracas, 1972). pp.29, 32,47.

Una nueva situación estaba sin duda planteada, que exigía de nuestro liderazgo una postura inequívoca: o bien proseguíamos la senda populista para comprar el desarrollo a corto plazo, o bien restringíamos las expectativas y el gasto, 'tratando de acometer mesuradamente las tareas del crecimiento y el cambio social de acuerdo aun estricto orden de prioridades y un sobrio sentido de las proporciones. De hecho, y a pesar de los numerosos y sistemáticos pronunciamientos que a lo largo del período se hicieron al contrario, el equipo de gobierno presidido por Carlos Andrés Pérez optó por la primera alternativa. Se habló mucho de administrar con criterio de escasez la riqueza que como una tormenta tropical había descendido sobre el país, pero en realidad Venezuela se hundió más profundamente que nunca en la engañosa ciénaga de la prosperidad postiza.

(Ver Tabla 2, página siguiente)

**Tabla 2: VALOR DE LAS EXPORTACIONES VENEZOLANAS
(En millones de US dólares)**

	Petróleo	Hierro	Resto de la Economía
1958	2,299	120	53
1959	2,128	129	60
1960	2,149	158	50
1961	2,213	125	46
1962	2,343	113	51
1963	2,336	93	71
1964	2,341	107	55
1965	2,306	123	54
1966	2,221	123	60
1967	2,333	118	82
1968	2,342	103	79
1969	2,280	130	88
1970	2,380	147	113
1971	2,905	142	103
1972	2,929	131	142
1973	4,450	170	164
1974	10,762	273	255
1975	8,493	269	214
1976	8,802	256	284
1977	9,225	168	268
1978	8,705	139	330
1970	13,673	140	547
1980	18,301	149	825
1981	19,094	170	814

Fuentes: Banco Central de Venezuela, *La economía venezolana en los últimos treinta y cinco años* (Banco Central de Venezuela, Caracas, 1978), pp.326 *Anuario de series estadísticas 1981* (Banco Central de Venezuela, Caracas, 1972). pp.29, 32,47.

Es importante recordar que en muy numerosas oportunidades el ex Presidente Pérez dijo que, a su modo de ver, su gobierno constituía “la última oportunidad” para afianzar la democracia en Venezuela. ⁽³⁾ Por fortuna, se equivocó, pero no cabe duda que los eventos de esos cinco años contribuyeron en forma significativa a erosionar aún más los débiles cimientos económicos,

(3) Ibid, Vol. 1, pp. 85, Vol. 2, pp. 48, 99, 159.

institucionales y éticos en que, precariamente, se venía sosteniendo nuestro sistema de libertades. Para ser justos, es indispensable decir que los cinco años posteriores, bajo el mando del partido Copei, complementaron una década de desaciertos y desencanto de serias repercusiones para Venezuela.

Si algo no puede criticársele a Carlos Andrés Pérez en cuanto a su gestión de gobierno se refiere, es la absoluta franqueza con que reiteradamente explicó la naturaleza de su estilo y propósitos. Como dijo en una alocución del 29 de Junio de 1974, "Así actuará mi gobierno: ¡adelante! en el camino enderezaremos las carga" Y luego sostuvo: "Hay que andar... al paso de la historia. Cuanto más aprisa mejor, y si tenemos que correr, correré hacia adelante para lograr la grandeza de nuestra Patria".⁽⁴⁾ Su objetivo fue lograr lo que llamó, con característica inmodestia, La Gran Venezuela', y dijo: "...esta década de los años 70 es la oportunidad histórica que se le ha abierto de manera definitiva a nuestra patria para llevar adelante el proceso de crecimiento *firme que nos coloque entre los grandes países industrializados de la tierra y en uno de los soportes de la liberación económica de la América Latina*"⁽⁵⁾ ¡Nada menos! Lo que no se entiende es cómo pretendían reconciliar el Presidente Pérez y su equipo de gobierno las ideas de "austeridad" y "criterio de escasez" con un objetivo tan desproporcionado, no sólo respecto a las características y recursos -materiales y humanos- reales (no ficticios) de Venezuela, sino también, muy probablemente, a nuestro verdadero interés nacional.

En efecto: cuando cuestiono el objetivo definido por el ex-Presidente Pérez como "la Gran Venezuela 'me estoy refiriendo a una *cierta forma* de concebir al país y su futuro, que se encarnó de manera particularmente notoria en la gestión de su gobierno, pero que todavía sobrevive en la mentalidad y ambiciones de un número no subestimable de venezolanos. Un país puede ser grande de muchas formas, y ciertamente, ser un poder industrial no es la única de ellas. Venezuela, con su relativamente pequeña población, su amplio territorio y recursos, su clima en general benéfico, y su régimen de libertades, *podría* aspirar, y *debería* aspirar, a construir una economía sólida, capaz de sostenernos y de comprar afuera lo que no podamos producir por razones de costos o de insuficiencias tecnológicas; una sociedad equilibrada, sin extremos de riqueza y pobreza, que se ocupe de los más débiles pero que no por ello restrinja a los más capaces; una sociedad que produzca lo que consume y que no se caracterice, como ahora, por la opulencia exagerada de unos pocos; y, en fin, un orden político estable y democrático, basado en el respeto a las leyes, en valores nacionalistas dignos y moderados, y no en una retórica exaltada y falsificadora de la realidad de las cosas. Ser grande no implica asemejarse a los superpoderes, ni siquiera a poderes medios del actual sistema internacional. Venezuela, hay que convencerse de ello, y no hay porque avergonzarse de ello, en un país pequeño de importancia relativamente secundaria en el contexto mundial.

(4) Ibidi pp. 296, 3 00.

(5) Ibid, Vol.2, p. 190 (Énfasis A.R). Véase también, pp. 10- 11, 14, 55,126, y Vol. 1, pp. 24-25, 341-347, 432-433, 540-541, 545, 580.

Dentro de tales condiciones, no obstante, podríamos como otras naciones que no son grandes poderes levantamos con dignidad y construir una sociedad, una economía, y un orden político respetable, sólido, equilibrado y libre, de los que cualquier ciudadano pueda sentirse orgulloso. Hacia allí, y no hacia los sueños de situarnos entre los grandes países industrializados de la tierra, debería dirigirse la estrategia nacional.

Ampliaré estas ideas en otras secciones de esta obra. Por el momento quiero insistir en la contradicción que se planteaba entre los ideales de austeridad del gobierno del Presidente Pérez y el sueño de la Gran Venezuela, con sus realidades de despilfarro y corrupción, que se intensificaron múltiples veces a partir de 1974. Esta puede o no haber sido la intención de nuestros gobernantes de la época, pero, repito una vez más, la política no es esencialmente una cuestión de intenciones sino de hechos, es decir, de las consecuencias de nuestras ideas y propósitos. Simplemente, *no era posible* armonizar las metas de administrar con criterios de escasez y austeridad y el objetivo de la Gran Venezuela, a ser logrado -no olvidemos, pues así lo enfatizó muchas veces el ex-Presidente Pérez- en cosa de pocos años. Por eso había que correr, que lanzarse adelante, que enderezar las cargas en el camino. Y no solamente íbamos nosotros a convertimos en uno de los grandes países industriales de la tierra, sino que también contribuiríamos a transformar sustancialmente todo el orden económico y político internacional. Venezuela, la Patria de Bolívar, podía hacerlo todo. Como formuló en una ocasión Carlos Andrés Pérez: "Vamos a cambiar la vida" en su opinión, "El Nuevo Orden Económico Internacional ... tiene que ser, y de hecho será la consecuencia inevitable del nuevo orden político internacional".⁽⁶⁾

El problema del Nuevo Orden Internacional y la participación de Venezuela en su búsqueda será analizado con mayor detenimiento en otra sección de este estudio.⁽⁷⁾ Por ahora sólo me interesa destacar que el ex Presidente Pérez nos colocó de plano como miembros del genérico Tercer Mundo, a pesar de que él mismo aceptaba que las características de la evolución económica y política venezolanas eran atípicas, pues el nuestro es "un subdesarrollo en un país riquísimo, en un país millonario".⁽⁸⁾ En vista de esto, lo prudente habría sido moverse con cautela en el intento de colocar, a Venezuela sobre el camino de negociaciones globales en compañía de un conjunto de países con problemas en muchos sentidos distintos a los nuestros, y con aspiraciones también muchas veces diferentes, a pesar de las coincidencias terminológicas de la retórica tercermundista. Sin embargo, el Presidente Pérez se refería a "nuestra Patria, concertada con las demás Patrias del Tercer Mundo"⁽⁹⁾ como si se tratase de un bloque homogéneo capaz de llevar adelante un programa a la vez

(6) Carlos Andrés Pérez, "Un Nuevo Orden Económico es esencial para la paz Mundial" Alocución del 16 de Noviembre de 1976 ante la asamblea general de la ONU, Ministerio de Información y Turismo, Caracas, 1976.

(7) Véase la *Tercera Parte* de este ensayo.

(8) Carlos Andrés Pérez, *Manos a la Obra*, Vol. 1, p. 285.

(9) *Ibid*, Vol. 2, p. 128.

coherente y realista, que pudiese suscitar una respuesta positiva de parte de otros sectores en el orden mundial.

Pero nada de esto detuvo el sueño de la Gran Venezuela, ni su estruendoso fracaso. Paradójicamente, ya en Octubre de 1974, pocos meses después de haber iniciado su mandato, el ex-Presidente Pérez analizaba de esta forma los Planes de la Nación elaborados hasta entonces: "Si revisamos los cuatro Planes de la Nación que se han escrito" –decía encontraremos sinceramente que no han sido nunca congruentemente formulados. *Veremos que han sido más formulaciones teóricas hechas de buena fe y expresando grandes aspiraciones, pero que no han consultado las realidades del país, ni tampoco han conjugado los factores humanos, materiales, científicos y tecnológicos indispensables para realizarlos* "(10) Todo esto, pero aumentado varias veces, podría decirse del V Plan de la Nación formulado por su propio gobierno, bajo la dirección del entonces Ministro de Estado para la Planificación, Gumersindo Rodríguez, cuya confusión conceptual y desconocimiento de las realidades económicas difícilmente encuentran paralelo entre otras figuras que han tenido la poca suerte de recibirla encomienda de redactar un Plan de la Nación para Venezuela. El más grande de los absurdos, y la más crasa de las contradicciones, fue el intento de crear una sociedad de productores a través del aumento artificial de los salarios y de una política de pleno empleo, que llegó hasta el punto de exigir que se contratasen asistentes para los ascensores de todos los edificios públicos, fuesen o no necesarios. Con esto lo que se logró, como mostraré oportunamente, fue acrecentar enormemente el monto de las importaciones. La gente, con dinero en la mano, y sin bienes que adquirir -pues no tenemos industria que los produzca- se volcó a consumir lo que encontraba, que en buena parte era importado. De manera que, en resumen, la enorme responsabilidad de orientar la utilización de los gigantescos recursos generados por los nuevos precios quedó en manos de un equipo dirigente de ambiciones totalmente desbordadas, y que -como afirmó el Presidente Pérez- "No estaba seguro si sería posible resolver los problemas nacionales del desarrollo sin el avance de los proyectos de integración latinoamericana. Estos, a su vez, deben basarse en los objetivos del Tercer Mundo". (11) En otras palabras, para alcanzar los desmesurados propósitos del V Plan ya ni siquiera tendríamos que tomar en cuenta las condiciones internas del país y nuestras posibilidades reales de enfrentarlas, sino que tales metas dependerían de premisas externas sobre las cuales nuestro control era aun mucho menor - aunque algunos imaginaban lo contrario-. En suma, el V Plan no sólo se dirigía a cambiar a Venezuela, sino a Latinoamérica y al mundo entero.

Lo anterior puede sonar risible o parecer caricaturesco, pero estoy plenamente seguro de que no lo es. Para convencerse de ello basta leer en detalle los mensajes y declaraciones de nuestros gobernantes de la época, así

(10) Ibid, p. 72 (Énfasis A. R.).

(11) Véase *Venezuela Now*, Publicación de la Delegación venezolana ante la ONU, New York, 30-05-1977.

como ese documento casi alucinante por su desmesura que es el V Plan de la Nación. Lo grave es que el gobierno no se quedó en pura retórica, lo cual, tal vez, habría sido menos dañino, sino que el país se lanzó casi desafortunadamente tanto en su estrategia interna como externa en pos del espejismo de la Gran Venezuela, con resultados, en lo fundamental, sumamente negativos para el país.

Los venezolanos, para usar la hermosa -y terrible- frase de Karl Deutsch, cometimos el "pecado de orgullo" ("the sin of pride"), que consiste en percibirse a sí mismos en términos desproporcionados respecto al mundo que nos rodea. Este pecado -en relación a la política envuelve la sobreestimación de la organización (en este caso, al país, AR.) en comparación al ambiente en que se desenvuelve, de sus métodos de acción pasados (en este caso, el populismo, AR) por encima del compromiso a usar alternativas, y de su actual voluntad y situación interna por encima de las posibilidades de un cambio verdaderamente sustancial".⁽¹²⁾ Lo contrario del pecado de orgullo es la actitud de humildad, que de ninguna manera debe interpretarse como pasividad, timidez, o cobardía, sino en sentido *positivo* como una conciencia de los límites de la acción política, y una disposición razonable a aceptarla realidad de la falibilidad humana. La idea de que en el camino se enderezan las cargas ilustra nítidamente el significado del pecado de orgullo: los dirigentes que enrumbaron al país esos años jamás se preguntaron qué ocurriría si sus ambiciosos proyectos fracasaban -excepto, claro está, desde una perspectiva mesiánica-, según la cual, si lo que yo propongo no funciona, entonces se acabará la democracia (la versión populista de: "ápres moi, le déluge"). Y hay que tener claro que nadie -entre los grupos organizados- puede sentirse totalmente libre de culpa, pues además de un gobierno desacertado tuvimos un empresariado en buena medida parasitario, un sindicalismo de cortas miras, y una oposición confusa, dividida, e incapaz de presentar con firmeza y valentía ante la nación una alternativa no populista frente a las temerarias pretensiones de la Gran Venezuela.

Nos ocurrió un fenómeno que ha sido común en Latinoamérica en décadas recientes, con la diferencia que, en nuestro caso, alcanzó mayor intensidad. Como señala Hirschman, es perfectamente posible que en ocasiones, la articulación de problemas y la formulación de soluciones a los mismos se incrementen en forma independiente de lo que *efectivamente* está teniendo lugar en la sociedad y la economía. A partir de 1945 las sociedades latinoamericanas, y entre ellas Venezuela, han sido sometidas a un torrente sin precedentes de soluciones estructurales; ha habido una verdadera inundación de proyectos de cambio radical, de planes de desarrollo integral, y de propuestas para la reforma global y los remedios definitivos, que han creado una inflación de soluciones aún más aguda que, la de los propios problemas. Esto ha traído como consecuencia una cada vez mayor frustración, en vista de que constantemente aumenta el abismo entre la *realidad* de nuestras sociedades y la *dimensión de las tareas* que permanentemente se les proponen.

(12) Karl Deutsch, *The Nerves of Government*, pp. 229-230.

Así, primero vino la industrialización, una conquista que estaba a nuestro alcance si hubiésemos implementado otras políticas, pero a la que luego se sumó la más compleja misión de planificación del conjunto de la economía. Poco más tarde, en los años 60, añadimos la integración latinoamericana, y como si esto fuera poco, a todo esto se incorporó la meta de redistribuir el ingreso doméstico conjuntamente con la superación de la dependencia económica y tecnológica, mediante el reordenamiento del sistema internacional. ⁽¹³⁾ No nos hemos detenido ante nada, y hemos logrado muy poco. No hay que sorprenderse, por lo tanto, de que la incidencia de fracasos haya sido tan alta, pues el intento de trasladar tantos proyectos y tan grandiosa ambición a la práctica, y en corto tiempo, trae un costo que usualmente se mide en tropiezos y caídas.

En concreto, la estrategia económica implementada por el gobierno de Carlos Andrés Pérez se fundamentó, por un lado, en el intento de impulsar el desarrollo de un sector de empresas privadas y, por otro lado, de estimular un sector de empresas básicas de propiedad predominantemente estatal. Fue pues una estrategia sustentada en una extraña mezcla de concepciones capitalistas y socialistas. ⁽¹⁴⁾ El impulso al sector de empresas privadas se lograría a través de la concesión de sustanciosos y fáciles créditos gubernamentales y del proteccionismo arancelario, diseñado para defender la industria nacional. Sin embargo, tal meta no pudo alcanzarse pues las medidas formuladas eran muy poco adecuadas para dar estímulo a un sector privado verdaderamente productivo y competitivo. Un sector empresarial en un país moderno no surge de la noche a la mañana, y no se puede crear como por arte de magia mediante el obsequio, o la fácil inyección de dineros públicos: "Un sólido sector de empresas privadas sólo puede desarrollarse a lo largo del tiempo de tal modo que, en primer lugar, sea capaz de acumular experiencias, y en segundo lugar, vaya generando sus propios fondos a fin de reinvertirlos en la expansión de sus actividades". ⁽¹⁵⁾ Lo que de hecho ocurrió en Venezuela durante esos años fue que ese sector empresarial, holgadamente favorecido por el Estado, prefirió reciclar el dinero hacia el área de servicios, importaciones, comercio, construcción de viviendas suntuosas o de clase media en Caracas y otras ciudades, y en depósitos líquidos bancarios, en lugar de invertirlo en empresas industriales y agrícolas a mediano y largo plazo. Parte importante de estos dineros públicos, desde el propio *comienzo de la administración del ex-Presidente Pérez*, fue sacado del país y colocado o invertido en el exterior, particularmente en el Estado de Florida, Estados Unidos, donde los venezolanos -según un estudio sobre el tema- nos convertimos en los principales proveedores de capital de toda la América Latina. ⁽¹⁶⁾

(13) Hirschman, pp. 119-123.

(14) He extraído buena parte de las cifras que siguen del excelente artículo de James Petras y Morris H. Morley, "Petrodollars and the State: The failure of state capitalist development in Venezuela", *Third World Quarterly*, Vol. 5, N° 1, January 1983, pp. 7-27, y del trabajo de Roberto Dubuc Picón, "El Programa de Gobierno de Acción Democrática", Resumen, Caracas, 13 de Noviembre de 1983. pp. 15-19.

(15) Dubuc, "El Programa..." p. 17.

(16) Véase, Mira Wilkins: 'Venezuelan Investment in Florida', *Latin American Research Review*, Vol. XVI, N° 1, 1981, pp. 156-165.

La avidez de ganancia fácil se sumó a la actitud complaciente y falta de control sobre sus dádivas de parte del gobierno, que además de financiar a una clase empresarial que carecía por completo de interés en un crecimiento industrial y agrícola de nuestra economía, dio aliento a un cada vez más amplio e improductivo sector de empresas públicas, que además de absorber recursos con enorme voracidad, pronto se convirtió en un punto focal de corrupción administrativa, incompetencia, y desperdicio.

La estatización de la economía creció a pasos agigantados durante esa etapa. Hacia mediados de 1977 ya representaba alrededor del 60% del PTB; y hacia fines de ese mismo año el Estado ya era responsable por el 72% de la formación de capital nacional comparado con 33% a principios de los años 70.⁽¹⁷⁾ El rol decisivo del Estado en nuestra economía se refleja en el hecho de que seis de las diez más grandes empresas son de propiedad pública, y la industria petrolera es diecisiete veces más poderosa que la segunda más grande empresa del país (también propiedad del Estado). El fracaso de la estrategia propuesta en el V Plan ya era evidente hacia 1976. Ese año se produjo un boom en la industria de la construcción que alcanzó un crecimiento superior al 3% de lo proyectado, en cambio, la tasa de crecimiento en el sector manufacturero declinó del 12% ese año al 3.5% en 1977. En cuanto a la agricultura, su contribución al producto doméstico descendió de un promedio de 7% entre 1961 y 1970 a 6.6% entre 1971 y 1975, y de 6.1% entre 1976 y 1980. La expansión de exportaciones no mineras -agricultura y bienes manufacturados- no se materializó. Para Diciembre de 1977 las exportaciones no-tradicionales apenas llegaban al 2% del volumen total; en cambio, las importaciones aumentaron dramáticamente en cantidad y valor. Entre 1974 y 1978 el valor de las importaciones se triplicó, de US\$ 3.9 billones a US\$ 11.2 billones (1 billón = 1.000 millones). Durante esta misma etapa la proporción de importaciones respecto al producto doméstico subió de 17% a 37%, mientras que la proporción de exportaciones bajó de 44.7% a 25.6%. Todo ello produjo una declinación en la balanza de pagos de US\$ 7.2 billones en 1974 a US\$ 3.5 billones en 1975, y US\$ 12.1 billones en 1976. Hacia 1978, tanto la balanza de pagos como la comercial se encontraban en situación deficitaria, en una cifra no menor a los US\$ 5.4 billones y US\$ 1.8 billones respectivamente, y ese mismo año nuestras reservas extranjeras descendieron 21%.

La deuda pública (interna y externa), por otra parte, se duplicó entre 1974 y 1975, y el servicio de la deuda como proporción del presupuesto nacional total aumentó del 6% en 1975 al 15% en 1977. En 1976, a pesar de toda la retórica oficial sobre nuestra abundancia, el gobierno negoció créditos en el Euromercado por más de US\$ 1 billón, para refinanciar deudas a corto plazo de los Institutos Autónomos y empresas del Estado. Para 1977 aproximadamente el 40% de todas estas empresas estaban dando pérdidas significativas y debían ser subsidiadas por el Fondo de Inversiones de Venezuela y el Banco Central.

(17) *Business Latin America*, 5 October 1977, p. 317.

El valor de las importaciones de alimentos (un índice muy ilustrativo de los resultados de las políticas agrícola e industrial) creció de 2.021 millones de bolívares en 1973 a 3.500 millones de bolívares en 1976, excluyendo las importaciones ilegales desde Colombia. Entre 1974 y 1976 las importaciones de alimentos crecieron del 11% al 20% como porcentaje de nuestros requerimientos totales, y ya en 1976 traíamos del exterior 20% de la carne, 24% de la leche, 49% del maíz, 68% del sorgo, y 100% del trigo y soya que consumirnos. En parte como consecuencia de ello, en los tres años desde 1974 a 1977 el costo de la vida creció del 15% al 18%, mientras que los salarios reales descendieron del 17.8% al 9.3%. Desde luego, los resultados de una política agrícola no se ven claramente en sólo 2 ó 3 años; sin embargo, ése era el criterio con el cual el propio gobierno quería ser juzgado. De otro lado, hay que hacer constar que el así llamado Fondo de Inversiones Agrícolas, creado por el Estado para canalizar grandes sumas en inversiones en las zonas rurales, dirigió la mayor cantidad de créditos y dádivas hacia los más poderosos ganaderos y capitalistas del campo, dejando así a los pequeños y medianos productores -que presuntamente iban a ser los principales beneficiarios de la nueva política crediticia- en situación precaria. Buena parte de los créditos agrícolas y ganaderos fueron reciclados hacia inversiones de alta rentabilidad a corto plazo colocado en depósitos en bancos extranjeros. ⁽¹⁸⁾

(18) Petras y Morley, pp. 8-12.

TABLA 3: LA DEUDA VENEZOLANA Y EL SERVICIO DE LA DEUDA
(en millones de bolívares)

	Externa	Interna	Flotante	Total	Servicio de la Deuda nacional
1958	680	488		1,168	220
1959	501	824		1,325	282
1960	986	1,186	406	2,578	543
1961	814	1,557	406	2,777	1,381
1962	746	1,424	406	2,576	1,318
1963	691	1,323	216	2,230	924
1964	855	925	150	1,930	904
1965	1,083	989	56	2,128	547
1966	1,332	1,003	19	2,354	556
1967	1,546	1,283		2,829	510
1968	1,881	1,647		3,528	568
1969	2,183	2,200		4,383	525
1979	2,931	2,560		5,491	693
1971	3,770	2,712		6,482	1,471
1972	4,340	2,870		7,210	1,361
1973	5,201	2,233		8,434	1,538
1974	4,709	5,467		10,176	2,226
1975	6,123	6,778		12,901	2,374
1976	14,146	8,251		22,397	4,578
1977	20,275	14,464		34,739	5,622
1978	31,186	17,913		49,099	5,792
1979	35,326	19,207		54,533	7,967
1980	41,516	19,237		60,753	11,801
1981	40,795	25,859		66,654	15,081

Fuentes: Banco Central de Venezuela, *La economía venezolana en los últimos treinta y cinco años* (Banco Central de Venezuela, Caracas, 1978), pp.280-3, *Anuario de series estadísticas 1981* (Banco Central de Venezuela, Caracas, 1972). pp.92, 104.

Esta acumulación de cifras puede tal vez resultar un tanto avasallante y confusa; lo importante, no obstante, es no perder el rastro de lo esencial: las políticas económicas de la Gran Venezuela fracasaron porque se basaron en concepciones erradas, según las cuales el Estado no sólo puede manejar a su antojo la economía, sino que también es capaz de crear una clase empresarial y una disciplina productiva y de consumo ajenas a los criterios de competitividad y costos del mercado. El otorgamiento de créditos a la ligera y casi sin controles -motivados a veces por favoritismos políticos- y el proteccionismo excesivo, trajeron como consecuencia que muchas de las empresas que se llegaron a establecer en el país pronto acusaron síntomas de ineficiencia, elevados costos, bajísima competitividad y propensión a la parálisis. En cuanto al sector de empresas públicas, "se cayó" -como apunta Dubuc- "en un nacionalismo

megalomaniaco que llevó a la fundación o a la expansión de empresas para las que no existían ni los mercados suficientes ni las destrezas empresariales y técnicas requeridas, ni la conveniente infraestructura institucional... El resultado que se obtuvo, de esta forma, fue la eclosión de un grupo de empresas públicas altamente ineficientes, sujetas a todo tipo de corruptelas y permanentemente deficitarias, que para sobrevivir tienen que seguir devorando grandes cantidades de fondos gubernamentales y recurrir a dosis cada vez mayores de endeudamiento. Así, el espejismo de la 'Gran Venezuela' creó las condiciones de la crisis fiscal y de endeudamiento externo que actualmente sufre nuestro país".⁽¹⁹⁾

En síntesis, los petrodólares y el populismo intoxicaron a Venezuela. Ciertamente, el ex-Presidente Pérez estaba en lo correcto al insistir en que Venezuela es un país de grandes problemas económicos y desigualdades sociales, pero éstas no son más que perogrulladas que conocemos de sobra todos. Lo importante no es repetir hasta el cansancio lugares comunes, sino adoptar una vía de aproximación para enfrentar el reto del desarrollo que sea a la vez realista y coherente: es decir, una vía que no responda a los mitos populistas y a las concepciones estatistas de siempre, y que se fundamente en la firme convicción de que lo que está planteado en Venezuela -como en todo país esencialmente pobre (aunque artificialmente rico)- es una política de desarrollo de largo alcance. La implementación de una política de esta naturaleza exige un liderazgo nacional con características muy distintas al que nos ha conducido durante los últimos 25 años, y requiere también la superación de la ideología político económico predominante en nuestro medio que es la ideología de nuestra democracia populista.

En tal sentido, cabe referirse, aunque sea brevemente, alas constantes afirmaciones del ex-Presidente Pérez (que son comunes entre nuestros dirigentes democráticos) de acuerdo a las cual es "El problema esencial (de Venezuela) es el de la injusta distribución de la riqueza,"⁽²⁰⁾ La "circunstancia de la pobreza" -decía Carlos Andrés Pérez en 1974- "no fue nunca (resultado de la indolencia de las mayorías nacionales, sino (de la) *falta de activa justicia distributiva de la democracia económica* que no funcionaba en nuestro país".⁽²¹⁾ La democracia, insistía, es "asediada por dos extremos. La extrema derecha que señala, que acusa a la democracia como sistema incapaz de garantizar los derechos de los ciudadanos, de dar seguridad, y asimila la democracia al bochínche; en el otro extremo la izquierda cuestiona la democracia como el sistema para favorecer los intereses de los poderosos, para asentar los privilegios. Y frente a estas dos falsificaciones de la democracia *quiero demostrar que se puede dar pan y dar bienestar, pero también libertad*".⁽²²⁾

(19) Dubuc, "El Programa..." p. 18.

(20) Carlos Andrés Pérez, *Manos a la Obra*, Vol. 2, p. 92.

(21) Ibid, pp. 7-8.

(22) Ibid, Vol. 1, p. 297.

Dejemos por el momento de lado la noción paternalista, puesta una vez más de manifiesto en la idea de que el papel del gobierno es "dar" a la gente esto o aquello. Lo que quiero comentar ahora es la tendencia de nuestros dirigentes políticos a ponerle apellidos a la democracia, y hablar de una "democracia social", "económico", "participativo", etc.,⁽²³⁾ sin jamás explicar con precisión qué es exactamente lo que se quiere decir con esto y de qué forma tales apellidos de la democracia constituyen una respuesta a los problemas de la pobreza y la distribución del ingreso en la sociedad. Si tratamos de descifrar qué es lo que numerosas personas en Venezuela, dentro y fuera de los partidos, entienden por democracia social -a pesar de lo oscuro del concepto-, hay que concluir que, en esencia, se refieren a una cierta visión de la vida política y económica según la cual las libertades de un régimen de derecho no bastan, y deben ser complementadas con la intervención del Estado para garantizar un reparto equitativo de la riqueza entre la población. Lo que jamás alguien explica -porque no es posible hacerlo- *es cuáles son los criterios objetivos que nos podrían permitir conocer en qué consiste una justa distribución del ingreso: o, para decirlo de otra forma, qué es la justicia social.* Aquí es necesario detenerse, pues el terreno que pisamos es pantanoso y está lleno de trampas ideológicas y chantajes emocionales. En nuestro país la mitología populista ha impuesto, entre otras cosas, un cierto lenguaje político, y el que no lo habla se condena a ser atacado con todo tipo de epítetos y acusado de la más dura crueldad. Dos frases claves de ese lenguaje son las de justicia social y reparto equitativo de la riqueza, y si bien mucha gente las usa constantemente, nadie ha explicado cuál es su contenido concreto y de qué manera pueden lograrse tales objetivos. Debo entonces dejar claro lo siguiente: cuestionar estos conceptos no significa adoptar una actitud altiva y egoísta ante los gravísimos males que afectan a amplios sectores de nuestra población, en no poca medida debido a la demagogia populista. Aspiro a que *todos los* venezolanos tengan acceso al trabajo, ala educación, a oportunidades de superarse y ejercerá plenitud sus capacidades en el contexto de una sociedad libre y democrática. Lo que está planteado no es un debate entre un grupo de almas buenas que se preocupan por los pobres, débiles y marginales, y otro grupo de gente sin corazón y carente de ideales. No, lo que está planteado es un debate entre una serie de concepciones demagógicas y, como sostendré luego, en extremo peligroso acerca de la democracia, y por otro lado un conjunto de ideas sobre la política y la economía que a mi modo de ver son las únicas que pueden enrumbar a Venezuela hacia un camino de progreso *real*, sin sacrificar nuestras libertades.

En la sección siguiente presentaré con mayor detalle mis puntos de vista sobre la democracia. Por ahora quiero enfatizar que no debemos perder de vista en ningún momento que en una sociedad *libre* siempre existirán desigualdades que parecerán injustas o inmerecidas a unos u otros, pero tales desigualdades tendrán, en tal sociedad, una naturaleza y un significado muy

(23) Véase, por ejemplo, *Ibid*, p. 429.

diferentes a las desigualdades que existen en las sociedades socialistas o autoritarias en general. En el primer caso, si se trata de sociedades democráticas con una vigorosa economía de mercado, se generarán desigualdades que serán principalmente producto de fuerzas impersonales, de las diferencias en talento y productividad de las personas; las sociedades colectivizadas, en cambio, producen desigualdades que son el resultado de jerarquías políticas *inflexibles* y de mecanismos económicos sometidos a una *dirección centralizada*. En este caso las desigualdades son consecuencia de estructuras que aplastan al individuo; en una sociedad libre las desigualdades se derivan del funcionamiento de estructuras que dejan espacio al individuo para el despliegue de sus potencialidades. Esta, lamentablemente, no es la situación existente en Venezuela, a causa del estatismo y la excesiva influencia partidista, que crean privilegios clientelares en todos los ámbitos de la vida ciudadana.

Desde luego, un Estado democrático tiene el *deber moral* de ocuparse de los miembros más débiles e infortunados de la sociedad. Mas esta protección del Estado a los menos favorecidos debe canalizarse en el sentido de contribuir a crear el marco institucional -económico, jurídico, y educativo- que permita a las personas superarse por sí mismas. Esto es distinto a los programas de redistribución de la riqueza de que hablan muchos de nuestros políticos. En la práctica, y en particular dentro de nuestro contexto populista, esos "programas distributivos" se transforman en un proceso totalmente arbitrario en el que un grupo reducido de políticos y funcionarios públicos traspasan caprichosamente recursos de unos grupos de la población a otros. La intensificación de los llamados programas distributivos engendraría una gran desigualdad en las atribuciones y usos del poder político en favor de quienes controlasen el aparato de transferencia de recursos. Esas personas tendrían entonces el camino abierto para explotar dicho poder y concederse a ellas mismas privilegios materiales".⁽²⁴⁾ Esto es, de hecho, lo que ha ocurrido en todas partes donde el Estado, en lugar de estimular una economía de mercado y un marco jurídico de leyes y reglas comunes y de igual aplicación para el conjunto de la ciudadanía, ha acrecentado sistemáticamente su poderío económico y sus atribuciones distributivistas -y Venezuela no es, como sabemos, una excepción. Nuestro problema esencial no es la injusta distribución de la riqueza sino la existencia de una economía y una mentalidad nacional rentistas que le cierran el paso a un desarrollo efectivo, y contribuyen decisivamente al deterioro de nuestro orden político.

En suma, si bien admito que la idea de justicia social tiene un contenido intuitivo que responde en muchos casos a la honesta y legítima inquietud por las desigualdades e infortunios de que padecen gran número de venezolanos, creo, también, que hay que evitar caer en ingenuidades en el análisis de un problema clave para el país, que es el de la vía más eficiente para enfrentar

(24) Dubuc, "El Programa"..., p. 17.

tales dificultades dentro de un marco de libertades públicas. Continuar prestando atención a la sonora pero hueca retórica populista sólo nos conducirá a una crisis más grave, y tal vez al derrumbe definitivo de la democracia. Recordemos, en esta línea de argumentación que el equipo socialcristiano que se encargó de los destinos del país en 1979 llegó al poder tras las consignas de la democracia participativa y el gobierno de los pobres (dos innovaciones dentro del lenguaje del populismo). Sin embargo; a pesar de las promesas, el Dr. Herrera Campins presidió por cinco años sobre una economía estancada, un crecimiento casi nulo del sector no petrolero, elevadas pérdidas del sector público, enormes gastos en importaciones, aumentos masivos en el endeudamiento nacional, inflación creciente y fuertes descensos en los niveles de vida del grueso de la población. ⁽²⁵⁾ De nuevo, el gobierno de Copei entre 1979 y 1984 no hizo otra cosa que inflar todavía más al ya gigantesco Estado venezolano, y aun sin la baja en los precios del petróleo (que dejó las proyecciones del VI Plan de la Nación en el limbo de las más descabelladas utopías), nuestra economía habría experimentado serios traumas en ese período.

El secreto del desarrollo no es un misterio tan profundo como desean en ocasiones pintarlo algunos sociólogos y economistas. El progreso económico real (no rentista) de las naciones es, sin excepción, el resultado de la capacidad productiva de sus ciudadanos: de su trabajo, de su disciplina social en un marco de leyes y reglas comunes, de su ingeniosidad y su espíritu de innovación y superación. Como plantearé con mayor amplitud oportunamente, esa capacidad productiva se relaciona a un -conjunto de factores que van desde lo político hasta lo psicológico, pasando por supuesto por lo económico propiamente dicho. En todo proceso de desarrollo las instituciones políticas juegan un papel de primordial importancia, pues éstas pueden o bien obstaculizar o bien estimular el despliegue del esfuerzo productivo de las personas. En tal sentido, y retornando al tema de los programas redistributivos, la experiencia venezolana indica que en nuestro contexto institucional ese tipo de procesos lo que logra es atraer a la población hacia actividades políticas -en busca del dinero fácil del Estado-, apartándola de los esfuerzos productivos que son los únicos capaces de dejar atrás efectivamente la condición de atraso y marginalidad en que se encuentran numerosos venezolanos. En nuestro país los gobiernos democráticos se han visto reiteradamente tentados a sustraer recursos de los sectores más productivos de la sociedad, para engrosar -bajo la consigna de la redistribución del ingreso- un tesoro público que ha estado por mucho tiempo abarrotado de dinero petrolero. Lo que casi siempre se pierde de vista es que al sucumbir a las presiones ideológicas populistas en estas materias, el camino queda abierto para golpear aun más duramente la iniciativa individual y su potencial para producir bienes y servicios, así como para destruir el surgimiento de nuevos hombres de empresa, que se abstendrían de invertir

(25) Véase Petras y Morley, pp. 15-20.

al darse cuenta de que buena parte de sus ingresos irían a parar a manos de una maquinaria burocrática que ha malbaratado enormes sumas del tesoro público. Una política impositiva debe entonces responder a criterios de eficiencia, y no a los dogmas ideológicos de un populismo que tiende a concentrar poder económico en el Estado a pesar de las repetidas demostraciones de su propensión al despilfarro y la corrupción.

Para Venezuela hubiese sido mil veces preferible que los sustanciosos ingresos provenientes del petróleo a partir de 1973, en lugar de despilfarrarse en función de los desmesurados proyectos de la Gran Venezuela se hubiesen orientado de otra manera, de acuerdo a una concepción no estatista del desarrollo como un proceso a largo plazo. Como plantea Dubuc, "viendo las cosas en retrospectiva, hubiese sido mejor gastar ese dinero en la humanización de nuestras infernales ciudades, en la edificación de obras para la expansión de oportunidades individuales en el terreno de la cultura y el deporte, y en la construcción de la infraestructura que siempre hemos necesitado -y para lo que ahora tenemos tan escaso dinero a fin de crear condiciones para las actividades agropecuarias y pesqueras privadas. Desgraciadamente pudo más la mitología política que la sensatez".⁽²⁶⁾

Hubo sin duda programas positivos, basados en una visión más acertada de lo que debía, hacerse, como por ejemplo la creación de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho. Sin embargo, también aquí se cometieron serios errores, y la incidencia de fracasos, la ineficiencia y el clientelismo fueron muy elevados. La Gran Venezuela absorbió recursos que administrados de otra forma, y en condiciones políticas distintas dentro de un marco democrático levantado sobre las leyes y no sobre la demagogia, podrían haber colocado a Venezuela sobre un sendero de sólida superación nacional. Pero de hecho, entramos en una etapa, que aún persiste, de progresivo deterioro.

¿Hemos asimilado las lecciones que arroja esta experiencia? Es decir, como lo formula Deutsch, ¿hemos logrado extraer de todo esto un aprendizaje *creativo* que nos permita entender adecuadamente lo ocurrido e incrementar las posibilidades de tomar un camino distinto hacia adelante?⁽²⁷⁾ Esto está aún por verse, pero no hay que olvidar que los individuos, y naciones enteras, pueden experimentar procesos de aprendizaje "patológicos" que en lugar de acrecentar su capacidad de innovación la reducen, con consecuencias usualmente nefastas para su evolución futura.⁽²⁸⁾ Para Venezuela las alternativas siguen siendo o bien la continuación de una democracia populista, que seguramente nos llevará a una mayor decadencia, a la parálisis, la anarquía o el autoritarismo, o bien una democracia basada en el sentido de la realidad por parte de la ciudadanía y sus dirigentes. En la sección siguiente me propongo trazar algunos de los rasgos de esa opción no populista para la democracia venezolana: conquistar esa alternativa es, en esencia, el desafío fundamental que tiene planteado Venezuela.

(26) Dubuc, "El Programa...", p. 18.

(27) Deutsch, p. 169.

(28) Ibid. p. 248.

II

UNA VISION ALTERNATIVA DE LA DEMOCRACIA

Democracia y Expectativas Ciudadanas

En la primera parte de este estudio, me concentré en una crítica del modelo de democracia que se ha desarrollado hasta el presente en Venezuela. No quise con ello desconocer el significativo logro que para nuestro país implica haber establecido y sostenido por casi tres décadas un régimen de libertades públicas, y en varios pasajes reconocí sin ambigüedades este aspecto como una conquista histórica altamente positiva. No obstante, mi objetivo no es hacer elogios sino enfrentar dificultades, pues como dice Samuel Brittan, "el propósito de anunciar que una casa se está incendiando es alertar a los bomberos, no es sentarse a contemplar las llamas".⁽¹⁾ La motivación central de mi análisis no es la de retrotraer a Venezuela a etapas ya superadas de nuestro proceso histórico, sino por el contrario alzar una voz de alarma respecto a los graves problemas que se derivan del tipo de democracia que se ha implantado en nuestro medio, con el objeto de que se introduzcan a tiempo correctivos que, por un lado, conserven lo que el sistema tiene de positivo, y por otro lado reformen sus componentes negativos. No está de más, entonces, enfatizar que mi discusión responde a un conjunto de valores políticos que no temo en calificar de liberales, en tanto que ese calificativo se entienda en los términos que le ha asignado Popper: "por un liberal" -escribe en *Conjeturas y Refutaciones*- "no me refiero a un simpatizante de un determinado partido político, sino simplemente a un hombre que valora la libertad individual y que está alerta a los peligros inherentes al poder y la autoridad".⁽²⁾ Estos valores incluyen la voluntad de defender una sociedad abierta y democrática, en la que se preserven la libertad de expresión, así como la que cada quien tiene de escoger su propio modo de vida; una sociedad en la que no existan grupos oprimidos o a los que se les nieguen los medios de subsistencia y superación, y donde el mantenimiento del orden y la estabilidad sean al máximo posible el producto del respeto a las leyes y al mínimo posible el producto del ejercicio de la coacción por parte del Estado.

(1) Samuel Brittan, *The Economic Consequences of Democracy*, Temple Smith, London, 1977, p. 247

(2) Karl Popper, *Conjectures and Refutations*, Routledge & Kegan Paul, (fifth edition), London, 1974, p. viii

El peligro que traté de esbozar en páginas precedentes se refiere a la elevada posibilidad de que el camino populista que ha venido siguiendo la democracia venezolana, nos conduzca paulatinamente al deterioro y eventual abandono de los valores mencionados. Ahora me propongo evaluar un modelo alternativo de democracia, y afrontar directamente la pregunta de si es posible, en nuestras condiciones, desarrollar un estilo y una sustancia democrática no-populistas, que nos enrumben por una dirección diferente de sólida libertad política y efectivo progreso económico. En este orden de ideas, mi primer objetivo será discutir el dilema de la relación entre la democracia y el crecimiento de las expectativas ciudadanas, es decir, el problema de la tendencia inherente a los sistemas democráticos -y en particular a los partidos políticos- a generar esperanzas excesivas en la ciudadanía en cuanto a las posibilidades de mejoramiento rápido y continuo de sus condiciones de vida, así como a aumentar constantemente las expectativas en cuanto a la habilidad de los gobiernos para manipular la economía y la sociedad de acuerdo a nietas y planes preestablecidos.

Mi punto de partida es el análisis presentado por el economista y sociólogo Joseph Schumpeter en su notable libro de 1942, *Capitalismo, Socialismo y Democracia*. En esta obra, Schumpeter formula una definición en extremo moderada y poco ambiciosa de la democracia como un "método" o "arreglo institucional para alcanzar decisiones políticas, de acuerdo al cual un conjunto de individuos (los gobernantes) adquieren "el poder de decidir mediante una lucha competitiva por el voto popular".⁽³⁾ Según Schumpeter, la teoría clásica de la democracia, que la define como un método para tomar decisiones políticas "que realizan el bien común", a través de la participación popular en la elección de individuos que son responsables de implementar esa "voluntad general" carece de asidero en la realidad de las cosas. Esto es así, argumentaba, pues no existe un "bien común" en tomo al cual todos los ciudadanos estén de acuerdo o puedan llegar a compartir a través de la persuasión racional: "Ello no se debe principalmente a que algunas personas deseen cosas distintas a lo que se entienda como 'bien común', sino sobre todo al hecho de que tal 'bien común' significará cosas distintas para diversos grupos e individuos".⁽⁴⁾ Por otra parte, apuntaba Schumpeter, aún si lográsemos delinear un "bien común" 'suficientemente preciso y aceptable para todos -como por ejemplo el principio utilitario de la máxima satisfacción económica- esto no implicaría que pudiesen obtenerse respuestas definidas y similares de los ciudadanos ante cuestiones específicas. Las opiniones sobre éstas podrían diferir hasta el extremo de producir disensiones básicas en tomo a los fines globales del "bien común": "La salud puede ser deseada por todos pero la gente difiere sobre las vacunaciones, la vasectomía, etc."⁽⁵⁾ Por último, y a consecuencia de lo anterior, la noción de que existe una "voluntad general" no tiene validez.

(3) Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Allen & Unwin, London (fifth edition), 1976 p. 269

(4) Ibid., p. 251

(5) Ibid., pp. 251-2

Sin un "bien común" que todos puedan discernir y hacia el cual todos puedan gravitar el concepto de voluntad general, escribe Schumpeter, "se desvanece en el aire". Por esto, en su opinión, es necesario adoptar una idea de la democracia que reduzca a su justa proporción las ilusiones de la teoría clásica, la cual "atribuía al electorado una capacidad de iniciativa totalmente irreal, que conducía prácticamente a ignorar el factor del liderazgo en política. ⁽⁶⁾ En síntesis, para Schumpeter la democracia no es más -ni menos- que un método de competencia por el liderazgo a través de una repetida contienda electoral por el voto libre de los ciudadanos. Su criterio del éxito de este sistema político no es el logro de algún ideal abstracto o de un óptimo desempeño, sino simplemente su autoreproducción en condiciones que no conduzcan al empleo por sectores desafectos de métodos no-democráticos para implementar cambios políticos. La función de los electores, en suma, es escoger entre varios equipos potenciales de gobierno; aquél que resulte seleccionado tendrá en sus manos, por un tiempo definido, la tarea de formular y ejecutar las políticas públicas. Si al final de ese período los electores se sienten descontentos con el resultado, no lo "comprarán" otra vez.

A pesar del carácter un tanto crudo y poco estimulante de la visión Schumpeteriana de la democracia, el hecho es que, a su modo de ver, la esencia competitiva del método democrático da lugar a un proceso de aumento permanente de las expectativas, cuyos resultados pueden ser fatales. Schumpeter insiste repetidas veces en su obra que es equivocado interpretar la actividad de los políticos democráticos como si éstos fuesen ideólogos o portavoces de un mensaje con verdadera sustancia. En realidad -afirma- los políticos son fundamentalmente empresarios que compiten en un mercado de votos en lugar de comerciar con bienes de consumo. Los programas políticos de los partidos pueden o no tener importancia para garantizar éxito en una determinada coyuntura, pero su significación a más largo plazo es casi nula y los mensajes cambian de la noche a la mañana, tal como ocurre con las mercancías que se exhiben en los supermercados. Para Schumpeter, en resumen, el secreto del mercado político democrático no es muy distinto al del económico: complacer a los clientes, pero a la vez sacarles beneficios.

No les faltaría razón a los que sostuviesen que los planteamientos de Schumpeter son un tanto exagerados; no obstante, sus tesis centrales -que acá he simplificado mucho- tienen la virtud de revelar con gran claridad una dificultad clave del proceso democrático. El problema se deriva del hecho de que los votantes carecen de experiencia y limitaciones presupuestarias en el mercado político, al contrario de lo que ocurre en el económico. Es decir, en sus vidas privadas la gente sabe que más de alguna cosa (por ejemplo, ropa), significa generalmente menos de otra (por ejemplo, comida), y entiende que los ingresos deben distribuirse de acuerdo a ciertos criterios y prioridades pues no son ¡limitados. Sin embargo, en la esfera política este conocimiento de los límites es mucho más difuso, y a veces casi inexistente.

(6) Ibid., p. 270

De allí que el electorado tienda a esperar siempre demasiado de los gobiernos y carezca de una percepción adecuada de los costos que la satisfacción de sus actitudes basadas en la consistencia (más de esto es menos de aquello), que en mayor o menor grado predominan en el mercado económico, no se trasladan de manera directa al mercado político, donde los ciudadanos carecen en su mayoría del conocimiento, interés inmediato y experiencia que les convenzan efectivamente que los gobiernos también tienen limitaciones. La tendencia natural del electorado a esperar más y más de sus gobernantes es con frecuencia reforzada por los propios políticos, que buscan acentuar, en lugar de disminuir, las expectativas de la gente en su afán por ganar la competencia de los votos. Los partidos de la oposición prometen que lo harán mejor que el gobierno de turno; a su vez, los gobernantes, acosados por las demandas ciudadanas, abrumados por los problemas y presionados por sus partidarios, ofrecen más para callar a la oposición, y así sucesivamente en una espiral sin destino aparente que generalmente desemboca en decepción, crisis, y parálisis.

Si bien Schumpeter enfatiza el rol del elector en este proceso de crecimiento de las expectativas, por su tendencia a desear todas las cosas valiosas a la vez en el terreno político y a atribuir una especie de omnipotencia a los gobernantes, a mi modo de ver el eslabón clave de esta cadena es el papel que cumplen los líderes, pues éstos son, al fin y al cabo, los que tienen mayor responsabilidad en sus manos. El ciudadano común y corriente -y éste es un hecho de la vida comprobable *en todas* las naciones democráticas- tiene un interés relativamente limitado y secundario en los asuntos políticos, en comparación con sus asuntos privados: "A medida que nos alejamos de las esferas privadas de la familia y el trabajo, y nos adentramos en campos de la política nacional e internacional que carecen de una conexión directa e inequívoca con esas esferas privadas, la voluntad individual, el conocimiento de los hechos y los métodos de inferencia de las personas rápidamente cesan de cumplirlos requerimientos ideales de la teoría clásica de la democracia, (y los ciudadanos) comienzan gradualmente *a perder el sentido de la realidad*. El ciudadano típico se retrotrae a un nivel inferior de su capacidad mental tan pronto entra al terreno político; aquí es usual que argumente y analice de una manera que le sería fácil reconocer como casi infantil si la aplicase en la esfera de sus intereses privados".⁽⁷⁾ Estas son frases duras, que desafortunadamente contienen buena parte de verdad, tanto en relación al caso venezolano como a otros.⁽⁸⁾ Sería superfluo, no obstante, sumarse al coro de lamentaciones por esta realidad de la vida democrática, o pretender que la participación llevará a la gente a prestar a la política la atención que los ideólogos y políticos profesionales necesariamente le conceden. Como con característica crudeza lo expresa Schumpeter: "El retrato publicitario de la más bella muchacha que

(7) Ibid., pp. 261-262

(8) Con respecto a la común superficialidad de las motivaciones que determinan la identificación partidista de los electores en Venezuela, véase el trabajo de Aristides Torres, "¿Crisis o Consolidación de los Partidos en Venezuela?" *ARGOS*, Universidad Simón Bolívar, N° 1, 1980, pp. 9-21

jamás haya existido no podrá por sí solo y a largo plazo mantener las ventas de un cigarrillo de bajísima calidad. Pero este tipo de válvula de seguridad no existe en el campo de las decisiones políticas. Gran número de decisiones de enorme importancia son de tan compleja naturaleza que hacen imposible para el público que las reflexione y experimente con el tiempo, la serenidad y el conocimiento necesarios y a bajo costo. Aún si ello fuese posible, su veredicto no puede alcanzarse con la ligereza con la cual se elige un cigarrillo, pues los efectos de las decisiones políticas son mucho menos fáciles de interpretar'.⁽⁹⁾

Si la realidad de las cosas responde básicamente a la descripción de Schumpeter -y creo que en lo fundamental su análisis es bastante acertado-, ello sólo viene a reforzar la responsabilidad e importancia del liderazgo político en el proceso democrático. Desde luego, muchas veces los votantes adoptan una actitud cínica respecto a las promesas de los políticos, pero tal reacción no es la más característica, particularmente en democracias jóvenes como la venezolana. Al contrario, en nuestro país las exigencias y expectativas ciudadanas no hacen sino crecer, así como el deseo de castigar a gobiernos que -atrapados en la red de sus exageradas promesas- son sistemáticamente incapaces de satisfacerlas ansiedades de los ciudadanos. A esto se añade el espejismo de la riqueza petrolera, que intensifica la generalizada convicción entre la gente de que existen recursos suficientes para lograrlo todo y a coito plazo. La única manera de romper este círculo vicioso de promesas, expectativas y frustraciones es a través de un ejercicio sensato y creíble del liderazgo político, basado en la verdad y capaz de despertar confianza en la ciudadanía sin recurrir ala demagogia. Esto no es imposible, a pesar del pesimismo de Schumpeter, pues hay que tener en cuenta que su modelo de funcionamiento de la democracia responde a un contexto económico de relativa abundancia y elevada estabilidad, pero ese modelo no se aplica de igual forma en otras condiciones. Dicho en otras palabras, el constante estímulo de las expectativas ciudadanas puede no ser excesivamente riesgoso y dar resultados positivos para los partidos políticos en épocas de abundancia, pero en tiempos de crisis no es otra cosa que un mecanismo suicida que acelera el derrumbe de la democracia.

La validez de este punto se comprueba si recordarnos que el propio Schumpeter indicaba que los votantes simplifican los problemas de escogencia, desviando su atención de los programas a las consecuencias de la acción de los gobiernos, y en la medida en que piensan en términos de políticas programáticas su apoyo o rechazo de las mismas tiene frecuentemente poca relación con su identificación partidista: "Un partido" -escribe Schumpeter- "es un grupo cuyos miembros se proponen actuar coordinadamente en la lucha competitiva por el poder político. Si esto no fuese así sería imposible que partidos diversos adoptasen exactamente o casi exactamente el mismo programa. Y sin embargo, como todo el mundo sabe, esto ocurre".⁽¹⁰⁾

(9) Schumpeter, p. 263

(10) Ibid, p. 283

Este es el fenómeno que Tullock ha denominado el "teorema del votante medio", y al que otros analistas se refieren cuando hablan de la lucha por el centro" político: si los puntos de vista de la gente sobre un asunto en particular pueden ordenarse a lo largo de una línea de tal forma que haya mayor número de personas coincidiendo en el medio que en los extremos, los principales partidos políticos terminarían adoptando posiciones centristas sobre el asunto muy parecidas entre sí".⁽¹¹⁾ Tales políticas Me centro según Tullock, son las que infligen la menor insatisfacción a la sociedad como un todo"; pero el teorema tiene un serio defecto: su aplicación se limita casi exclusivamente a aquellos problemas que pueden ser presentados al electorado en forma simple y unidimensional, en términos de recibir o lograr más o menos de una determinada actividad o bien público. Es decir, que la competencia democrática puede reflejar eficazmente aquellos cambios en la opinión del electorado que tienen que ver, por ejemplo, con el monto del gasto en educación, salud, etc., pero su adecuación es menor para resolver la cuestión -a nivel básico- de si tales servicios deben o no ser prestados por el Estado o por el sector privado. Para dar otro ejemplo, usando un caso extremo con fines ilustrativos, la competencia democrática puede adecuadamente y sin mayores traumas asignar más recursos para la defensa nacional, pero es singularmente inapropiada para arrojar una decisión precisa y sensata sobre si un país debe o no ir a la guerra para recuperar un trozo de territorio en reclamación o sostener algún principio que los líderes nacionales hayan tradicionalmente considerado de vital interés nacional. Es por esta razón que Schumpeter insistía que una de las condiciones para la supervivencia de la democracia es que el rango efectivo de las decisiones políticas que se tomen por este método *no se extienda demasiado*, pues ello acrecentaría la polémica y traería consigo mayor conflicto e inestabilidad.⁽¹²⁾

En suma, la democracia, en condiciones de estabilidad y abundancia, tiende a convertir la lucha por el centro político en un fin en sí mismo, deteriorando así la posibilidad de que el liderazgo nacional afronte con firmeza asuntos básicos que no pueden presentarse al electorado en forma simplificada, y cuyo impacto crea polémica. De allí que con gran frecuencia, los dirigentes democráticos reaccionen tarde ante las crisis, y pocas veces perciban a tiempo sus síntomas.

Para recapitular brevemente lo expuesto hasta ahora, he intentado mostrar que, de acuerdo a Schumpeter, el proceso democrático debe no tanto como un método de participación popular en el gobierno o un medio para implementar la voluntad general, sino como una lucha el poder a través del voto llevada adelante por equipos competitivos políticos profesionales. Si bien esta perspectiva de la democracia encierra toda la verdad, es limitada y hasta podría considerarse cínica apunta hacia un aspecto de gran importancia en la determinación de de las debilidades intrínsecas a la competencia por los votos: la tendencia al aumento permanente de las expectativas ciudadanas.

(11) Véase, G. Tullock, *The Vote Motive*, Institute of Economic Affairs, London, 1976

(12) Schumpeter, p. 29 1. Discutiré el tema de la "participación ciudadana en La toma de decisiones en la sección 6.

Las expectativas a que acá me refiero no cubren la totalidad de las demandas que la que hace en su vida individual, sino exclusivamente aquéllas que sean satisfechas en el mercado político a través de la acción del gobierno. Del análisis de Schumpeter puede inferirse que la dinámica inherente proceso democrático acrecienta si sistemáticamente este último tipo expectativas -es decir, las del mercado político- hasta un punto en que electores prácticamente esperan que el gobierno les resuelva la *mayor parte* de los problemas y afronte exitosamente el conjunto de retos nacionales; y todo ello es exigido por el electorado sin una considere detallada de la complejidad de los asuntos, su relación con los disponibles, y los posibles costos de las alternativas existentes.

Como señalé antes, el aumento de las demandas y expectativas ciudadanas es en buena medida el producto de la irresponsabilidad de políticos, al divulgar ofertas electorales y estimular esperanzas que lugar de agudizar el sentido de la realidad en la gente lo erosionan evidente que la democracia venezolana ha venido funcionando sobre mecanismo. Cada ronda electoral renueva el largo catálogo de promesas por parte de los líderes políticos de los principales partidos, quienes aseguran que -si tan sólo tenemos la inteligencia de elegirlos- conducía la nación por senderos de bienestar y progreso incesantes. Por su las promesas sólo se cumplen en parte, o de ninguna manera, pero ganar elecciones -se piensa- es siempre necesario ocultar la realidad carece de sentido decir con claridad cuáles son los costos que se te que pagar para alcanzar las cimas de satisfacción generalizada que ofrecen en los torneos electorales. Ello sólo se conoce al final del período presidencial, cuando la explicación de los fracasos que daos por la esperanza de un cambio de gobierno.

El desgaste institucional y la pérdida de credibilidad a que nos conduce la mecánica de las promesas rotas y las expectativas falsas deberían ser obvias para todos los venezolanos, en particular para los dirigentes nacionales. En una situación de abundancia como la que vivió Venezuela por dos décadas, alimentar el mecanismo de las promesas y expectativas artificiales era irresponsable pero no excesivamente peligroso. En las condiciones que han venido perfilándose en tiempos recientes, sin embargo, los riesgos de que la demagogia genere una grave crisis política son demasiado elevados. En otras naciones democráticas las instituciones del sistema pluralista tienen tal fortaleza que su sustitución se hace no sólo impracticable sino hasta inconcebible, pero no ocurre así en Venezuela. En nuestro país, la continua decepción de las expectativas creadas en cada período electoral está produciendo un perceptible y creciente deterioro en la credibilidad de un sistema que ha suscitado gran apoyo, pero que se ha mostrado incapaz de responder con eficiencia ante los desafíos históricos de una nación en desarrollo y con envidiables recursos. Y es que la credibilidad -particularmente en las circunstancias populistas imperantes en Venezuela- está en función de los recursos, no de la capacidad efectiva de los gobiernos. En países pobres y atrasados, de los que tenemos varios ejemplos en Latinoamérica, culpar a los dirigentes por los males sociales tiene a veces algo de injusto: simplemente, las cosas sólo pueden mejorar muy lentamente pues no existen los medios para hacerlo de otra forma. Pero en Venezuela sabemos que existen grandes recursos materiales, y además por

años nuestros dirigentes nos han dicho que el desarrollo puede comprarse a corto plazo. Por esto, el hecho de que los problemas tiendan a agravarse, de que nuestra economía sea cada día más ficticia, nuestra sociedad más desigual, nuestro aparato de gobierno más ineficiente, nuestra estructura de impartir justicia más corrupta, y nuestras políticas públicas en general más incompetentes, está siendo paulatinamente atribuido por un número no menospreciable, y en crecimiento, de venezolanos a un sistema que se mueve por promesas vacías, y no a la incapacidad pasajera de uno u otro partido político.

La credibilidad de la democracia venezolana, contrariamente a lo que piensan algunos bien intencionados ilusos, es frágil y altamente vulnerable. Esto es así porque las expectativas de la población son exageradas, pero las realizaciones dejan demasiado que desear. No obstante, el deterioro no es irreversible. Los principales partidos políticos cuentan aún con un significativo margen de apoyo que posibilita la revigorización del régimen democrático-representativo. Por desgracia, las naciones usualmente aprenden por experiencia; saben cuando ya es demasiado tarde para corregir los errores de sus líderes.⁽¹³⁾ De allí que la esencia de un liderazgo eficaz sea la habilidad de los dirigentes para percibir a tiempo los signos de descomposición, actuar "como si su intuición fuese ya experiencia y su aspiración la verdad",⁽¹⁴⁾ y dar inicio a un proceso de rectificación.

En esa senda, el primer paso que debe darse en Venezuela es adoptar una imagen realista de la democracia, su potencial y sus limitaciones. Hay que evitar caer en el extremo de los que atribuyen a la democracia virtudes casi místicas, y un poder moralizador que más bien pertenece a la esfera de la religión y no de la política,⁽¹⁵⁾ así como también el extremo representado por Schumpeter, quien ve al "ciudadano típico" de la democracia como una especie de zombie que concede a la política un rango menor que los "hobbies", tan sólo el objeto de "conversaciones irresponsables".⁽¹⁶⁾ Esto es cierto en numerosos casos, especialmente en períodos de estabilidad y abundancia, pero las percepciones de la gente cambian con rapidez en tiempos de crisis, y una de las virtudes de la adversidad de que hablaba Toynbee se deriva precisamente de que las dificultades sensibilizan políticamente a los ciudadanos y abren para los líderes la posibilidad de apelar al sentido de la realidad. La parte positiva del modelo Schumpeteriano es ésta: la restauración aun lugar relevante de la función del liderazgo en un régimen de libertades. En Venezuela, ese liderazgo debe ante todo ajustar las expectativas a la realidad, y ello implica como punto prioritario asumir una actitud realista sobre la democracia.

(13) Sobre este tema, puede verse mi libro, *Líderes en Guerra: Hitler, Stalin, Churchill, De Gaulle*, Editorial TECNOS, Madrid, 1979

(14) H. A. Kissinger, *A World Restored*, Gollancz, London, 1977, p. 329

(15) Puede consultarse, por ejemplo, la obra de C. B. Macpherson, *Democratic Theory: Essays in Retrieval*, Oxford University Press, Oxford, 1973, pp. 3-76

(16) Schumpeter, p. 261

Pienso -como Popper- que el punto de partida de la democracia y de una sociedad abierta, es decir, libre, es la constatación de la falibilidad humana, o para expresarlo de otra forma, el reconocimiento del hecho que, como humanos, somos imperfectos y podemos equivocarnos. Aún nuestro conocimiento científico sobre la realidad no es más -ni menos- que la mayor aproximación a la verdad existente en un momento dado, y no sólo no está exento de errores sino que existe siempre la posibilidad de que las teorías que hoy se consideran válidas sean mañana superadas por otras. Esta es la base de la libertad: la convicción de nuestra falibilidad y la voluntad de tolerar otros puntos de vista y aceptar que las otras personas busquen sin imposiciones sus propios fines de acuerdo a sus conocimientos y aspiraciones. La consecuencia de estos principios en el terreno político es enorme, pues el propósito de la ciencia política no debe en ningún momento ser el de sugerir que los seres humanos tenemos la habilidad y conocimiento para organizar y dirigir el todo social de acuerdo a fines predeterminados y según nuestra voluntad, sino más bien mostrarnos las *limitaciones* de nuestro control, e indicarnos que somos partes de un todo muy complejo que ha evolucionado en términos que escapan a los caprichos de dominación de individuos particulares.

A lo largo de la historia, y también en nuestro tiempo, numerosos pensadores y actores políticos han creído que la racionalidad, la lógica y la perspectiva científica indican que la sociedad, para funcionar en forma adecuada, debe someterse a un control centralizado y autoritario y ser planificada como un todo. Tal opinión, además de conducir a la tiranía, descansa sobre una imagen completamente equivocada de la ciencia, pues la racionalidad, la lógica y la perspectiva científica más bien apuntan hacia una sociedad abierta y pluralista, donde puntos de vista opuestos e incompatibles puedan expresarse y los individuos puedan perseguir propósitos muy diversos. En esta sociedad las personas deben tener la posibilidad de someter a crítica racional y constructiva las proposiciones de otros, muy particularmente las del gobierno, y en tal sociedad debe ser posible cambiar las políticas gubernamentales (y los gobiernos) a la luz de la crítica y sin violencia, a través de elecciones celebradas regularmente. ⁽¹⁷⁾

La diferencia fundamental entre la democracia y la tiranía se encuentra entonces en el hecho de que la democracia, al contrario de la tiranía, permite sustituir a los gobiernos sin el uso de la violencia. Además, una sociedad democrática hace posible que los conflictos se resuelvan a través de los argumentos racionales y la persuasión, en lugar de la coacción y la fuerza. Desde luego, puede decirse -como hace Schumpeter que en la práctica la argumentación racional juega un papel de poca importancia en la política democrática, pero el punto que debe enfatizarse es que, al menos, una sociedad abierta permite que la racionalidad, el sentido crítico y la persuasión cumplan el rol que les asigna una concepción humanista y no-represiva de la política, aunque no puede garantizar que tal función se realice a plenitud y con resultados siempre óptimos.

(17) Véase: Bryan Magee, *Popper*, Fontana, London, 1973, pp. 77-78

Aparte de esto, escribe Popper, la democracia como tal no puede conferir otros beneficios a los ciudadanos ni debe esperarse que lo haga. De hecho la democracia no puede hacer nada, sólo los ciudadanos de la sociedad democrática pueden actuar (incluyendo, por supuesto, aquellos ciudadanos que componen el gobierno). La democracia sólo proporciona el marco institucional dentro del cual los ciudadanos pueden actuar de manera, en mayor o menor grado, coherente y organizada. ⁽¹⁸⁾ La idea democrática exige distinguir entre los aspectos *personales* e *institucionales* de una situación social. Numerosos críticos de la democracia se muestran insatisfechos al comprobar que muchas veces las instituciones democráticas no garantizan el logro de determinados fines positivos para el país. Pero estas críticas no siempre están bien enfocadas en relación a la verdadera naturaleza de los problemas, y revelan una comprensión inadecuada de lo que puede esperarse de las instituciones democráticas y de la alternativa a las mismas. La democracia proporciona el marco para el cambio gradual de la sociedad; hace factible su reforma sin el uso de la violencia y por ello posibilita el uso de la razón en el diseño de nuevas instituciones y el ajuste o reacomodo de las viejas: la democracia, sin embargo, no puede por sí sola proveer esa razón. El problema del carácter moral e intelectual de sus ciudadanos es en gran parte un problema personal... Es un error culpar *a la democracia* por los fracasos políticos de un determinado Estado democrático; en todo caso habría que culpar a los *ciudadanos* del Estado en cuestión. En un Estado no-democrático, la única vía de obtener reformas razonables es a través del derrocamiento violento del gobierno y la posterior introducción de un marco democrático. Aquéllos que critican la democracia en términos éticos casi nunca distinguen entre problemas institucionales y personales. Las instituciones democráticas no pueden mejorarse por sí mismas; el propósito de mejorarlas es siempre un problema de las personas y no de las instituciones. ⁽¹⁹⁾

Es por todo lo anterior que Popper sostiene que las instituciones son como fortalezas: deben estar bien diseñadas de inicio, pero también bien mantenidas. La fortaleza democrática ha sido diseñada para evitar la tiranía y sustituir, sin violencia, a los gobiernos, y los defensores de esa fortaleza somos los ciudadanos del Estado democrático. En teoría, el sistema democrático permite que la crítica constructiva conduzca eventualmente a la reforma y al mejoramiento de las instituciones; en la práctica, no obstante' ese proceso requiere un liderazgo creador, que actúe con claridad y sin demagogia, y que despierte confianza fundada sobre el sentido de la realidad de los ciudadanos.

(18) Popper, *Conjectures and Refutations*, pp. 250-251

(19) Karl Popper, *The Open Society and Its Enemies*, Routledge & Kegan Paul, London, 1969 Vol. 1, pp. 126-127

El problema del carácter moral y las virtudes cívicas de los ciudadanos no se resuelve -como han sostenido los diversos partidarios del gendarme necesario en nuestro medio-⁽²⁰⁾ a través de un ejercicio despótico del poder que eduque a la gente para la democracia.

Como acertadamente señalaba Kant, el ejercicio de la libertad sólo se aprende en libertad; los hombres sólo llegan a ser libres si

un marco institucional apropiado se los permite, o para decirlo en otros términos, las virtudes que hacen a los hombres aptos para la libertad no pueden adquirirse excepto en libertad.⁽²¹⁾ Si esto es así -y estoy convencido de que lo es- resulta obvio que el populismo, que se basa en la constante erosión del sentido de la realidad y de la ética de responsabilidad personal de los ciudadanos, destruye en lugar de enaltecer las virtudes cívicas y condena las instituciones democráticas a un deterioro sistemático. De allí que, insisto, el desafío prioritario que se le plantea a la democracia venezolana tiene que ver con las actitudes y la visión política del liderazgo nacional, su voluntad de presentar a la ciudadanía una versión realista del país que tenemos y de las dificultades y exigencias que implica para Venezuela emprender un camino de desarrollo no-rentista.

Fue el célebre teólogo norteamericano Reinhold Niebuhr quien produjo una de las más adecuadas definiciones de lo que es la democracia: -dijo- "para encontrar soluciones aproximadas a problemas insolubles". Esta concepción tiene dos ventajas: por un lado indica que los problemas de la política jamás concluyen sino que evolucionan y se transforman. De esta manera, Niebuhr logra cuestionar las visiones utópicas de los que pretenden construir un paraíso en la tierra, y que usualmente abren las puertas a la tiranía. Por otra parte, sin embargo, esta noción de la democracia enfatiza que la resignación jamás debe convertirse en principio político. Al contrario, a pesar de que la perfección sea inalcanzable, ello no debe conducir a la pasiva aceptación de las cosas como son sino aun esfuerzo permanente de mejoramiento. Lo positivo de la democracia es que permite que este esfuerzo se lleve a cabo sin aplastar la libertad.

Una vez así entendida la esencia de la democracia, se comprende mejor porqué resulta difícil mantenerla. Si para el individuo es comúnmente complicado lograr un equilibrio entre un sano escepticismo y una justificada esperanza ante la vida, para un sistema político libre es aún más arduo preservar la confianza de la gente en medio de las dificultades. Esta confianza no se puede mantener -al menos por mucho tiempo- a través de la demagogia y la propaganda. La libertad no puede a largo plazo sostenerse en el engaño sino en la convicción. Por esto lo que en última instancia determina la preservación de la democracia es la credibilidad del sistema en los corazones y

(20) Para un resumen de las ideas sobre "despotismo ilustrado" en Venezuela, véase el trabajo de Clara M. Rojas, "El positivismo Laureano Vallenilla y la Tesis del Gendarme Necesario" en ARGOS, Universidad Simón Bolívar, N° 2, 1981, pp. 39-53

(21) Véase, Immanuel Kant, *Kant's Political Writings*, Cambridge University Press, London, 1970

las mentes de la población, la confianza en que, a pesar de todos los problemas, la nación avanza, hay un futuro, y existen perspectivas concretas de un mañana mejor.

Lo que realmente preocupa de la actual situación venezolana es la sensación generalizada -que aún no encuentra una expresión política definida- de que vamos de mal en peor, de que estamos fracasando, de que no merece la pena cifrarse esperanzas en el futuro, y de que todos nuestros partidos y líderes políticos son igualmente ineficientes y corruptos. El escepticismo se ha apoderado de Venezuela; vivimos una época de gran desconfianza colectiva, un tiempo de desgaste de las ideas y de los hombres que han conducido nuestra democracia hasta el presente. El terreno está abonado para la innovación, y ésta, de alguna manera y en libertad, debe producirse antes de que sea tarde.

Lo que Venezuela requiere no es una revolución que trastoque el sistema, sino un proceso de rectificación y de reformas firmes y decididas, guiadas por una concepción distinta de la política democrática. Como con acierto señala Popper, las revoluciones lo que hacen es sustituir los vicios del pasado por otros, ¿y quién garantiza que los nuevos vicios sean mejores? 'La teoría de la revolución' -nos dice- "pierde de vista el aspecto más importante de la vida social: que lo que requerimos tanto hombres buenos como buenas instituciones. El poder puede corromper aun al mejor de los hombres; pero instituciones que hacen posible que los gobernados ejerzan alguna forma de control efectivo sobre los que les gobiernan pueden llevar a los malos gobernantes a realizar lo que los gobernados consideren en su mejor interés. O, dicho de otra manera, quisiéramos tener buenos gobernantes, pero la experiencia histórica nos muestra que es poco probable que los obtengamos, de allí la importancia de diseñar instituciones que impidan aún a los malos gobernantes causar demasiado daño".⁽²²⁾ Este, a mi modo de ver, es un pensamiento de gran importancia en todo intento de evaluar acertadamente las limitaciones de la política y de la democracia; no obstante, tiene el defecto de atribuir a los líderes políticos una casi innata propensión al error y la demagogia. Lo que Popper olvida -y que Schumpeter lúcidamente reveló- es que las propias instituciones de la competencia democrática pueden en ciertas condiciones dar origen a un proceso de desgobierno y distorsión de las expectativas ciudadanas, si no existe una visión realista y responsable de la política que las controle. Popper habla de la importancia de una actitud racional que sirva de guía a la acción política, es decir, una actitud que conceda especial valor a la argumentación y la experiencia como principios de acción, y que rechace el dogmatismo y la demagogia. Esto es básicamente lo que se requiere de un liderazgo democrático que crea verdaderamente en la libertad. Si bien no debemos depositar toda nuestra confianza en la suerte de tener buenos gobernantes, tampoco es razonable suponer que la política se reduce a la demagogia.

(22) K. Popper, *The Open Society and Its Enemies*, Vol. 2, pp. 230-231

De aquí se deriva mi convicción de que en Venezuela es posible actuar en política de acuerdo a una perspectiva distinta, no populista, de la democracia, enarbolada por un nuevo liderazgo. La tarea de los próximos capítulos será esbozar algunos de los principios teóricos y rasgos prácticos que a mí modo de ver deben caracterizar esa concepción alternativa de la democracia.

Libertad, Orden, Justicia

Me he propuesto trazar en sus rasgos esenciales el perfil de una democracia posible para Venezuela. No obstante, no asumo esta tarea con el espíritu de construir un modelo utópico (en el sentido Popperiano del término) hacia el cual forzar el destino histórico del país, sin importar los costos y consecuencias. Como con acierto apuntaba Popper, la búsqueda de utopías en política usualmente desemboca en la tiranía, pues el deseo de perfección es la raíz del mesianismo, y éste, a su vez, siempre genera intolerancia y violencia.⁽¹⁾ Al contrario, mi visión de la democracia se basa en una idea de la política que si bien de ninguna manera rechaza la voluntad de cambio y superación en función de ciertos ideales, al mismo tiempo acepta el sano escepticismo y la sabia modestia del verdadero liberalismo, plasmados en las obras de pensadores como Hayek, Popper, y Bauer en nuestro tiempo, y previamente, entre otros, Hume y Kant. Esta línea de pensamiento político -para tomar prestada la excelente descripción de un autor venezolano- "se fundamenta en una bien reflexionada desconfianza en la ilusión de que los seres humanos son por naturaleza únicamente buenos y sensatos, y en la observación de que el poder ejercido sin freno ni restricción rápidamente toma en monstruos hasta a los hombres mejor intencionados. De allí el rechazo liberal a las fórmulas de ordenación social que o bien estimule la demagogia populista, o bien tiendan a depositar en un hombre o una oligarquía (por ejemplo un partido único) un poder de coerción mayor al mínimo indispensable. Es decir que, en contraste con las religiones y las utopías, el liberalismo ni promete salvación ni ofrece la realización del bien absoluto en este mundo. No cree en una mutación histórica mediante la cual queden resueltos de una vez por todas los conflictos de individuos y grupos entre sí y con el Estado, pero sí en la posibilidad de un constante examen y una permanente conciliación de esos conflictos, a la luz de la experiencia y la razón, con respeto a la tradición ya la costumbre, y bajo el imperio de un cuerpo de leyes lo menos complicado posible. Esas leyes deben ser de factible cumplimiento, para que sean normalmente acatadas con un mínimo de coerción.

(1)Popper, *Conjectures and Refutations*, pp. 356-362

Deben estipular la separación de los Poderes Públicos y en general propiciar la alternabilidad y la dispersión del poder. Y deben establecer derechos básicos y garantías inviolables, que minimicen la probabilidad de abuso de poder por el Estado o por otras potestades contra los ciudadanos".⁽²⁾

Esta concepción de la política responde al ideal de una sociedad abierta, plural y libre, que permita el cambio y las reformas a través de la experiencia y la crítica, pero que no sucumba a la tentación profética de transformarlo todo a la vez y en forma revolucionaria, trastocando así la posibilidad de un mejoramiento gradual en base a la experiencia, el argumento racional- y la persuasión. En este tipo de sociedad se buscaría eliminar males concretos, en lugar de realizar bienes abstractos, y no se trataría de lograr la felicidad por medios políticos, sino de afrontar problemas concretos con medios directos. He aquí la diferencia clave entre las utopías y los ideales sensatos en política: las primeras procuran materializar sus propósitos indirectamente, creando un paraíso que sea totalmente bueno y perfecto, de acuerdo al argumento de que sino cambia todo, nada puede cambiar. Los segundos, al contrario, se dirigen a establecer un contexto de libertad y tolerancia, donde el mesianismo, la demagogia y el dogma revolucionario cedan su espacio a la razón. No se trata entonces de aceptar literalmente el excesivamente pesimista consejo de Max Weber, según el cual los soñadores de la paz y la felicidad deben leer la inscripción grabada sobre la puerta que se abre hacia el futuro de la humanidad: "abandonen toda esperanza"⁽³⁾ sino de admitir que no somos omnipotentes, que existen límites a lo que puede lograrse en política, y que la búsqueda de un equilibrio entre el poder y los principios éticos requiere una lucha perenne, pues sus reconciliaciones son siempre pasajeras.

Lo anterior puede aclararse si pensamos que existen dos imágenes fundamentales de la política: por un lado, la idea de la política como conflicto y lucha, como una pugna entre intereses, partidos e ideologías en función de un poder siempre discutido. De otro lado se presenta la imagen de la política centrada en el compromiso, la convivencia entre fuerzas opuestas, la estabilidad y la paz; es decir, la política entendida como creación de un orden de convivencia en función de determinados valores de libertad y justicia que dan sentido a la existencia ciudadana.⁽⁴⁾ De acuerdo a tal perspectiva la política debe ser vista como un compuesto de *lucha* dentro de una realidad con conflictiva y de *visión ordenadora* de esa realidad.

(2)Carlos Rangel, El Tercermundismo, Monte Ávila, Caracas, pp. 169 -170

(3)Citado por David Beetham, Max Weber and the Theory of Modern Politics, Methuen, London, 1974, p. 42

(4)Véase: Manuel García-Pelayo, Idea de la Política, Cuadernos del Instituto de Estudios Políticos, N° 13, U.C.V., Caracas, 1968, pp. 4-5

No se trata tan sólo, en la lucha política, de pronosticar dificultades, enfrentar obstáculos y conquistar el poder para ejercerlo como un fin en sí mismo. Esta imagen no agota la realidad de la política, que debe incluir también un universo de fines y valores que son los que dan sentido a la acción y los que pueden rescatar de las confrontaciones humanas un elemento de creatividad.

Tal perspectiva sobre la política como argumenté en detalle en otra parte⁽⁵⁾ se encuentran en la médula misma del pensamiento de Simón Bolívar, y a mi modo de ver tiene obvia relevancia para los venezolanos de hoy. El Libertador intentaba re conciliar la libertad, entendida como ejercicio de derechos y limitación de la autoridad, con el orden, concebido como aceptación de deberes y limitaciones para una existencia colectiva bajo el imperio de leyes comunes para todos; de allí que repetidamente enfatizase que sus ideas políticas perseguían la estabilidad unida a la libertad y conservación de los principios que hemos adoptado".⁽⁶⁾

Desde este punto de vista, el realismo político, que con frecuencia ha sido usado como excusa para el sacrificio y abandono de los ideales, debe más bien concebirse como el fundamento de una actitud racional que acepte los límites y el carácter imperfecto de la acción humana, pero que a la vez asuma la política como un *área perfectible* de la existencia, sujeta al flujo constante de intereses en pugna. Así, realismo político significa rechazo al dogmatismo y a las soluciones radicales, y búsqueda, en lo posible, de la conciliación y el equilibrio. Esta es otra lección del pensamiento y la acción práctica de Bolívar, quien obraba-en términos de Weber- según los dictados de una "ética de la responsabilidad, es decir, de una ética que ordena "tener en cuenta las consecuencias previsibles de la propia acción",⁽⁷⁾ convencido como lo estaba de que tenía que moverse en un territorio de realidades, no un universo de buenos deseos, para conquistar, dentro de sus límites, a la vez orden y libertad.

La libertad, entonces, no puede existir sin un marco institucional estable, que al mismo tiempo le abra espacio de expansión y le indique límites a su ejercicio. En política (y, como argumentaré más tarde, en economía) la libertad irrestricta o absoluta no sólo es autodestructiva sino que forzosamente produce lo opuesto, pues si todos los límites se remueven nada detendría al poderoso si éste decidiese oprimir al más débil. La paradoja de la libertad es que no puede existir como principio de coexistencia y valor político sino dentro de un contexto de leyes, normas y tradiciones que la limiten y le den un sentido creador. Tampoco la tolerancia puede ser absoluta, pues es absurdo tolerar al intolerante. En palabras de Popper, "no hay libertad que no esté asegurada por el Estado; por otra parte, sólo un Estado que esté controlado por ciudadanos libres puede ofrecerles verdadera seguridad".⁽⁸⁾ Por ello hay que tener claro

(5)Véase mi libro La Idea de la Política en el Pensamiento de Simón Bolívar. Editorial Ateneo, Caracas, 1985

(6)Simón Bolívar, Obras Completas, Editorial Lex, La Habana, 1947, Vol. 1, p. 1272

(7)Max Weber, El Político y el Científico, p. 164

(8)Popper, The Open Society and As Enemies, Vol. 1, p. 111

que la libertad ciudadana y la democracia, aunque compatibles, no son lo mismo, pues si un sistema democrático otorga poderes ilimitados a la mayoría, el resultado sería la opresión totalitaria de los demás, y por lo tanto el fin de la libertad. En consecuencia, los resultados electorales no deben interpretarse en ninguna circunstancia como una certificación autoritaria a favor del partido victorioso y sus programas, pues ello implicaría el riesgo de que ese partido adoptase medidas exclusivistas para beneficiar a los sectores que lo apoyan o tratase de imponer por la fuerza sus preferencias al resto de la sociedad. La noción liberal de la democracia exige que el gobierno actúe de acuerdo a principios generales, y no para beneficio exclusivo de un grupo o sector en particular. Por lo tanto, una sociedad libre no es aquella que carece de leyes, o reglas, o poderes gubernamentales, sino aquella en la cual el gobierno mismo está limitado por leyes que se encuentran por encima de su potestad. Si bien la institución de la voluntad mayoritaria en lo que respecta a un país es altamente laudable, no hay que perder de vista que debe ser controlada para que no degenera en tiranía. En síntesis, en una sociedad democrática y libre las funciones coercitivas del gobierno deben limitarse a hacer cumplir leyes y normas de comportamiento justo entre los ciudadanos.

Como lo plantea Hayek, el "concepto central" de la perspectiva liberal sobre la sociedad sostiene que bajo un marco de leyes y reglas generales que protejan una reconocible esfera privada para la actividad de los individuos, se desarrollará un "orden espontáneo" de actividades humanas mucho más complejo y dinámico del que podría crearse *deliberadamente*, y en consecuencia la acción coactiva del gobierno debe concentrarse en hacer cumplir esas reglas, sin perjuicio de otros servicios que pueda al mismo tiempo realizar con los recursos que hayan sido puestos a su disposición para tales propósitos.⁽⁹⁾ Este tipo de orden espontáneo (como, por ejemplo, el mercado económico) puede ser usado para muy diversos fines individuales, a veces divergentes y hasta conflictivos. En contraste con lo que Hayek denomina una organización (por ejemplo, los partidos políticos o la institución militar), que es creada deliberadamente, con jerarquías y fines prefijados, un orden espontáneo no requiere sustentarse sobre un acuerdo acerca de los resultados concretos que debe producir; no obstante, tal tipo de orden, que no descansa en objetivos comunes sino en la noción de *reciprocidad*, es capaz de reconciliar los distintos fines de los participantes para su beneficio mutuo. La importancia de este tipo de orden y de la libertad que proporciona reside en el hecho de que - como ocurre en la economía de mercado y al contrario de las economías centralizadas-, extiende la posibilidad de la coexistencia pacífica de los individuos para su mutuo beneficio mucho más allá de los pequeños grupos cuyos miembros tienen propósitos comunes concretos, o están sujetos a una voluntad superior que les dirige. La idea de una *sociedad abierta* y libre es inconcebible sin la existencia de estos órdenes espontáneos en economía y en política donde es la base de la libertad de crítica.

(9)F. A. Hayek, "The Principles of Liberal Social Order", en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, Routledge & Kegan Paul, London, 1967, pp. 162-163

Esta noción de la vida social se opone radicalmente a la perspectiva socialista, que presume que la sociedad puede y debe organizarse deliberadamente; tal visión de las cosas imagina la sociedad como una suerte de individuo capaz de distribuir y asignar equitativamente (de acuerdo a criterios arbitrarios) lo que corresponde a cada cual. Pero una sociedad libre no debe ser concebida como una especie de individuo, sino que se trata de un sistema complejo y no planificado de innumerables valores, preferencias y acciones, capaz de reconciliar, si sus reglas se mantienen, los propósitos de sus integrantes. De hecho, muchos de los beneficios que obtenemos de esta compleja estructura se derivan precisamente de su carácter espontáneo y de la multiplicidad de fines que en ella interactúan, y no se dan como resultado de la *intención* específica que alguien pueda tener de proporcionarnos tales beneficios.

Sólo si se tiene claro que una sociedad libre existe en la medida en que dentro de ella se preserven estos órdenes espontáneos que son, desde luego, producto de la acción humana pero no del diseño de una mente o un organismo todopoderosos con la capacidad de centralizar, controlar, y dirigir los valores, preferencias, energías y propósitos de los miembros del todo social; sólo, repito, si este punto se tiene claro, es posible comprender adecuadamente el significado de la idea de justicia y su relación con la libertad. En efecto, en una sociedad libre la noción de justicia encuentra su sentido cuando se aplica a la conducta humana, al comportamiento concreto de los individuos dentro de un marco de reglas generales donde la *escogencia* sea posible. Si una persona contrae cierta enfermedad, o sufre la pérdida de un ser querido, o nace con un defecto físico, tales situaciones pueden obviamente calificarse de desafortunadas, pero carecerá de sentido llamarlas injustas.⁽¹⁰⁾ Estos son hechos de la naturaleza que nada tienen que ver con acciones justas o injustas. La justicia es un concepto moral, y sólo los seres humanos y sus acciones pueden calificarse de morales o inmorales, justas o injustas. Existe, sin embargo, una segunda idea de justicia, que no se refiere a las reglas de conducta entre la gente sino a la *distribución de bienes materiales* en la sociedad. Esta noción de justicia, que persigue lograr ciertos resultados específicos para ciertos individuos o grupos sociales en particular, sólo tiene sentido en el contexto de organizaciones centralmente dirigidas y con propósitos fijos y claramente delimitados (como las economías colectivistas) pero no dentro del marco de una sociedad libre, que es un orden espontáneo. En un sistema de mercado competitivo, la posición relativa de los individuos no es el resultado de un designio deliberado de fuerzas identificables y manejables por una autoridad central, sino de un proceso sobre el cual nadie tiene absoluto control. Por ello, es un error hablar de injusticia para referirse a los efectos de una sociedad libre, en la medida en que nadie haya *actuado* injustamente dentro de ella, violando sus reglas generales.

(10) Véase: Earamon Butler, Hayek, Temple Smith, London, 19 83, p. 87

De igual forma, los conceptos de remuneración justa o distribución justa sólo tienen verdadero sentido en una organización cuyos miembros actúen según una dirección centralizada y al servicio de un sistema común de fines, pero carecen de significado en un orden espontáneo que no tenga esos fines perfectamente jerarquizados y aplicables por igual a todos los individuos.

No cabe duda, no obstante, que la idea de justicia social tiene un poderoso contenido intuitivo, que se deriva de una legítima preocupación por las desigualdades que inevitablemente se generan en toda sociedad libre (y, también y más rígidamente, en las sociedades totalitarias, pero por diversas razones). Esto ha traído como consecuencia una enorme confusión conceptual, de peligrosas connotaciones para la supervivencia de la libertad y la democracia. El problema surge de la incapacidad de buen número de honestos analistas para distinguir entre, por un lado, una sincera inquietud ética ante las desigualdades sociales y el infortunio, de los débiles y los menos favorecidos, y, de otro lado, el análisis y comprensión desapasionada de la naturaleza de una sociedad libre, sus características y efectos, y de los correctivos que pueden implementarse -sin destruir su esencia- para superar las dificultades que su dinámica propia produce. A esta confusión intelectual se suma el uso que en muchas ocasiones hace la demagogia populista del igualitarismo como arma política, para manipular resentimientos y enardecer emociones con fines de poder. De hecho, ya es casi imposible para los políticos democráticos abstenerse de emplear la frase justicia social en sus pronunciamientos públicos, y en el caso de los partidos con ideologías más marcadamente colectivistas y hostiles ala economía de mercado, la promesa de una mayor justicia social ha sustituido los sueños iniciales de abundancia para todos a través de la planificación. No obstante, el hecho de que un concepto confuso sea ampliamente aceptado no acrecienta de ningún modo su validez, sino que simplemente añade otra muestra al grueso catálogo de los mitos políticos contemporáneos.

Sería absurdo negar que en una sociedad de hombres libres existan desigualdades, pues la diversidad de conocimientos, habilidades, aspiraciones y suertes individuales, dentro de un proceso que nadie en particular puede determinar o predecir, genera necesariamente resultados distintos en cada caso en particular. Sin embargo -como escribe Dubuc- "esto es justamente lo admirable, ya que la particularidad individual, bien sea ésta producto de dones innatos o adquiridos, es la fuente misma de donde emergen los innovadores cuyos logros personales ofrecen posibilidades de beneficio y abren caminos de progreso a todos los miembros de la sociedad. En cambio, la propuesta de la igualdad es una alternativa irreal, y el intento de alcanzarla por la fuerza no sólo ahoga la posibilidad de desarrollo de las energías y capacidades personales, *sino que establece una desigualdad a favor de quienes ejercen dicha fuerza*. Las peores tiranías que ha conocido la historia de la humanidad han sido, precisamente, el resultado de la quimera de perseguir la igualdad.¹¹

(11) Dubuc, Hay Salida, p. 29 (Enfasis A. R.)

Debo enfatizar que el autor se refiere aquí al mito de la igualdad *de condición* personal e ingresos económicos en una sociedad libre, y no a la igualdad de los ciudadanos ante la ley, en tomo a cuyo valor e importancia, por supuesto, coincidimos todos los que creemos en la libertad y la dignidad humanas. En este -último sentido, la idea de igualdad ha cumplido un extraordinario papel en la historia como fuerza liberadora, y ha hecho posible afirmar el respeto que como seres humanos merecen todos los hombres y mujeres así como el deber ético de una sociedad libre hacia sus miembros menos favorecidos. Mas este concepto de igualdad debe diferenciarse nítidamente del igualitarismo demagógico que con frecuencia enarbolan los que hablan superficialmente de justicia social, como una condición de igualdad de ingresos entre los miembros de una sociedad libre; así mismo, la idea de igualdad ante la ley debe distinguirse del también muy ambiguo concepto de igualdad de oportunidades.

En una sociedad libre, donde las posibilidades de superación por definición están en líneas generales abiertas crecientemente a sus miembros, la noción de igualdad de oportunidades es obviamente incompatible con la posibilidad de que se genere una sustancial igualdad de ingresos entre sus diversos integrantes. Esto es así, como señala Bauer, porque los individuos y grupos difieren notoriamente en cuanto a sus aptitudes y motivaciones personales en todos los ámbitos, entre ellos el económico. Una sociedad libre puede de hecho -debido a Su capacidad de generar mayor riqueza que cualquier otro sistema- reducir las desigualdades económicas y sociales más eficazmente que las sociedades cerradas, totalitarias o de castas, pero es inevitable que las diferencias entre individuos y grupos persistan. "Sólo la creencia de que las motivaciones y aptitudes de todo el mundo son las mismas -una creencia que puede tener graves consecuencias para la libertad- sostiene la noción de que una sociedad abierta es prácticamente sinónima con la igualdad económica... (tal creencia) se deriva de la doctrina de la igualdad natural de hombre. De acuerdo a esta idea, todos somos iguales excepto por diferencias en riqueza y educación... y sólo las diferencias económicas entre la gentes' tienen verdadera relevancia. Al mismo tiempo se asume que estas diferencias pueden ser removidas sin cambiar el comportamiento de la gente y sin afectar significativamente su desempeño económico. La creencia en que la persistencia de desigualdades económicas en las sociedades abiertas es algo normal o accidental termina usualmente conduciendo a la adopción de medidas impositivas y de coacción que de hecho van en contra de la igualdad ante la ley o del mantenimiento de la igualdad de oportunidades.⁽¹²⁾ Esto ocurre así, pues aún en condiciones de alta movilidad social y creciente igualación de oportunidades de acceso a la educación y a la competencia y progreso económicos en tina sociedad abierta, aún -repito- en tales condiciones, continúan existiendo diferencias que provienen del talento, las aptitudes y la

(12)P. T. Bauer, Equality, The Third World and Economic Delusion, Methuen, London, 19 8 1, p. 16

buena o mala fortuna de las personas; pero esto, sin embargo, no siempre es aceptado en tales términos y siempre habrá gente que niegue que los logros de otros reflejan una mayor contribución a la sociedad o son el producto del mérito, la disciplina, la voluntad y la creatividad individual. A consecuencia de estos prejuicios, alentados por la demagogia populista, los mecanismos de mercado son constantemente denigrados en nuestro medio, y han sido severamente desmantelados también en otras naciones, erosionando aún más los fundamentos de una sociedad abierta y erigiendo paulatinamente en su lugar las estructuras del colectivismo negador de la libertad.

Desde luego, como ya he sostenido en estas páginas, la destrucción del sistema de mercado a través de la estatización de la economía y la adopción por parte del gobierno de un cada vez mayor intervencionismo redistributivo", cierra el espacio de la libertad y condena la sociedad al estancamiento. Y es que, como con su acostumbrada claridad indica Hayek, "No existe un tercer principio de organización económica -capaz de ser racionalmente escogido para lograr ciertos fines- que sea distinto, por una parte, al principio del mercado competitivo en el cual nadie puede determinar conclusivamente los resultados para diversos grupos o individuos, o, por otra parte, al principio de dirección centralizada donde el grupo que detenta el poder político determina los resultados del proceso económico".⁽¹³⁾ Esto último genera la politización de la vida económica, uno de los peores males que aqueja a gran número de países del así llamado Tercer Mundo, y contra el cual las democracias avanzadas - Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania Federal, Italia, los países Escandinavos, y aún Francia bajo la actual administración socialista- han estado luchando tenazmente en años recientes, con éxito variable, en un intento de restituir el oxígeno de la competitividad y la innovación a economías que poco a poco se habían venido asfixiando bajo el peso de los mitos socializantes de nuestro tiempo. La búsqueda infructuosa de la igualdad económica por medio del estatismo y el colectivismo, de hecho sólo cambia la prometida reducción de las diferencias de ingreso y riqueza en la sociedad por una desigualdad mucho mayor de poder entre los que gobiernan y los gobernados: ésta es la contradicción básica del "igualitarismo" en una sociedad abierta y libre.⁽¹⁴⁾

Una vez que un gobierno asume la tarea de intervenir masivamente en la economía con fines redistributivos y de acuerdo a algún criterio (necesariamente arbitrario) de justicia social, pronto se encuentra enfrentado con múltiples demandas y peticiones conflictivas de muy diversos individuos y grupos, todos los cuales argumentarán que su aporte particular merece una mayor recompensa de la que ya tiene. En vista de la inexistencia de reglas acerca de -lo que cada cual debe recibir, las decisiones del gobierno serán arbitrarias e impredecibles, y "ya que los objetivos iniciales de redistribución de ingresos son abstractos y confusos, el gobierno creará reglas que son también

(13)F. A. Hayek, *The Political Order of a Free People*, Routledge & Kegan Paul, London, 1979, p. 151

(14)Bauer, p. 8

confusas, satisfaciendo tal vez las aspiraciones de algunos sectores, pero al mismo tiempo obstaculizando el funcionamiento del sistema de mercado. La ausencia de reglas claras y generales para la acción del gobierno conduce a su vez a la erosión en la mente de los ciudadanos del respeto por las reglas existentes... Los ingresos, como resultado, terminarán siendo asignados no en base al valor efectivo de lo que las industrias y abastecedores aportan a los consumidores, sino en relación al poder y la habilidad de diferentes grupos para convencer al gobierno de que 'merece' tratamiento, preferencial. Ello a su vez puede no estar fundamentado en factores que puedan ser calificados como verdaderamente meritorios sino tan sólo en la influencia política del grupo o individuo en cuestión, y en las repercusiones negativas para el gobierno si éste rechaza tales demandas y no acepta apaciguar a determinado sector o persona en particular". ⁽¹⁵⁾ Ejemplos ilustrativos de tal tipo de situación sobran en Venezuela.

Mas la versión populista del igualitarismo no se detiene en el ámbito nacional, sino que se extiende al plano internacional, creando la oscura, endeble, confusa pero extremadamente extendida ideología tercermundista, que a su vez sostiene las propuestas de un Nuevo Orden Económico Internacional. La relevancia del tema y la enredada maraña intelectual que le rodea ameritan un tratamiento detenido, que realizaré en otras secciones de este libro.⁽¹⁶⁾ Por ahora basta señalar que, dadas las enormes diferencias entre los distintos pueblos del globo en cuanto a sus motivaciones, actitudes, aptitudes, tradiciones, creencias, objetivos y maneras de organizarse políticamente, el propósito de igualar sus standards de vida a través de una acción internacional basada en la imposición de un centro dirigente y no en los mecanismos de mercado y el comercio exigiría -para ser de verdad eficaz- un gobierno mundial con poderes prácticamente totalitarios, el cual -en vista de los cada vez más ambiciosos programas de los profetas del Nuevo Orden -sería aún más opresivo que los gobiernos ya existentes en numerosas naciones del Tercer Mundo.

En relación a este tema, así como en lo que respecta a la justicia social, a nivel interno, buen número de políticos y comentaristas tienden no sólo a confundir la realidad con la retórica, sino también a mezclar la inquietud moral - a veces de origen religioso- ante los problemas que afectan las vidas de muchos de nuestros semejantes con el análisis racional de la política y la economía. Mi punto no es que ética y política sean incompatibles; al contrario, he venido hasta ahora argumentando que la política sólo encuentra sentido si se asume en función de un conjunto de valores más allá de la lucha por el poder. Mi punto, más bien, es que no es razonable ni sensato admitir que la preocupación moral es una excusa para la imprecisión conceptual, o que los sueños utópicos deben prevalecer sobre los argumentos y la discusión racional acerca de los factores que hacen posible una sociedad de hombres libres.

15. Butler, pp. 95-96 (énfasis A.R)

16. Véanse los capítulos 8 y 11 de este libro

Debo acá insistir que una sociedad libre y democrática no es el preludio a un paraíso en la tierra, sino simplemente la opción menos dañina y más esperanzadora que pueden escoger seres racionales, que prefieren la persuasión a la violencia y que no creen que los hombres somos dioses, para organizar su existencia en común. Siempre habrá una tensión entre los valores morales y las exigencias prácticas de la política; no obstante, lo que he querido dejar claro aquí es que, en ocasiones, líderes políticos e intelectuales- de intachable vocación democrática se dejan llevar por un estilo analítico discursivo y poco riguroso, que con facilidad puede desembocar en el lenguaje del populismo.

Tomemos por ejemplo estos textos escritos por un venezolano de particular relevancia política, como lo es el ex-Presidente Rafael Caldera: "Hay" -nos dice- "una justicia social: es la que impone al más fuerte el mayor deber frente al más débil; es la que impone cargas que no se pesan en la balanza de las componendas ni en la igualdad matemática de la justicia conmutativa... Hay una justicia social que establece desigualdad de deberes para restablecer la igualdad fundamental de los hombres... La miseria y el hambre existían antes, pero quienes las sufrían ni siquiera tenían oportunidad de darse cuenta. *El argumento de que todos somos iguales y tenemos derechos iguales*, ya no suena a mentirosa fantasía sino a verdad que profundamente se enraíza en los pueblos... Es la hora del cristianismo. Del cristianismo envuelto en los principios. La idea de la justicia social internacional coloca la aspiración al bien común por encima de los intereses de cada pueblo aislado y *obliga a los que tienen más al servicio del derecho de todos...* Ella nos dice que *los pueblos compradores de materias primas tienen mayores deberes frente a los productores de materias primas..* Que los pueblos a quienes la Providencia o la fortuna, o el esfuerzo también, dieron un grado más avanzado en el desarrollo de la técnica y de la economía tienen *deberes que cumplir y no dádivas que conceder frente a los países menos desarrollados...* De aquí que el fundamento de la idea de justicia social internacional sea también idéntico al de la justicia social en el plano nacional".⁽¹⁷⁾

Ahora bien, me parece evidente que la idea de justicia social que se maneja en los párrafos citados tiene mucho que ver con el principio religioso de la caridad cristiana y poco que ver con lo que, por ejemplo, los marxistas entienden por justicia. No objeto que se hable de caridad cristiana, del deber- en este sentido religioso- de los fuertes respecto a los débiles; lo que no considero aceptable es que a este asunto se le envuelva en las tesis de la justicia social, que tienen un contenido y unas consecuencias muy distintas. Por otra parte, si bien en un sentido es cierto que todos somos iguales como seres humanos con una dignidad propia, y -en sociedades libres- como ciudadanos

17 Rafael Caldera, Ideario: *La democracia Cristiana en América Latina*, Ediciones Aiel, Barcelona, 1970, pp 105,181-182, 192 (Enfasis A.R.)

ante la ley, en otro sentido es una verdad incontrovertible que *no todos somos iguales*, ni como individuos ni como pueblos, en lo que respecta a las motivaciones, talentos, aptitudes y ambiciones que caracterizan a cada ser humano y que son, precisamente, las que hacen posible que las sociedades no se estanquen. Sin embargo, el Dr. Caldera no establece una clara distinción entre estos aspectos del tema de la igualdad, ni extrae conclusiones sobre el impacto de los mismos en la discusión contemporánea en tomo a la justicia social. Además, sostener que todos tenemos derechos iguales no es tan obvio como parece. De nuevo, esto es verdad en un sentido: en lo que respecta al derecho que todos tenemos de exigir que nuestros semejantes cumplan las leyes y reglas que conforman el orden en una sociedad libre. No obstante, no hay ninguna razón para considerar que sea justo que aquéllos que más aporten a la sociedad -por su iniciativa, talento, creatividad, disciplina y dotes de cualquier tipo y en muy diversos niveles- deban recibir lo mismo -en cuanto a ingresos y beneficios- que otros que aportan menos. Pero el hecho es que, en muchas ocasiones, la idea de justicia social es empleada en el sentido de una nivelación de ingresos, y el dominio populista de nuestra cultura política impide que se formule la pregunta obvia: ¿porqué?, ¿en qué criterio se basa la perspectiva de que es justo penalizar a los que son más productivos y contribuyen más a la sociedad y discriminar sistemáticamente a favor de los que no lo hacen?

A esto, y todavía en relación a los textos del ex-Presidente Caldera, habría que añadir la pregunta siguiente: ¿porqué los países *compradores* de materias primas tienen mayores deberes que los *productores* de materias primas? ¿Cuál es el origen, y cuál es el fundamento, de semejante aseveración? ¿Es éste un principio moral?, y si lo es, ¿de dónde surge? ¿Se trata acaso de un principio económico? ¿Se nos está diciendo acaso que un país que sea primordialmente productor de materias primas no puede ser próspero y libre? ¿Y dónde quedan entonces Nueva Zelandia y Dinamarca, por ejemplo? ¿Porqué debemos presumir que pueblos que prácticamente sin materias primas -como Japón y Suiza- han sido capaces de progresar con su trabajo e ingeniosidad, tienen mayores deberes que otros? ¿Debemos concluir entonces que los países productores de materias primas -como Venezuela- no tienen deberes? Y si los tenemos, ¿cuáles son? Sobre el papel, Venezuela es un país rico al que bien podría aplicársele la frase del Dr. Caldera de acuerdo a la cual los pueblos ricos tienen grandes deberes frente a los pueblos menos ricos" ⁽¹⁸⁾; sin embargo ninguno de nuestros dirigentes políticos se ha tomado jamás el trabajo de explicar con claridad cuáles son tales deberes en el caso venezolano.

He extraído algunas ideas de los escritos del ex-Presidente Caldera porque se trata de un líder de gran peso político, cuyos puntos de vista ejercen mucha influencia dentro y fuera del partido al que pertenece; pero ejemplos como éste podrían multiplicarse, tornándolos de los pronunciamientos de la

18 Ibid., p. 181

mayor parte de nuestros hombres públicos. El problema siempre es el mismo: en vista de la debilidad intrínseca de la mitología populista, la vulnerabilidad de los conceptos se oculta tras un ropaje retórico que impresiona en la superficie pero que, en el fondo, es frágil y confuso.

¿En qué consiste entonces la justicia por la que hay que luchar en una sociedad libre? En las páginas precedentes me esforcé en mostrar que tal justicia definitivamente no es la que se intenta promover a través de la consigna de la justicia social, y que en esencia no es otra cosa que la búsqueda de un mayor intervencionismo estatal para dismantelar progresivamente el sistema de mercado, lo que en forma inevitable empujado por la dinámica del igualitarismo- desemboca en la gradual colectivización y politización de la economía y el acrecentamiento de los poderes de coacción del Estado. La creación de extensivos sistemas de seguridad social, la protección legal al trabajo, el control a las prácticas monopolistas, y otros logros propios de sociedades libres y de economías de mercado (aunque la seguridad social en salud y educación también existe en los países socialistas), esos logros, repito, no entran dentro de la esfera de lo que, en sentido estricto, puede denominarse un "acto de justicia!"-aunque mucha gente usa el termino de esa forma.⁽¹⁹⁾ El Estado de Bienestar (Welfare State), que existe por ejemplo en Gran Bretaña, Suecia, Italia, Alemania Federal, Francia y otros países democráticos avanzados es el resultado del progreso de la civilización en una sociedad libre, y tales sistemas de protección y seguridad social no son dádivas, ni donaciones, ni actos de caridad de los fuertes a los débiles; tampoco son, por lo demás, gratuitos, sino que esos sistemas se sostienen gracias al producto de esfuerzo de toda la ciudadanía, que contribuye a mantenerlos con el pago de impuestos. Si se insiste en llamar a esto justicia, no creo que valga la pena polemizar de nuevo al respecto, sino repetir que, en sentido estricto, en una sociedad libre con un sistema de mercado, la idea de justicia se refiere a la conducta individual, y no existe una justicia social separada. Por ello, en una sociedad de hombres libres luchar por la justicia significa luchar por la existencia y aceptación de reglas generales de conducta que protejan al individuo frente al Estado y que le den a la vez la posibilidad de desarrollar su talento e iniciativa y de beneficiarse por ello; reglas que sean, además, imparciales hacia los diversos individuos y grupos que integran la sociedad.

El objeto de la política económica en una sociedad libre no debe concebirse en términos de "redistribuir los ingresos" o hacer incompatible el ordenamiento jurídico con el sistema de libre concurrencia anárquica,⁽²⁰⁾ u otra noción arbitraria de justicia, sino lograr que el producto económico total crezca lo más amplia, eficaz y rápidamente posible, de manera que la parte de cualquier individuo, escogido al azar, se maximice. No hay duda, como apunta Hayek, que en las sociedades libres de nuestro tiempo la inmensa mayoría de los ciudadanos -con excepción de los más infortunados- le deben a la existencia

19: Véase: Ibid., p.188

20: Ibid

de esas libertades políticas y económicas un ingreso y un standard de vida mucho mayor del que podrían obtener en cualquier otro sistema. ⁽²¹⁾

Lo anterior, no obstante, no supone que los seres humanos deben tener libertad absoluta para hacer lo que quieran. Ya tuve ocasión de referirme a la paradoja de la libertad, al hecho de que, para existir, no puede ser irrestricta sino que debe estar delimitada por el contorno que crea en una sociedad civilizada un ordenamiento de leyes y reglas de comportamiento individual, que hacen posible la vida en común. Además, en una sociedad libre el Estado tiene el deber ético, *por consideraciones de compasión y humanismo, y no de justicia*, de corregir los efectos negativos que puedan tener sobre determinados individuos y grupos los inevitables desajustes del mercado económico. En este orden de ideas cabe aclarar lo siguiente: referirse al sistema de mercado como la concurrencia anárquica suena bien pero no explica nada. No afirmo, porque no sería cierto, que el sistema de mercado no presenta inestabilidades y *desajustes que son realmente inevitables en cualquier situación humana donde exista libertad*, sin embargo, sí creo que el mercado competitivo tiene de positivo que permite el aprendizaje y los ajustes correspondientes. “Lo que sí puede evitarse son las políticas económicas erráticas del Estado que impiden que la economía de mercado funcione a niveles razonables de estabilidad”. ⁽²²⁾ Una vez comprendido esto, es necesario añadir que el Estado debe prevenir la realización de actividades negativas para el cuerpo social, y no ha de abstenerse de adoptar medidas, justificadas en cada caso y de acuerdo al ordenamiento legal, tendientes a la solución de problemas colectivos.

La cuestión del control de la libertad económica por parte del Estado en una sociedad libre, y de qué magnitud de intervencionismo estatal se justifica en cuáles circunstancias, tienen que encontrar respuesta concreta de acuerdo a las condiciones de cada país democrático, las cuales por lo demás son cambiantes y no estáticas. Lo importante es que la intervención del Estado en la economía se produzca en función de corregir abusos, castigar la corrupción y, en lo posible, restaurar a un mejor nivel de funcionamiento el sistema de mercado, y no como con frecuencia sucede en nuestro medio- para acentuar el poderío estatal, que a su vez es fuente de abusos y corrupción. En lo que se refiere a Venezuela, me parece obvio que no hemos padecido de un exceso de libertad económica, sino por el contrario de un abrumador y paralizante intervencionismo estatal. De hecho, en Venezuela, así como en la inmensa mayoría de las naciones del Tercer Mundo, la economía de mercado no ha sido aún verdaderamente ensayada; lo que hemos tenido es una economía estatizada con estrechos espacios abiertos a la competencia y el despliegue de la iniciativa individual. Como resultado, nuestra confianza y dependencia del Estado ha ido demasiado lejos, así como la denigración de los mecanismos de mercado, lo cual nos ha llevado a perder de vista la enorme importancia de la

21. Hayek, *The Principles of a Liberal Social Order*, p. 175

22. Dubuc, *Hay Salida*, p. 16

competencia y la libertad económica en general como progenitoras de la innovación, el cambio y el progreso. Por esto, y en lo que respecta a nuestro caso, en términos económicos lo que está planteado ahora es menos, no más intervencionismo, más libertad económica, aliento a las fuerzas del mercado y desmantelamiento gradual –en base a la experiencia, y con ajustes progresivos- de la economía estatizada y el correspondiente monstruo burocrático que de ella se alimenta.

El Estado venezolano es una especie de pulpo que controla la economía, domina la política, moldea la sociedad, impregna la cultura, maneja la información, permea el medio ambiente, dicta sin parar pautas y reglamentos, es, en fin, omnipresente y pegajoso y determina la vida de casi toda la población, pero sin embargo no puede hacer cumplir sus propias leyes. He aquí su paradoja: tenemos un Estado en apariencia omnipotente, pero que es fundamentalmente débil en lo decisivo: la capacidad de sancionar a los que violan sus reglas.

La pregunta importante es ésta: ¿hasta qué punto es tal debilidad real o tan sólo aparente? Bien sabemos que en Latinoamérica es tradicional que países con las Constituciones más liberales y democráticas vivan bajo regímenes esencialmente autoritarios y represivos. La distancia entre los objetivos proclamados y los propósitos efectivos es un rasgo común en la actitud de nuestros gobernantes, y el populismo, entre otras cosas, conduce precisamente a crear reglas para que sean rotas. La idea es, por un lado, cohesionar un movimiento amplio en base a promesas generalizantes e imposibles, y por otro lado hacerse de la vista gorda ante la violación de esas reglas por parte de los sectores dominantes en la estructura clientelar.

Hasta ahora, ese mecanismo paradójico ha funcionado con éxito político en Venezuela, con altos costos y graves consecuencias para el país como un todo, pero con gratificantes resultados para el sistema clientelista. No obstante, ya las cosas van llegando a un punto en extremo peligroso, digan lo que digan los eternos -y a veces falsamente ingenuos- optimistas. La democracia venezolana, para sobrevivir con dignidad, debe encaminarse en una dirección no-populista, fundamentada en el respeto al ordenamiento legal y la eficaz sanción a su incumplimiento.

En tal sentido, otra de las líneas de acción claves que debe adoptarse cuanto antes por parte de los que se encuentran a la cabeza de nuestra dirigencia política, tiene que ver con la reforma del sistema de administración de justicia en Venezuela. Me refiero por un lado a las leyes y reglamentos que establecen la normativa legal en diversos órdenes de la vida ciudadana -incluyendo, desde luego, el económico-, y por otra parte al aparato concreto de evaluación y sanción, es decir, los tribunales y cortes de justicia -lo que denominamos el poder judicial. Allí está la columna vertebral de un Estado de Derecho capaz de sostener un sentido de disciplina, el respeto mutuo entre los ciudadanos, la libertad, la equidad y la eficiencia. En nuestro país este aparato, tanto en su teoría como en su práctica, es pesado, lento, quejumbroso, complicado, y es indispensable hacer las leyes más accesibles y comprensibles

al ciudadano común y corriente, así como renovar los enrevesados y oxidados andamios en que se sustenta nuestro sistema de administrar justicia. Las leyes son palabras vacías sin la posibilidad de una pronta, eficaz y justa sanción que las respalde. Es aquí donde reside el secreto de las democracias avanzadas: en su capacidad de hacer cumplir sus leyes la mayor parte del tiempo y en el mayor número de casos. Lo demás, en una sociedad libre, se da por añadidura.

Para recapitular: he argumentado que la mejor sociedad a que razonablemente podemos aspirar -tanto desde un punto de vista ético como práctico- es aquella que extiende el máximo posible de libertad a sus miembros; que este máximo de libertad no implica la ausencia de limitaciones, y sólo puede ser creado y sostenido dentro de un orden institucional diseñado con ese propósito y controlado por un Estado sujeto, a su vez, por la libre voluntad de los ciudadanos. Este control exige que el Estado se ocupe de los problemas colectivos, particularmente de hacer cumplir las leyes, normas, y reglas que conforman el ordenamiento institucional de una sociedad libre. La cuestión del intervencionismo del Estado no debe verse en términos extremos, pues el excesivo intervencionismo ahoga la libertad, y su total ausencia es el preludeo de la anarquía. La vía más apta para minimizar ambos peligros es preservar, como el eje institucional de la sociedad, medios constitucionales que hagan posible la legítima sustitución de los gobiernos y la implementación de nuevas políticas; y cualquier intento por parte de individuos o grupos desafectos de reemplazar estos mecanismos por otros de naturaleza autoritaria debe ser resistido, hasta por la fuerza si ello se considera necesario, pues las únicas metas no-tiránicas que pueden tener la fuerza y la violencia en una sociedad es la defensa de instituciones libres donde éstas ya existen, y su establecimiento donde aún no estén vigentes".⁽²³⁾

Tal vez el reto de abandonar por completo el lenguaje del populismo es todavía excesivo para nuestros líderes políticos; sin embargo Venezuela es una sociedad en la que aún impera -a pesar de todas las dificultades- un amplio espacio para la libertad, y por ello es posible aspirar a un cambio de actitud en un futuro cercano, cuando los dirigentes del país aprendan a tratar a los ciudadanos como adultos capaces de ejercer el derecho a ser libres, y no como niños dependientes del paternalismo estatal.

23 Magee, pp. 82-83

Dos “Salidas” Falsas: Socialismo y Autoritarismo Militar

A primera vista, el lector podría razonablemente preguntarse qué sentido tiene discutir el socialismo en relación a las perspectivas de la democracia venezolana. En nuestro país el apoyo electoral recibido por las opciones de izquierda socialista ha sido tradicionalmente mínimo, y por ahora no parecen existir motivos suficientes que permitan presumir que se producirá un cambio radical de dirección en favor del socialismo en un futuro cercano. No obstante, considero indispensable tratar el tema de la alternativa socialista en conexión con mi discusión sobre la democracia en Venezuela por dos razones principales. En primer lugar, a pesar de que, como ya dije, la izquierda socialista atraviesa estos años uno de los peores momentos de su historia, caracterizado por la confusión ideológica, la debilidad organizativa y la ausencia de un apoyo de masas, el proceso de deterioro de la democracia populista podría -a mediano y largo plazo hacer que las cosas cambiasen, abriendo para las fuerzas socialistas un mucho más amplio espacio político. Desde luego, la evolución de los eventos podría también conducirnos en otros sentidos, mas lo único que he querido afirmar es que la salida socialista -que por motivos a explicar considero totalmente negativa e inconveniente- es una de las posibles vías en que puede orientamos la decadencia populista.

En segundo lugar, aun cuando no se materializase una transformación política favorable al socialismo como ideología política y fuerza -electoral en Venezuela, la influencia del marxismo y de diversas versiones del planteamiento socialista en sectores intelectuales, académicos y comunicacionales -que en nuestro medio penetra más allá de estos grupos radicalizantes y permea con intensidad la cultura política del populismo-, esa influencia, repito, exige una clara y firme respuesta desde otros terrenos de la confrontación ideológica. En nuestro país -y ello es común en todas las sociedades libres y democráticas- el socialismo es particularmente influyente entre los jóvenes y los intelectuales, quienes por su mayor propensión al idealismo tienden a reaccionar más intensamente ante las inevitables dificultades y contradicciones que genera un contexto de libertades políticas y económicas. Como acertadamente señala Hayek -quien fue, como Popper, socialista en su juventud- “La idea de que si usamos nuestra inteligencia podremos organizar la sociedad mucho mejor, y hasta perfectamente, es muy atractiva para los jóvenes”.⁽¹⁾ A pesar de sus graves fracasos prácticos dondequiera que ha sido aplicado, el mensaje socialista posee un elevado contenido salvacionista y mesiánico, lo cual le da un carácter en ocasiones cuasi-religioso, y en la mente de muchos convencidos ese mensaje se convierte en una sólida pared de dogmas, impermeable al razonamiento basado en hechos. El socialismo, según plantea Carlos Rangel⁽²⁾, surge como una respuesta en apariencia racional y razonable a lo que es

(1) Entrevista a el Diario El Universal, Caracas, 17 de Mayo de 1981

(2) Rangel, El Tercermundismo, p. 267

percibido como intolerable por hombres prósperos y libres: la desigualdad social, el sufrimiento de los débiles, la injusticia, y hasta la inseguridad existencial: "Ese es el verdadero argumento en favor del socialismo, inscrito no en las palabras pero sí flagrante en los hechos: su carácter de religión sucedánea y su capacidad de coerción. Las dictaduras socialistas no han surgido para promover y proteger los valores humanistas proclamados por el socialismo, sino que el socialismo y sus referencias humanistas han sido y continuarán siendo la excusa para erigir y mantener dictaduras".⁽³⁾ Sin embargo, los partidarios del socialismo en nuestro medio, muchos de los cuales posiblemente tienen las mejores intenciones y actúan movidos por una legítima sed de justicia, se resisten a aceptar la evidencia teórica y empírica sobre la naturaleza intrínsecamente totalitaria de su credo político, e insisten que el socialismo real no tiene nada que ver con el socialismo posible que buscan para Venezuela.

Es en contra de esta línea del pensamiento socialista en nuestro país - que parte de la crítica al socialismo real, que ha aprendido a valorar hasta cierto punto las libertades burguesas, y que habla del socialismo como expansión de la democracia-, que se dirigirán fundamentalmente mis argumentos. Mi propósito será mostrar que a pesar de sus diferencias retóricas respecto a las versiones más ortodoxas del marxismo, este nuevo mensaje socialista lleva en la práctica a las mismas consecuencias que ha producido el socialismo en todas partes donde se ha aplicado, pues su esencia teórica es colectivista, estatista, hostil a la libertad económica y por lo tanto necesariamente propensa a destruir la libertad política.

La falsa alternativa socialista -falsa en el sentido de que nos conducirá a una situación mucho peor de la que vivimos-, tiene una similitud estructural con la propuesta, casi siempre velada, de una salida autoritaria de tipo militarista para los problemas de Venezuela: en ambos casos se trata de proyectos dirigidos a cambiar las cosas radicalmente, que constituirían para el país -de llegar a materializarse- un verdadero salto al vacío de graves consecuencias para la democracia y la libertad. Dejando por el momento de lado la gran importancia del apoyo de nuestras Fuerzas Armadas aun sistema de libertades - del cual han dado repetidas muestras por más de dos décadas-, hay que aclarar, no obstante, que el vuelco hacia el autoritarismo no se produce de la noche a la mañana, sino que es un proceso complejo que madura a través del tiempo, y es resultado de una acumulación de conflictos, de la convergencia del fracaso económico, la agudización de tensiones sociales, la corrupción administrativa, el clientelismo en los partidos y el marasmo intelectual de las élites políticas -fenómenos todos característicos de la democracia populista-. En América Latina, la posibilidad de una salida autoritaria se abre a raíz del deterioro que el populismo genera en la democracia, como lo demuestran los casos de Brasil en 1964, Argentina en varias ocasiones, y Chile en 1973. Considero que una alternativa de este tipo sería también muy perjudicial para Venezuela.

(3) Ibid., p. 269

Lo creo así, por un lado, por lo que ello significaría en términos de represión, pérdida de las libertades y costos sociales, y por otro lado, porque como bien lo demuestra el ejemplo de otras naciones latinoamericanas, los sistemas autoritarios, en lugar de proteger la seguridad y estimular el desarrollo de los países se convierten más bien en una fuente inagotable de severos traumas internos y conflictos exteriores, que dejan a los pueblos sumidos en la angustia, el atraso, y la desesperanza.

Tanto los partidarios de la opción socialista como aquéllos -tal vez aún muy pocos- que ansían una salida de tipo autoritario-militarista, coinciden en la creencia -que es a la vez su punto más débil- de que el nuevo orden por el que trabajan será capaz de combinarlos presuntos beneficios de su proyecto alternativo con los aspectos positivos de la estructura que desean derribar estrepitosamente (la libertad en el caso de los socialistas y la unidad nacional en el caso de los militaristas). Pero así no marcha la historia. Las transformaciones radicales siempre implican grandes costos de toda naturaleza, y las fuerzas desatadas por los extremismos políticos constantemente escapan al control y se desvían de las intenciones originarias de sus progenitores. En lo que sigue, abordaré primeramente el tema del socialismo, y luego expondré algunas breves consideraciones sobre la naturaleza e impacto del autoritarismo militar sobre nuestros pueblos y sus Fuerzas Armadas, que complementaré en una sección posterior de este libro.⁽⁴⁾ En este análisis, y de acuerdo a la línea argumentativa central que he venido siguiendo hasta ahora, parto de la convicción de que no basta con desear que no se concreten en Venezuela tales alternativas, pues el hecho es que pueden producirse si no se da a tiempo un viraje al timón del Estado, que motorice reformas necesarias y restaure la credibilidad de la nación en sí misma y sus dirigentes, así como su confianza en la potencialidad de una sociedad libre y democrática para afrontar con decisión y eficacia los desafíos que se le plantean.

Quiero pues, ante todo, discutir las implicaciones de la alternativa socialista para Venezuela. En líneas generales, mis críticas al socialismo tienen, por un lado, un aspecto epistemológico que se refiere a la teoría del conocimiento en que se fundamentan -con mayor o menor intensidad- las diversas versiones de esta ideología, y de otro lado un aspecto político económico. El punto central que deseo enfatizar es que los calamitosos fenómenos que se observan en todos los países del mundo que han experimentado un proceso de implantación socialista son el resultado necesario de la puesta en práctica del credo socialista, y no meros accidentes históricos que puedan evitarse en el futuro en otras circunstancias. No se trata, lo repito de nuevo, de poner en entredicho las intenciones de numerosos socialistas, que genuinamente creen que esa ideología política y económica está destinada a conducirnos a un modelo de sociedad en el que imperarán la abundancia, la libertad, la igualdad y la armonía entre los hombres.

(4) Véase la Cuarta Parte de este libro.

Es más, considero perfectamente legítimo que en una sociedad libre existan movimientos políticos que propugnen el socialismo -en tanto que no persigan su implantación a través de la violencia---. No obstante, y a pesar de los contenidos salvacionistas del mensaje socialista, estoy convencido de que ése es, para cualquier pueblo que lo adopte, un camino de servidumbre que desemboca en opresión y estancamiento. Dicho en otras palabras, el producto real del mensaje socialista siempre contradice las intenciones y postulados de presunta liberación que se enarbolan a nivel teórico. En su esfuerzo por moldear el futuro de acuerdo a los ideales proclamados por su ideología, aquellos socialistas que dicen creer -y en efecto lo hacen- en la libertad y la democracia inevitablemente contribuyen a engendrar un orden social opuesto al que teóricamente aspiran. En nuestro tiempo, el fracaso del socialismo ha constituido la más clara y patética ilustración de la ironía de la política.

Según Teodoro Petkoff, uno de los más destacados ideólogos del socialismo en Venezuela, "Una de las mayores inepticias (*sic*) que se pueden oír en boca de adversarios del socialismo es la de que las semillas del Gulag están en el propio pensamiento marxista".⁽⁵⁾ Sin embargo, lo que verdaderamente llama la atención es que a estas alturas Petkoff, y muchos otros intelectuales y políticos socialistas en nuestro medio, aún no hayan caído en cuenta de que, *en efecto*, el pensamiento marxista contiene implícita y explícitamente las semillas del totalitarismo socialista contemporáneo. Petkoff parece olvidar - convenientemente- que el pensamiento político de Marx -y, más aún, el de Lenin- se fundamenta en la idea de la *dictadura del proletariado* como mecanismo indispensable para el establecimiento del socialismo, a pesar de que, en nuestros días, algunos partidos socialistas en Europa Occidental y América Latina hayan querido borrar este concepto de la ortodoxia original. No creo que sea necesario reproducir acá en detalle las críticas demoledoras de Popper contra el historicismo y otros aspectos de la epistemología marxista que son bien conocidas y que en todo caso el lector puede consultar en sus fuentes originales.⁽⁶⁾ En síntesis, como he indicado en páginas precedentes, mi objeción básica de tipo epistemológico al marxismo tiene que ver con el análisis de la sociedad como una organización que puede ser centralmente planificada y controlada en función de determinados propósitos. Esta concepción se opone a la visión liberal del orden social como un orden espontáneo que es el producto de la acción pero no del diseño humano. Desde esta perspectiva, el objetivo de la ciencia social no es -como lo propone la teoría marxista- sugerir que podemos mover la sociedad en la dirección que deseemos, sino más bien señalar dónde yacen los límites de nuestro control consciente de los procesos sociales, y alertamos ante las consecuencias no-intencionales de la acción humana.

(5)Teodoro Petkoff, "Venezuela en el Mundo: Seguridad Nacional desde la Perspectiva del Cambio Social", en Aníbal Romero (Compilador), Seguridad, Defensa y Democracia en Venezuela, Editorial Equinoccio, Caracas, 1980, p.124

(6)Además de las obras ya citadas, véase: Karl Popper, La Miseria del Historicismo, Alianza Editorial, Madrid (varias veces reimpreso).

El marxismo, como todo historicismo, se fundamenta en una visión escatológica de la historia, según la cual los procesos sociales evolucionan inevitablemente en una dirección definida hacia una meta última -el socialismo- que será el reino de la libertad, y a cuyo logro deben subordinarse los esfuerzos de todos. La imposición de objetivos sociales comunes en aras de la utopía socialista, y el totalitarismo consecuente, es el punto de culminación de toda empresa política que se tome en serio las implicaciones del marxismo.

El siguiente pasaje, extraído de un texto del socialista británico Perry Anderson, ejemplifica con bastante claridad las dificultades y contradicciones del marxismo. Según Anderson, "El advenimiento del modo de producción capitalista era esencialmente un proceso objetivo ciego, por el que jamás nadie luchó voluntariamente como tal. *La democracia burguesa* en sí misma -su cobertura política ideal- *no fue creada como un propósito subjetivo de la burguesía*, (sino) que más bien emergió de las contradicciones objetivas de la lucha de clases entre el capital y el trabajo... El socialismo, por el otro lado, fue desde el comienzo un proyecto premeditado, intencional, un horizonte ideal declarado del proceso histórico, por el que la clase trabajadora conscientemente luchó... (Marx y Engels) vieron la lucha por alcanzarlo como la *inauguración de otro tipo de historia, consciente y controlada*. El socialismo, en otras palabras, es un ideal subjetivo, como el capitalismo nunca lo fue. *Es esta dimensión ideal del socialismo, inseparable de su misma definición, la que los principales Estados posrevolucionarios de este siglo contradicen cruel y profundamente*".⁽⁷⁾ Sin duda ello es así, y la razón de que sea de esa manera se encuentra en el carácter intrínsecamente totalitario del socialismo, que aniquila la libertad. No obstante, ésta no es la conclusión que extraen los socialistas de su constatación empírica acerca del aplastamiento de la libertad y la democracia bajo el socialismo real; tampoco aceptan que existe una relación *intrínseca* entre una economía de mercado (capitalista) y la posibilidad de vigencia de una sociedad libre y democrática. Más bien, el nuevo discurso de los socialistas democráticos nos dice que las libertades y derechos formales "no son concesiones de la burguesía *ni frutos específicos de las grandes revoluciones burguesas de los siglos anteriores*, sino que son resultado del largo proceso civilizatorio de la humanidad... la democracia política (es) un *continuum* histórico, que debe encontrar en el cambio socialista un nuevo momento de expansión... otorgando a la idea democrática una plenitud en la práctica social que hoy la existencia de privilegios sociales y económicos en los países capitalistas le niega".⁽⁸⁾

En todo esto hay una mezcla de mala historia con mala política, que es necesario desentrañar cuidadosamente, Hayek señala con acierto que hoy pocos recuerdan que en sus comienzos la idea socialista era abiertamente autoritaria. Los autores que sentaron las bases del socialismo moderno no abrigaban dudas de que sus proyectos sólo podrían implementarse por vías dictatoriales.

(7)Perry Anderson, "Acerca de las Relaciones entre el Socialismo Existente y el Socialismo Posible", Nueva Sociedad, Caracas, N° 56-57, 1981, pp. 187-188 (Enfasis A. R.)

(8)Petkoff, pp' 122-123 (Enfasis A.R)

Fue sólo bajo la influencia de las fuertes corrientes democráticas que precedieron las revoluciones europeas de 1848 cuando sectores socialistas adoptaron consignas libertarias. No obstante, ese mismo año un analista de la agudeza de Alexis de Tocqueville ya apuntaba hacia la incompatibilidad del mensaje socialista y su novedosa adopción de metas de libertad: 'La Democracia' -decía de Tocqueville- "extiende la esfera de la libertad individual, el socialismo la restringe. La Democracia le atribuye todo su valor a cada ser humano; el socialismo, en cambio, hace de cada hombre un mero agente, un simple número. La Democracia y el socialismo no tienen nada en común, excepto una palabra: igualdad. Pero nótese la diferencia: mientras que la Democracia busca la igualdad en libertad, el socialismo la busca en la restricción y la servidumbre".⁽⁹⁾ Los socialistas, sin embargo, dieron al concepto de libertad en su mensaje un contenido diferente: la nueva libertad sería económica y social, el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad; sin estas nuevas libertades la libertad política (burguesa) era una farsa (algo puramente formal). Los grandes defensores de la libertad en la tradición del liberalismo la habían entendido como libertad ante la coerción y el poder arbitrario del Estado. Ahora, la nueva libertad se plasmaría frente a la necesidad económica, y par a lograr este reino los pasos indispensables serían la colectivización de los medios de producción y la planificación centralizada del uso de los recursos en la sociedad.⁽¹⁰⁾

En nuestros días los socialistas democráticos prefieren hablar de socialización y no de colectivización de la economía, pero el resultado es el mismo. Se trata, nos dice Petkoff en otro de sus trabajos, de con un poder político que esté "orientado a la socialización de los resultados de la producción, de acuerdo a criterios y prioridades racionalmente establecidos y cuyo desiderátum no es únicamente el de la estatización de todo el aparato productivo y distributivo, sino. el de ir avanzando en la socialización mediante la creación y expansión de sectores autogestionarios de la economía, en los cuales los productores directos asuman su control y dirección. Todo esto dentro de los marcos de un plan nacional, flexible y descentralizado, *que no rehúya la utilización controlada de determinados mecanismos de mercado, compatibles con los intereses sociales generales*"⁽¹¹⁾ El modelo que proponen, nos explica otro ideólogo socialista venezolano, es el de "una sociedad económicamente pluralista, basada en una variedad de formas económicas -cooperativas, autogestionarias, privadas clásicas, estatales- cuyo conjunto lleve al máximo posible la democracia en la propiedad y en la gestión económica!"⁽¹²⁾ Todo esto, por supuesto, existirá bajo un sistema político que encarnará una forma superior de la libertad y la democracia.

(9) Citado por Hayek, *The Road to Serfidom*, p. 18

(10) *Ibid.*, pp. 18-19

(11) Teodoro Petkoff, "Hacia un Nuevo Socialismo", Nueva Sociedad, Caracas, W 56-57, 1981, p. 49 (Enfasis A. R)

(12) Diego Urbaneja, "El Socialismo del Vecino: Solidaridad en la Crítica o Crítica en la Solidaridad", Nueva Sociedad, Caracas, N' 67, 1983, p.2

Para ponerlo en otras palabras, los socialistas democráticos venezolanos persiguen algo que podríamos resumir con la frase de Leibniz sobre “el mejor de los mundos posibles”: una mezcla de socialismo con economía de mercado, de colectivismo con libertad, de estatismo con democracia. A veces resulta difícil tomar en serio estos pronunciamientos tan superficiales y poco rigurosos. Pero sería irresponsable caer en este juego en el que los slogans y los buenos deseos sustituyen la precisión conceptual. El socialismo es incompatible con la economía de mercado, y esta última no puede existir sin la Propiedad privada de los medios de producción. La implantación de un modelo socialista de sociedad conlleva necesariamente (y esto nada tiene que ver con los errores, condicionamientos históricos y desviaciones que supuestamente han adulterado el socialismo real) la abolición de la propiedad privada y su sustitución por la propiedad colectiva, y la materialización de este objetivo siempre ha conducido, y seguramente conducirá donde el mismo sea ensayado, a la destrucción de la democracia y la libertad *que conocemos*. Por otra parte, esta democracia y libertad (burguesas) *que son las únicas que existen* -a pesar del intento socialista de restarles legitimidad llamándolas formales-, son consustanciales a una economía de mercado (capitalista). Es plenamente cierto que la economía de mercado puede coexistir, y de hecho esto ocurre con frecuencia en América Latina, con formas políticas autoritarias; pero tal realidad en nada disminuye la validez del planteamiento de que sólo sobre la base de una economía de mercado puede levantarse la posibilidad de vigencia y supervivencia de una sociedad libre y democrática. Para insistir sobre un punto que ya he enfatizado previamente, una sociedad libre descansa sobre leyes y reglas generales a las cuales nos adherimos porque las mismas producen un orden que protege una esfera privada para el individuo; pero el hecho es que no sabemos exactamente cómo ocurre esto, pues la amplia y compleja sociedad de la que somos parte ha crecido sin que haya sido explícita y conscientemente diseñada para desarrollarse así, y porque los millones de individuos y eventos concretos que determinan ese resultado son también complejos e impredecibles. El socialismo, por otra parte, persigue un cierto tipo de orden en particular que exige de las personas actuar en función del establecimiento de un objetivo global específico; por lo tanto, los poderes del órgano de dirección central de la sociedad no deben ser limitados, pues sólo mediante coerción puede lograrse esa meta final, tal y como es definida por la utopía socialista. ⁽¹³⁾

Los socialistas, en ocasiones, tratan de defenderse ante el anterior señalamiento diciendo “que el proceso que constituye el socialismo tiene una dirección: la de la participación creciente de las mayorías organizadas en la adopción de las decisiones y en el control de la actividad de los dirigentes por ellos elegidos. *Sin embargo es imposible dibujar la forma concreta de las situaciones que resulten de esos procesos*. Por una simple razón: estos procesos incluyen inherentemente un elemento de impredecibilidad:

(13) Butler. p. 33

el aprendizaje que a través de ellos las mayorías van haciendo sobre la más adecuada forma y medida en que debe producirse, su participación y su control".⁽¹⁴⁾ Sin embargo, este argumento se derrumba ante la realidad de la destrucción socialista -súbita o paulatina de la economía de mercado y de aquella esfera privada del individuo a partir de donde le es posible ejercerla libertad económica, y su sustitución efectiva por una economía colectivizada. De manera que sí es posible dibujar la forma concreta en que un proceso de implantación socialista se desenvuelve, y existen numerosos ejemplos que permiten estudiarlo. Para citar de nuevo a Carlos Rangel: "Quienes, autocalificándose de 'socialistas no comparten ese proyecto (de colectivización, AR) teóricamente o, habiendo gobernado, no han intentado estatificar los medios de producción, no son socialistas genuinos... Es cierto que los socialistas autocalificados de democráticos y los socialdemócratas, se encuentran unos y otros empeñados sinceramente en mantenerlas llamadas 'libertades burguesas', y se encuentran por lo mismo todos obligados a proceder de manera reformista y no 'revolucionaria' cuando acceden al gobierno... Sin embargo, a partir de allí han ensanchado el área de competencia directa del Estado en la vida de sus respectivas naciones, de diversas maneras... Finalmente estos socialistas democráticos y socialdemócratas han terminado por extender la jurisdicción y los poderes directos del Estado en tal escala y con tal desmedida pretensión de dirigir la economía, que podría darse que en efecto logren hacer caer a sus sociedades en el Socialismo, no por la guerra civil o por el golpe de Estado Leninista como proponen los socialistas rigurosos, sino por la reducción gradual, primero lenta pero luego galopante del área de funcionamiento de la economía de mercado, y la consiguiente asfixia primero de la libertad económica y luego ineluctablemente de la libertad política."⁽¹⁵⁾ El resultado de estos procesos no sería menos calamitoso que el ya existente en los países donde impera el socialismo Tea], pues la imposición sobre toda la sociedad de una finalidad determinada, y la colectivización de la economía, llevan forzosamente a un sistema productivo altamente ineficiente y a un orden político necesariamente coercitivo, que ahoga las libertades individuales y favorece los intereses de los políticos y burócratas que controlan la socialización. Hay que añadir, de paso, que los socialistas democráticos venezolanos no parecen haber resuelto todavía el dilema entre reforma o revolución, y con frecuencia se les oye decir que -en los términos del economista D. F. Maza Zavala- "hay necesidad de una transformación fundamental de la economía y la sociedad, hay necesidad de un nuevo orden en Venezuela", y ello "no será posible sin un proceso revolucionario, sin la subversión del sistema establecido"⁽¹⁶⁾ ya que su modelo de sociedad significará -de acuerdo al artículo 1 de los estatutos del así llamado Movimiento al Socialismo- la revolución integral de la vida".

(14) Urbaneja, p. 22

(15) Rangel, pp. 50-52

(16) D. F. Maza Zavala, "Reflexiones sobre un Modelo Alternativo de Desarrollo para Venezuela", Nueva Sociedad, Caracas, N° 53, 1981, pp.40,47

Lo que no parecen percibir es que, en la práctica, lo que proponen como salida sólo contribuirá a acentuar los males ya presentes con intensidad dentro de la democracia populista, empujándonos más aún en la dirección del estatismo colectivista.

Y es en ese terreno concreto donde hay que poner mayor énfasis, pues si bien creo que es posible demostrar, teóricamente, que el sistema de mercado es preferible en lo político y económico al socialismo, "lo que está a nuestro alcance es reconocer empíricamente cuál sistema ha sido *en la práctica beneficioso* para la sociedad humana, y cuál ha sido *en la práctica* perverso y destructivo".⁽¹⁷⁾ En tal sentido, enfrentados a la, en muchos aspectos, patética ilustración del modelo que ofrece el socialismo real, los socialistas democráticos venezolanos dicen -cito a Petkoff- que su modelo "No existe en ninguna parte, como antes de 1917 tampoco hubo ninguna revolución socialista y no era su inexistencia la demostración de su imposibilidad. La historia demostró otra cosa... Hoy, tampoco es su inexistencia lo que negaría la posibilidad de un socialismo en democracia y libertad. Ya la historia hablará!".⁽¹⁸⁾ Sin embargo, ésta es -una salida demasiado fácil, pues cabe preguntarse, ¿cuales son las *razones objetivas* que le permiten a Petkoff -y otros socialistas en nuestro medio- sostener con tanta seguridad semejantes afirmaciones? O, para ponerlo en otros términos, ¿se nos está pidiendo simplemente un acto de fe cuasi-religiosa en tomo a un problema que es en esencia político? Lo cierto es que los socialistas democráticos jamás han explicado de qué manera en concreto, y en ausencia de una economía de mercado, van a preservar la libertad dentro de su modelo. La realidad, cruda y sin disfraces, es que los socialismos existentes han abolido toda traza de verdadera democracia; más aún, con su interferencia para asfixiar el mercado económico han creado serios problemas de ineficiencia y escasez que no encuentran solución en el marco de un sistema colectivista. Las preguntas que deben responder los socialistas democráticos son: ¿quiénes, en su modelo, controlarán qué y de qué manera? En vista de que el mercado es la única institución humana colectivamente controlada por sus participantes, ¿cómo se va a reconciliar la inevitable supresión socialista del sistema de mercado con un gobierno sobre el cual, presuntamente, todos los ciudadanos ejercerán influencia y poder participativo? Y si se piensa, dentro del modelo propuesto, retener el mercado económico, ¿qué va a ocurrir con la propiedad privada de los medios de producción, que está *integralmente conectada* al sistema? La ausencia de respuestas claras a estas interrogantes es un indicio inequívoco del enmarañamiento ideológico que acosa a los socialistas democráticos, y que les lleva constantemente a sustituir las ideas por la retórica.

(17) Hayek, entrevista citada en Nota No 1 (Énfasis A. R)

(18) Petkoff, "Venezuela en el Mundo"... , p. 123

Por otra parte, si bien los socialistas democráticos afirman que entre su modelo y el socialismo real existe una distancia infranqueable, no es extraño que las críticas que hacen a los socialismos existentes adopten en ocasiones un carácter más bien ingenuo, que conduce a teóricos de tanto prestigio como C. B. Macpherson a argumentar que “en la escala de las libertades políticas y civiles, las naciones comunistas (socialistas, AR) no tienen a dónde ir excepto hacia arriba, en tanto que las demandas del belicismo pueden con facilidad empujar hacia abajo a los países democráticos occidentales”.⁽¹⁹⁾ No dudo que esto último pueda ocurrir, pero lo que sí es obvio es que la represión de la libertad bajo el socialismo -en la URSS, China, Polonia, Cuba y otras partes- todavía tiene un largo camino ascendente por recorrer. Macpherson, sin embargo, sugiere que las naciones socialistas, una vez que asuman plenamente los avances tecnológicos generados por el capitalismo, “se harán más capaces de ofrecer un tipo de libertad humana que la sociedad de mercado tiene que negar”.⁽²⁰⁾ La evidencia de esto, no obstante, no se ve en ninguna parte, lo cual no impide que en nuestro medio Pompeyo Márquez -para sólo citar un caso- sostenga que las naciones donde impera el “socialismo real” son 16 países y pueblos que se encuentran inscritos dentro del gran torrente mundial que busca un orden social más justo y sustituir el capitalismo... por (un sistema) más humano y racional, el socialismo”.⁽²¹⁾

Como con claridad lo demuestran los escritos de Macpherson, la fuente de todas las contradicciones que asolan a los teóricos del socialismo democrático se encuentra en su deseo de preservar la libertad política, como la conocemos, en una sociedad de la que haya desaparecido la economía de mercado, que ha sido y es el fundamento de las libertades alcanzadas por toda sociedad que, razonablemente, pueda ser calificada de libre. Según Macpherson, “El hecho de que los valores liberales se hayan desarrollado en sociedades de mercado capitalista no significa que el principio ético central del liberalismo -la libertad del individuo para realizar sus capacidades- deba confinarse siempre a esas sociedades. Al contrario... ese principio ético... el apetito por la libertad individual ha desbordado sus restricciones capitalistas y puede ahora existir en otras condiciones; de igual forma, los poderes productivos del hombre, que crecieron tan impresionantemente bajo la economía de mercado competitiva, no se pierden cuando el capitalismo abandona la libre competencia o es reemplazado por algún tipo de socialismo”.⁽²²⁾

(19) C. B. Macpherson, *Democratic Theory*, Oxford University Press, Oxford, 1973, p. 22

(20) *Ibid.*

(21) Pompeyo Márquez, “El Socialismo debe salir al encuentro de las Realidades Contemporáneas”, *Nueva Sociedad*, Caracas, N° 5657, 1981, p.214

(22) C. B. Macpherson, *The Life and Times of Liberal Democracy*, Oxford, 1977, p. 2

De nuevo, Macpherson no presenta ninguna evidencia empírica que soporte tales aseveraciones, como puede comprobarlo el lector que tenga la paciencia de revisar estos textos.⁽²³⁾

En última instancia, como queda plasmado en éstas y otras obras de igual tendencia, los "socialistas democrático aspiran a una sociedad de abundancia en la cual, de hecho, no existirán problemas económicos propiamente dichos, una sociedad que habrá alcanzado "un nivel de productividad que hará posible una vida holgada para todo el mundo, qué no dependa de los incentivos de mercado capitalista?".⁽²⁴⁾ Sobre este último punto, opto por citar las lapidarias frases de Hayek, de acuerdo a las cuales aquél que habla de "potencial abundancia!" o bien "es deshonesto o no sabe lo que está diciendo": "La libertad económica, que es el prerrequisito de cualquier otra libertad, no puede ser la libertad de todo cuidado económico que nos prometen los socialistas, y que sólo puede obtenerse relevando al individuo no sólo de sus necesidades sino también de su *poder de escogencia*; la única libertad económica de que tiene sentido hablar conlleva no sólo el derecho a escoger, sino también, e inevitablemente, *el riesgo y la responsabilidad de ese derecho*".⁽²⁵⁾ En síntesis, la democracia liberal, que es la única que efectivamente (y no sólo en teoría), preserva un espacio para la libertad del individuo, ha sido y es consustancial a la economía de mercado competitiva. Hay que tener claro, por consiguiente, que cuando los socialistas democráticos nos hablan de libertad se están refiriendo a otra noción de lo que ser libres significa, que no existe sino en teoría, y cuya conquista práctica no es más que un atractivo pero en extremo peligroso espejismo.

Otro tema del gusto de los socialistas democráticos en Venezuela es el de la autogestión y la participación ciudadana en la toma de decisiones, y con su tratamiento cierro mi discusión sobre la alternativa socialista. Al respecto cabe ante todo aclarar lo siguiente: cuando se argumenta que el nuevo orden político socialista "será la realización de una radical soberanía popular *mediante el otorgamiento a los productores* por primera vez de los medios para su autogobierno democrático -en las fábricas, en el campo, en las calles, así como en las municipalidades y asambleas"⁽²⁶⁾ no hay que perder de vista que el concepto de productores no se limita -como parece implicarlo el párrafo citado- a los trabajadores manuales, sino que, en las sociedades de mercado modernas, incluye a los empresarios, que cumplen una labor clave en el terreno de la innovación, la organización, y la toma de riesgos económicos. Una de las dificultades básicas de la ideología socialista reside precisamente en su visión un tanto romántica, casi decimonónica, de las realidades económicas contemporáneas, lo cual, por supuesto, contribuye a acentuar su utopismo. La cuestión de la autogestión así lo pone de manifiesto.

(23) Véase también su libro, *The Real World of Democracy*, Oxford University Press, Oxford. 1966

(24) Macpherson, *The Life and Times*.... p.22

(25) Hayek, *The Road to Serfidom*, pp 73, 75 (Enfasis A. R)

(26) Anderson-, p. 185

Los socialistas democráticos venezolanos constantemente declaran que su modelo económico estará basado en criterios autogestionarios sin explicar jamás con precisión qué entienden por ello. Esto, sin embargo, no es nada nuevo. En Yugoslavia, luego de la ruptura con la URSS, el Partido Comunista promovió la auto gestión como un método alternativo al modelo soviético. Se esperaba que estas empresas autogestionarias se comportasen como una especie de empresarios colectivos; no obstante, el experimento fracasó gravemente-y la situación económica en Yugoslavia es tan mala como en el resto de Europa Oriental. La dificultad crucial, está en que los trabajadores en las fábricas simplemente no se interesan en colocar el capital donde éste pueda ser más productivo. Para superar este obstáculo se han propuesto dos soluciones: en primer lugar, retomar a un sistema de inversión programada desde el centro gobernante, una opción que ya fracasó; en segundo lugar, motivar a los trabajadores (pero nadie sabe cómo, dadas las restricciones que impone el socialismo sobre la competitividad), para que éstos asuman el rol de empresarios que en el sistema autogestionario *nadie* lleva claramente a cabo. Esta última alternativa tampoco ha funcionado. ⁽²⁷⁾

El problema se deriva de una ineludible realidad económica: el objetivo de una empresa es producir bienes que la gente desee adquirir, al más bajo precio posible y con el más económico uso de los recursos disponibles. Una vez que esto quede decidido, el problema de la gestión de la empresa se convierte en un asunto esencialmente técnico, referido a la cuestión de los medios necesarios para lograr el objetivo señalado. 'La solución de esta tarea' -apunta Sirc- depende de una combinación de conocimiento, información, experiencia, talento natural, etc., *y no de que la mayoría vote por ello o no*. En tal sentido, la toma de decisiones en la empresa se asemeja más bien al trabajo de un ingeniero o un médico que a la labor de un político, la cual tiene que ver con juicios evaluativos acerca de lo que la gente quiere alcanzar. Por ello no existe mucho espacio para la democracia en la industria. ⁽²⁸⁾ Además, las decisiones empresariales, en particular las que tienen que ver con nuevas inversiones, se toman bajo condiciones de incertidumbre, lo cual implica que se fundamentan en estimaciones subjetivas de desarrollos futuros en los terrenos de la demanda de bienes y servicios, la tecnología y el suministro de materias primas. Por lo tanto tales determinaciones requieren que se asuman riesgos, y esta cualidad especial de las decisiones empresariales las hace muy poco susceptibles a los mecanismos de control colectivo a través del voto. De estos experimentos lo que siempre ha emergido ha sido ineficiencia, anarquización en la producción y deterioro. En ello se pone en evidencia la tendencia de los socialistas democráticos a otorgar a la democracia una naturaleza cuasi-romántica e idealista, y su contraproducente propensión a trasladar los mecanismos democráticos a nivel nacional a instituciones con peculiaridades propias que exigen un tratamiento diferente, como son, entre otras, las empresas y las Universidades.

(27) Véase al respecto Ljubo Sirc, "Employee Participation and The Promotion of Employee Ownership", en *Agenda for Social Democracy*, pp. 113-127

(28) *Ibid.* p. 11

Algo similar ocurre con el culto casi místico a la participación. De nuevo el problema surge de la tendencia a llevar una idea que es básicamente positiva a extremos que la distorsionan y la hacen inoperante. En una sociedad libre y democrática, la participación ciudadana en la toma de decisiones puede complementar, pero no sustituir al liderazgo. Como con cierta rudeza señala Schumpeter, los votantes deben "respetar la división del trabajo entre ellos y los políticos a quienes eligen. No deben retirarles su confianza con demasiada ligereza entre una elección y otra, y deben entender que, una vez que han seleccionado con sus votos a un individuo, la acción política es fundamentalmente competencia de ese representante y no de los votantes".⁽²⁹⁾ ¿Significa esto que los gobernantes de una nación democrática, una vez electos, deban comportarse como una especie de dictadores? Desde luego que no. En primer lugar, en una sociedad libre existen mecanismos constitucionales, tradiciones e instrumentos de presión destinados a controlar el poder del Estado y sus diversos componentes. Por otra parte, en una sociedad democrática como la venezolana existen numerosos canales de participación a nivel local, regional y nacional (a través de los partidos) que hacen posible que los ciudadanos comunes y corrientes hagan oír su voz. Por supuesto, es mucho lo que aún puede avanzarse en este campo, sin caer en ingenuidades sobre las presuntas virtudes de la democracia directa. Como lo admite el propio Macpherson, la idea de que los nuevos adelantos en tecnología de la computación y las telecomunicaciones harían posible una democracia directa (que consulte instantáneamente sobre todo tipo de asuntos a millones de ciudadanos, AR) es atractiva no sólo para los expertos en estas materias sino también para los teóricos sociales y los filósofos políticos. No obstante, tal perspectiva no presenta suficiente atención a un requerimiento ineludible del proceso de toma de decisiones: *alguien tiene que formular las preguntas*.⁽³⁰⁾ Ese alguien, por supuesto, son los líderes democráticamente electos, cuya misión de conducción es clave e inescapable.

La historia de América Latina demuestra que en nuestro continente los regímenes democráticos son altamente vulnerables a las crisis económicas y al flagelo de la corrupción política, fenómenos ambos que se acentúan notablemente bajo la democracia populista. La agudización de las luchas sociales a consecuencia del deterioro de la economía y el fracaso del liderazgo civil, lleva comúnmente o bien a un vacío de poder -como en Argentina en 1966- o bien a una situación prerrevolucionaria y al golpe de Estado militar - como en Chile en 1973- empleado como instrumento extremo para evitar el colapso nacional y la guerra civil. No hay que engañarse al respecto, pues hacerlo sería profundamente irresponsable: en nuestros países, la fragilidad de la democracia es un mal en no poca medida atribuible a la incompetencia, timidez y tolerancia ante la corrupción de parte de los dirigentes y partidos políticos que manejan el timón del Estado.

(29) Schumpeter, p. 295

(30) Macpherson, *The Life and Times*,... p.95

No obstante, la experiencia latinoamericana también indica que el autoritarismo militar está lejos de ser una salida ante los serios desvaríos de nuestras sociedades, y que la idea de que una mano dura que aplaste las libertades sería útil para impulsar el progreso de nuestros pueblos hasta que éstos maduren es un mito.

Los líderes militares que asumieron el poder en los años 60 y 70 en varios países de nuestro continente estaban inicialmente convencidos de que lograrían el desarrollo y la seguridad, superando la ineficiencia y corrupción de los gobiernos civiles. La realidad ha sido otra, y hoy vemos a las Fuerzas Armadas de esas naciones haciendo penosos esfuerzos para retirarse del terreno político, dejando un rastro de opresión, desencanto, divisiones internas, odio popular y decadencia nacional. Los avances realizados en algunos casos - por ejemplo, en el campo económico, en Brasil-, requirieron enormes e irreparables costos sociales y políticos que hubiese sido preferible evitar. Tal vez el caso más patético, junto al de Chile, ⁽³¹⁾ lo proporcionó la tragedia Argentina, que llegó a su culminación con el fracaso militar en las islas Malvinas en 1982. Allí se reveló plenamente la bancarrota moral, política y económica de un modelo de gobierno para Latinoamérica inaugurado en los años 60, basado en el control dictatorial del poder por parte de la institución militar y sus colaboradores civiles en función de las doctrinas de seguridad nacional de corte autoritario extendidas desde entonces a través del continente.

Digo revelación de un fracaso, y no descubrimiento, porque el desastre a que estos regímenes habían llevado a Brasil, Chile, Uruguay y otros países del área era bastante obvio desde hace varios años. Sin embargo, de no haber sido por la sacudida que experimentó la sociedad argentina, y en particular el sector militar, a raíz del incompetente y trágico intento de recuperar las islas Malvinas en 1982, es altamente probable que nada de lo que ahora estamos viendo se hubiese materializado, y que el régimen castrense hubiese proseguido su abismal camino de represión interna, caos financiero, corrupción generalizada y belicismo en política exterior. Una vez más en la historia de América Latina han sido factores externos los que han llevado a una sociedad a enfrentarse a sí misma de manera franca y con valentía, a dejar de lado mitos y pedir una clara rendición de cuentas de parte de sus líderes.

Sería trágico, no obstante, que la confrontación que necesaria e inevitablemente deben hacerlos argentinos, y otros pueblos del continente, consigo mismos, con su propio ser nacional, se plantease puramente en términos de civiles contra militares. Ello equivaldría a perder de vista que si bien las Fuerzas Armadas tienen una responsabilidad fundamental en la decadencia argentina, no son los militares los únicos culpables de la catástrofe, y además, no todos los miembros de la institución armada pueden ser acusados, en bloque, por lo ocurrido. Lo que se ha derrumbado, insisto, es un modelo político que en todas partes donde se aplicó contó con respaldo de importantes grupos civiles, sin los cuales ninguna institución militar, por

(31) Sobre las consecuencias del mando militar en Chile durante el período posterior al derrocamiento de Salvador Allende, véase, Chile: The Pinochet Decade, Latin American Bureau, London, 1983

eficiente que sea, puede gestionar un Estado Moderno. Lo que está en juego no es entonces una lucha entre civiles y militares sino entre autoritarismo y democracia. Para los latinoamericanos la gran pregunta una vez más es: ¿Somos capaces de reconciliar la libertad y el orden? ¿Pueden las Fuerzas Armadas del continente depurarse de elementos autoritarios, de la arrogancia mesiánica que ha caracterizado su ejercicio del poder en Argentina, Chile, Perú y tantos otros países en décadas recientes? ¿Lograrán nuestros dirigentes civiles alzarse por encima de las pequeñeces de una lucha política concebida en términos parroquiales, y enrumbar nuestras naciones hacia un desarrollo con libertad y estabilidad? ¿Podemos, en resumen, desterrar la violencia de la confrontación política, o estamos condenados a un dilema entre revolución y tiranía? Ya los argentinos, y el mundo entero, conocen la verdad. La así llamada «guerra sucia» llevó a sectores de las Fuerzas Armadas y de la policía a desatar una ola de represión frenética e ilimitada, manchando profundamente el honor militar y dejando un rastro de terror y revulsión en la sociedad argentina, que sólo podrán superarse con el paso de los años. Las Madres de la Plaza de Mayo y numerosos grupos ocupados por los derechos humanos insisten en que los desaparecidos no son menos de 30.000. No cabe duda de que el extremismo guerrillero planteó una amenaza significativa en los años 60 y 70; pero la contra ofensiva militar desbordó todas las fronteras que por su dignidad y sentido de la autopreservación deben respetar una institución y un Estado civilizados: fuera de la ley nada, dentro de la ley todo es el principio básico para un ejercicio verdaderamente sólido y eficaz de la autoridad gubernamental, aun en las situaciones más difíciles de crisis nacional. Por lo demás, la represión continuó en Argentina aún después de que las guerrillas urbanas habían sido eliminadas como riesgo militar, y la persecución no se detuvo ni siquiera ante los niños.

Los excesos cometidos no pueden interpretarse como un fenómeno aislado o clandestino, sino como expresión de la esencia misma de un régimen autoritario levantado sobre los inhumanos pilares de una visión de la seguridad que confunde la guerra con la política, que concibe la sociedad como un campo de batalla lleno de enemigos internos, y que se nutre de un absurdo espíritu de cruzada contra toda oposición y signo de descontento. Lo enfatizo: se trata del fracaso de un modelo político y de una concepción de la seguridad en América Latina. Los militares antidemocráticos argentinos se presentaron como defensores de la tradición y como reserva moral de la patria, pero en realidad su fanatismo les condujo al más hondo pantano moral que pueda imaginarse. No sólo torturaron y mataron fuera de la ley, sino que hasta quisieron suprimir algunas de las manifestaciones más elevadas del conocimiento y la cultura - prohibiendo el psicoanálisis, las matemáticas modernas, el arte no figurativo, quemando libros y expulsando a miles de científicos y técnicos en una empresa oscurantista que ha dejado a la Argentina exhausta en el terreno ético e intelectual.

La economía por otra parte, ha quedado al borde del abismo, con una inflación de 200%, una baja (entre 1980 y 83) de más del 10% en el PTB y del 25% en la producción industrial. El valor real de los salarios descendió en 50% en tanto que la deuda externa alcanzó una cifra de más de 40.000 millones de

dólares, consumidos en no poca medida en adquisición de armamentos. En teoría, las políticas aplicadas por los economistas (civiles en su mayor parte) que tuvieron en sus manos este aspecto del régimen podrían haber dado mejores resultados. Pero para que esto ocurriese habría sido indispensable controlar la corrupción. En cambio, esta última se desbordó a niveles sin precedentes, envolviendo tanto a militares como a civiles y destruyendo por completo la ilusión de que el sector castrense iba a poner fin a esa plaga que asola a América Latina.

En cuanto a política exterior y de defensa se refiere, el drama de Las Malvinas es bien conocido.⁽³²⁾ Basta decir por ahora que el episodio demostró de manera elocuente que unas Fuerzas Armadas politizadas pierden sus capacidades militares, y que una cosa es torturar y reprimir y otra muy distinta hacer la guerra contra un ejército moderno y disciplinado, consciente de sus derechos y obligaciones como brazo armado de un Estado democrático. El drama de la guerra por las islas Malvinas ilustró la validez de la tesis expuesta por el sociólogo Stanislav Andrevski, según la cual "existe una incompatibilidad intrínseca entre los usos *internos* y *externos* de las Fuerzas Armadas... en tanto que estas fuerzas son más frecuentemente usadas internamente, *menor* es su capacidad de hacer la guerra externa'..⁽³³⁾ Este es un factor de primerísima importancia, que debe ser tomado muy en cuenta por los hombres de armas latinoamericanos en situaciones de conflicto interno, cuando las circunstancias empujan con mayor intensidad que lo usual a las Fuerzas Armadas a contemplar una más directa y decisiva intervención en el terreno político en nuestras naciones.

La tragedia argentina ha tenido la peculiaridad de que explotó brutalmente a raíz de una *crisis externa*; no obstante, las terribles heridas que ha dejado en ese país, y en sus propias Fuerzas Armadas, el mando militar se repite en muchos otros países de América Latina. Para los venezolanos, civiles y militares, es en extremo importante tratar de extraer lecciones de lo acontecido, no olvidarlo, y analizarlo en sus diversas implicaciones. Las Fuerzas Armadas venezolanas son herederas de un mensaje de libertad Bolívar fue ante todo un hombre civilizado, convencido en lo profundo de principios humanistas, noble, gallardo y escéptico ante toda tentación autoritaria. Además, nuestras Fuerzas Armadas viven en democracia y la defienden; por ello es esencial que tengan presentes los dilemas y dificultades que pueden plantearse a un sistema político libre. Las crisis no son patrimonio exclusivo de las dictaduras; también las democracias pueden experimentarlas. Lo esencial es entender que ello no debe tomarse como excusa para suprimir la libertad, pues ninguna amenaza es tan grave como para sacrificar lo que nos hace dignos: ser hombres libres entre las Fuerzas Armadas de esa hermana nación; su paso por el poder les ha llevado al desprestigio y la desmoralización, y esto no debe repetirse jamás, ni en Argentina ni en ninguna otra parte.

(32) Discutiré otros aspectos de la guerra por las islas Malvinas en la Cuarta Parte de este estudio.

(33) Stanislav Andrevski, "On the Peaceful Disposition of Military Dictatorships", The Journal of Strategic Studies, Vol. 3, N° 3, 1980, p.3

Para ello es necesario un esfuerzo conjunto, de civiles y militares. Lo que se requiere es una relación basada en el respeto mutuo, la claridad, los valores democráticos y la lucha permanente contra todo síntoma de mesianismo, contra toda tentación autoritaria, contra todo intento de confundir guerra y política o idolatrar la seguridad nacional como algo que pueda estar por encima de la libertad y el cumplimiento de la ley. El perfeccionamiento de la democracia en Venezuela exige una clara comprensión y una firme toma de posiciones por parte de todos, civiles y militares, ante lo ocurrido en Argentina y otros países que han estado unidos en tiempos recientes bajo la dictadura militar.

En síntesis, pienso que los venezolanos debemos por un lado tener claro que la democracia, para sobrevivir, debe reformarse, y que con voluntad política y la firme determinación de combatir el populismo esa meta de perfeccionamiento es factible. Por otro lado hay que entender que los golpes de Estado y las intervenciones militares en la política no ocurren a la ligera, sino que usualmente surgen como resultado de la crisis de la democracia y de la incapacidad de los dirigentes civiles para enfrentarla. Nuestras Fuerzas Armadas, por su parte, deben en todo momento tener presente las experiencias del mando militar en otras naciones -y en la nuestra hace tres décadas-, y mantener su fe en un régimen de libertades para todos los venezolanos. Nuestra democracia no requiere salidas de tipo revolucionario, socialistas o autoritarias, pues el sistema político venezolano todavía permite la reforma civilizada de las instituciones y estructuras que le componen. En lo que sigue, trataré de continuar precisando en qué dirección general deben orientarse esos cambios.

¿Somos capaces de ser libres y prósperos?

En las secciones precedentes he sometido a una severa crítica el camino que hasta el presente ha venido siguiendo la democracia venezolana

Tal vez algunos lectores piensen que en ocasiones me he excedido, mas estoy convencido de que sólo mediante un franco y crudo análisis de nuestra realidad, que no haga concesiones ni al sentimentalismo ni a la demagogia, podremos vislumbrar una vía clara de rectificación. Mi propósito, como he insistido varias veces, es salvaguardar lo que tiene de positivo nuestro régimen político, y alertar sobre aquellos aspectos negativos que de no ser corregidos podrían conducir a su irrecuperable deterioro. A pesar de mis críticas, reconozco con legítimo entusiasmo el enorme significado del hecho que los venezolanos -contra las predicciones de no pocos escépticos- hayamos sido capaces de preservar un sistema de libertades por casi tres décadas. Hemos logrado esto en un contexto Latinoamérica- que se ha caracterizado tradicionalmente por la aparente aridez de su tierra ante los intentos de sembrar en ella por mucho tiempo una existencia libre y digna para sus habitantes.

En efecto, la vigencia de la democracia representativa en Venezuela, con las virtudes y defectos que la definen, es una realidad de gran peso y relevancia que contrarresta los argumentos de numerosos intelectuales y políticos, propios y extraños, que a lo largo de toda nuestra historia como nación independiente han expresado su pesimismo sobre la capacidad de nuestro pueblo para ser libre y alcanzar una prosperidad creciente material y cultural- a través de su esfuerzo y trabajo creado ⁽¹⁾ Sin embargo, la persistencia de esa línea de interpretación pesimista, aún hasta nuestros días, no debe ser dejada de lado como si se tratase de una especie de aberración atribuible a algunas mentes desordenadas. Lo cierto es que en nuestra trayectoria histórica han predominado la violencia y el atraso, y que el sistema de libertades que hoy nos rige se sostiene sobre bases precarias, que exigen todavía una energética empresa de apuntalamiento. Por esto, la pregunta que da su título a esta sección debe ser correctamente formulada así: ¿podemos ser libres y prósperos dentro del marco de una democracia política ajena al clientelismo y la demagogia?

Para responder adecuadamente esta interrogante, que es también nuestro primordial desafío, hay que enfrentar la realidad descarnadamente, sin engaños cómplices y falsificaciones acomodaticias, lo cual no es fácil en nuestro medio. La dificultad para afrontamos a nosotros mismos y a nuestro contorno con claridad y sin temores -problema en tomo al cual Freud elaboró toda una teoría sicológica general- adquiere aparentemente un acento particular entre los latinoamericanos. Como lo expone Octavio Paz en su famoso -y ambiguo- libro *El Laberinto de la Soledad* (refiriéndose a los mexicanos, pero en términos generalizables): "Mentimos por placer y fantasía, sí, como todos los pueblos imaginativos, pero también *para ocultarnos* y ponemos al abrigo de intrusos. *La mentira posee una importancia decisiva en nuestra vida cotidiana...* Con ello no pretendemos nada más engañar a los demás, *sino a nosotros mismos*".⁽²⁾ Y según el venezolano Carlos Rangel, "En nuestras formulaciones más inteligentes, en nuestros actos más graves, suele haber, debe haber, *tiene que haber* algún grado de distorsión, algún acomodo ala exigencia social generalizada de que las cosas no sean enfrentadas tal cual son'..⁽³⁾ Creo que hay mucho de cierto en esto, y que por lo tanto la lucha contra la mentira es una misión política clave, más aún, es un deber ético en el esfuerzo por enrumbar nuestros países sobre un sendero de superación.

Una democracia no populista es una democracia basada en el sentido de la realidad por parte de los ciudadanos y sus dirigentes. Ese sentido de la realidad no surge como una especie de dádiva de la providencia, sino que se conquista.

(1) Sobre este tema, véase la obra de Augusto Mijares, *La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana*, Afrodisio, Aguado S.A. Madrid, 1952

(2) Octavio Paz, *El Laberinto de la Soledad*, (Tercera edición) Fondo de Cultura Económica, México, 1963. p. 32 (Enfasis A. R.)

(3) Carlos Rangel, *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*, Monte Avila. Caracas, 1976, pp. 71-72

Para lograrlo, es indispensable combatir los mitos en los que envolvemos las mentiras que pasajeramente nos reconfortan y a la vez nos impiden ver de frente la realidad. Como decía Malraux, "los mitos no acuden a la complicidad de nuestra razón, sino a la de nuestros instintos". Nuestro combate debe ser un combate *por la razón*, y por ello, contra los mitos, contra las mentiras tranquilizadoras que hemos inventado para apaciguar nuestras conciencias.

Son dos los mitos que quiero discutir en estas páginas. Denomino al primero el mito de la redención, y tiene dos componentes: Por un lado nos dice -citando de nuevo a Paz- que así como para otros pueblos "el mundo es algo que se puede perfeccionar", para nosotros, en Latinoamérica, el mundo es "algo que se puede *redimir*".⁽⁴⁾ Traducido en términos políticos (en su versión progresista), este aspecto del mito de la redención le concede a la política una misión de cambio total, radical y perfecto, que nos llevará, con una buena dosis de emoción, banderas alzadas, discursos fogosos y marchas callejeras, del reino de la injusticia y la opresión al imperio de la solidaridad y la igualdad. Todo ello, por supuesto, en forma rápida y prescindiendo preferiblemente de los formalismos y de los valores característicos de una sociedad liberal.

El segundo componente del mito de la redención nos indica que el proceso de cambio será el producto de la fructificación definitiva de identidad propia, que nos distingue del resto del mundo, que es comunitaria, y que debe llevarnos a construir un modelo político pe adaptado a nuestras circunstancias, con nuestra propia versión de libertad, el orden, y la justicia.

Así explicado, podría pensarse que este mito tan sólo expresa la posición revolucionaria, salvacionista y mesiánica sobre el cambio, en América Latina. Sin embargo, el mito de la redención tiene variante empleada por los sectores autoritarios de extrema derecha en continente para justificar la tesis del gendarme necesario. De acuerdo esta formulación, nuestra identidad se define por la inmadurez y o políticas de la mayoría, por una situación económica y social que exige mando de una mano firme, ya que en las presentes -y previsibles condiciones no estamos en capacidad de vivir en libertad. Es decir, tanto la derecha como la izquierda en Latinoamérica hacen uso del mito de la redención y su corolario sobre nuestras presuntas incapacidades; unos proponen al gendarme necesario, otros la salida colectivista revolucionaria, pero ambos coinciden en un punto: los latinoamericanos no podemos vivir en sociedades liberales y democráticas.

El segundo mito al que deseo referirme, y cuyas implicacio1n económicas discutiré ampliamente más adelante, es el mito de Odiseo. Lo llamo de esa forma a consecuencia de un pasaje que se encuentra al comienzo de *La Odisea*, en el cual Homero hace decir a Zeus estas frases: "¡Qué lamentable es que los hombres nos culpen por sus desgracias y nos atribuyan a nosotros, los dioses, la fuente de sus males, cuando en verdad son sus debilidades y vicios los que originan todos sus sufrimientos!"⁽⁵⁾

(4) Paz, p. 20

(5) Homero, *The Odyssey* (translated by B.V. Rieu), Penguin, Hamondsworth, 1983, p. 26

El mito de Odiseo, que ha sido y continúa siendo en extremo influyente a nivel intelectual y político en América Latina, consiste básicamente en atribuir *a otros*, y no a nosotros mismos, la causa de nuestros reiterados fracasos históricos, de nuestras repetidas fallas en el intento de construir sociedades libres, con sólidas instituciones democráticas, economías pujantes y prósperas, con un sector empresarial innovador y una administración estatal sana y productiva. Esos "otros" cambian a lo largo de nuestra historia; unas veces ha sido la herencia colonial, otras el imperialismo o la dependencia, pero la idea central es siempre la misma: nuestros males vienen *de afuera*, y sólo el florecimiento de nuestra identidad nos realizará plenamente.

En torno a este segundo mito, Carlos Rangel ha escrito un par de libros demoledores, cuyos poderosos razonamientos sería superfluo repetir aquí.⁽⁶⁾ Sin embargo, en vista de la trascendencia del tema y su impacto sobre las teorías económicas en boga en nuestro medio -especialmente las tesis de la dependencia y el Nuevo Orden Económico Internacional- será motivo de análisis en secciones posteriores de este trabajo. En síntesis, y por razones que expondré oportunamente, respondo al mito de Odiseo con estas frases de Polibio: "Siempre que sea posible hallar las causas reales de lo que ocurre, uno debe evitar recurrir a los dioses".⁽⁷⁾ En otras palabras, los problemas de Latinoamérica en general, y de Venezuela en particular, no sólo tienen raíces esencialmente *autóctonas*, sino que, además, es necesario hacer todo lo posible por evitar caer en la trampa ideológica (el mito) de atribuir a otros la culpa por nuestras fallas y deficiencias, ya que ello no es otra cosa que contribuir a la mentira o apelar a la verdad sólo a medias.

Los orígenes del mito de la redención y su corolario de especulaciones acerca de nuestra identidad y madurez (o falta de ella) para ser libres, se hunden profundamente en nuestra evolución histórica. Desde los albores de la independencia hasta nuestros días el mito ha sido el producto del abismo que se ha puesto de manifiesto entre nuestras expectativas de libertad política (doméstica) y progreso social y económico, por un lado, y de otro lado las duras realidades del atraso, las guerras civiles, la violencia política, el aplastamiento de las libertades, los desequilibrios y divisiones sociales que han sido constantes en nuestro proceso evolutivo como pueblos con algunas diferencias, desde luego, entre diversas naciones latinoamericanas. De este abismo ha surgido una especie de visión trágica de nuestra historia, que se caracteriza tanto por la eterna búsqueda de una identidad jamás hallada, así como por la tentación de definirnos *en función de un rechazo* a la civilización y mundo cultural al que fundamentalmente nos debemos -Occidente-, y a su más legítimo legado político: el ideal de una sociedad de hombres libres en un marco de leyes iguales para todos.

(6) Se trata de sus dos obras, ya citadas, *El Tercermundismo* y *Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario*.

(7) Citado por Carr, p. 74

Dicho de otra manera, buscamos esa identidad en base a una estrategia de rechazos, cuyo producto final -la autenticidad que nos define- ha sido siempre concebida, desde la derecha y la izquierda, *como una barrera contra los valores liberales*.

Este último es el punto que a mi modo de ver requiere ser enfatizado en relación al mito de la redención: el hecho de que la conclusión a que llega, en sus distintas versiones, es *siempre* un rechazo a la imagen de una sociedad de individuos libres, sujetos al imperio de leyes imparciales en un orden democrático que garantice la libertad económica. Complementariamente, el mito exalta el colectivismo, el irracionalismo, la comunidad, lo que va más allá del individuo, el culto de la emoción y el desprecio a la razón. En su versión de derecha el mito de la redención desemboca en la propuesta de un gobierno autoritario, cuyo nacionalismo se manifiesta en la condena de lo extranjero y la estatización de la economía, un gobierno que nos guíe hasta que alcancemos la suficiente madurez para ser libres. En su versión de izquierda, el mito combina la ideología de la autenticidad con la economía marxista para alcanzar la misma conclusión: las naciones latinoamericanas no pueden funcionar como sociedades liberales occidentalizadas; tenemos por lo tanto que inventar nuestras soluciones de acuerdo a una fórmula propia de la libertad y la democracia, en un nuevo socialismo.

Insisto que este es el *resultado ideológico* del mito de la redención, aunque el camino que hasta allí conduce asume en ocasiones el disfraz de una legítima -pero casi siempre mal concebida- búsqueda de identidad, de lo que nos es peculiar y característico, que ha obsesionado las mentes de muchos de nuestros intelectuales -escritores, poetas, ensayistas, tratadistas políticos- por más de 150 años. Semejante *resultado ideológico político* debe entonces distinguirse nitidamente de otro sentido de esa búsqueda, entendida como empresa cultural, de reconocimiento, comprensión y rescate de nuestra herencia y creaciones -de lo cual no es ajeno, como intentaré mostrar, el ideal de una sociedad libre bajo la ley. Este otro sentido de la búsqueda de identidad es el que queda plasmado, por ejemplo -y podrían citarse muchos pasajes similares de intelectuales latinoamericanos-, en el siguiente texto de Uslar Pietri: "Desde el siglo XVIII-nos dice-...la preocupación dominante en la mente de los hispanoamericanos ha sido la de la propia identidad... Se ha llegado a hablar de una angustia ontológica del criollo, buscándose a sí mismo sin tregua, entre contradictorias herencias y disímiles parentescos, a ratos sintiéndose desterrado en su propia tierra, a ratos actuando como conquistador de ella, con una fluida noción de que todo es posible y nada está dado de manera definitiva y probada'. Uslar señala que "la América Hispana es tal vez la única gran zona abierta en el mundo actual al proceso del mestizaje cultural creador", y concluye que "En lugar de mirar esa característica extraordinaria como una

marca de atraso o de inferioridad, hay que considerarla como la más afortunada y favorable circunstancia para que se afirme y extienda la vocación de Nuevo Mundo que ha estado asociada desde el inicio al destino americano'.⁽⁸⁾

Esta inquieta búsqueda de identidad, que tanto ha consternado a buen número de nuestros más notables espíritus en el terreno intelectual y político no tiene en sí misma nada de malo, es particular sí se dirige, como ya dije, a rescatar, preservar y enaltecer -sin ánimo provinciano o folklorismo chovinista- nuestros valores culturales. El problema, repito, empieza cuando, siguiendo esa vía, se llega a la conclusión de que nuestra identidad es incompatible con los valores occidentales que fundamentan las sociedades liberales, y que requerimos una salida propia pues 'La América ibera' -como escribe Leopoldo Zea- "deberá seguir sus... caminos, tal y como lo hicieron los pueblos modernos, y crecer de acuerdo con ellos. Así lo hicieron los pueblos sajones que han crecido *atendiendo a su espíritu individualista y libre*. Los íberos también podrán hacerlo *atendiendo a su viejo sentido comunal*... La América Íbera no, podrá actuar en función de ideas propias de los sajones, por buenas que éstas sean; tiene que atender, en primer lugar, a su realidad y modo de ser ... Bolívar (sabía) de la diversa constitución de los pueblos sajones, de los pueblos modernos, frente a los pueblos de origen íbero. Los primeros han hecho al individuo el centro de sus relaciones; los segundos sólo podrán apoyarse en su sentido de comunidad que les es implícito".⁽⁹⁾ Nótese que en este pasaje se establece, casi explícitamente, una presunta diferencia entre la libertad sajona y otra libertad Íbera, sin que quede claro en qué consiste exactamente. Se nos habla de un espíritu comunitario, que supuestamente es por sobre todo patrimonio de los pueblos íberos, pero tampoco se nos explica de qué se trata en concreto tal sentimiento de comunidad. De hecho, este párrafo -que es típico de toda una línea de análisis sobre la identidad Latinoamericana- no sólo distorsiona la historia sino que también ofrece una interpretación equivocada del pensamiento de Bolívar sobre el tema. Si de comunidad se trata, es en países como Gran Bretaña y los Estados Unidos donde más se han desarrollado las formas de gobierno local; éstas son además sociedades que han dado amplias muestras de solidaridad a lo largo de su evolución histórica. En cambio, y por duro que sea admitirlo, tanto España como las naciones Latinoamericanas se han caracterizado por sus divisiones, querellas y desgarramientos internos y entre si mismas. Por ello Ortega y Gasset apuntaba que la falta de solidaridad, ese "no sentirse parte de *un todo*", marca la decadencia de las sociedades hispánicas.⁽¹⁰⁾

(8) Arturo Uslar Pietri, En Busca del Nuevo Mundo, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, pp. 9, 25. Puede verse también el ensayo de Leopoldo Zea, América Latina y el Mundo, Eudeba, Buenos Aires, 1965, pp. 5-18, 67-80, y Paz, p. 17

(9) Leopoldo Zea, América en la Historia, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1970, pp. 253-254 (EnfasiS A.R.)

(10) Citado por Rangel, Del Buen Salvaje..., pp. 186-187

Es por lo demás inútil y hasta absurdo plantear el problema en cuestión - que es el de nuestra capacidad para ser libres- como si se tratase de una confrontación entre sajones e iberos, que atribuye a los primeros el monopolio de los ideales liberales y a los segundos una especie de misticismo comunal, que contrasta con el individualismo egoísta de otros pueblos. Semejante concepción distorsiona el asunto que nos ocupa, pero tiene una ventaja al nivel de la propaganda ideológica, pues le hace el juego a los complejos, resentimientos e ignorancia que en diversos sectores Latinoamericanos - políticos, intelectuales y religiosos- se abrigan frente al legado del racionalismo, el espíritu científico y el liberalismo, así como frente al gigantesco progreso de los países sajones. En vista de que se han hecho esfuerzos por sumar el prestigio de Bolívar a esta cruzada del irracionalismo, creo indispensable despejar el panorama en cuanto a la posición del Libertador en tomo al tema que ahora me ocupa, para luego retomar a las manifestaciones contemporáneas del mito de la redención.

Bolívar demostró gran honestidad intelectual al reconocer francamente, ya en la época del Manifiesto de Carúpano (1814), que el desgarramiento del estatus quo colonial iba a tener efectos traumáticos sobre Hispanoamérica, y que el camino de recuperación sería posiblemente agotador. Sus intuiciones sociológicas reafirmaban esa convicción, y sostenía en la Carta de Jamaica que "Toda idea relativa al porvenir de este país (el Nuevo Mundo, A.R.) me parece aventura, y luego proporcionaba esta imagen de la situación": "Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte... Yo considero el estado actual de la América, *como cuando desplomado el Imperio Romano cada desmembración formó un sistema político*, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones; *con esta notable diferencia: que aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosa son los sucesos*; mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles... *nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado ...*"⁽¹¹⁾ Este pasaje refleja dos percepciones de Bolívar, las cuales se acentuaron posteriormente: en primer lugar, que el quiebre del lazo colonial había producido un vacío histórico, que de no llenarse con prontitud podía degenerar en caos; en segundo lugar, que existía un factor de naturaleza social que jugaba un papel en el proceso independentista, y que ese factor, por naturaleza, contribuía a la inestabilidad política. Este problema, de la dimensión social de los conflictos y su impacto político, surgió con mayor nitidez en el Discurso de Angostura. Allí el Libertador dijo: "Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del Indígena se ha aniquilado; el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo.

(11) Simón Bolívar, Obras Completas, Vol. 1, p. 164

Nacidos todos del seno de una misma Madre, nuestros Padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reto de la mayor trascendencia'.⁽¹²⁾ ¿A qué se refería el Libertador?, ¿cuál era el desafío que su intuición política percibía?

Al realismo político de Bolívar no podía ocultarse el hecho de que la diversa composición étnica de los pueblos hispanoamericanos, que en sí misma generaba tensiones, tenía también una dimensión social y política dentro de una sociedad dividida y profundamente desigual. El reto, para Bolívar, consistía en *superar gradualmente estas diferencias, en canalizar el cambio político y social dentro de un orden estable*, e impedir el desencadenamiento de las pasiones revolucionarias y la guerra de castas, cuyo producto final no podía ser otro que el desmembramiento del Estado y la fragmentación de la nación. Así, al vacío histórico creado por la ruptura de la tradición se sumaban los peligros representados por la heterogeneidad étnica y las diferencias sociales, todo lo cual exigía -según la aguda intuición política de Bolívar- "un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para *manejar una sociedad heterogénea cuyo complicado artificio se disloca se divide, se disuelve con la más ligera alteración*".⁽¹³⁾

¿Cómo esperaba Bolívar hacer frente a este desafío? La heterogeneidad étnica, con su corolario de tensiones y divisiones, sólo podía desaparecer mediante un proceso de mestizaje, y así lo planteó el Libertador en su mensaje al Congreso de Angostura: 'Para sacar de este caos nuestra naciente República, todas nuestras facultades morales no serán bastantes, si no fundimos la masa del pueblo en un todo... La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla'⁽¹⁴⁾ Las desigualdades sociales, por otra parte, tenían también que corregirse dentro de un marco legal sustentado por el Estado en forma, pero sólo podrían desaparecer de manera gradual.⁽¹⁵⁾ Bolívar estaba plenamente comprometido con el principio de la progresiva igualación de oportunidades" dentro de un orden político libre y legítimo, basado en la soberanía popular. A la vez, el Libertador se oponía al logro de la igualdad a través de cambios súbitos y revolucionarios, que a su modo de ver sólo conducían a la anarquía y finalmente al despotismo.

Los esfuerzos de Bolívar por establecer el orden chocaban no solamente contra la debilidad institucional de las nuevas repúblicas, sino que, también, el factor de convulsión social venía a añadir otro obstáculo a los intentos de crear un Estado libre y soberano, basado en la paz y las garantías civiles domésticas. En junio de 1828 Bolívar insistía, esta vez a Páez: "Yo espero por momentos una horrorosa tormenta, y, por lo mismo, debemos prepararnos a conjurarla, tomando todas las medidas de precaución *para que el desorden no nos arrastre a los crímenes de una sanguinaria anarquía*".

(12) Ibid., Vol. 2, p. 1140

(13) Ibid., p. 1141

(14) Ibid., p. 1149

(15) Véase Ibid. pp. 1140-1141, 1215 y Vol. 1, p. 1076

En esa misma carta, el Libertador se mostraba dispuesto a sacrificar uno de sus más preciados proyectos, la unidad colombiana, a fin de contener el torrente de la anarquía política, la guerra civil, y el caos social: "Yo había propuesto -escribía... una resolución que conciliara todos los intereses de las diferentes secciones de Colombia, *que era dividirla en tres o cuatro estados y que se ligaran para la defensa común*, pero nadie se ha atrevido a apoyar este expediente, y todo el mundo me ha acusado de que quiero abandonar la patria y aún perderla, sacrificando mi gloria y los más sagrados intereses de Colombia... *mi única mira fue combinar intereses opuestos y partidos encarnizados* " ⁽¹⁶⁾ Nuevamente, Bolívar retomaba acá su concepción de la política como búsqueda de compromisos y acomodo de intereses divergentes; pero los problemas que afrontaba eran de una naturaleza tal que ni siquiera la enorme fortaleza de su voluntad creadora podía controlarlos. De aquí sus reiteradas expresiones de pesimismo: "Los que se han creado en la esclavitud -decía en marzo de 1827' como hemos sido todos los americanos, no sabemos vivir con simples leyes y bajo la autoridad de los principios liberales". ⁽¹⁷⁾

El pensamiento político de Bolívar se fraguó en una ardua confrontación con la realidad hispanoamericana, y fue claramente concebido por el Libertador como una respuesta al problema del orden y la libertad. Su conciencia de las condiciones adversas a las prácticas democráticas imperantes en los pueblos emancipados, le llevaron a concebir salidas institucionales y sociales que permitiesen una evolución gradual, preservando a la vez la continuidad del Estado. Las diversas instituciones que a lo largo de su carrera propuso Bolívar, la Presidencia Vitalicia, el Senado Hereditario, el Poder Moral, su lucha por el centralismo y la unidad fueron, sin excepción, manifestaciones de un mismo propósito político: avanzar en la creación de un Estado soberano y una sociedad libre, pero con paso seguro, sin pretender alcanzar de un salto un sistema de perfección, y con la vista fija en las realidades concretas de su medio y su tiempo.⁽¹⁸⁾ En materia de reforma social, Bolívar captó el enorme potencial de conflicto y destrucción encerrado en las desigualdades generadas por el régimen colonial, que luego, durante la guerra de independencia, hallaron un canal de expresión que pronto se convirtió en un río desbordado de luchas civiles. El Libertador confiaba que la igualdad legal y el progreso educacional bajo la protección de un Estado en forma, pudiesen corregir los graves desajustes sociales heredados por naciones que apenas se asomaban a la vida independiente;⁽¹⁹⁾ sin embargo, un proceso como éste, de transformación gradual y ajustes progresivos, sólo podía efectuarse en un marco de estabilidad, que era precisamente lo que faltaba en las nuevas naciones.

(16) Bolívar. Vol. 2. p. 367

(17) Ibid., p. 76

(18) Véase, Vol. 1, pp. 42, 711

(19) Véase, Vol. 2, p. 1150

Sus consistentes esfuerzos de reforma se vieron por lo tanto cercados por un océano tumultuoso de confrontaciones, que no permitirían por muchos años, ni en Venezuela ni en otros países del área, más que reconciliaciones pasajeras entre la estabilidad, la legitimidad de los gobiernos, y la vigencia de los derechos ciudadanos.

Los escritos del Libertador revelan tres líneas de pensamiento básicas en cuanto al problema del diseño institucional para las nuevas naciones hispanoamericanas:

1) Las instituciones y las leyes no son entes abstractos, aptos para un uso universal e indiscriminado, sino respuestas específicas del desarrollo político que deben conformarse y armonizarse a las características propias de los pueblos que van a regir.

2) Las normas de gobierno, en sí mismas, no son decisivas en la determinación de la evolución política de un pueblo. Lo esencial son las cualidades particulares del elemento humano, y son las virtudes ciudadanas el único dique verdaderamente sólido contra los males extremos de la anarquía y la tiranía.

3) Los pueblos hispanoamericanos, que recién emergían al disfrute de los derechos políticos y al ejercicio práctico de libertades públicas, no estaban en condiciones de reproducir, sin sustanciales variaciones, los esquemas institucionales de los sistemas democráticos más avanzados de la época (Gran Bretaña y Estados Unidos), o de implantar sin cambios los ideales que el enciclopedismo francés postulaba como criterio insuperable de perfección política.

Si bien Bolívar concedía importancia secundaria a las formas de gobierno, con ello no estaba afirmando a la vez que todas eran igualmente valiosas desde el punto de vista de los principios políticos, o que él note la preferencia por unas sobre otras. Bolívar fue siempre sólidamente republicano, y estuvo convencido de que la monarquía era una forma de gobierno anacrónica que no se compaginaba con las realidades y el espíritu de la emancipación americana. Sus argumentos tenían otro objetivo, y se dirigían a contrarrestar la tendencia, muy extendida en influyentes círculos patriotas, a copiar modelos constitucionales extranjeros, y también a transmitir su convencimiento de que el debilitamiento del Estado a través de fórmulas federalistas impediría la creación de un orden político estable y erosionarla los diques que contenían la anarquía. Por esto, Bolívar proponía, aún en las postrimerías de la existencia de Colombia, “un sistema central competente proporcionado a la extensión del territorio y a la especie de sus habitantes”; y sostenía que “Un estado civilizado a la europea presenta menos resistencia al gobierno de parte del pueblo y de la naturaleza que una pequeña provincia de América, por las dificultades del terreno y la ignorancia del pueblo; *por lo mismo, nos veremos forzados a dar a nuestras instituciones más solidez y energía que las que en otros países se juzgan necesarias*”.⁽²⁰⁾

(20) Ibid., p. 773

En última instancia, las reflexiones de Bolívar se enfocaban hacia lo que podríamos llamar una lección de pedagogía política: La teoría de los principios es buena en las épocas de calma, pero cuando la agitación es general la teoría sería un absurdo, *como pretender regir nuestras pasiones por las ordenanzas del cielo que, aunque perfectas, no tienen conexión algunas veces con las aplicaciones*".⁽²¹⁾

La tendencia, fuertemente enraizada en el pensamiento de Bolívar, a restar importancia a las instituciones, consideradas en abstracto como fórmulas de regeneración política, era consecuencia de su contacto directo con su realidad geográfica y socioeconómica hispanoamericana a lo largo, de casi dos décadas de lucha. Esa experiencia suscitó en el Libertador un marcado pesimismo sobre la situación de orfandad política de los nuevos pueblos, y fortificó su idea de que el factor crucial del desarrollo político son las virtudes cívicas de los ciudadanos y su integración en una conciencia nacional. Por ello decía en la Carta de Jamaica que en tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina'.⁽²²⁾ Resulta evidente que Bolívar asumía que tales virtudes aún no existían para el momento en que realizaba su análisis sobre el panorama político de Hispanoamérica. Así, insistía en el Discurso de Angostura: 'Los códigos, los sistemas, los estatutos por *sabios que sean son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades*: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las Repúblicas! ".⁽²³⁾ El Libertador estaba convencido de que las nuevas naciones se hallaban "al borde de un cráter"⁽²⁴⁾ que la "tendencia de una república es hacia la anarquía, que yo considero como la demencia de la tiranía"⁽²⁵⁾ y que "nuestros débiles ciudadanos tendrán que enrobustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad"⁽²⁶⁾ Por todo esto polemizaba con aquellos demagogos que olvidaban que la práctica de la libertad no se sostiene sino con virtudes y que donde éstas reinan es impotente la tiranía. Así, pues, *mientras que seamos viciosos no podemos ser libres, désele al estado la forma que se quiera*"⁽²⁷⁾, y concluía que la constitución de la Nueva República debía ser "capaz de dar estabilidad a las instituciones, garantías a todos los ciudadanos *y toda libertad e igualdad legales que el pueblo colombiano es susceptible de recibir en el actual estado de su civilización*".⁽²⁸⁾

(21) Vol. 1, p. 1408

(22) Ibid., p. 168

(23) Vol. 2, p. 1142

(24) Vol. 1, p. 566

(25) Ibid., p. 1426

(26) Vol. 2, p. 1136

(27) Ibid., p. 309

(28) Ibid., p. 3 82

El problema era entonces: ¿a quién tocaba definir ese nivel de civilización?, ¿quién se encargaría de discernir que el nivel de desarrollo alcanzado en un momento determinado era el adecuado para el disfrute pleno de la libertad?, ¿qué significa, en última instancia, una libertad absoluta? El pensamiento, del Libertador, su honesta y franca convicción de que las condiciones imperantes en Hispanoamérica en el período inmediatamente posterior a la emancipación hacían muy difícil la implantación de una república democrática, al estilo norteamericano, esa convicción, repito, conducía su reflexión política al mismo dilema que en otro contexto había lúcidamente apuntado Kant: el ejercicio de la libertad sólo se aprende en libertad, los hombres sólo llegan a ser –políticamente libres si un marco institucional adecuado se los permite, o, para ponerlo en otras palabras, las virtudes que hacen a los hombres aptos para la libertad no pueden adquirirse excepto en libertad. Este dilema, debo insistir, tiene un aspecto *teórico* y otro de naturaleza eminentemente *práctica*. Desde una perspectiva teórica, el pensamiento de Bolívar en este punto -según el cual un gobierno paternal, protector y firme se encargaría de propiciar la madurez política de los pueblos libertados presenta importantes dificultades, y es por eso que fue objeto de tan virulentos ataques en vida del Libertador. Desde un ángulo práctico, sin embargo, es evidente que la posición adoptada por Bolívar respondía a las exigencias del medio, a la aguda percepción de que los intentos de trasladar el modelo federalista norteamericano a las circunstancias de la Hispanoamérica de entonces se estrellarían irremediabilmente contra las limitaciones impuestas por una realidad diferente.

Este debate, tal y como se llevó a cabo entre el Libertador y aquéllos de sus oponentes ideológicos que con igual honestidad pero menor sentido de las realidades, proponían otras alternativas de organización política, es un ejemplo notable del carácter trágico que en ocasiones asume la lucha política y que impide llegar a un equilibrio perfecto entre opiniones y actitudes divergentes. Para Bolívar, era obvio que la república democrática, tal como existía en Estados Unidos, o el ejercicio práctico de la libertad dentro del orden, como se daba bajo la monarquía constitucional británica, simplemente no podía reproducirse sino después de un período relativamente largo de *estabilización institucional* en las nuevas naciones de Hispanoamérica. Para sus adversarios ideológicos, por otra parte parecía obvio que las propuestas del Libertador se acercaban en lo sustancial a los principios de un despotismo ilustrado: todo por el pueblo pero sin el pueblo, y que acarrearían serios riesgos de degenerar en un inaceptable autoritarismo.

Si nos adentramos aún más en la reflexión teórica del Libertador, queda claro que el principal modelo de desarrollo político que tenía en mente, y que le servía de medida de comparación al juzgar el grado de evolución social de los pueblos hispanoamericanos, era el británico. Cuando en setiembre de 1829, abatido por el vendaval anárquico que se desataba a su alrededor, escribía el coronel O' Leary que "Si he de decir mi pensamiento, yo no he visto en

Colombia nada que parezca gobierno ni administración ni orden siquiera”⁽²⁹⁾ el punto de referencia de su comparación era Gran Bretaña. En Angostura en 1819 Bolívar había recomendado a los legisladores “el estudio de la Constitución Británica que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adoptan”; mas de inmediato añadió que “por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil. Cuando hablo del Gobierno Británico sólo me refiero a lo que tiene de Republicanismo, y a la verdad ¿puede llamarse pura Monarquía un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la Libertad civil, de Conciencia, de Imprenta, *y cuanto es sublime en la política?* ¿Puede haber mas Libertad en ninguna especie de República? ¿y puede pretenderse a más en el orden social?” Y posteriormente, en un párrafo que podría superficialmente interpretarse como contradictorio con lo dicho anteriormente, Bolívar insistía: Yo os recomiendo esta Constitución... *como la más digna de servir de modelo* a cuantos aspiran al goce de los derechos del hombre y a toda la felicidad política *que es compatible con nuestra frágil naturaleza*”.⁽³⁰⁾ Si lo esencial en la vida política eran las características del elemento humano, no las leyes e instituciones formales, ¿qué sentido tenía guiarse por un esquema constitucional que era producto de una historia y unas condiciones geográficas y sociológicas distintas e irrepetibles?

Esta pregunta nos acerca a una significativa paradoja en el pensamiento político del Libertador, que pone de manifiesto una vez más su idea de la política como lucha creativa, *como un proceso de enfrentamiento a una realidad concreta inspirado por la visión de una alternativa posible*. La paradoja consiste en que Bolívar, a la vez que restaba importancia a las instituciones y acentuaba la del factor humano, cifraba sin embargo grandes esperanzas en el poder creador del gobierno y la plasticidad de los pueblos a sus iniciativas. Es decir que el Libertador, por un lado, afirmaba que las constituciones y las leyes no son decisivas, si los hombres carecen de las virtudes políticas para vivir en libertad y democracia; a la vez, Bolívar era pesimista sobre el grado de desarrollo político de los pueblos hispanoamericanos para la época. No obstante, por otro lado, el Libertador depositaba expectativas, que la experiencia demostró excesivas, sobre la posibilidad de que las nuevas naciones respondiesen de manera maleable y con relativa rapidez al influjo benefactor de sus propuestas institucionales. Ello aclara el sentido de sus palabras en carta del 26 de mayo de 1820 a Guillermo White, quien había cuestionado las -en su opinión- exageradas esperanzas que Bolívar tenía en el Poder Moral que había propuesto a los legisladores en su Discurso de Angostura: “Todo el cuerpo de la historia -escribía el Libertador *manifiesta que los hombres se someten a cuanto un hábil legislador pretende de ellos* y a cuanto una fuerte magistratura les aplique... ¡A qué no se han sometido los hombres! ¡A qué no se someterán aún...!”⁽³¹⁾

(29) Ibid., p. 774

(30) Ibid., p. 1143

(31) Vol. 1, p. 433

En Angostura, el Libertador había sugerido la creación del Poder Moral con el propósito *“de regenerar el carácter y las costumbres que la tiranía nos ha dado”*,⁽³²⁾ y al respecto comentaba a White lo siguiente: *Yo tengo muy poca confianza en la moral de nuestros conciudadanos, y sin moral republicana, no puede haber gobierno libre. Para afirmar esta moral, he inventado un cuarto poder que críe a los hombres en la virtud y los mantenga en ella”*.⁽³³⁾ Sin embargo esta institución jamás llegó a materializarse ni a cumplir el elevado papel que Bolívar quiso otorgarle. Algo muy semejante ocurrió con la Constitución de Bolivia, que el Libertador aspiraba fuese adoptada, aunque con leves variaciones, por otros países del área: su duración fue muy limitada, su existencia azarosa, y su impacto concreto muy distante de satisfacer las exaltadas expectativas de Bolívar. (La Constitución de Bolivia sobrevivió en ese país sólo dos años; en el Perú, donde también se adoptó, duró aún menos tiempo, y en ningún otro país hispanoamericano tuvo vigencia alguna). No obstante, el Libertador afirmaba a Santander el 8 de agosto de 1826 que *“ante la crisis política imperante no encuentro otro modo de conciliarlas voluntades y los intereses encontrados de nuestros conciudadanos que el presentar a Colombia la Constitución Boliviana, porque ella reúne a los encantos de la federación, la fuerza del centralismo; a la libertad del pueblo, la energía del gobierno; y, en fin, a mi modo de ver las cosas, yo que las peso en mi corazón, no encuentro otro arbitrio de conciliación que la constitución boliviana, la que contemplo como la arca donde únicamente podemos salvar la gloria de quince años de victorias y desastres, y, últimamente, yo presentaré a Colombia esta medida de salvación como mi último pensamiento”*.⁽³⁴⁾

Este dilema en el pensamiento político de Bolívar entre una tendencia hondamente realista, que percibía las limitaciones impuestas por el entorno físico y la ausencia de un basamento cívico sobre los intentos de crear un orden estable, y, por otra parte, una tendencia idealista que confiaba en exceso en sus proyectos institucionales, sólo puede explicarse por la voluntad creadora de un hombre que entendía la misión arquitectónica de la política, y asumía responsablemente la tarea de estadista. Si bien Bolívar entendía las raíces profundas de la anarquía sociopolítica hispanoamericana, tenía forzosamente que responder ante el desafío pues a ello lo llevaba su elevada conciencia de la responsabilidad del líder. Un camino relativamente fácil y expedito de constituir alguna semblanza de orden habría sido el autoritarismo, pero para Bolívar el poder y la existencia política sólo tenían sentido como medios en un contexto de valores: de legalidad, respeto a los derechos ciudadanos, y legitimidad del mando. Por eso dijo a Pedro Gual el 16 de setiembre de 1821: *“La historia dirá: Bolívar tomó el mando para libertar a sus conciudadanos, y cuando fueron libres, los dejó para que se gobernaran por leyes, y no por su voluntad”*.⁽³⁵⁾

(32) Vol. 2, p. 1151

(33) Vol. 1, pp. 442-443

(34) Ibid., p. 1416

(35) Ibid., p. 590

Sin duda, Bolívar no logró afianzar sino una pequeña parte de sus proyectos políticos post-independentistas, pero ello, a mi modo de ver, no es suficiente justificación para calificar tales proyectos de meras quimeras o fantasías. Esto sólo sería apropiado si hubiesen existido alternativas *a la vez eficaces y políticamente aceptables* en términos de los valores republicanos y libertarios que sostenía Bolívar, y es difícil imaginar qué tipo de salida podría haberse formulado en las circunstancias imperantes. También vale la pena comentar la opinión, expresada por Francisco Encina, según la cual “la falla de la Constitución Boliviana no radica en la debilidad del ejecutivo, defecto que habría sido fácil subsanar, sino en la imposibilidad de implantar el régimen constitucional en pueblos en los cuales la ruptura de la tradición había disuelto el estado en forma. *La única forma de vida política en estos pueblos es la dictadura criolla, alternada con períodos de anarquía y asomos efímeros de régimen republicano que pronto abate, el tacón del dictador militar o civil*”⁽³⁶⁾ Dejando de lado las connotaciones deterministas de estas frases, que considero inaceptables desde el punto de vista histórico y filosófico, lo fundamental es señalar que para *Bolívar*, un personaje histórico concreto enfrascado en las luchas de su tiempo, la apreciación de que la ruptura de la tradición y el impacto de la guerra definían ineluctablemente el marco de su acción, de que esa era la *condición* en que debían sustentarse sus proposiciones, *no era en sí misma una política*. Que el enfrentamiento a la anarquía se realizase de acuerdo a un conjunto de valores libertarios, y no en los términos dictatoriales que más tarde impuso el caudillismo, fue en buena medida el resultado de opciones realizadas por el Libertador dentro de un rango de múltiples alternativas, a veces excluyentes. En retrospectiva, el carácter incontenible del proceso de desintegración y desorden político que asoló Hispanoamérica durante el siglo XIX puede parecer *inevitable*, pero para los contemporáneos del período, como siempre ocurre en la historia, lo inevitable asumía el disfraz de lo *posible*.

Bolívar era pesimista sobre el grado de desarrollo de las virtudes cívicas en sus conciudadanos, y aspiraba, a través del gobierno, moldearlos para el ejercicio de la libertad dentro del orden. No obstante, y aunque a veces desesperase ante las dificultades del proyecto, jamás admitió que la autoridad sin controles fuese la herramienta adecuada para lograr sus fines, y así lo expresó en su Manifiesto de Cartagena, el primero de sus grandes documentos políticos: “Generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano: virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos (como el régimen colonial español, A.R.), en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano”.⁽³⁷⁾ Así, cuando Bolívar afirmaba que “Sería necesario desnaturalizarnos para poder vivir bajo de un gobierno absolutamente libre;

(36) Francisco Encina: Bolívar y la Independencia de la América Española (8 Vls.), Editorial Nascimento, Santiago, (diversas fechas), Vol. 6, p. 322

(37) Bolívar, Vol. 1, p. 4

sería preciso mudar nuestros hábitos y costumbres y hacemos austeros y desprendidos de nuestras viles pasiones o renunciar a la quimera de nuestros proyectos ⁽³⁸⁾ es preciso entender el verdadero sentido de su pensamiento, en su lucha perenne por reconciliar la libertad y el orden. Creo que en ningún otro texto quedó tan patente ese propósito como en estas frases del Discurso de Angostura: "Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto *una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales, moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública*: los términos que fijan teóricamente estos dos puntos son de una difícil asignación; pero se puede concebir que la regla que debe dirigirlos, es la restricción, y la concentración recíproca a fin de que haya la menos frotación posible entre la voluntad, y el Poder legítimo. *Esta ciencia se adquiere insensiblemente por la práctica y por el estudio. El progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica y la rectitud del espíritu es la que ensancha el progreso de las luces*". ⁽³⁹⁾

Este, por necesidad, breve recorrido por el pensamiento de Bolívar permite -a mi modo de ver- constatar lo siguiente: En primer lugar, el Libertador tenía una concepción de la política ajena por completo a los postulados salvacionistas del mito de la redención. Su perspectiva se basaba en un sobrio realismo, en una aguda apreciación de las limitaciones de la acción regeneradora de sus esfuerzos, la cual sin embargo no le llevaba a sucumbir al pesimismo o la resignación. Al contrario, y en segundo lugar, Bolívar estimaba en alto grado los valores de libertad bajo la ley vigentes en sociedades como la británica y norteamericana; y si bien entendía las dificultades existentes en la Hispanoamérica de su tiempo para implantar en la práctica ese modo de vida, *sus proyectos institucionales se dirigían hacia ese propósito*, con las variaciones de acento y método que le sugirieron, en diversos momentos de su carrera, las condiciones imperantes. Para decirlo de otra forma, Bolívar no tenía el más mínimo complejo respecto al legado del pensamiento liberal de su tiempo, ni consideraba que tales valores eran extraños al hombre americano, o que nuestras tendencias comunales tenían que llevarnos a crear una nueva libertad. Finalmente, el Libertador jamás cedió a la tentación irracionalista característica del mito de la redención. Su pensamiento político es un ejemplo poderoso de lucidez crítica, de lucha contra la mentira y los mitos reconfortantes, y de esfuerzo creador por superarlos poderosos obstáculos que se interponían entre las realidades de su tiempo y sus ideales.

Desafortunadamente, la historia de América Latina desde la Independencia hasta nuestros días -con pocas excepciones- ha estado ligada a la mentira, y el mito de la redención sigue impregnando la ideología de muchos de nuestros dirigentes -en los campos político e intelectual. Podrían citarse múltiples ejemplos, pero me limitaré -para tomar un sólo caso particularmente resaltante- a referirme al discurso pronunciado por el escritor colombiano Gabriel García Márquez al recibir el Premio Nobel de Literatura en 1982.

(38) Vol. 2, p. 309

(39) Ibid., p. 1149

García Márquez es un excelente escritor, y no dudo de la sinceridad de sus convicciones políticas, ni de sus intenciones positivas de Latinoamericano. La estatura literaria, no obstante, no es garantía de lucidez política, y estoy persuadido de que la posición ideológica de García Márquez, que hunde sus raíces en una percepción poético-romántica de América Latina, debe ser cuestionada a fondo por dos razones principales: En primer lugar porque nuestra realidad política debe ser asumida en forma descarnada, como un producto esencialmente nuestro, sin ilusiones falsas y distorsiones acomodaticias que usualmente atribuyen a otros la culpa de nuestros males, y esperan -al menos parcialmente- de otros la solución de nuestros problemas. En segundo lugar creo que hay que criticar la posición política de García Márquez porque la alternativa que propone para América Latina no es capaz de lograrlos objetivos de liberación interna y exterior, desarrollo económico y respeto a los derechos humanos a que aspira.

García Márquez comete el error de asumir la política con el lenguaje y el estilo de la ficción literaria. Pero la política y la fábula son asuntos distintos. La confusión del mito con la realidad de las cosas en el terreno político es un mal congénito entre los revolucionarios latinoamericanos. ¿Cómo olvidar las fútiles frases del Che Guevara antes de emprender su trágica aventura boliviana?: "Otra vez siento bajo mis rodillas el costillar de Rocinante... Vuelvo al camino con la adarga al brazo". Por duro que sea admitirlo, es indiscutible que el cementerio de los soñadores está congestionado de cadáveres provenientes de nuestro continente.

En su discurso al recibir el Nobel, García Márquez se ubicó nítidamente dentro de esa tradición interpretativa sobre la América Latina. En síntesis, el escritor colombiano sostuvo tres puntos: 1) Los Latinoamericanos tenemos una esencia especial, diferente, propia, que carece de parangones y no tiene similitud con la de otros, y esa esencia particular exige parámetros de análisis y esquemas conceptuales distintos a los que se usan para entender la evolución histórica y la realidad sociológica y política de otros pueblos. 2) Nuestros sufrimientos y desventuras son también especiales en su naturaleza y dimensiones, y son en buena parte el producto de la manipulación que otros ejercen aprovechándose de nuestra ingenuidad y debilidades. 3) La racionalidad ni nos pertenece ni nos conviene: tenemos que medimos con otros patrones y según otros criterios.

Todo esto quedó plasmado en la exposición de García Márquez: América Latina, dijo, es "una patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda"; nuestro continente es "una realidad descomunal", por esto los "Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida". La violencia y el dolor de nuestra historia son "desmesurados", por ello "no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo (Europa)... se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medimos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos"...

Hay que leer en su totalidad este discurso para captar su tono, de un romanticismo que sólo cabe calificar de patético, y que conduce a García Márquez a hablar de sí mismo como “un colombiano en-ante y nostálgico”. No obstante, el mensaje central es claro: se trata de exaltar una vez más esa “esencia mágica latinoamericana, de proclamar las limitaciones de la racionalidad en nuestro caso, de apuntar el dedo acusador y decirles a los europeos: si no nos entienden a *nuestra* manera no entienden nada.

¿Pero es que son tan peculiares las dificultades que padecemos? ¿En qué se diferencian de las de otros pueblos del mundo? ¿No han tenido también que luchar tenazmente por la libertad los países democráticos de Europa? ¿No lo está haciendo ahora Polonia? ¿Tiene acaso Latinoamérica el monopolio de la desmesura histórica en la acción práctica o del realismo mágico en la expresión literaria? ¿Qué es más (infelizmente) desmesurado que la segunda guerra mundial o más alucinante que Hitler? En pocas palabras, ¿por qué no se nos puede entender racionalmente?

Aclaremos muy bien las cosas: no estoy argumentando que los latinoamericanos somos superiores o inferiores a nadie, mejores o peores que nadie. En ningún caso se me ocurra desmerecer el valor de las contribuciones que hemos hecho en muy diversos campos del arte, el saber y la acción humanos. Lo que sostengo es esto: ni nuestros sufrimientos ni nuestras realizaciones tienen una naturaleza distinta a las de otros pueblos; la responsabilidad por el curso de nuestra historia es fundamentalmente *nuestra*, y no tenemos ni el derecho ni la necesidad de pedirles a otros que dejen de lado su racionalidad para entendernos.

García Márquez pide al resto del mundo (y en particular a Europa) que “revise a fondo su manera de vernos” y se queja de la falta de apoyo a los movimientos revolucionarios latinoamericanos: “La solidaridad con nuestros sueños -argumenta- no nos hará sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida más propia en el reparto del mundo”. Me pregunto: ¿hasta qué punto tiene fundamentos sólidos tal protesta? ¿Pierde de vista García Márquez los esfuerzos de la socialdemocracia y la democracia cristiana europeas en favor de luchas democráticas en Centroamérica? ¿Qué sentido tiene, por lo demás, pedirles a otros que nos entiendan a nuestra manera? Cada quien que nos entienda (si le interesa hacerlo) como mejor pueda. ¿Hasta cuándo seguiremos haciendo uso de ese romanticismo cursi, de ese ánimo de poetas malditos, de esa cultura de la nostalgia, la tristeza, el misterio y la magia? ¿Para qué más masoquismo?

La dura realidad es que somos los propios latinoamericanos principales responsables de la situación de atraso, opresión y desesperanza que impera en buena parte del continente. El terreno de la lucha no es el que algunos quisieran tal vez *escoger*, sino el que impone la vida concreta del sistema internacional: no es el mito sino la realidad, no es el romanticismo político sino el trabajo sistemático, no es la retórica sino la precisión, no es, en fin, la denuncia perenne sino la acción cotidiana y constante para buscar la reconciliación (en aquellos países democráticos como Venezuela) de la libertad y el orden, de la economía de mercado y la eficiencia del Estado y (en países

sometidos a dictaduras) para lograr salidas democráticas que no se empantanen en las falsas ilusiones del socialismo revolucionario o el autoritarismo *militar*.

Latinoamérica es un continente lleno de tragedias, y así son casi todos. Hay que luchar por la dignidad, la independencia, el orden, la justicia, la libertad. Todo esto es verdadero. Pero no siempre los combates se llevan a cabo como queremos. No se trata de rechazar la poesía sino de entender que con una política mágica, hecha de emociones, mitos y sueños, se corteja la derrota y se siembran las semillas de la frustración. En todas partes donde se ha aplicado, el socialismo ha resultado en opresión y se ha demostrado incompatible con la libertad y la democracia. Este resultado es intrínseco e inevitable en un sistema que suprime, en lugar de regular, la libertad económica y que se basa en la agudización de las luchas sociales. No hay ninguna razón para pensar que el experimento socialista pueda producir otros resultados en América Latina. Los catastróficos resultados de las dictaduras militares, por otra parte, son obvios para cualquier persona con un mínimo de sentido crítico y respeto por la dignidad humana.

La racionalidad no es patrimonio exclusivo de ningún pueblo, y tampoco la irracionalidad. Los latinoamericanos debemos dejar de lado esa visión de las cosas que nos atribuye el monopolio de las emociones, de la capacidad de tener ideales, en fin, de la estética de la vida, y que nos concibe como anti-racionales. Somos lo que hemos logrado ser, y está en nosotros, y en nadie más, transformarlo. En tal sentido debo admitir que así como existen numerosos casos similares al de García Márquez, también hay otros -como el del notable escritor peruano Mario Vargas Llosa- que demuestran la voluntad de destacados intelectuales de nuestro continente de no ceder a las tentaciones del mito de la redención, de rechazar los mesianismos de derecha a izquierda, mantenerse firmes en la defensa de la libertad, y de enfatizar que -en palabras de Vargas Llosa "Las soluciones verdaderas a los grandes problemas... no serán nunca... productos de una recomposición apocalíptica de la sociedad, sino básicamente pragmáticas, parciales, progresivas, un proceso continuo de perfeccionamiento y reforma, como el que ha hecho lo que son, hoy, los países más vivibles (o, los menos invivibles) del mundo: esas democracias del Norte, por ejemplo, cuyo progreso anodino es incapaz de entusiasmar a los... amantes de terremotos".⁽⁴⁰⁾

Siguiendo la pista a estas ideas, así como es indispensable combatir a los que argumentan que no somos capaces de ser libres debido a nuestra inmadurez, es también necesario salir al encuentro de aquéllos que -con mayor sofisticación pero aún menor sentido histórico- nos suman al así llamado Tercer Mundo, que incluye países extraordinariamente disímiles en innumerables

(40) Mario Vargas Llosa, *Contra Viento y Marea*, Editorial Seix Barral, S.A., Madrid, 1983, pp. 278-279

aspectos, y luego sostienen que “la democracia liberal, tal y como es practicada en los países occidentales, no es una forma de gobierno apropiada para las naciones del Tercer Mundo”.⁽⁴¹⁾

Es quizás en el terreno del debate tercermundista donde con mayor nitidez se revela la tendencia intrínseca del mito de la redención a desembocar en proposiciones autoritarias de uno u otro tipo, a argumentar que la democracia liberal es una diosa que nos resulta extraña, pues en verdad “no tenemos idea de cuáles son los ritos adecuados para su adoración”.⁽⁴²⁾ La única -y aplastante- respuesta que se puede dar a esto es que el único remedio que se ha inventado para curar la presunta incompetencia de los pueblos, cualesquiera que sean, para vivir en -libertad política es la *libertad política*. De aquí que sea a la vez superficial y poco responsable de Willy Brandt afirmar que “Nuestra (*sic*) clase de democracia no puede exportarse. La experiencia indica que la misma está asociada aun cierto nivel previo de desarrollo económico y educativo”.⁽⁴³⁾ La implicación, desde luego, es que para alcanzar ese nivel de desarrollo *se requiere* suprimir la libertad y la democracia, a nombre, por supuesto, de la redención final.

¿A qué se debe ese ánimo colectivista, disfrazado de espíritu comunitario, que permea la ideología tercermundista y otros mitos políticos bastante extendidos en América Latina? ¿Por qué esa constante propensión autoritaria? Pienso que sus raíces pueden explicarse empleando la distinción Popperiana entre sociedades abiertas y cerradas. Las segundas son las sociedades colectivistas que encierran en esencia el lado mágico y tribal del pasado humano; las primeras son aquellas sociedades en las cuales los individuos se encuentran constantemente enfrentados con decisiones personales de todo tipo en los campos privado y público es decir, son sociedades en las que la *capacidad crítica* de los ciudadanos ha sido liberada.⁽⁴⁴⁾ Las sociedades pre-críticas, con sus jerarquías, autoridades perennes, rituales y tabúes garantizaban una seguridad basada en la pasividad y la obediencia. Con la emergencia del hombre al plano de la razón crítica nuevas y exigentes demandas comenzaron a plantearse al individuo, que se sintetizan en la necesidad de asumir responsabilidades por sí mismo y por otros. En contraste con las certidumbres tradicionales, la sociedad libre genera inevitablemente tensiones, inseguridades y angustias pues constantemente debemos interrogarnos, escoger, auto disciplinarnos, adaptarnos, competir y aprender tanto a ganar como a perder. En la sociedad abierta adquirimos la libertad a costa del abandono de un sentimiento reconfortante de (obtusa) seguridad, y conquistamos la capacidad crítica a costa de nuestra (opresiva) tranquilidad.

(41) B. K. Nehm and W.H. Morris-Jones, *Western Democracy and the Third World*, Third World Foundation Monograph 8, London, 1980 P. 19

(42) *Ibid.*, p. 13

(43) Citado en *Ibid.*, p. 37

(44) Popper, *The Open Society....* Vol. 1, p. 173,

Este paso de la sociedad cerrada a la abierta es “una de las más profundas revoluciones por las que haya atravesado la humanidad”,⁽⁴⁵⁾ una revolución a la que *no* nos resulta fácil habituarnos.

Pero como bien dice Popper, “Para aquéllos que han comido del árbol del conocimiento, el paraíso está perdido. Mientras más tratemos de retomar a la edad heroica del tribalismo, con mayor prontitud llegaremos a la Inquisición, la Policía Secreta y el gangsterismo político con disfraz romántico. Al comenzarse con la supresión de la verdad y la razón, se termina con la más brutal y violenta destrucción de todo lo que es humano... Pero si queremos permanecer humanos sólo hay un camino, el de la sociedad abierta. Debemos avanzar hacia lo desconocido, lo incierto e inseguro, utilizando la racionalidad que poseamos para conquistar, de la mejor manera que podamos, a la vez seguridad y libertad”.⁽⁴⁶⁾

Popper se refiere, claro está, a la razón entendida como arma crítica y antidogmática, como instrumento que a la vez que nos hace humanos debe señalarnos nuestras limitaciones, y enseñarnos que no somos dioses. Como señala Carlos Rangel, “Las expresiones de comprensión de las ventajas, para el hombre, de la sociedad abierta jalonan la historia desde Pericles. Pero igualmente... las expresiones de nostalgia reaccionaria por la sociedad tribal. Estas -últimas son mucho más estimadas. El utopismo es generalmente considerado moralmente virtuoso y estéticamente agradable, a pesar de los monstruos políticos que ha generado en la práctica, entre los cuales se cuentan todos los experimentos totalitarios. En cambio el libertarianismo sufre de cierta desconsideración, por intuirse fundado en la comprensión de que los hombres son imperfectos y dispuesto a acomodarse a esa realidad, en lugar de proponer construir ‘un hombre nuevo’, un ‘superhombre’”.⁽⁴⁷⁾ Esta nostalgia reaccionaria, que empuja a las sociedades hacia el colectivismo y erosiona el sentido de responsabilidad personal en los individuos no es patrimonio exclusivo de los países subdesarrollados, sino que se materializa también en ocasiones en las sociedades presuntamente más adelantadas cultural y políticamente, como lo muestran numerosos ejemplos en la historia europea de este siglo. De manera que la lucha por la libertad nos compete a *todos* los hombres, pertenezcamos a sociedades avanzadas o en vías de desarrollo. Es una lucha constante y exigente, de la que no están exentos ni siquiera los ciudadanos de los países democráticos más desarrollados económicamente y con más sólidas tradiciones libertarias, pues el peligro de un retroceso gradual o relativamente abrupto hacia el estatismo colectivista tardará mucho en desaparecer de la faz de la tierra, y tal vez nunca lo haga del todo.

En el caso de América Latina en general, y de Venezuela en particular, el desafío de la libertad tiene -sería inútil negarlo- una naturaleza muy compleja y difícil, pero de ninguna manera insuperable.

(45) Ibid., p. 175

(46) Ibid., pp. 200-201

(47) Rangel, El Tercermundismo, p. 250

Como he enfatizado en estas páginas, no podremos adelantar ni un solo paso en la dirección adecuada si antes no rompemos el ciclo de mentiras y mitos ideológicos que han servido por mucho tiempo para ocultar la realidad a nuestros pueblos y allanar el camino a la irresponsabilidad de nuestros sectores dirigentes, tanto en lo político como en lo intelectual. Entre otras cosas, América Latina requiere de un nuevo -diáfano, claro y sin ambigüedades- *lenguaje político*-, que emplee con precisión palabras, que no sucumba a los atractivos de la sonoridad de las frases y que lo sacrifique todo inclusive, si ello fuese necesario, el deleite estético, a la pureza de los conceptos y la fuerza de los argumentos. Es este problema del lenguaje el que me llevó al comienzo de este capítulo a referirme al ensayo, ya varias veces citado, de Octavio Paz como un libro ambiguo. Allí, el escritor mexicano nos dice que “Toda sociedad moribunda o en trance de esterilidad tiende a salvarse creando un mito de redención... La sociedad que vivimos ahora también ha engendrado sumito. La esterilidad del mundo burgués desemboca en el suicidio o en una nueva forma de participación creadora... El hombre moderno tiene la pretensión de pensar despierto. Pero este despierto pensamiento nos ha llevado por los corredores de una sinuosa pesadilla, *en donde los espejos de la razón multiplican las cámaras de tortura*. Al salir, acaso, descubriremos que habíamos soñado con los ojos abiertos y que los sueños de la razón son atroces. Quizá, entonces, empezaremos a soñar otra vez con los ojos cerrados”.⁽⁴⁸⁾ Todo esto suena muy bien, ¿pero qué significa? Como bien decía Orwell en un ensayo de 1946 sobre política y lenguaje, el estilo inflado y pomposo es indicio inequívoco de confusión ideológica.⁽⁴⁹⁾ No quisiera ser demasiado severo con Paz, un escritor y poeta de gran talla quien además ha asumido actitudes políticas claramente anti-totalitarias; no obstante, en este libro -que ejemplifica todo un estilo de discurso político-intelectual muy latinoamericano- me parece obvio que hay una vaguedad, y un uso incompetente de palabras tan cruciales como, por ejemplo, razón, que son peligrosos *porque no son claros*, y porque esconden tras la retórica una especie de temor a enfrentar con diafanidad la realidad. Ciertamente, Paz es un poeta, y se presume entonces que hay que descifrar sus signos. Este puede ser un interesante y fructífero ejercicio literario, pero *en política*, así como el pensamiento puede corromper el lenguaje, *también el lenguaje puede corromper el pensamiento*.

Esforzándome por expresar lo que deseo decir claramente, respondo, en fin, y parcialmente, a la pregunta que encabeza este capítulo con un rotundo sí: los latinoamericanos sí podemos ser libres y prósperos, como argumentaré en la sección siguiente. Hace apenas tres décadas *muy pocos* se hubiesen atrevido a apostar que Venezuela iba a vivir por los venideros veinticinco años bajo un sistema democrático que, pese a sus defectos, muchos de ellos graves, deja amplio espacio a la libertad. En Argentina, Chile, Perú, Brasil, Bolivia, Ecuador, Uruguay, Nicaragua, México, El Salvador, Colombia, Guatemala, en todos los

(48) Paz, p. 165 (Enfasis A.R.)

(49) George Orwell, “Politics and the English Language”, en *Inside the Whale and Other Essays*. Penguin, Harmondsworth, 1982, pp. 143-157

países latinoamericanos han habido y hay hombres que luchan denodadamente por la libertad y contra los mitos, y que no admiten que estamos condenados al atraso, la opresión, o las salidas autoritarias de uno u otro signo. Es un combate largo y difícil, pero los *hechos* demuestran que puede ser exitoso; El *deseo de ser libres* es la condición necesaria -aunque no suficiente- para hacerlo, y ese deseo existe entre nuestra gente, y donde no exista aún, es posible despertarlo.

El Problema Económico y el Fin de los Mitos

Así como sostuve en el capítulo anterior que sí somos capaces de ser libres, ahora me propongo argumentar que también podemos ser prósperos y alcanzar un desarrollo económico no-rentista, fundamentado en los frutos de nuestra ingeniosidad, espíritu de empresa, esfuerzo y productividad. Esta concepción de lo que es verdadero desarrollo se separa entonces nítidamente de un mero crecimiento económico, el cual bien puede estar basado, como ha ocurrido en Venezuela- en actividades extractivas que requieren un aporte relativamente pequeño de la población trabajadora total, pero que sin embargo generan una riqueza fácil y un consumo artificial que distorsionan el resto de la economía y ejercen un impacto profundamente negativo sobre el manejo político del país.

Mis argumentos se levantarán en torno a la convicción de que existen suficientes razones para pensar que en líneas generales, los seres humanos responden con trabajo e ingeniosidad a incentivos que les ofrezcan oportunidades potenciales de recompensa y reconocimiento, y la existencia de incentivos favorables a la, iniciativa personal depende del contexto institucional y de las ideas que sobre políticas económicas predominan en cada sociedad".⁽¹⁾ El hecho de que los venezolanos, hasta el presente, no hayamos logrado crear una industria y una agricultura de dimensiones respetables y alta competitividad, que nuestra economía siga sujeta casi por completo al petróleo, y que el sector propiamente productivo sea una especie de enano con la gigantesca cabeza que le superpone un amplísimo sector terciario de elevado consumo y baja productividad, no implica que necesariamente ésta continúe siendo la situación en el futuro. Como he delineado en páginas precedentes, nuestra actual realidad económica es en buena medida el resultado de las ideas y actitudes predominantes en nuestra población y sus dirigentes durante un período de nuestra historia en que el petróleo y el populismo se unieron, engendrando el así llamado "efecto Venezuela", algunas de cuyas peculiaridades ya han sido descritas en este libro.

(1) Dubuc, Hay Salida, p. 7

No obstante, esto puede cambiar, pues las posibilidades de los seres humanos no están determinadas de antemano, y hay numerosos ejemplos históricos que indican que pueblos enteros han sido capaces de transformar su posición económica una vez que ha cambiado el contexto de ideas, actitudes y políticas que definían el marco de su actividad⁽²⁾ dando así al traste con cualquier preconcepción que sugiera que los seres humanos estamos condenados a repetir nuestros errores y reproducir una y otra vez nuestro pasado.

Los determinantes cruciales del progreso material de los pueblos son sus actitudes económicas, sus valores y creencias, sus modos de comportamiento y sus instituciones y estructuras políticas, y en menor medida sus posibilidades de acceso a recursos naturales y mercados externos. Naciones casi por completo carentes de recursos naturales, como Japón, Singapur y Suiza han alcanzado gran progreso material; en cambio, otros países con acceso a enormes recursos -por ejemplo, en África, el Medio Oriente y América Latina- no han logrado avanzar en este terreno sino muy lentamente. Las actitudes, aptitudes e ideas que están en la base del progreso material -y quiero enfatizarlo para evitar malentendidos no son tal vez las que confieren mayor felicidad, armonía y dignidad a los que las poseen o adoptan. No se trata, al tocar este tema, de establecer categorías de superioridad e inferioridad entre los pueblos en ningún sentido. Parto de la base de la dignidad de *todos* los seres humanos, que asumo como un valor ético y político. Por ello, simplemente intento dejar claro que al hablar de *progreso material* y sus determinantes es indispensable tomar en cuenta la existencia, en numerosos países subdesarrollados, de ideas, actitudes y tradiciones culturales que obstaculizan, en lugar de estimular, ese progreso.

Entre otros ejemplos de creencias y modos de conducta desfavorables al avance material pueden mencionarse la falta de interés en el progreso económico combinado con resignación ante la pobreza; la carencia de iniciativa, autoconfianza y sentido de responsabilidad personal por los destinos económicos propio y familiar; la preferencia por el ocio combinado con la inercia, que con particular frecuencia se encuentran en climas cálidos; el alto prestigio concedido a la vida pasiva y contemplativa frente a la vida activa; el prestigio del misticismo y la renuncia al mundo frente a la adquisición de bienes y el logro material; la aceptación de la idea de un universo preordenado e incambiable; el énfasis en la ejecución de deberes y aceptación de obligaciones en lugar de la obtención de resultados y el reconocimiento de derechos personales; la carencia de curiosidad, sentido de experimentación e interés en el cambio; la creencia en la eficacia de fuerzas ocultas y sobrenaturales y su influencia sobre el destino personal; la insistencia en la unidad de un universo orgánico y en la necesidad de convivir con la naturaleza en lugar de conquistarla y utilizarla al

(2) Piénsese en los casos de Suecia, Alemania y Japón a partir del siglo XIX, y, más recientemente y en otro contexto, de Singapur, Corea del Sur, Taiwan y Hong Kong, entre otros.

servicio del hombre -actitud que se refleja, para citar un caso, en la renuencia a matar animales como la vaca-; la creencia en la reencarnación perpetua, lo cual reduce el significado de los esfuerzos en la vida presente; la admisión, como algo normal, de la mendicidad y la ausencia de una actitud reprobatoria ante la aceptación de caridad; la oposición al trabajo de la mujer fuera del hogar, y otras. ⁽³⁾ Estas creencias y formas de comportamiento pueden, desde luego, alterarse, y los seres humanos somos capaces de cambiar nuestras concepciones, hábitos y costumbres. No obstante, lo que hay que tener claro es que existen factores psicológicos y sociológicos que obstaculizan, en lugar de alentar, el progreso material de los pueblos, y que hablar de desarrollo sin tomar en cuenta este tipo de determinantes es no sólo ingenuo sino, lo que es más relevante, intelectualmente poco serio y políticamente absurdo o, en todo caso, manipulativo.

La anterior lista, desde luego, podría extenderse considerablemente, y al respecto cabe aclarar dos puntos: en primer lugar, tales actitudes y creencias que obstaculizan el progreso material no son patrimonio exclusivo de ningún pueblo, aunque en ciertos casos pueden ser más numerosas que en otros; en segundo lugar, semejantes actitudes y creencias, muchas de las cuales tienen hondas raíces de carácter religioso, son perfectamente respetables en su contexto. Su presencia o ausencia, a mi modo de ver, ni enaltece ni disminuye a los seres humanos. Lo que hay que enfatizar, aunque resulte repetitivo, es que existen ideas, creencias y actitudes que *obstruyen* en lugar de alentar el progreso material, minando las aptitudes, convicciones y modos de conducta que están en la base de ese tipo de avance humano. Por lo demás, muchas de las ideas y creencias mencionadas están hondamente arraigadas en las formas de comportamiento de pueblos a lo largo y ancho del planeta, y forman parte integral de la vida espiritual y emocional de -literalmente- centenares de millones de personas. Cualquier intento de transformarlas o removerlas en forma masiva, rápida y radical traería seguramente como consecuencia un colapso social a gran escala -como en efecto ocurrió en China durante los años del "gran salto adelante" y luego la revolución cultural maoísta. No obstante, teóricos del desarrollo del prestigio de Gunnar Myrdal, por ejemplo, han sugerido la implementación de planes dirigidos a cambiar de raíz al hombre y la sociedad en Asia, utilizando para ello, si se requiere, la coerción. Como acertadamente señala Bauer, experimentos de esta naturaleza ya han sido llevados a cabo bajo regímenes totalitarios como el soviético, aun costo incalculable y plenamente deshumanizador. ⁽⁴⁾

(3) Véase, P. T. Bauer, *Dissent on Development*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1971, pp. 78-79

(4) En torno a este debate, véase *Ibid.*, pp. 185-222, y el famoso libro de Myrdal. *Asian Drama*. Allen Lane, London, 1968, pp. 1909-1910

El desarrollo económico es sólo *un* aspecto de la evolución histórica de las sociedades; no es un valor supremo sino *uno*, entre otros, de los objetivos que un pueblo puede asignarse así mismo, de manera espontánea o bajo coacción, en una determinada etapa. Por esto, economistas liberales como Bauer, que aprecian la libertad, respetan la dignidad humana, y son honestos intelectualmente, prefieren hablar de progreso material en lugar de desarrollo económico, para no dar la impresión de que tal proceso de avance en este campo particular de la acción de los hombres depende de factores que sólo *los economistas* están en capacidad de analizar y evaluar. En realidad, como ya sugerí, ese progreso depende de un conjunto de factores de diversa índole: psicológicos, sociales y políticos, además de económicos, y es un objetivo al que no todas las sociedades conceden la misma importancia. En lo que sigue, usaré ambos términos en forma intercambiable sin perder de vista la observación de Bauer.

En Venezuela, considero que es en extremo importante crear las condiciones para el florecimiento de actitudes económicas conducentes al progreso material, sin que para lograrlo debamos sacrificar otros valores igualmente, o aún más, relevantes, como lo es por ejemplo la vigencia de nuestras libertades. Lo creo así porque, como explicaré luego, pienso que a pesar de la influencia nefasta de la mentalidad populista, nuestra sociedad es susceptible al influjo de ideas y políticas capaces de estimular actitudes positivas hacia la creación de riqueza material. Es obvio, por lo demás, que nuestro pueblo otorga gran importancia al mejoramiento de su condición económica, aunque el populismo distorsione sus percepciones 'al respecto. Por -último, somos parte de un marco cultural -Occidente- en el cual, y al contrario de otras zonas del mundo, el progreso material es un valor clave. En vista de que el desarrollo económico debe ser concebido como un valor 'político y cultural al que diversos grupos humanos atribuyen diferente categoría y significación, resulta muy difícil formular una sola teoría general acerca de cómo alcanzar el desarrollo, aplicable a todos los casos por igual, ya que, como afirmé antes, el progreso material depende en buena medida de factores que no pueden ser adecuadamente analizados con los instrumentos de la teoría económica. En el caso venezolano, el desarrollo debe armonizarse con el objetivo de preservar la libertad. Por esto considero que uno de los criterios más acertados para definir el desarrollo en el contexto de una sociedad libre es la *extensión del rango de escogencia* de las personas como productores y consumidores. En palabras de Sir Arthur Lewis, la ventaja del (progreso material) no es que la riqueza aumente la felicidad, sino que extiende el rango de la escogencia humana", y, como enfatizaré posteriormente, el orden económico con mayores posibilidades de lograr tal efecto es aquél en el cual los individuos y empresas son dejados en libertad para determinar en la mayor medida posible por *sí mismos* dónde van a trabajar, qué van a producir y consumir, cuánto van a ahorrar y en qué van a invertir sus ahorros, es decir, un orden económico de mercado con el menor control del Estado que sea compatible con la eficacia del orden económico total.⁽⁵⁾

(5) Véase, P.T. Bauer, *Reality and Rhetoric*, Weidenfeld and Nicolson, London, 1984, p. 22

Si bien es común referirse a los problemas económicos de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo, no hay que olvidar en ningún momento que de hecho los sujetos y objetos del desarrollo son *pueblos*, es decir, grupos humanos concretos, cuyas posibilidades y perspectivas en el campo del progreso material dependen esencialmente de sus creencias y modos de conducta. Para expresarlo de otra forma, en una economía compuesta por "gente cuyas necesidades materiales hay que satisfacer, es el desempeño económico de la gente el que a su vez determina la tasa de avance de la economía".⁽⁶⁾ El progreso material de un pueblo requiere la adopción de una mentalidad ajustada a ese objetivo, y la revisión de creencias, actitudes y modos de conducta adversos al mismo. Es un hecho absolutamente incontrovertible que en amplias zonas del así denominado mundo subdesarrollado predominan entre los individuos actitudes, costumbres e instituciones distintas y con frecuencia antagónicas a las que han determinado el progreso material en otras partes, incluyendo el de varios países y grupos humanos en el Tercer Mundo, lo cual indica que el progreso material no es exclusivo al Hemisferio Norte del globo.⁽⁷⁾ La realidad de que es la gente, sus cualidades personales, sus formas de organizarse social y políticamente, motivaciones y actitudes las que determinan primariamente su progreso económico -con los recursos naturales y el acceso a oportunidades externas jugando un papel secundario-, esa realidad, repito, invalida la tesis de que existe un "círculo vicioso de la pobreza" de que "la gente es pobre porque es pobre", y de que las naciones atrasadas no pueden superarse porque su producción es tan baja que les resulta imposible reservar una parte para capitalización e inversión, que les permita aumentar su nivel de vida!⁽⁸⁾ Si semejante aseveración fuese cierta, ¿cómo explicar entonces el hecho de que numerosos individuos, grupos y comunidades alrededor del mundo han salido de la pobreza a través de la creación de riqueza por el trabajo y la ingeniosidad, aún en países pobres? Otros pueblos, en cambio, a pesar de encontrarse rodeados de recursos naturales -tierra cultivable, minerales, agua, etc.-, no han logrado ese progreso, pues la explotación de estos recursos y de las oportunidades económicas *depende* de actitudes que no son universales. La tesis del círculo vicioso de la pobreza es también obviamente refutada por la existencia concreta de países desarrollados, *todos* los cuales empezaron pobres, con bajos ingresos *per capita* y muy reducidos niveles de capital acumulado -es decir, con los rasgos que hoy en día caracterizan a numerosos países subdesarrollados. Sin embargo, esos países "han avanzado, usualmente sin

(6) Bauer, Dissent..., pp. 74-75

(7) Sobre el caso del África, véase P.T. Bauer, "Broadcasting the Liberal Death Wish", en *Equality, The Third World, and Economic Delusion*, Methuen, London, 1981, pp. 191-211

(8) Paul Samuelson, *Economics*, (2nd edition), New York, 1951, p. 49

recibir cantidades apreciables de capital foráneo e invariablemente sin recibir dádivas de otros, lo cual habría sido imposible de acuerdo a la tesis del círculo vicioso de la pobreza. Ya que el mundo es un sistema cerrado tal tesis es inconsistente con el fenómeno del desarrollo, y por lo tanto entra en conflicto con la más elemental evidencia empírica".⁽⁹⁾ Es la ausencia de los factores favorables al progreso material, psicológicos, políticos y sociales, sobre todo, y no la pobreza, lo que causa el estancamiento económico prolongado de grupos y naciones enteras.

La psicología social contemporánea ha realizado importantes aportes al estudio de las fuerzas y actitudes que impulsan el progreso material de individuos y grupos y aquéllas que lo obstaculizan, y ha indicado, para sólo dar un ejemplo, que los países desarrollados se caracterizan por la prevalencia de normas de éxito, universalidad y especificidad, en cambio en los países subdesarrollados prevalecen normas adscriptivas, particularistas y difusas. Es decir, en el primer caso las personas son evaluadas en términos de lo que *pueden hacer* (status adquirido) y no en términos de *quienes son* (status adscrito); todo el mundo, idealmente, puede competir por cualquier trabajo (universalismo), en lugar de estar circunscrito, como ocurre en los sistemas de castas, a ciertas posiciones definidas (particularismo); por último, las relaciones entre la gente en los países avanzados tienden a ser más *específicas*, limitadas al universo concreto del trabajo, al contrario de otras sociedades donde predominan relaciones *difusas*, es decir, donde las relaciones económicas se conectan a toda clase de otras relaciones de tipo familiar, de amistad, políticas, y hasta religiosas.⁽¹⁰⁾ El tratamiento detenido de esta temática escapa con mucho a los límites de este ensayo; no obstante, quisiera insistir una vez más que la significación de estas contribuciones teóricas consiste en señalar que el progreso material de los pueblos no es exclusivamente, ni siquiera primordialmente, una cuestión económica, y que la posibilidad del desarrollo depende de un conjunto complejo de variables de diversa naturaleza. De tal manera que al hablar de desarrollo hay que tener muy presente la relevancia de factores psicológicos, sociales, jurídicos y políticos, referentes a las creencias, ideas, actitudes, tradiciones, modos de conducta y formas de organización de las comunidades y pueblos, que son los que en última instancia determinan y sustentan el progreso material.

No cabe duda que en Venezuela la mentalidad populista, ampliamente difundida entre la población y sus dirigentes, ha originado una serie de actitudes, ideas y modos de conducta que obstaculizan el progreso material no-rentista, y tienden más bien a reforzar las concepciones típicas del neorriquismo petrolero. Se destacan, entre otras, el deseo de riqueza rápida y fácil, el consumismo, la escasa propensión al ahorro, el apego al paternalismo, del Estado, la visión económica a corto plazo, la tendencia a la

(9) Bauer, Dissent..., p. 34

(10) Véase el brillante estudio de David C. McClelland, *The Achieving Society*, D. Van Nostrand Co., Princeton, 1961, pp. 16-17, y capítulos 2,6,9. Sus ideas amplían las observaciones de Max Weber en su obra, previamente citada, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*.

especulación, y la generalizada desconfianza en las instituciones jurídicas y políticas vigentes, lo cual contribuye a la renuencia a invertir en industria y agricultura, a la fuga de divisas, y a la búsqueda de oportunidades especulativas en todo tipo de negocios comerciales de, por ejemplo, importación, venta de artículos de lujo y construcción de viviendas urbanas, que den resultados rápidos y eficaces. No obstante, a pesar de todo esto, Venezuela es una sociedad abierta y democrática cuya cultura política tiene importantes rasgos modernos, que la diferencian notablemente de la mentalidad imparente en otras naciones del mundo subdesarrollado, caracterizadas por el predominio de tabúes de todo tipo, creencias mágicas, y en ocasiones una hostilidad explícita al progreso material. Si bien Venezuela era hasta hace no mucho tiempo un país básicamente rural, cuya pequeña población actuaba según normas que bien podrían calificarse de semi-feudales, la nación ha experimentado una transformación radical a raíz del impacto del petróleo, la urbanización, y la aparición de roles, modos de conducta y maneras de percibir la realidad que se colocan en lo fundamental dentro del ámbito propio de la civilización industrial contemporánea. La diferencia, desde luego, viene dada por la difusión de las actitudes populistas ya mencionadas, las cuales, sin embargo, no son rígidas ni eternas, y en nuestro caso pueden ser combatidas con mucho mayores posibilidades de éxito de lo que requeriría, por ejemplo, lograr que amplios sectores de la población en la India dejaran de lado su rechazo a beneficiar ganado vacuno.

En nuestro medio, dadas las condiciones imperantes de predominio estatal en la vida económica, la difusión de actitudes que recompensen la iniciativa y esfuerzo individual y estimulen el sentido de responsabilidad ciudadana es una tarea que no puede limitarse al terreno de la lucha ideológica, sino que tiene necesariamente que contar con el impulso proveniente de *las políticas económicas del Estado*. Un cambio de dirección de esas políticas, opuesto al intervencionismo y orientado a la incentivación del mercado y al estímulo de quienes se dedican a la producción no-rentista de bienes y servicios -entre otros aspectos- es indispensable como instrumento de genuino desarrollo nacional. En una sociedad libre y democrática la difusión de actitudes favorables al progreso material, y el estímulo al sentido de responsabilidad ciudadana, no puede ser resultado de la imposición y la fuerza sino de la creación de un marco político y jurídico que posibilite el surgimiento espontáneo de tales actitudes y modos de conducta, como expresión de un contexto de amplias libertades. De aquí que, como plantearé luego, el problema de la relación entre el Estado y el mercado económico tiene importancia prioritaria en todo intento de analizar las condiciones que podrían posibilitar la erosión de las manifestaciones económicas del populismo en Venezuela. Este tema será motivo de discusión más adelante, pero antes es necesario despejar el panorama teórico mediante la consideración, más detallada, de la versión económica del mito de Odiseo, mejor conocida como la teoría de la dependencia. En síntesis, la tesis básica de la teoría de la dependencia sostiene que la variable clave que permite comprender la evolución económica de los países latinoamericanos -y, en general, del Tercer Mundo- es la estructura del sistema económico internacional, y sólo en segundo lugar las condiciones

internas de nuestras naciones. ⁽¹¹⁾ De acuerdo a esta tesis, la economía mundial es en última instancia un sistema coercitivo de explotación, y los males políticos y socioeconómicos de América Latina tienen sus raíces en el papel de víctima oprimida que les toca jugar a nuestros países como la periferia de ese orden opresivo. “la dependencia” -escribe Dos Santos- “es una situación en la cual la economía de un cierto grupo de países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía, a la cual las primeras están sujetas... (se trata de) una condición histórica que da forma a una cierta estructura de la economía mundial, que favorece a ciertos países en detrimento de otros, y limita las posibilidades de desarrollo de las economías subordinada?”. ⁽¹²⁾ En otras palabras, la médula espinal de la tesis de la dependencia consiste en atribuir a *factores externos* el origen fundamental de nuestras dificultades económicas, y en otorgar relevancia secundaria a los factores internos. ⁽¹³⁾

La teoría de la dependencia está fuertemente influida por el marxismo, aunque muchos de sus adherentes -en particular, numerosos paladines del Nuevo Orden Económico Internacional- nieguen con toda franqueza ser marxistas. De hecho, no obstante, varios componentes de la teoría son extensiones de las doctrinas marxistas originales. Por ejemplo, la idea de que el mundo subdesarrollado no sólo es desesperadamente pobre sino que está estancado económicamente y en proceso de regresión es la versión global de la doctrina marxista de la miseria creciente del proletariado bajo el capitalismo. Así también, la idea de que la explotación del mundo subdesarrollado por los países industrializados es causa principal de la pobreza y atraso de aquéllos es una nueva versión de la doctrina marxista de la explotación del proletariado en la economía capitalista. En tercer lugar, la idea de que puede existir una independencia económica y de que sin tal conquista la independencia política pierde mucho de su sentido y validez es una versión de la doctrina marxista sobre el carácter puramente formal y vacío de las libertades burguesas bajo el capitalismo. Por último, la idea de que la *planificación centralizada y la industrialización* son indispensables para el progreso material de las naciones del Tercer Mundo es la extensión a un plano global de las experiencias contemporáneas de construcción del socialismo, en particular de la experiencia soviética. ⁽¹⁴⁾ De la misma manera que en los términos de la teoría marxista, el proletariado es explotado por definición, para los teóricos de la dependencia el Tercer Mundo es pobre porque es explotado.

(11) La literatura sobre la “dependencia” es extensa. Pueden mencionarse, entre otros, los trabajos de Fernando H. Cardozo y Enzo Faletto, *Dependencia y Desarrollo en América Latina* (W edición), Siglo xxi México, 1978, y de André Gunder Frank, *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*, Siglo xxi, México, 1978

(12) Theotonio Dos Santos, *Dependencia Económica y Cambio Revolucionario en América Latina*, Editorial Nueva Izquierda, Caracas, 1970, pp.38,40

(13) Para una crítica detallada, de carácter técnico, de esta tesis, véase el trabajo de Tony Smith, “The Underdevelopment of Development Literature: The Case of Dependency Theory”, *World Politics*, Vol. 31, N° 2, 1979, pp. 247-288. Otro texto de interés es: David Ray, - “The Dependency Model of Latin American Underdevelopment: Three Basic Fallacies”, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 15, N° 1, 1983, pp. 4-20

(14) Véase Bauer, *Dissent...*, p. 165

A mi modo de ver, la teoría (o tesis) de la dependencia es científicamente errada, y profundamente dañina desde un punto de vista político para nuestros pueblos. Lo creo así por las siguientes razones: En primer lugar, la tesis sobrestima y exagera la influencia de factores externos sobre nuestra evolución económica y política. Segundo, la tesis subestima y minimiza la importancia de factores internos. Tercero, la tesis deja de tomar en cuenta, en su análisis de los determinantes del progreso material, aquellos factores que juegan un rol prioritario y que tienen que ver con las actitudes psicológicas, valores políticos, instituciones y formas de organización social de los pueblos. Cuarto, la teoría establece una dicotomía rígida y totalmente irreal entre dependencia e independencia económica, en tanto que, de hecho, no existe ninguna nación que sea económicamente independiente. Finalmente, la teoría no sólo contribuye a minimizar en forma legítima nuestras propias responsabilidades en la determinación de nuestro destino, sino que, paralelamente, otorga credibilidad a las excusas de nuestros dirigentes, que se eximen de culpa ante sus repetidos fracasos usando el sencillo expediente de atribuir la causa de los mismos a agentes exteriores. Además, y paradójicamente, la tesis de la dependencia nos coloca en una situación de total dependencia político-psicológica respecto a los vaivenes del sistema internacional, pues su lógica interna lleva inevitablemente a concluir que sólo si el mundo cambia podremos entonces cambiar nosotros. Por otra parte, si - como plantea la tesis nuestros males pasados, presentes, y posiblemente futuros son resultado de las acciones de los países avanzados, hay que llegar a la conclusión de que si esas naciones no transforman sus políticas hacia nosotros estaremos entonces condenados a un eterno subdesarrollo, pero si nos ayudan no podremos evitar seguir dependiendo de sus dádivas, buenas intenciones, o realismo, pero en todo caso, la relación de subordinación continuará bajo el disfraz que sea. Este es el más nefasto resultado político de la tesis de la dependencia (aparte de sus efectos negativos sobre el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina): su utilización como instrumento para excusar los enormes errores, gigantesca corrupción, y masiva incompetencia que han caracterizado, y caracterizan aún, el manejo económico realizado por las élites dirigentes en numerosos países del Tercer Mundo, bien se proclamen éstas élites socialistas o adherentes a principios neoliberales. Un ejemplo típico de tal actitud lo hemos visto en Venezuela a consecuencia del endeudamiento nacional de años recientes. Nuestros líderes han clamado contra el Fondo Monetario Internacional y los banqueros de New York, Londres y Zurich, pero pocos han dicho que nuestros problemas en este terreno se derivan primordialmente del uso incompetente que hicimos del capital que se nos concedió y de las ineptas políticas fiscales y monetarias que han venido implementando por años nuestros gobernantes.

Conviene comentar brevemente cada una de las observaciones críticas a la teoría, ya previamente esbozadas. La cuestión de las relaciones pasadas y presentes entre los países avanzados de Occidente y el Tercer Mundo está plagada de mitos, falsificaciones ideológicas y chantajes emocionales. Tal como

ocurre en relación al tema de la justicia social, el intento de despejar el horizonte teórico en el campo de las relaciones Norte- Sur equivale a atravesar un terreno minado, donde la menos severa explosión que espera al atrevido que allí incursiona sin perjuicios es la de ser acusado de defender los intereses de las naciones industrializadas en detrimento de lo nuestro. Tales insultos, que no pasan de ser un simple chantaje, no tienen sin embargo cabida en un análisis que, como éste, pretende ajustarse a las normas de la argumentación racional y crítica.

Lo que hay que enfatizar es esto: el colonialismo ha sido un fenómeno complejo que se extendió por varios siglos y que afectó de manera diversa distintas sociedades y grupos humanos. Cualquiera sea la opinión que se tenga sobre sus efectos en general -y muchos fueron negativos-, lo cierto es que buen número de los países más pobres del Tercer Mundo *jamás* fueron colonias. Pueden mencionarse, entre otros ejemplos, los casos de Afganistán, Tíbet, Nepal, y Liberia. Etiopía lo fue (bajo Italia), por sólo seis años de su larga historia. Por otra parte, numerosas regiones asiáticas y africanas progresaron rápidamente bajo dominio colonial, aún más que países independientes en la misma zona -por ejemplo, el sudeste asiático-. Téngase en cuenta que hablo aquí de *progreso material*, y no de *independencia política*. Este último es un *valor* que muchos pueblos colocan por encima de todo lo demás, y por lo tanto no se trata de que acá se esté haciendo una apología del colonialismo, simplemente estoy señalando hechos que deberían, en teoría, contribuir a poner las cosas en perspectiva, a pesar de los obstáculos político-sociológicos que rodean la discusión de este tema. Es un hecho, repito, que algunos de los más pobres y atrasados países del Tercer Mundo *jamás* fueron colonias y sólo hace poco empezaron a tener contactos económicos de importancia con su ambiente exterior; además, en varios de ellos ni siquiera existen corporaciones industriales extranjeras de relevancia mínima -piénsese en Chad, Bhután, Barundi, y Nepal por ejemplo. De tal forma que su atraso no puede atribuirse ni al colonialismo ni al sistema de división internacional del trabajo. Hong Kong sigue siendo una colonia y sin embargo es extraordinariamente próspera (y sus habitantes no desean pasar del tutelaje inglés al dominio chino, a pesar de que no les quedará otro remedio que aceptarlo).

Por otra parte, los más avanzados y ricos países de Europa -como Suiza y los países escandinavos- nunca tuvieron colonias. Los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda fueron prósperos *como colonias*, y lo siguen siendo ahora como naciones independientes. Sostener que la prosperidad de estos pueblos es básicamente el resultado de su explotación de otras naciones no es más que una falsificación de la historia. Los países europeos que establecieron grandes imperios coloniales -Inglaterra, España, Holanda, Portugal y Francia- lo lograron precisamente porque ya, antes de extenderse, habían alcanzado un nivel de progreso notablemente superior al de las áreas que conquistaron. El contacto con las naciones del Norte, en lugar de haber sido -como con frecuencia se afirma- totalmente negativo para el Tercer Mundo, ha constituido de hecho *el principal agente de progreso material en estas regiones*; asimismo, el nivel de avance material usualmente disminuye a medida que las áreas deprimidas se alejan más de los focos donde con mayor intensidad se siente el impacto

económico de las regiones avanzadas del globo, y los seres humanos más pobres son aquéllos con el menor contacto exterior: los aborígenes, pigmeos, y habitantes de zonas desérticas y casi impenetrables.⁽¹⁵⁾

Destacar estas realidades de ninguna manera implica desconocer el lado negativo del colonialismo -fenómeno que, como ya dije, ha sido complejo y de efectos muy variables-, y mucho menos sostener que las relaciones económicas entre los pueblos, antes y ahora, se mueven de acuerdo a motivaciones altruistas, de beneficencia pública o caridad cristiana. Desde luego que esto no es así. Pero lo que sí implica mi línea de argumentación es que hay que salirle al paso a cierta mitología tercermundista, que distorsiona la historia con fines políticos y añade munición al arsenal de excusas de nuestras élites dirigentes. Se trata entonces de no perder de vista que la prosperidad de los ahora países avanzados se debe principalmente a la presencia en estas sociedades de una mayor cantidad de recursos y actitudes productivas, en particular de *recursos humanos*, y que además, tales recursos han contribuido también en forma significativa al progreso material amplias zonas del Tercer Mundo. Fue a partir de la expansión económica internacional de los países industrializados cuando, por un lado, la productividad del trabajo humano se incrementó a niveles jamás antes experimentados, y se concretó más firmemente la posibilidad de atacar eficazmente la miseria en amplias áreas del planeta, y, por otro lado, estas regiones se abrieron a las oportunidades de progreso elevando así las aspiraciones materiales y espirituales de la mayor parte de la humanidad.⁽¹⁶⁾

A la exageración de la influencia de factores externos sobre los procesos económicos en el Tercer Mundo, la tesis de la dependencia añade la minimización de los factores de tipo interno. Al respecto merece la pena citar extensamente a Bauer: "Antes de la independencia" -escribe refiriéndose sobre todo a Asia y África- los políticos locales en numerosas colonias atribuían la pobreza y atraso tecnológico de sus países a su status colonial, en particular a la explotación de que acusaban a los poderes metropolitanos... De esta forma los políticos generaban expectativas excesivas de prosperidad que presuntamente se materializarían una vez alcanzada la independencia. En vista de que la supervivencia política y aún física de los líderes en muchos países subdesarrollados puede en ocasiones depender de su habilidad para explicar la continua frustración de tales expectativas, el camino más fácil de lograrlo consiste en invocar responsabilidades externas... Tales alegatos desvían la atención de la gente de los factores reales que determinan la pobreza material y de las dificultades que existen para removerlos eficazmente. Más aún, la supuesta necesidad de combatir esas siniestras fuerzas externas es utilizada para justificar la introducción de políticas dirigidas a ampliar el control estatal sobre la economía, y de esa manera acrecentar el poder de políticos, burócratas e intelectuales que favorecen esas medidas colectivizadoras".⁽¹⁷⁾

(15) Véase Bauer, *Equality...* pp.66-85

(16) Dubuc, *Hay Salida*, p. 7

(17) Bauer, *Dissent...*, pp. 159-160

Así, es usual en nuestros días contemplar a líderes tercermundistas que han contribuido a producir verdaderos desastres en sus propios países -como Nyerere de Tanzania, Manley de Jamaica, y Pérez de Venezuela-, dando largos y estridentes discursos en los más diversos foros internacionales en contra de la explotación que ejerce el mundo industrializado sobre nuestras naciones. Estos -y otros- dirigentes son sin embargo incapaces de exhibir el más mínimo sentido autocrítico y señalar hasta qué punto las políticas internas que ellos mismos han ideado y promovido han contribuido a obstaculizar el progreso material de sus pueblos, o a echar por tierra lo poco o mucho que se hubiese logrado antes de que sus pésimas administraciones lo derribasen.

Los teóricos de la dependencia jamás se refieren a las obvias y cruciales realidades de tipo psicológico, social, e institucional que en gran número de países del Tercer Mundo cierran -en ocasiones decisivamente el paso al progreso material. No obstante, como indiqué previamente, el hecho es que en amplias regiones del Tercer Mundo los determinantes personales y sociales del éxito económico y la productividad tienen escasa difusión, y con frecuencia -y a pesar de las exhortaciones y esfuerzos de transformación- muchas personas rehúsan abandonar creencias, costumbres y tradiciones que obstaculizan su progreso material. Por lo demás, como ya lo he afirmado, los seres humanos tenemos concepciones y aspiraciones diferentes, y hay gente que prefiere colocar en plano muy subordinado el objetivo de alcanzar mayor prosperidad material, y dar prioridad a otras metas. Tal preferencia no parece ni injustificada ni reprensible en su contexto. Lo que sí es injustificado es la tendencia a presumir que -como lo hace el igualitarismo internacional- los requerimientos de la gente son básicamente los mismos en todas partes, y que sus capacidades, valores, aptitudes y creencias son relativamente uniformes y por lo tanto las diferencias materiales entre diversas sociedades e individuos no son producto del juego de determinantes personales, sociales e institucionales sino de meros accidentes o de la explotación. Tal ausencia de sofisticación intelectual, y su renuencia a investigar los componentes psicológicos, sociales e institucionales del progreso económico reducen considerablemente las pretensiones de validez explicativa de la teoría de la dependencia.

A los obstáculos al progreso material existentes en numerosas naciones tercermundistas se suma la tendencia, predominante en la así llamada economía del desarrollo, a asumir que el camino más idóneo para superar tales barreras es la estatización de la economía y no la creación de un contexto de oportunidades económicas que despierte -en la medida que ello sea posible- la ingeniosidad, competitividad y espíritu de superación de las personas, para así abrir espacio a la probabilidad de que la gente, enfrentada a la alternativa de capturar una ventaja económica, *la tome*. Esta probabilidad, que Hicks denomina el "principio económico",⁽¹⁸⁾ no funciona-desde luego- con la misma intensidad en todos los ambientes, pero como principio de acción es, creo, mucho menos demagógico, costoso y coercitivo, y mucho más eficaz, que la

(18) J. R. Hicks, *Causality in Economics*, Blackwell, Oxford, 1979, p. 43

idea de que el gobierno, los planificadores, o los decisores pueden y deben forzar a las ignorantes masas a acrecentar sus niveles de vida a través de los dogmas estatistas, que de hecho conducen a la represión, la ineficiencia, el atraso, y la adopción de normas de conducta económica basadas en el paternalismo.⁽¹⁹⁾

Otro aspecto cuestionable de la tesis de la dependencia es la división rígida que establece entre dependencia y no-dependencia, como si se tratase de una variable dicotómica y no, como en realidad ocurre, continua. Los teóricos de la dependencia jamás han explicado qué es en concreto la no-dependencia o independencia económica, pero constantemente sugieren, al menos en forma implícita, que tal objetivo es factible. Lo cierto, no obstante, es que no sólo ninguna nación (ni siquiera Estados Unidos) es económicamente independiente, sino que tampoco convendría que lo fuese, ya que "el desarrollo y bienestar de cualquier grupo humano dependen, precisamente, de la habilidad que este grupo humano tenga para incorporarse aun marco creciente de interdependencia de las actividades económicas, en donde pueda ofrecer bienes y servicios que sean altamente estimados por otros grupos y demandar, con los medios de cambio así adquiridos, bienes y servicios que sean producidos en condiciones más favorables fuera de sus fronteras".⁽²⁰⁾ En tal sentido cabe indicar que la idea de que una menor dependencia exige la *industrialización* de los países al costo que sea es errónea y no se compagina con la realidad de naciones –como Nueva Zelanda y Dinamarca, por ejemplo-, que son exportadores netos de alimentos y materias primas, e importadores de bienes manufacturados de todo tipo. Estos países no sólo han alcanzado altos niveles de bienestar, sino que también han logrado preservar con dignidad su independencia política y cultural frente a naciones más industrializadas. En tomo a este problema de la dependencia se han tejido una serie de especulaciones relativas ala seguridad y defensa nacional que también requieren un serio y desprejuiciado despeje teórico, al cual confío contribuir, al menos en alguna medida, en otra sección de este libro.⁽²¹⁾

Si bien las anteriores objeciones a la tesis de la dependencia tienen, a mi modo de ver, bastante peso, la más nefasta consecuencia de su difusión y popularidad tiene que ver con los efectos político-sicológicos que genera su adopción por parte de nuestros dirigentes políticos e intelectuales. De hecho, como ya tuve ocasión de señalar, al inflar la culpabilidad de factores externos sobre nuestra evolución económica y hasta política, la teoría de la dependencia desemboca -explícita o implícitamente, de acuerdo a la versión de que se trate- en un verdadero *determinismo ambiental*, en una creencia en el poder incontenible del ambiente exterior sobre las vicisitudes históricas de naciones enteras.

(19) Sobre el tema del "dogma dirigista"(estatista) y sus consecuencias para la "economía del desarrollo" véase el trabajo de Deepak Lal, *The Poverty of "Development Economics "*, The Institute of EconomicAffairs, London, 1983, pp. 5-16, 103-109

(20) Dubuc, *Hay Salida*, p. 7

(21) Véase la Cuarta Parte: La Defensa Nacional y las Fuerzas Armadas.

Con no poca frecuencia, a partir de allí se pasa a la promoción de medidas coercitivas para moldear el medio ambiente económico doméstico -a través de un creciente intervencionismo estatal-, e internacional -mediante la planificación global que sugieren los proponentes de un Nuevo Orden Económico Internacional. En el fondo, la tesis de la dependencia no es sino una versión más moderna de las desprestigiadas ideas leninistas sobre las causas y consecuencias de la expansión global de las economías industrializadas.⁽²²⁾ El resultado práctico de la tesis es la sustitución de los mecanismos de mercado en los planos doméstico e internacional por diversas formas de control estatal, a lo que añade, por supuesto, la hostilidad a la iniciativa individual, el menosprecio a las libertades formales, y la adopción -abierta o soterrada- de la mitología socialista.

En la *Tercera Parte* de este libro tendré ocasión de retomar el tema de las relaciones Norte-Sur, el Nuevo Orden Económico Internacional, los términos de intercambio comercial y el funcionamiento del mercado a nivel global. Allí también me referiré a las medidas -realistas y eficaces, no demagógicas- que podría tomar el Norte para favorecer el progreso material del mundo en vías de desarrollo; pero todo esto requiere una consideración previa -que haré ahora- del problema de la ayuda exterior y su impacto sobre nuestros países.

Por fortuna, Venezuela ni ha pedido ni ha necesitado ayuda económica de otros países por mucho tiempo, no obstante, hemos sido fervientes defensores del principio de la ayuda exterior de los países ricos a los más débiles en numerosos foros internacionales, y hemos, además, dado ayuda a diversos países del área centroamericana y del Caribe así como de la región sudamericana. La cuestión de la ayuda exterior es espinosa, y al igual que el nuevo orden internacional está llena de trampas ideológicas. Por ello debo dejar claro que no me refiero acá a la ayuda que se presta en caso de desastres naturales, como terremotos, hambrunas, y otras tragedias

En efecto, en nuestro medio -y en general, en el Tercer Mundo -se acepta a manera de dogma incuestionable, por un lado, que la ayuda exterior no es un asunto que compete a la voluntad de los Estados que la conceden sino que es un *derecho* de los que la reciben y un *deber* para los que la dan, y por otro lado se acepta como artículo de fe que la ayuda exterior es *beneficiosa* para el desarrollo. Ambas suposiciones son sin embargo erróneas. Tomemos como ejemplo, para ilustrar uno de los puntos mencionados, las siguientes ideas del ex-Presidente Caldera, según las cuales los países con mayor capacidad económica "están obligados a ayudarnos", que los pueblos a quienes la Providencia o la fortuna, o el esfuerzo también, dieron un grado más avanzado en el desarrollo de la técnica y de la economía tienen deberes que cumplir y no dádivas que conceder frente a los países menos desarrollados!"⁽²³⁾

(22) Lenin formuló sus planteamientos en tomo al tema en su conocido trabajo *El Imperialismo: Fase Superior del Capitalismo*. Este es un ensayo de gran efectividad política, pero de escaso valor teórico

(23) Caldera, ob. cit., pp. 85, 181-2

Desde luego, acá está implícita la noción de que la ayuda exterior es positiva per se para el progreso material de nuestros pueblos.

Cabe sin embargo preguntarse: en vista de que (lamentablemente o no, de acuerdo a la perspectiva que sobre el asunto se tenga) *no* existe ni una sociedad internacional, ni un Standard moral aceptado en general por todos los Estados, ni una concepción uniforme entre los pueblos acerca de lo que es el bien común, en vista de todo esto, repito, ¿de dónde se deduce la idea de que *existe* un derecho de los países pobres (y Venezuela no es, en cierto sentido, uno de éstos) para exigirle a los ricos como un *deber* que nos den ayuda?

Podría responderse que esos derechos y deberes se infieren de normas religiosas, de una ética humanista, u otros principios de naturaleza semejante, pero el hecho es que *no* existe una sociedad internacional que suscriba en su totalidad una moral igualitaria común, de la que puedan inferirse en forma precisa derechos y deberes. Las sociedades industriales occidentales pueden -y en efecto así lo hacen- decidir que, de acuerdo a sus principios morales es correcto y necesario que los países ricos ayuden a los países en desarrollo, pero esta postura moral no establece derechos.⁽²⁴⁾ Reiteradamente, líderes políticos venezolanos confunden la de este tipo, sino a la así llamada ayuda exterior que conceden los países industrializados en forma sistemática a un significativo número de naciones del Tercer Mundo. El punto es importante pues se conecta, como veremos, al tema de los determinantes del progreso material, y tiene relevancia dentro del marco de la ideología predominante en Venezuela realidad con la fantasía, y se convencen de que el mundo no es como es sino como ellos quieren que sea. Por supuesto, la política exterior de un país democrático tiene que sustentarse en elevados principios éticos, que incluyen la cooperación y ayuda mutua entre los pueblos. Esto, sin embargo, no debe llevarnos a perder de vista, por una parte, que la relación entre ética y política es de tensión, precario equilibrio, pasajeras reconciliaciones, y sutiles compromisos, y por otra parte, que en la realidad internacional los derechos y deberes de los Estados no se pueden fijar en base a elocuentes discursos en la ONU.

En nuestros días es casi axiomático sostener que la ayuda exterior es beneficiosa para el desarrollo. No obstante, destacados estudiosos de las realidades económicas, como Bauer, Little y Lal -que no se han dejado seducir por la mitología de la dependencia-, han concluido que la ayuda exterior no sólo *no* es indispensable para el progreso material de nuestros pueblos, sino que, más bien, con frecuencia contribuye a obstaculizarlo.⁽²⁵⁾

(24) Para una discusión más amplia de este punto, véase el ensayo de D. Lal, *Poverty, Power, and Prejudice. The North-South Confrontation*, Fabian Society, London, 1978

(25) Véase, Bauer, *Dissent...*, pp. 95-135, *Equality...*, pp. 86-150; i.M.D. Little, *Economic Development: Theory, Polity, and International Relations*, Basic Books, N.Y., 1982, pp. 218-266, 285-384; Lal, *The Poverty...*, pp. 54, 57

La noción según la cual la ayuda es necesaria para el avance de los países pobres se enfrenta aun serio dilema: si, como apunta Bauer, las condiciones propicias para el desarrollo -excepto el capital- están presentes, el capital que se requiere podrá o bien ser generado *localmente* o bien solicitado en forma de *créditos* a gobiernos y bancos extranjeros. Pero si esas condiciones no existen, la ayuda que se preste inevitablemente será ineficaz y se desperdiciará.

Las dádivas externas no pueden crear las condiciones personales, sociales, e institucionales- que determinan el desarrollo económico, y no hay ningún ejemplo histórico que permita suponer que las donaciones externas pueden motorizar el progreso material autosostenido de un país. El único caso en que la ayuda cumplió decisivamente ese papel fue el del plan Marshall, pero no hay que olvidar que éste fue un proyecto de *reconstrucción*, no de desarrollo: los -pueblos europeos poseían las actitudes, motivaciones e instituciones favorables a un rápido progreso material, adquiridas por siglos antes de la Segunda Guerra Mundial.⁽²⁶⁾ El punto es simple: si los determinantes del progreso material -personales, sociales e institucionales- están presentes, el desarrollo económico se producirá *aún sin* ayuda exterior; si están ausentes, el progreso no ocurrirá aún con ayuda exterior. La misma existencia de países avanzados demuestra que la ayuda exterior no es necesaria para el desarrollo: estos pueblos progresaron sin ayuda, y de hecho numerosos países del Tercer Mundo han avanzado económicamente sin requerir de ayuda.

El lector podría preguntarse porqué insisto sobre este punto: lo considero importante pues contribuye a dar énfasis a dos de los principales argumentos que he venido exponiendo en estas páginas. Me refiero, en primer lugar, a que son la actitudes, valores, formas de organización y motivaciones de la gente los factores que determinan primordialmente el progreso material de los pueblos; lo demás es secundario, y de hecho la ayuda exterior en muchas ocasiones implanta en la mente de las personas la idea de que su destino no depende de sí mismas sino de otros: de extranjeros, del gobierno, de los ricos, etc. Así, se empieza a esperar el progreso sin el esfuerzo y el éxito sin el mérito, a creer que la recompensa material depende de la suerte y de dádivas y que el desarrollo puede obtenerse sin pasar a través del largo y complejo proceso de ahorro, inversión, austeridad, innovación y ensayo y error en las políticas públicas y actividades ciudadanas que lo han caracterizado en todos los países ahora adelantados. En síntesis, la ayuda -como la riqueza fácil del petróleo- promueve la creencia de que una sociedad puede andar desde el atraso al progreso sin atravesar la senda del esfuerzo económico. Pienso, en segundo lugar, que esta discusión resalta el hecho de que las *políticas gubernamentales* tienen un rol crucial que jugar en la promoción del progreso material de los pueblos. Desde luego, la ayuda exterior puede acrecentar los recursos de los gobiernos y pueblos receptores, haciendo posible una mayor tasa de inversión y consumo adicional, pero ello no implica que la ayuda aumente la tasa de

(26) Bauer, Equality..., p p. 100- 110

desarrollo, pues esto último depende de la *manera como esos fondos sean utilizados*, y de sus repercusiones sobre los determinantes fundamentales del progreso material, es decir, las actitudes, valores y aptitudes de la población, y la calidad y eficacia de las políticas públicas. La verdad, aunque a algunos teóricos de la dependencia les moleste, es que los frutos del desarrollo no se pueden obtener de gratis, y que sólo si los habitantes de buen número de países en Asia, África y América Latina, así como sus dirigentes, generan las condiciones básicas del desarrollo podrán avanzar con paso firme en un camino de creciente progreso material. ⁽²⁷⁾

En tal sentido, deseo precisar dos cosas. De un lado, como sostuve previamente, creo que hay ocasiones concretas en que la ayuda exterior de los más avanzados a los más débiles se justifica, sobre todo si se trata de ayuda humanitaria en casos de tragedias producidas por la naturaleza o errores humanos. No obstante, aún aquí es importante que existan controles firmes sobre el uso que se da a esa ayuda, para que no se repitan fiascos como el que por ejemplo ocurrió a Venezuela -y otras naciones- a raíz del terremoto que devastó Nicaragua hace algunos años, cuando gran parte de los fondos destinados a socorrer a las víctimas terminaron en cuentas bancarias en poder de Somoza y sus secuaces. En la medida de lo posible, la ayuda exterior al mundo en desarrollo debería canalizarse de gobierno a gobierno, y estar sujeta a condiciones precisas, en lugar de fluir a través de organismos multinacionales que usualmente carecen de la voluntad para seguir el rastro del uso -a veces catastrófico- que se hace de esas donaciones. Por otro lado, y en segundo lugar, deseo dejar claro que en estas páginas he procurado -con lenguaje directo y sin eufemismos contrarrestar una mitología ideológica que es comúnmente aceptada por nuestra élite política y hacedores de opinión en Venezuela, y que a mi modo de ver adolece de graves fallas teóricas y produce nefastas consecuencias políticas. Mi propósito ha sido corregir lo que veo como un desequilibrio en la balanza del análisis sobre los orígenes de nuestras dificultades económicas y políticas, de nuestras posibilidades de superarlas y de los caminos que debemos tomar para lograr tal objetivo. No obstante, de ninguna manera pierdo de vista que los países del Norte industrializado -y en particular Estados Unidos respecto a América Latina- con reiterada frecuencia han actuado y actúan en forma negativa para nuestros intereses de libertad y progreso, y que, en ocasiones, sus acciones u omisiones acentúan seriamente nuestras dificultades en los terrenos político y económico, acerca de lo cual tendré oportunidad de extenderme más adelante. ⁽²⁸⁾ Sin embargo, insisto, la importancia de los factores externos en nuestros problemas ha sido inflada y

(27) Véase la Tercera Parte de este trabajo.

(28) Véase Bauer, *Reality and Rhetoric*, pp. 23, 27

exagerada, con resultados altamente perjudiciales a nivel político e ideológico, y es hora de que concentremos la atención en los obstáculos *internos*, especialmente en nuestras ideas e instituciones, como primer paso en el sendero de introducir las rectificaciones requeridas.

De todo lo dicho hasta ahora en esta sección es fácil deducir que en términos económicos, lo importante para las posibilidades de desarrollo futuro de Venezuela es la creación de un *contexto* de políticas e instituciones adecuadas para el despliegue de actitudes y aptitudes favorables al progreso material no-rentista por parte de nuestra población. Es bueno remarcar que *no* nos encontramos en la situación -en su caso mucho más desfavorable- de otros países del área Latinoamericana y del Tercer Mundo en cuanto a los determinantes básicos del desarrollo se refiere. A pesar de la terriblemente negativa influencia del populismo sobre la mentalidad de gran parte de nuestra ciudadanía, no existen en Venezuela los gigantescos obstáculos conectados a, por ejemplo, prácticas discriminatorias de tipo racial, prejuicios religiosos, y menosprecio al progreso material que entorpecen seriamente las posibilidades de avance económico en otras regiones del globo. En otras palabras, en nuestras actuales y previsibles circunstancias se plantea al menos la posibilidad de dar un viraje al timón de las políticas públicas en dirección opuesta al estatismo, al paternalismo y a la mitología dependentista, y a favor de la gradual creación de un contexto que estimule concepciones y actitudes que acrecienten la productividad de nuestra gente.

Me parece obvio que tales políticas deben alentar los mecanismos de mercado en nuestra economía, reducir el poder del Estado y abrir el mayor espacio posible para el despliegue creador en el terreno económico de individuos y empresas. Una sociedad compleja como la nuestra está constituida por millones de personas que poseen conocimiento y percepciones insustituibles acerca de sus propias circunstancias, aspiraciones, preferencias, actitudes, metas, oportunidades y perspectivas en la vida. Ellos mismos -y no el gobierno o cualquier otro agente abstracto y centralizado- son los más llamados y mejores calificados para juzgar sus posibles respuestas a los cambios en el marco económico que les rodea, y sólo un sistema de mercado puede difundir y procesar las señales económicas que estos millones de centros de decisión individual transmiten, y extraer de las mismas el potencial de innovación y productividad que contiene. Este tipo de sistema contrasta radicalmente con el de una economía estatizada; y si bien el gobierno tiene funciones claves que cumplir, y, de hecho, todas las economías del mundo son en algún punto mixtas, las diferencias entre un sistema orientado hacia el mercado y una economía centralmente planificada son sustanciales e inconfundibles. Como ya tuve ocasión de aclarar, un sistema de mercado es una *condición necesaria* para la libertad personal; *no es una condición suficiente*, pero en la práctica el funcionamiento del mercado tiende a erosionar otro tipo de restricciones a la libertad personal. ⁽²⁹⁾

(29) Hayek, *The Road to Serfdom*, p. 78

Según explica Hayek, la existencia de un orden que proteja la propiedad privada "es la más importante garantía de la libertad, no sólo para aquéllos que controlan propiedad sino también para los que no la tienen. Es sólo gracias al hecho que el control de los medios de producción se divide entre muchas personas actuando en forma independiente, que nadie puede adquirir un poder completo sobre nosotros, y que como individuos podemos decidir qué hacer con nosotros mismos".⁽³⁰⁾ El mayor beneficio de un sistema de mercado es que permite a los individuos convivir, producir, y beneficiarse unos a otros aun cuando pueda ocurrir que no sean capaces de ponerse plenamente de acuerdo sobre propósitos comunes o un bien común. El objetivo de un gobierno serio en el terreno económico debe ser entonces contribuir a crear un contexto en el cual la competencia y la libertad generen los más beneficiosos resultados posibles.

Desde luego, el sistema de mercado no es perfecto en ninguna parte por la sencilla razón de que los que le hacen funcionar son seres humanos, y no son robots o dioses. Por esto, en un orden económico libre pueden surgir, y de hecho emergen, fenómenos objetables que incluyen, entre otras cosas, prácticas monopólicas, creación intencional de escaseces, operación coercitiva de grupos de presión (de empresarios, y sindicales), fraudes, etc. Pero aún estas realidades -que son controlables- no bastan para sustentar un caso lo suficientemente sólido y convincente que lleve a sustituir un orden de mercado por una economía colectivizada, en la cual la coerción queda concentrada en los políticos y burócratas que controlan el Estado, y el espacio para la libertad se cierra por completo. De hecho el mercado ni siquiera *garantiza* el progreso material (aunque es el sistema que menos lo obstruye), o la felicidad de la gente, pues se trata de un arreglo voluntario y libre que por ello mismo "permite que la gente deje de lado, si así lo desea, las ambiciones económicas, porque considera que su logro exige esfuerzos excesivos o incompatibles con sus preferencias personales".⁽³¹⁾ El mercado no hace milagros, pero proporciona un contexto que alienta la iniciativa económica de los que la tienen, y crea condiciones propicias para el uso más eficiente de los recursos productivos escasos de una sociedad.

De la misma manera que el mercado no es milagroso, tampoco cabe esperar milagros de ningún gobierno, pero no hay que subestimar el rol que le corresponde en la gerencia nacional con evidentes implicaciones económicas: la defensa y las relaciones exteriores, la preservación y estímulo de los contactos comerciales externos, el mantenimiento de la seguridad pública, la administración eficaz de los sistemas monetario y fiscal, la promoción de un

(30) Bauer, Reality..., p. 29

(31) Ibid., p. 28. Para un tratamiento técnico de algunos de los principales puntos discutidos en este capítulo, puede consultarse la obra conjunta de P. Bauer y B.S. Yamey, *The Economics of Underdeveloped Countries*, Cambridge University Press. Cambridge. 1972

adecuado marco institucional para las actividades individuales, y el suministró de servicios básicos de salud, educación, comunicación y transporte públicos, entre otros aspectos.⁽³²⁾ Hacer todo esto con eficiencia y honestidad no es poca cosa, como obviamente lo demuestran las dificultades que confronta el Estado venezolano, el cual, además -e imprudentemente- parece querer dominar una cada día mayor sección de nuestra economía, con los consiguientes y dañinos efectos de politización e improductividad crecientes.

Sin embargo, no hay suficientes razones para creer que todo está perdido en Venezuela para las perspectivas de la libertad. Al contrario, pienso que el cada vez más claro fracaso del populismo está abriendo los ojos a numerosos compatriotas, y que ello también crea la posibilidad de un cambio gradual pero firme en una dirección diferente. Sería ilusorio, además de peligroso, esperar una transformación positiva radical de la noche a la mañana. El proceso de deterioro de nuestras instituciones y partidos políticos, así como el implacable avance en la colectivización de la economía realizado en años recientes, indican que los cambios tendrán que efectuarse paulatinamente para no causar traumas y dislocaciones irreparables. Aún el camino de desestatización de la economía tendrá que ser emprendido en forma gradual, pero sin tregua.

(32) Dubuc, p. 21

Hacia un Nuevo Liderazgo

“Confío en que nuestra generación haya aprendido que ha sido el perfeccionismo de uno u otro tipo el que ha destruido la poca o mucha decencia que hayan podido alcanzar las sociedades”.

F. A. Hayek. ⁽¹⁾

La argumentación desarrollada en la *Segunda Parte* de este libro puede resumirse como sigue. *Primero:* El surgimiento de una nueva visión de la democracia venezolana exige ante todo la adopción de una postura de *realismo crítico* ante nuestra situación nacional y sus perspectivas. Esa postura debe ser realista en el sentido de afrontarla verdad sin ambigüedades, despojándola de mitos reconfortantes y de retórica acomodaticia, y crítica en cuanto a su disposición a someterse a una consideración racional, en base a argumentos, sin dogmas, y con un lenguaje apropiado a la confrontación abierta de las alternativas que se proponen para el país.

Segundo: En el proceso de transformación gradual de nuestra democracia en una dirección no-populista, *las ideas* tienen un papel fundamental que cumplir. Se requiere un cambio significativo en las concepciones de nuestros sectores dirigentes en cuanto a las bases políticas y económicas que posibilitan la preservación de una sociedad libre, capaz de generar un consistente progreso material no-rentista. Esas ideas deben enraizarse en el largo camino evolutivo del pensamiento político liberal y de las nociones sobre el rol del mercado y la iniciativa individual en el campo económico. *Tercero:* El viraje que requiere nuestro orden democrático tendrá que iniciarse ante todo a nivel del liderazgo político nacional, que tiene un rol clave que ejecutar tanto en la promoción de una ideología contraria al populismo entre la ciudadanía, así como en el diseño e implementación de políticas que corrijan el legado del manejo muchas veces superficial y demagógico del gobierno, y de irresponsabilidad administrativa, corrupción, y despilfarro de nuestras oportunidades económicas.

El punto básico de éste: si bien el Estado venezolano no puede, a corto plazo, dejar de ser un Estado rentista, dependiente para su estabilidad de una economía postiza sustentada sobre los ingresos petroleros, sí es posible imprimir a la conducción del gobierno un cambio de rumbo y asumir responsablemente una voluntad de conducción que corrija con decisión las fallas y coloque nuestro régimen de libertades sobre pilares más firmes. Dicho de otra manera, si bien las dificultades que padecemos tienen hondas raíces estructurales, tanto sociales como económicas, *las soluciones empiezan por ser políticas* y tienen que ver con la calidad del liderazgo nacional, su capacidad para decidir y concentrar esfuerzos en prioridades claramente definidas, y de contribuir a proyectar entre los venezolanos una imagen realista de nosotros mismos, de los problemas que enfrenta el país, de las alternativas que se presentan hacia adelante y los costos que implican.

(1) F.A. Hayek, *The Constitution of Liberty*, Routledge & Kegan Paul, London, 1960, p.8

En las actuales circunstancias, la evidencia indica que el mundo político-partidista venezolano, sin excepciones, enfoca el presente y el futuro de Venezuela casi exclusivamente en función de sus propios intereses, constituyéndose en un sistema clientelista que olvida el destino del país y tiende a dar la espalda a la realidad nacional. Los principales partidos políticos son los responsables primarios -aunque no los únicos de lo que está ocurriendo y puede ocurrir con Venezuela, y a ellos corresponde, en primer término, dar pasos de rectificación. Esto no puede hacerse sin autocrítica, sin una honesta aceptación de las fallas y limitaciones propias como medio de aprendizaje y cambio. En este sentido es lamentable percibir la autocomplacencia de la dirigencia política nacional, su falta de capacidad crítica, su disipación de energías en confrontaciones superficiales que no explican nada y sólo conducen a una cada vez más turbia lucha por migajas de poder. Toca entonces a los partidos políticos limpiar su propia casa, pues tal y como ahora se encuentran, tal y como ahora funcionan, no pueden generar los recursos intelectuales y morales para responder el desafío histórico de una nación que podría ser un ejemplo de dignidad, progreso y estabilidad, y que de hecho está sumida en el pesimismo, el desconcierto, y la frustración.

Un nuevo liderazgo para la democracia tiene que ser realista y ganar el coraje de decir la verdad, con confianza en la capacidad de respuesta de nuestro pueblo. Hay que plantearle al país metas de renovación que despierten la solidaridad y el apoyo de la gente, pero no en base a la demagogia y la creación de expectativas falsas sino en función de la lucidez y el sentido de la realidad. Decía Hannah Arendt que en política "Las mentiras son con frecuencia mucho más aceptables y llamativas a la razón que la realidad, pues el mentiroso tiene la gran ventaja de conocer de antemano lo que la audiencia quiere o espera oír. Al elaborar su historia para consumo público, trata cuidadosamente de hacerla creíble. En cambio la realidad tiene el desconcertante hábito de enfrentarnos a lo inesperado, para lo cual no estamos preparados" ⁽²⁾ Es por esto que el camino de la mentira es el camino fácil y que arroja dividendos a los inescrupulosos. El sendero difícil es el de la verdad y el realismo político, y aquí se encuentra el reto clave para un dirigente, el punto desde donde se traza la línea divisoria entre el mero manipulador y el estadista.

Básicamente, existen tres categorías de líderes políticos. En primer lugar están los profetas, que se consideran poseedores de verdades absolutas, aspiran a una sociedad ideal, propugnan verbalmente cambios radicales, son intolerantes ante la crítica y están siempre dispuestos a emprender los más ambiciosos proyectos y apagar los mayores costos en aras de sus creencias. En segundo lugar se encuentran los manipuladores, que adoptan un estilo pragmático y mecánico, se someten -con una mezcla de avidez y resignación- al lado abyecto del poder, abandonan todo intento serio de reforma y esconden tras el silencio, la retórica o la fraseología mordaz la falta de sustancia en sus propósitos.

(2) H. Arendt, *Ones of the Republic*, Penguin, Harmondsworth, 1971 p.32

Por último se hallan los estadistas, caracterizados por su conciencia de los límites de la acción política, convencidos sin embargo de la necesidad de avanzar pero sin sacrificios y costos innecesarios, orientándose decididamente hacia la eliminación de los males de la sociedad pero sin depositar por ello irrestricta confianza en sus proyectos de transformación total, rápida y radical para alcanzar la perfección.

Estas tipologías del liderazgo se corresponden a ciertas visiones de la política. El profeta representa el utopismo social, le guían los dogmas y es capaz -de todo para lograr sus objetivos. El manipulador encarna la mediocridad, el miedo al riesgo, la idea de la política como un terreno de superficiales confrontaciones personalistas. El estadista asume la vía de la reforma, de la ingeniería social paulatina, armado de convicciones que le permitan, *a la vez*, detener las utopías del profetismo y superar la parálisis de los manipuladores. El estadista es un realista pero no un mediocre, tiene convicciones profundas pero es ajeno a los dogmas, pretende cambiar la realidad pero no sueña con la perfección.

La democracia venezolana ha producido numerosos profetas y manipuladores, pero muy pocos estadistas. Esto es así porque se trata de una democracia de corte populista cuya cultura política genera inevitablemente entre la ciudadanía y sus líderes una sistemática aspiración al profetismo, los macroproyectos, las ilusiones ficticias. Una vez en el poder los dirigentes y partidos políticos devienen manipuladores, acosados por sus múltiples y contradictorios compromisos, aprisionados por una red de complicidades que se extiende a todos los niveles sociales y corroe los mecanismos de división y equilibrio de poderes, deteriora el sistema de justicia, alimenta vanas expectativas y lleva eventualmente las crisis hasta un punto de ebullición y ruptura que significa el quiebre del pluralismo, la pérdida de fe en un juego político libre y la veloz diseminación de la tentación autoritaria.

Hasta ahora los profetas y manipuladores han imperado en la historia política nacional. Dentro de la democracia, se han caracterizado por ofrecer grandes cambios y ni siquiera acometer, una vez en el gobierno, reformas básicas dirigidas a suprimir de manera gradual pero resuelta los graves problemas que aquejan al país. Por el contrario, cada día aumenta la sensación de fracaso, de que no se avanza, de que las administraciones democráticas han perdido muy valiosas oportunidades de transformar nuestra economía rentista en una economía productiva afianzando, a la vez las libertades ciudadanas. En esta vía decadente y de indudable deterioro profetas y manipuladores cometen tres errores esenciales: Por una parte, el eterno recomenzar, la negación del pasado, la supresión de lo que les antecede, el impulso de empezar siempre desde cero en un esfuerzo que erosiona la continuidad histórica en la vida política del país. Por otra parte, el error de jamás admitir las equivocaciones propias, de situarse más allá del bien y del mal, de despreciar las críticas de amigos y adversarios y desconocer la falibilidad humana. Por último, quizás el más grave de todos, el error que consiste en la incapacidad para contemplar el abismo y apartarse de él, incapacidad para percibir la decadencia de un orden social hondamente desequilibrado y de una economía postiza, y la fragilidad de un régimen que no castiga la corrupción, fomenta la superficialidad en el debate, se aventura en planes de desarrollo de una ambición absolutamente

desbordada, y hace de los partidos centros de repartición de beneficios en lugar de instrumentos para la superación nacional.

Es signo característico del estadista reconocer la posibilidad del fracaso y enfrentársele con decisión y conciencia de sus limitaciones. El estadista ve la política a través de un prisma de sano escepticismo, pero no rehúye las dificultades, tiene el coraje de sus convicciones, y entiende que para sostener la libertad con éxito se requiere una fuerte dosis de valentía intelectual. No ofrece lo imposible pero tiene el coraje de decir la verdad. Si la democracia venezolana va a sobrevivir, el triunfo de los estadistas sobre los profetas y manipuladores constituirá un factor crucial en su evolución futura. El estadista sabe que la política es imperfecta, pero que sin embargo merece la pena luchar por determinados valores que hacen posible una existencia civilizada en sociedad; conoce que su tarea no es sólo considerar "lo que es teórica o moralmente deseable", sino también las fuerzas concretas que existen en el mundo", ⁽³⁾ y que debe orientarlas hacia la realización gradual y progresiva de sus fines.

Venezuela requiere políticos con talla de estadistas, capaces de sobreponerse a los halagos del populismo y promover con valentía y eficacia las nuevas ideas que nuestro país reclama. En tal empresa, no hay que perder de vista que, como afirma Lewis, "Los innovadores siempre están en minoría. Las nuevas ideas son inicialmente planteadas y llevadas a la práctica por pocas personas... Tales concepciones son en ocasiones aceptadas con rapidez por el resto de la población; las más de las veces, sin embargo, son recibidas con escepticismo e incredulidad y se imponen sólo muy lentamente ... Por esto los cambios significativos son el producto de una élite, y la dimensión del cambio depende de la calidad del liderazgo".⁽⁴⁾ Los obstáculos a todo proceso sustantivo de innovación política en nuestra democracia populista no son de ninguna manera menospreciables, pero en su superación se halla precisamente el desafío del nuevo liderazgo que debe surgir en Venezuela en los próximos años, tanto a nivel político -dentro y fuera de los partidos-, como también en los terrenos económico e intelectual. Un nuevo liderazgo que restaure en nuestro medio la ofendida dignidad de la política como tarea creadora. Un nuevo liderazgo económico que esté dispuesto a despojarse del comfortable manto paternalista, y dar inicio aun proceso sistemático de innovación y aumento en la productividad de nuestras empresas industriales y agrícolas. Y un nuevo liderazgo intelectual que desmonte los enrevesados y paralizantes mecanismos de las mitologías ideológicas que ahora impregnan nuestra cultura política, y que deben ser sometidos a un implacable cuestionamiento y una seria y fervorosa confrontación crítica.

Ninguna democracia puede sobrevivir sin un consenso básico entre las principales fuerzas que en ella actúan acerca de los valores y objetivos fundamentales del orden político. De lo que se trata, entonces, en Venezuela, es de establecer mediante la lucha de ideas y la persuasión un nuevo consenso sustentado en un marco ideológico distinto al populista.

(3) Carr, p. 128

(4) W.A. Lewis, *The Theory of Economic Growth*, London, 1955, p. 148. (Citado por Hayek, *The Constitution...*, p. 427).

En un régimen de libertades lo deseable, desde luego, es avanzar sobre, la base del más extendido apoyo posible. Sin embargo, en la práctica política siempre se plantea el problema siguiente: ¿consenso en torno a qué, y a qué precio? Generalmente, tanto en la vida de los individuos como en la de los sistemas políticos, si bien la abundancia económica no garantiza la armonía al menos proporciona instrumentos para mejores acomodos. El consenso se facilita si los objetivos que una democracia puede proseguir a la vez, son múltiples y no requieren de una jerarquización. Las dificultades empiezan cuando hay que establecer prioridades firmes, cuando los recursos escasean y no se puede complacer a todo el mundo ni dar respuesta a todas las demandas. En tales condiciones el consenso se fragmenta, y la misión de los gobernantes electos democráticamente es proporcionar liderazgo, establecer metas claras y marchar hacia ellas con firmeza dentro del marco de la ley.

En toda la democracia hay una tensión entre una política del consenso y una política de la convicción. Llevadas a extremos estas tendencias conducen a la parálisis o al fanatismo, y lo ideal es el equilibrio entre ambas. En nuestra democracia populista, no obstante, ha habido tradicionalmente un predominio casi incuestionado de la obsesión por la conciliación y el consenso, que ha alimentado una política prebendaria destinada a integrar grupos que se consideran importantes mediante privilegios administrados por un Estado millonario y carente de controles judiciales firmes. Creo que en vista del deterioro que esto ha traído a la democracia, se impone un reajuste profundo, que tiene que iniciarse poniendo renovado énfasis en una política de la convicción, dentro de líneas ideológicas claramente críticas del populismo. Sólo de esa forma podrá restablecerse un equilibrio adecuado entre los valores que sustentan una sociedad libre y los requerimientos prácticos del consenso democrático, evitando el peligro de que estos últimos lleven eventualmente a la destrucción de los primeros.

Me he esforzado en estas páginas en argumentar que la clave de un futuro mejor para Venezuela descansa ante todo en una más adecuada *comprensión* de nuestra situación actual y sus orígenes, y no en el simple enunciado de un recetario de soluciones aplicables a un sinnúmero de asuntos para transformar el país de la noche a la mañana. Por ello tiene enorme importancia que un creciente número de venezolanos hayamos comenzado apercibir en el *populismo* -con sus correspondientes dosis de demagogia, estatismo, y clientelismo político- la fuente primigenia del deterioro institucional, económico y ético que erosiona los fundamentos de nuestro orden político. Llegar a tal conclusión no es un logro subestimable, especialmente si de la crítica surge una firme voluntad de rectificación de parte de nuestros sectores dirigentes, y la convicción de que para preservar una sociedad libre y sustentar nuestra economía sobre bases no-rentistas es *condición necesaria* orientar nuestra democracia en una dirección no-populista. Ello exige un cambio sustancial en el estilo político de nuestros dirigentes, con objeto de despertar el sentido de la realidad en la ciudadanía y romper el hábito de crear expectativas falsas.

Un diagnóstico no es una profecía histórica. Los hombres hacemos nuestra propia historia, aunque desafortunadamente no siempre en condiciones que hayamos escogido. Por esto, sostener que el populismo acabará con la democracia puede no resultar cierto, entre otras cosas porque la identificación, *a tiempo*, de los males del populismo podría conducirnos a imprimir un sustancial cambio de rumbo en la dirección general que hasta el presente viene siguiendo nuestro proceso político. Se trata de transformar todo un estilo político y despertar la capacidad innovadora de nuestra sociedad, lo cual requiere primeramente dar un verdadero viraje de timón a los términos del debate político venezolano, con una posición ideológica inequívoca frente al populismo y en defensa de una sociedad abierta y libre. “Debemos”, en palabras de Hayek, “dar una vez más a la tarea de construir una sociedad libre el carácter de aventura intelectual y acto de coraje. A menos que convirtamos otra vez los fundamentos filosóficos de una sociedad libre en un candente tema intelectual, y su implementación en una empresa que desafíe a nuestras mentes más capaces, las perspectivas de la libertad serán muy oscuras. Pero si logramos reconquistar la creencia en el poder de las ideas, que es la marca característica del más genuino liberalismo, la batalla no estará perdida”.⁽⁵⁾

No voy a ocultar al lector que hay una cierta paradoja en lo que estoy diciendo al liderazgo nacional, actual y potencial: Por un lado he sostenido que en política es errado buscar la perfección, -pero por otro lado estoy pidiendo un cambio que es en extremo difícil y exigente, y que toca la médula espinal del estilo político imperante entre nuestros principales partidos y hombres públicos. Esta, no obstante, es una tensión insuperable de toda concepción política que no quiera sucumbir ni a la mediocridad populista ni a la tentación autoritaria. Tal concepción distingue al verdadero estadista de lo que Spengler llama un “mero político”: “el jugador que participa por el puro placer del juego, el arribista en las alturas de la historia que sólo persigue rango y riqueza”. Venezuela no necesita “meros políticos” sino estadistas, es decir, “hombres capaces de pedir sacrificios y *obtenerlos*, porque su convicción de que ello es necesario para su país es compartida por otros muchos, los transforma, y los hace capaces de realizaciones que en otras circunstancias jamás hubiesen conquistado”.⁽⁶⁾

(5) Hayek, *Studies in Philosophy, Politics, and Economics*, p. 194

(6) Spengler, *The Decline of the West*, p. 366 (Enfasis A. R)